Tú también puedes tener un cuerpo como el mío

ALEXANDRA KLEEMAN

gatopardo ediciones



TÚ TAMBIÉN PUEDES TENER UN CUERPO COMO EL MÍO

ALEXANDRA KLEEMAN

Traducción de Irene Oliva Luque e Inés Clavero

gatopardo ediciones

Título original: *You Too Can Have a Body Like Mine*

Copyright © 2015, Alexandra Kleeman
The rigth of Alexandra Kleeman to be identified as the author
of this work has been asserted by her in accordance with the Copyright,
Designs and Patents Act 1988

© de la traducción: Irene Oliva Luque e Inés Clavero
© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U, 2020
Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo de 2020

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © *Bloom* de Andrea Torres Balaguer (2018)
Imagen de la solapa: © Fred Tangerman (2019)

eISBN: 978-84-17109-93-6
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión
de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a
CEDRO(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o
escanear algún fragmento de esta obra.



ALEXANDRA KLEEMAN

Berkeley, California, 1986. Creció en Colorado y actualmente vive en Staten Island.

Ha publicado el libro de relatos *Intimations* (2016). Sus cuentos han aparecido en *The New Yorker*, *The Paris Review* y *Zoetrope*, entre otras publicaciones. Ha colaborado, además, en *The New York Times*, *Vogue* y *The Guardian*. Trabaja como profesora asistente en la New School de Nueva York. Con su primera novela, *Tú también puedes tener un cuerpo como el mío*, ganó el Premio Bard de ficción en 2016.

La singular primera novela de Alexandra Kleeman es un cruce entre *La subasta del lote 49* de Thomas Pynchon y *Ruido blanco* de Don DeLillo, una fábula inquietante sobre los aspectos más oscuros de una civilización sometida a los dictados del consumismo. ¿Qué pasa cuando el sexo, la amistad, el amor, la dieta y la forma de nuestro cuerpo pasan a regirse por los ideales inalcanzables de la publicidad, los *reality shows* y una sociedad dominada por corporaciones opacas? Como un espejo cóncavo, *Tú también puedes tener un cuerpo como el mío* retrata una realidad que es y no es la nuestra, y erige un universo distópico que nos resulta extrañamente familiar.

A es una joven que vive en una anónima ciudad norteamericana con su compañera de piso, B, y su novio, C. A se alimenta casi exclusivamente de helado y naranjas, se pasa la vida hipnotizada ante el televisor y hace lo posible por amoldar su cuerpo a un canon de belleza que solo existe en los anuncios. B se esfuerza desesperadamente por parecerse lo más posible a A, copiando sus hábitos y apropiándose de sus cosas, mientras que A, insatisfecha a su vez, busca un sentido a su vida más allá de su dependencia sentimental de C y se distrae espiando a la familia que vive al otro lado de la calle hasta que estos desaparecen en circunstancias misteriosas.

«Kleeman ha construido la fábula perfecta para el tiempo presente, un *thriller* existencial escrito con una prosa que apunta hacia el futuro.»

Zadie Smith

Para Terry y Faye

«Diríase que la orquídea imita a la avispa, cuya imagen reproduce de forma significante (mímesis, mimetismo, señuelo, etc.). […] Al mismo tiempo se trata de algo totalmente distinto: ya no de imitación, sino de captura de código, plusvalía de código, aumento de valencia, verdadero devenir, devenir avispa de la orquídea, devenir orquídea de la avispa.»

Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia
DELEUZE Y GUATTARI

«Dichoso el león que al ser ingerido por un hombre se hace hombre; abominable el hombre que se deja devorar por un león y este se hace hombre.»

Evangelio de TOMÁS

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

¿Es verdad que por dentro somos más o menos iguales? No quiero decir psicológicamente. Me refiero a los órganos vitales, el estómago, el corazón, los pulmones, el hígado: a su ubicación y su función, y a la forma en que un cirujano que hace una incisión no piensa en mi cuerpo en particular sino en un cuerpo cualquiera, representado como un corte transversal en las páginas de un manual de medicina. El corazón que hay en mi cuerpo podría extraerse y colocarse en el tuyo, y esta parte de mí que yo he incubado seguiría viviendo, bombeando sangre ajena a través de canales ajenos. En el recipiente justo, puede que nunca notara la diferencia. Por la noche me tumbo en la cama y, aunque no pueda tocarlo o cogerlo con la mano, siento cómo mi corazón se mueve dentro de mí, demasiado pequeño para llenar el pecho de un hombre adulto, demasiado grande para el pecho de un niño. Leí un artículo de prensa sobre un hombre en Rusia que había empezado a esputar sangre; en una radiografía detectaron una masa en el pecho con una forma que se expandía, con flecos en los bordes. Pensaron que se trataba de un cáncer, pero cuando lo abrieron encontraron un abeto de quince centímetros arraigado en el pulmón izquierdo.

Dentro de un cuerpo no hay luz. Una humedad concentrada que hace presión sobre sí misma, formas que se empujan unas contra otras sin ninguna noción de dónde están. Se rompen en la aglomeración, se deshacen. Te llevas la mano al estómago y presionas sobre la blandura, tratando de escuchar con los dedos lo que ha fallado. Dentro podría haber cualquier cosa.

No resulta en absoluto sorprendente, por lo tanto, que nos preocupemos de nuestra superficie más que de ninguna otra cosa: solo ella nos distingue a unos de otros, y es muy frágil, del grosor del papel.

Estaba en mi habitación, de pie frente al espejo, pelando una naranja. Sostenía su peso exacto en la palma de la mano, y le clavaba una uña en la capa superior. Hendí un dedo bajo su piel hasta sentir la carne fresca, luego hurgué con ese dedo una y otra vez. La cáscara se desgarró produciendo un sonido suave y algodonoso, la piel un fragmento terso y romo despegándose de la fruta. Me puse las lentillas y pestañeé frente al espejo. La mayoría de las mañanas apenas me parecía a mí misma: era como despertarse con una extraña. En el momento en que alcanzaba a ver mi cuerpo, enredado y pálido, era como si hubiera una intrusa en mi habitación. Sin embargo, mientras me vestía y me maquillaba, al aplicar sobre mi piel los pequeños líquidos coloreados y ver cómo la mano del espejo se movía al ritmo de la mía, restablecía la conexión con el rostro que sacaba a la calle y con el que me dirigía a quienes me rodeaban. Mi mano arrancaba un pedazo de pulpa y lo introducía en el espacio entre mis labios. El zumo me chorreaba por el borde de la palma. Como la luna, mi boca en el espejo parecía tener un aspecto algo distinto cada

día. Era verano, y el calor aún no se nos pegaba por completo al cuerpo, volviéndonos pegajosos y húmedos, atrapándonos en un traje que odiábamos llevar puesto.

A través de la ventana abierta se coló una brisa que olía a césped y a flores cortadas, y oí a la gente en la calle que se marchaba de casa. Las puertas de sus coches se abrían y se cerraban; al salir, los neumáticos removían la gravilla del camino de entrada y ellos desaparecían durante ocho o nueve horas para luego regresar menos frescos, con los puños desabotonados y sueltos. Me gustaba dejar que el ruido del vecindario se colara en mi sueño hasta hacer que las cosas volvieran a ser reales. Me gustaba salvo cuando lo odiaba: odiaba lo cerca que estaban las casas unas de otras, odiaba que la primera cosa del exterior que avistaba cada mañana fuera la cara hinchada de mi casera asomando la cabeza por la puerta para agarrar el periódico. Vivía debajo de nosotras, pero desde determinados ángulos podía ver directamente nuestra vivienda. Todos los días se agachaba para recogerlo, en ese momento se daba la vuelta y estiraba el cuello para echar un vistazo por la ventana de mi dormitorio y comprobar si había pasado la noche en mi habitación. Su peinado agresivamente cambiante, caoba una semana y con mechas rubio ceniza la siguiente, no dejaba claro si tenía pelo de verdad o llevaba peluca, y, en el caso de que fuera una peluca, si dormía con ella o no. B, mi compañera de piso, decía que era como una prófuga dentro de su propia casa, alguien que vivía huyendo pero sin ir a ninguna parte.

En la casa de al lado vivían un par de universitarios que dejaban la televisión encendida a todas horas, incluso cuando se iban a clase, a trabajar o a cumplir con las responsabilidades que tuvieran. Su pantalla resplandecía durante toda la noche, proyectando luz azul sobre un sofá vacío. Solo se oscurecía cuando los chicos estaban en aquel tercer dormitorio, el único que no se veía desde nuestro piso. A veces, para variar, B y yo veíamos la tele de su casa en vez de la nuestra, aunque a esa distancia no podíamos más que intentar adivinar lo que estábamos viendo, cambiando de canal en la nuestra para encontrar el mismo.

Al otro lado de la calle vivía una familia con un perro que dormía casi todo el día, aunque cada tarde echaba a correr en diversas ocasiones y se lanzaba contra las ventanas delanteras, aplastando el hocico contra el cristal y ladrando hasta que los sonidos que emitía se deformaban y enronquecían. Yo me levantaba de mi escritorio para ver qué pasaba, pero nunca había nada que ver, ni tan siquiera una ardilla. Entonces, a veces, nuestras miradas se cruzaban, la del perro y la mía, y nos quedábamos mirándonos de un lado al otro de la calle, sin saber qué hacer.

Era un barrio seguro. No había nada de lo que pudieras quejarte sin parecer una loca. El sol brillaba y se oían pájaros escondidos en los árboles, desbordando los matorrales de sonidos al moverse, de trinos y gorjeos, doblando las ramitas bajo el peso de sus pequeños cuerpos.

Desde el otro lado de la puerta del dormitorio llegaban ruidos sordos. Era B moviéndose por nuestro piso: un golpecito desde la sala de estar, luego otro, y después el sonido de algo arrastrado por el suelo. La oí ir a encender la cafetera y luego cambiar de idea, abrir el frigorífico y luego cambiar de idea otra vez. De pie y quieta en medio de mi habitación, intenté calcular cuánto podía moverme sin que ella se enterara de que yo estaba viva. No podía imaginarse que estuviera despierta tan temprano por la mañana, pero eso no impedía que se detuviera para comprobarlo cada cinco o diez minutos, que se detuviera para cerciorarse de los ruidos de alguien en vela. En ese momento, a veces, se sentaba cerca de la puerta, con la oreja pegada a la jamba, y se ponía a hablar conmigo a través de ella como si estuviéramos manteniendo una conversación normal. Me hablaba hasta que yo respondía. B decía que se sentía sola en el piso

cuando yo no estaba despierta. Decía que si estaba dormida, era como si estuviera muerta. Se refería a la compañía, a la interactividad, a mi capacidad de ayudarla a prepararse el desayuno. Cuando B comía, que no era siempre, prefería tocar la comida lo menos posible para que sus manos no entraran en contacto con lo que ella llamaba «ese olor comestible». Necesitaba mis manos para cortar, para exprimir, para manipular, para romper huevos y tirar sus cáscaras viscosas a la basura.

Tanto B como yo éramos menudas, pálidas y propensas a quemarnos con el sol. Teníamos el pelo moreno, la barbilla afilada y las muñecas flacuchas; calzábamos un treinta y seis de pie. Si nos reducías a cada una a una lista de adjetivos, resultaríamos casi equivalentes. C, mi novio, decía que por eso me gustaba tanto, que por eso pasábamos tanto tiempo juntas. C decía que todo lo que yo buscaba en una persona era una iteración más de mi persona que fuese tan legible para mí como lo era yo misma. Cuando lo decía me daba la impresión de que me estaba llamando vaga. B y yo éramos parecidas, hablábamos parecido, ya está. A ojos de un desconocido que nos viera desde cierta distancia mientras serpenteábamos de forma confusa por el supermercado, cogidas de la mano, podríamos parecer la misma persona. Pero desde dentro yo veía diferencias por todas partes, aunque solo fueran diferencias de escala. Nuestro aspecto era juvenil, pero la forma en que a ella le daban bajones por cualquier cosa que hiciera le confería un aire extraviado, infantil. Teníamos los mismos ojos castaños, pero los suyos estaban más hundidos en el cráneo, incrustados de forma que desaparecían bajo la sombra de sus cejas. Éramos delgadas, pero B hasta un punto catastrófico: la había ayudado a subirse la cremallera de un vestido, le había sujetado el pelo por detrás y rozado la nuca con los dedos mientras ella vomitaba el contenido de su estómago en el fregadero. Sabía cómo eran sus huesos y cómo se notaban al moverse justo por debajo de la piel.

Cada vez que se me ocurría algo bueno que decir sobre ella, o algo malo, C se limitaba a encogerse de hombros y a decir que lo pensaba únicamente porque nos parecíamos demasiado. Su poco conocimiento de mí era crónico. B era frágil, estaba enferma y necesitaba que la cuidaran. Estaba desnutrida, tocaba los objetos como alguien que no poseyera nada en el mundo. Compadecerla me hacía salir de mí misma, alejarme de mis propios problemas. B estaba tallada con mi forma y mi tamaño, como una trampilla: lo bastante parecida para poder imaginarme dentro de ella, lo bastante distinta para convertir esa fantasía en una vía de escape.

Aquella mañana, no obstante, mientras escuchaba su voz al otro lado de la puerta, deseé haberme esforzado más en marcar nuestras diferencias. Cuanto más la veía, más me echaba de menos B. Bajo su escrutinio sentía constantemente el peso de mi propia presencia y me cansaba de mí misma, me irritaba, de forma que por las mañanas cada día esperaba un ratito más antes de salir de mi habitación, intentaba posponer el volver a integrarme en el constructo de mi vida. Su afecto generaba en mí el deseo de que dejara de quererme, de que me dejara tranquila, de que me permitiera sentir el mismo afecto por ella que sentí cuando se mudó, inofensiva y triste, cuando me sentía generosa por intentar pensar en por qué estaba triste y que se me ocurriera alguna forma de hacerla feliz.

Desde el pasillo que llega hasta mi dormitorio, con la boca pegada a la pizca de espacio entre la puerta y la moldura, B hablaba:

—Iba a preparar café para las dos, pero se nos ha acabado.

»*Necesito que me ayudes a decidir qué zumo debería tomar. ¿Cuál es el que tiene menos*

radicales libres? ¿El zumo contiene plomo?

»¿Alguna vez te ha salido uno de esos lunares con relieve? ¿Esos lunares con relieve tienen sensibilidad? ¿Igual que la tienen los dedos y otras partes del cuerpo?

»Anoche soñé que las dos éramos pájaros a los que les faltaban las alas, pero nos ayudábamos la una a la otra a escapar de una caja. Cuando lo lográbamos estábamos tan contentas que queríamos celebrarlo, pero no sabíamos cómo demostrarlo. No teníamos extremidades.

En la tele echan un anuncio en el que una mujer, mientras se aplica un nuevo exfoliante facial a base de cítricos, empieza a rascarse un lado de la cara y descubre que tiene bordes, resecos y ligeramente rizados como papel viejo. Mirando a la cámara, agarra esos bordes y los levanta hasta que despega toda la superficie de su rostro produciendo un sonido parecido al del papel film para alimentos al despegarse. Debajo hay otro rostro idéntico al suyo pero más bello. Es más joven y lleva un maquillaje mejor. Podrías pensar que tal vez quiera detenerse aquí y empezar a sentirse feliz consigo misma y con su nuevo aspecto. Pero no se detiene: en vez de eso, agarra un lado de su rostro y empieza a despegarlo de nuevo, y esta vez la cara que hay debajo es aún más bella, y ella dedica una sonrisa delirante a la cámara de lo contenta que está. Y vuelve a despellejarse, pero esta vez lo que hay debajo es un vídeo de las olas del mar rompiendo contra una playa de arena, y su mano lo despelleja todo de nuevo, y nos quedamos mirando un bosque de hoja caduca hasta el que se filtran pequeños haces de luz y de sol.

Luego se vuelve directamente hacia la cámara y se despega la cara en el sentido contrario, y el rostro que hay debajo pertenece a la famosa actriz que representa a la marca. Durante todo el anuncio ha sido su voz la que hemos oído hablándonos de los efectos hidratantes y los ingredientes naturales, de cuánto te encantará tu nuevo yo. No pregunta qué le ocurrió a la otra mujer, la mujer que apareció antes que ella. Con sus dientes blancos y perfectos muestra una sonrisa preciosa.

En la pantalla aparecen las palabras: TRUBEAUTY. TRUSKIN. TU VERDADERA PIEL ESTÁ EN TU INTERIOR.

B quería probar el producto, dijo que podía comprarse en cualquier sitio. Pero B odiaba comprar. Prefería pedírselo prestado a otra persona, aunque sus padres tuvieran tres coches y un caballo y todos los meses le enviaran un cheque para el alquiler. Cuando le preguntaba por qué siempre trataba de necesitar más cosas de las que necesitaba, respondía que pedirlas prestadas te acercaba a los demás, mientras que comprarlas te hacía sentir más sola. Fue así como acabé yendo con B a un supermercado Wally’s que abría las veinticuatro horas y quedaba a quince minutos de casa una noche en la que decenas de adolescentes rondaban por el aparcamiento sin motivo aparente, posados misteriosamente como cuervos, con la mirada fija y sin pronunciar palabra.

Dentro de la tienda no había nadie más que los empleados Wally con su extraño uniforme: polo rojo, pantalones caqui y una descomunal cabeza de gomaespuma con la forma de la mascota adolescente de la tienda. Parecían mostrar curiosidad por nosotras, o recelo, o aburrimiento. Mientras deambulábamos por los pasillos, empecé a sentirme observada. Cada vez que volvía la vista, había un Wally a unos seis metros detrás de mí, unas veces reordenando los artículos en los anaqueles, pero otras simplemente mirándome. Se lo conté a B, pero ni se inmutó.

—Pues claro que nos vigilan. Es probable que piensen que vas a robar algo —dijo.

—¿En serio? —pregunté. No era consciente de ser el tipo de persona que podría robar algo.

—Es su trabajo —respondió—. Pero son idiotas. Hay muchas más posibilidades de que la que robe sea yo. —Me sonrió con dulzura: así era mi mejor amiga.

Luego compré el exfoliante facial para prestárselo a B, a pesar de que me ponía nerviosa lo que pudiera provocar en mí.

Cuando llegamos a casa me apliqué el producto en toda la cara y el cuello en el cuarto de baño, notando cómo hacía espuma en contacto con mi piel mientras B me miraba sentada en el borde de la bañera, tensa y sin pestañear. Cuando acabé fui hasta el espejo para comprobar en qué me había convertido. No vi la prometida subexfoliación biotransformadora, pero supe que algo había ocurrido porque los labios me escocían y yo olía a refresco de lima limón. B se me acercó y con indecisión me puso la palma de la mano sobre una de mis mejillas exfoliadas, luego sobre la otra, y luego me preguntó si me sentía distinta. Mientras le contestaba, de repente me di cuenta de que no me estaba escuchando, ni siquiera me estaba mirando, sino que su mirada me esquivaba e iba dirigida directamente al espejo del botiquín, a la vez que se tocaba los lados de la cara y se acariciaba la mejilla con expresión ausente. En su rostro se dibujaba algo que podía confundirse con una sonrisa.

Trabajaba cuatro días a la semana como correctora para una empresa local que publicaba varias revistas y boletines informativos. Podía escoger los cuatro días que quisiera, pero alguien decidía por mí todo lo demás. Pese a que corregir implica leer, lo que se esperaba de mí era algo menos que eso: comprobar que la puntuación era correcta y que las palabras ocupaban un lugar que tenía sentido, pero sin pretender comprenderlas, pues para una corrección eficiente el significado suponía un obstáculo que mis supervisores esperaban que yo eludiera. Yo corregía todo lo que pasaba por la oficina, por lo que si había errores en *Pasión Marinera* o *Plásticos Nueva Era*, era mi culpa por haber permitido que se me colaran.

Todas las mañanas caminaba cuarenta minutos hasta el trabajo por el arcén de la carretera, kilómetros que habría tardado tan solo unos pocos minutos en recorrer en coche. Pasaba por ocho gasolineras y dos supermercados Wally’s, idénticos salvo porque el segundo contaba con un centro de jardinería anexo, una sección acordonada del asfalto del aparcamiento llena de macetas de caléndulas de idéntico color. Los días en que casi todo el mundo estaba enfermo, podía trabajar en el cubículo que quisiera, pero siempre elegía el mismo, el de los colaboradores externos. En medio de la calma de la oficina vacía oía el leve silbido del aire acondicionado que salía de los conductos de ventilación. Tenía la sensación de que experimentaba el mundo como solo podía hacerlo alguien que no existiera. Había tres tipos de errores: de repetición, de sustitución y de omisión. Cuando llegaba a casa, el trabajo parecía un sueño largo y monótono cuyos detalles no recordaba. Me despegaba los pantalones húmedos y polvorientos de las piernas y me tumbaba encima de la cama, sudando. Lo único que quería era dormir.

El jueves anterior pasó como todos los demás, salvo porque me eché una siesta durante la pausa del almuerzo, gateé hasta debajo del escritorio para dormir durante treinta minutos sobre una alfombra de pelo corto y tieso de oficina. Cuando regresé a casa todavía tenía sueño y me derrumbé encima de la colcha para echar una segunda cabezada. Llevaba solo unos minutos así cuando oí que llamaban a la puerta. Allí estaba B de pie, con una expresión ansiosa en el rostro, los ojos grandes y llorosos, los labios hundidos por las comisuras. Parecía una persona que acabara de revelar un secreto. Sus manos se aferraban a algo oscuro. En contacto con sus dedos

blancos delgados, parecía una cadena enrollada o un barrote engrasado de una traviesa, algo viejo y preciso, diseñado para sujetar una cosa en su sitio.

—Estaba durmiendo —dije.

—¿Quieres esto? —respondió ella.

Su entonación bajó como si no fuera una pregunta, sino un hecho que ella simplemente verbalizaba. Tendió las manos unos centímetros hacia delante.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Al mirarlo más de cerca, vi que sujetaba una cuerda de sesenta centímetros de pelo humano: moreno, grueso y trenzado. La trenza viajó de sus manos a las mías, y luego sentí una repentina suavidad sobre mi piel que me pilló desprevenida. Me lo había entregado como quien entrega un bebé, sosteniendo los dos extremos con las manos ahuecadas, pasándolo con delicadeza a las mías. Me sentí confundida, seguía sin entender lo que ocurría y no era capaz de deducir si la cosa que veía en mis manos era compacta o ligera, estaba húmeda o seca. La trenza yacía sobre mis palmas, blanda y móvil, lacia e invertebrada. Bajé la vista. Caía pesada, pero con una tensión activa, un cordón nervioso que se combaba levemente por el medio, donde no había nada que lo sostuviera. El cabello tenía un aspecto triste, desnudo y solitario, relucía con una luz aceitosa. Los extremos estaban sujetos por dos gomas elásticas rosas.

—Es tuya —dijo ella—. Quiero decir, ahora es tuya. Acabo de hacerlo.

—Has hecho esto… —dije yo, quedándome sin palabras.

—Lo he hecho para ti —dijo B, esbozando la bonita sonrisa de un niño sordo—. Lo que quiero decir es que quería hacerlo y no sabía por qué hasta que pensé en ti. Tú siempre estás bien. No tienes kilos de pelo que te cuelgan de la cabeza. Ya me siento mejor, más despejada. Mis ideas se oyen mejor.

Miré su cabeza.

El pelo siempre había sido nuestra forma de diferenciarnos. El mío me llegaba hasta los hombros, era moreno como el suyo, pero más fino y más suave. El suyo caía bastantes centímetros más, le rozaba la rabadilla. B solía llevar el pelo a lo princesa Disney, un pelo con una vida y una direccionalidad propias, independiente de los movimientos del cuerpo que lo alojaba. Solía echárselo por encima del hombro y acariciarlo como a un gato, con la cara empequeñecida bajo él. Ahora estaba en la entrada de mi habitación y emanaba una extraña seguridad, una mirada contundente. Con el pelo recortado hasta los hombros, me recordaba a las veces en que me había visto reflejada en superficies imperfectas, en los escaparates de las tiendas o en las ventanillas de los coches.

—Creo que deberías quedártelo —insistió.

—Puede que te haga falta —respondí. No me salía nada más que añadir.

—Pero es que yo no lo quiero —replicó B—. Esa cosa me estaba volviendo loca. Era como, ya sabes, cuando crees que estás enferma y que tienes algo muy, muy grave, como el lupus o una dolencia cardiaca o el síndrome de fatiga crónica, y luego vas y caes en la cuenta de que lo que tienes es resaca. Ese pelo estaba haciendo que no me sintiera yo misma. Creo que estaba mermando mis facultades. Por eso me lo corté. Y te lo di.

Empleaba el pasado para hablar de lo que estaba ocurriendo en ese mismo instante como si ya hubiera ocurrido, como si yo ya hubiera aceptado su regalo que no quería.

—Finalmente vas a tener para siempre una parte de mí —añadió.

Algún día recordaría este momento a la luz de lo mal que acabaría. No sabía dónde mirar, y aparté la mirada de ella, bajándola hasta el torzal de pelo que sostenía en mis manos, y luego subiéndola hasta el reflejo de mi cuerpo en el espejo que había a mi izquierda. Un pelo así podía ahogar a una persona. No quería tener algo así allí, en la habitación donde dormía, donde mi mente y mi cuerpo se nublaban en la oscuridad.

Deseé que C estuviera allí para decirme, como tantas veces hacía, que la gente estaba chiflada, hasta la gente que querías, y que por lo tanto era razonable mantener las distancias, y todavía más razonable cuanta más lástima te dieran. Era C quien se aseguraba de que no nos viéramos más de tres días seguidos, la duración de una escapada larga de fin de semana, unas vacaciones breves cuyo destino era la otra persona. Pero por supuesto C no estaba allí, dado que siempre me las había arreglado para mantener alejados a B y C el uno del otro; uno esperaba en el coche mientras yo me despedía con un abrazo de la otra, una miraba desde la ventana mientras yo me marchaba con el otro, de forma que cada uno no fuera más que un nombre para el contrario, un nombre ligado vagamente a unos pocos acontecimientos y descriptores imprecisos. No sabía cómo calificar mi temor a que se encontraran, pero lo intentaba: filtración, contagio, inversión.

B seguía allí de pie, con la vista fija en mí. Le bailaban por la cara unas manchas de luz creadas por el movimiento de las ramas al sol.

—Te lo guardaré —dije—. Probablemente quieras recuperarlo pronto.

—Tal vez —dijo ella—. Pero no lo creo.

—Ha tardado mucho en crecerte —dije yo, bajando la vista al triste montoncito.

—Se me acaba de ocurrir —contestó ella—. No me ha costado mucho.

La trenza se frunció al agarrarla, reluciente. No sabía de qué tenía miedo. Tal vez de que al aceptar este pedazo del cuerpo de B, me diluiría aún más, ahora que todas las mañanas ya tardaba varios minutos en recordar quién era, cómo había llegado hasta allí. La coloqué sobre la repisa de la chimenea de mi habitación, junto a los distintos objetos que había ido acumulando, bolas de nieve y gatos de cerámica, cosas que me recordaban a mí misma. Su presencia era sonora en una tarde por lo demás silenciosa. De lejos parecía un trozo de cadena.

Yo no la había querido, pero de todas formas la había aceptado. Algo pasaba y yo tenía la sensación de que, si alguna vez lograba entenderlo, no me iba a gustar lo que descubriera. Pero lo viera como lo viera ahora, no podría haber actuado con B de ninguna otra manera. Existe una especie de presión que tu propia vida te impone a la fuerza, para que hagas algo exactamente como tú lo harías, para que te comportes exactamente como eres. Hasta tal punto nos habíamos acostumbrado a la idea de que yo fuera la más fuerte, la razonable, la que tenía recursos para ceder, que acababa cediendo por defecto a la idea de que mi propia fuerza me convertía en la más débil.

Mirar la trenza me recordaba el anuncio de los pastelitos Kandy Kakes en el que Kandy Kat, el dibujo animado y gato mascota de la empresa, persigue a un único Kandy Kake, más bien pequeño, a lo largo de una serie de paisajes distintos, de animación o de imagen real, que se desplazan por la pantalla, como la Super Bowl, la Gran Muralla china y el Polo Norte, sorteando a la carrera todo tipo de obstáculos descabellados y pasando junto a un sinfín de carteles que enumeran los diversos ingredientes naturales y artificiales que van a parar a los Kandy Kakes. Después de perseguirse el uno al otro durante lo que se nos presenta como horas o días en el marco de duración de unos dibujos animados, pese a que todo ocurre en cuestión de segundos, de

repente llegan a un enorme precipicio con un cartel en el que se lee FIN DEL MUNDO. Al pastelito por fin se le acaba el espacio para huir corriendo, y todo apunta a que por una vez Kandy Kat tal vez consiga probar bocado. Así que avanza hacia el pastelito y lo agarra con sus dos manos huesudas y lo levanta para llevárselo a la boca. Pero justo en ese momento el pastelito abre descomunalmente su propia boca y se zampa a Kandy Kat de un solo bocado enorme. La cola del gato sobresale un poco de la boca del pastelito, retorciéndose, así que Kandy Kake de repente extiende un bracito desde su cuerpo redondo con forma de disco y con él empuja e introduce en sus fauces lo que queda de Kandy Kat, tragándoselo con esfuerzo. Se oye un crujido amortiguado cuando el cuerpo entero de Kandy Kat se comprime dentro de lo que debe de ser un estómago minúsculo, y se escapa un gemido sofocado. Un instante después, el pastelito sucumbe a la gravedad retardada de los dibujos animados y cae al suelo, derrumbándose bajo la carga de su nuevo peso.

El verano que descubrí la existencia de la cadena alimenticia, tenía ocho años. Me obsesioné con ella de un modo que me volvió extrovertida, se lo explicaba a todo niño o adulto dispuesto a escuchar. Dibujaba mapas de las relaciones presa-depredador en todos mis cuadernos y carpetas, grandes redes en las que yo siempre aparecía retratada en alguna esquina superior, cerca de todos mis alimentos favoritos. Les dije a mis padres que de mayor sería ecologista para averiguar qué animales endémicos de continentes o hábitats totalmente distintos, como la tierra, el agua o las cuevas, podrían comerse unos a otros si se les pusiera en el mismo lugar. Rellenaba los huecos y todos los animales se conectaban entre sí mediante una flecha unidireccional que salía de la presa hasta la boca de su depredador. Era un sistema ordenado, como el agua de lluvia que se convierte en agua del mar y se condensa de nuevo en pequeñas gotitas de lluvia. Era un ciclo cárnico, y cuando cenaba espaguetis con albóndigas o sopa de fideos con pollo, me acostaba convencida de que participar en la economía cárnica significaba que, algún día, a mí también se me comería algo más grande que yo o quizá un montón de cosas mucho más pequeñas.

Ese otoño nos mudamos a un nuevo distrito escolar a cuarenta y cinco minutos de nuestra antigua casa, y nuestro nuevo barrio era más verde y más húmedo que el anterior, con más espacio entre las casas. No conocía a nadie, y por las tardes me adentraba en el bosque de detrás de nuestra casa y levantaba piedras y troncos para ver lo que había debajo. Debajo olía a sótano, y la madera oscurecida por la humedad tenía una textura más suave, como de terciopelo mojado. Volcaba el tronco y observaba cómo se dispersaba lo que había debajo: escarabajos negros con una laca permanente adherida a su dura cubierta, hormigas de diferentes tonalidades de marrón y rojo, lombrices y gusanos blancos, acortados, sin ojos ni cara. Los pinchaba con una ramita o una brizna larga de hierba dura, haciendo que los gusanos se revolcaran por el abundante fango, arreando a un escarabajo hasta un terrón oscuro por el que grandes hormigas negras desaparecían bajo la tierra. Intentaba darles de comer los insectos más pequeños a los más grandes. Quería que todos se mezclaran, que lucharan, que me mostraran en tiempo real lo que significaba vivir y morir.

Encontré una lombriz medio sumergida en terreno acuoso, donde una larva de libélula se la estaba comiendo. La lombriz era más grande y fuerte; su cuerpo, un único músculo que se retorcía para salir del agua y volvía a caer, fracasada. Se esforzaba, retrayendo su largo cuerpo en pequeños arcos y espirales, lo que no causaba ningún efecto en la larva, que trabajaba con calma para agujerear a mordiscos uno de sus extremos, soltando un fino rastro blanco turbio que flotaba

en el agua encharcada.

Salí de mi cuarto y entré en la cocina, donde B estaba sentada mirando el frigorífico.

—No sé qué me apetece comer —me dijo.

—¿Quieres un sándwich? —sugerí—. Puedo prepararte uno.

Los sándwiches que le preparaba a B eran de pan blanco, salsas, queso en lonchas y nada de carne. B aseguraba que la carne era difícil de digerir, pero yo creo que simplemente no quería ingerir las calorías. En vez de quitarle las cortezas, aplastaba el sándwich con la palma de la mano para convertirlo en una especie de posavasos comestible. Era una forma de engañar a B para hacerle creer que contenía menos alimento. Luego se lo ponía en un plato, lo cortaba en diagonal, y se lo daba. Me preparaba uno para mí mientras, con el rabillo del ojo, la observaba hacerlo pedazos, quitarle el queso, arrancar el centro blanco del pan, que engordaba más, y tirarlo, para quedarse solo con las cortezas con mayonesa, que mordisqueaba.

—No, es demasiado —dijo—. No quiero excederme comiendo cuando fuera hace tanto calor. ¿Qué ibas a tomar tú?

—Un sándwich —contesté.

B se quedó mirando fijamente hacia el frente, mordiéndose el labio mientras lo consideraba con detenimiento. Finalmente anunció:

—Tomemos un polo.

Los polos venían en packs de cincuenta y eran de colores vivos por el colorante artificial, aunque solo había tres sabores: rojo, rosa y naranja. A B le encantaban estas cosas que eran más un color que un alimento, le encantaba comérselos de día o de noche mientras se bebía el vodka con sabor a limón del congelador. Desde que se mudó, yo había empezado a comer más polos y menos de todo lo demás. Sus hábitos eran contagiosos. Podía hacerme una idea de cuántas cajas se zampaba cada semana por los vasos de plástico llenos de palitos de polos, colillas y líquido de color atardecer que encontraba en la sala de estar al volver a casa. Una vez le pregunté por qué comía tantos cuando, por otro lado, no quería probar ni una bola de helado. Trajo la caja y me explicó que, aunque supieran a zumo, estaban hechos de algo mejor. Cada polo contenía unas quince calorías y con simplemente chuparlo con energía podías quemar casi la misma cantidad.

—Se borran de tu cuerpo —me contó mientras yo me acercaba la caja para distinguir la letra pequeña.

B vino de la cocina y me dio un polo con el envoltorio céreo cubierto de escarcha. Salimos gateando por la ventana para subirnos al tejado, como solíamos hacer, y nos quedamos allí sentadas con el calor estival cayendo a plomo sobre nuestros brazos y piernas. El sudor perlaba la superficie de nuestra piel y daba la impresión de cobrar vida, como si fueran muchas patitas listas para ponerse en movimiento.

Nuestros polos eran de un naranja idéntico, y cada uno era un siamés, unidos en el centro con palitos que sobresalían de ambas mitades. Una naranja navel, o de ombligo, es algo parecido, pues ese ombligo es otra fruta independiente que intenta crecer dentro de la base de la primera, pero que al chocar por todos lados se vuelve seca, estéril e insípida. No tienen huesos o semillas, por lo que los árboles nuevos solo se cultivan mediante esquejes e injertos, lo que significa que son básicamente clones unos de otros. Yo acababa de situarme en el punto exacto del tejado en el que me gustaba sentarme, desde donde podía ver mi habitación y también la cocina de la casa de al lado y la sala de estar de la de enfrente, donde tenían aquel perro loco, pero B ya le había quitado el envoltorio al suyo y se había lanzado al ataque, mordiéndolo primero y luego

sujetando la punta en la boca para que se ablandara. De su boca provenían sonidos de chupeteo mientras la pringue naranja se encharcaba en torno a sus dientes. Se concentraba en él como si llevara días sin comer. Salvo por los polos, el té, el tabaco y los cócteles cutres que se preparaba con el vodka con sabor a limón que alguien había dejado en nuestro congelador después de una fiesta, B en realidad no comía. Tal vez estuviera reservándose el estómago para algo que aún no existía. Eché un vistazo a la casa al otro lado de la calle e intenté encontrar al perro mientras rompía el envoltorio de mi helado, pegajoso por dentro por el zumo del polo, un zumo que me coloreaba las manos al intentar despegar el polo de su piel.

Un calor radiante temblaba a nuestro alrededor mientras nos los comíamos; el rostro nos brillaba por el sudor. Los sonidos de los cortacéspedes y los pájaros pendían como cadenas en el aire en calma. Le di ventaja a uno de los lados del polo para acabármelo primero y luego poder concentrarme en un polo normal con un único palito. El sudor me corría por la frente y se me metió en un ojo. Luego se oyó el sonido de un motor que se hacía cada vez más fuerte, violento en aquella tarde pesada, y vimos cómo el coche del vecino llegaba lentamente por la calle. Conducía el hombre, y su mujer y su hija también iban dentro. B dejó de lamer para observar cómo el coche recorría el camino de entrada al otro lado de la calle, y cuando volvió a bajar la vista y se dio cuenta de que su polo estaba goteando, se arrastró por todo el tejado en busca de hormigas que ahogar en el sirope brillante y pegajoso. Se encorvó sobre ellas, haciendo oscilar por encima el último trozo, girando el palito con los dedos para que goteara a un ritmo más constante. Las hormigas forcejearon unos instantes y, cuando pararon, llegaron otras para alimentarse minúsculamente de la pringue roja.

Cambié el peso de una rodilla a otra para verlas más de cerca, las moribundas y las que aún no se morían; muchas intentaban zamparse la sustancia que había matado a las demás. Las hormigas vivas daban la impresión de estar angustiadas, o quizá solo entusiasmadas: yo quería saber si era lo uno o lo otro. Me quedé mirando de cerca a un grupo desde arriba, proyectando mi sombra sobre su aglomeración, y esperé a ver alguna señal que me dijera si estaban preocupándose unas por otras o simplemente comiendo. B había perdido el interés por las hormigas, pero me miraba a mí con intensidad.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Las hormigas —respondí—. Se están muriendo. Y luego creía que algunas venían a ayudar, pero en realidad creo que están intentando comerse el sirope.

—Es un poco morboso —dijo B.

—No entiendo por qué intentas matarlas —dije yo—. Nunca entran en casa. Y cuando las matas así dejan manchas pegajosas por todo el tejado. Algún día tendremos que limpiarlo.

—Se mueren en el azúcar —respondió con naturalidad—. Es la mejor muerte posible para una hormiga.

De no muy lejos nos llegó un ruido extraño, y las dos nos pusimos de pie para ver mejor. De la casa al otro lado de la calle, la de las hortensias de aspecto caro y el novedoso buzón en forma de granero, la del perro loco y la hija que daba clases de ballet los martes, jueves y viernes, tres figuras salían en fila por la puerta principal. Todas iban tapadas por una sábana blanca, grande y lisa, con agujeros recortados a la altura de los ojos. La figura más grande ayudó a la siguiente más grande a bajar los escalones delanteros, mientras que la más pequeña a duras penas se las arregló por su cuenta, tropezándose con todas las puntas que arrastraban de su enorme velo.

B y yo observamos cómo nuestros vecinos caminaban cubiertos por sábanas y arrastraban los pies hasta el coche familiar. El marido le abrió a su mujer la puerta del copiloto y luego rodeó todo el vehículo para abrirle la puerta trasera del lado del conductor a la niña pequeña, diminuta bajo su capa blanca. Luego regresó, subió los escalones y entró en la casa. Nos quedamos mirando la puerta lo que debió de ser un buen rato. Los pájaros pugnaban entre ellos, en el oscuro interior de los arbustos de enebro, por cosas que no comprendíamos. El cuerpo más pequeño se removía inquieto en el asiento trasero del sedán. El padre volvió, sosteniendo un bote de espray que resultó ser pintura rojo cereza. Se quedó de pie delante de la puerta del garaje y, con grandes letras mayúsculas combadas, deletreó:

AQUEL QUE SE SIENTA A MI LADO,
COMAMOS COMO UNO.

El hombre fantasma bajó la vista a su espray de pintura como quien se pregunta qué acaba de hacer y si lo habrá hecho correctamente. Después lo dejó en el suelo del camino de entrada y se subió al coche. Se oyó el sonido del motor al arrancar, las ruedas rechinaron contra la gravilla, y en un instante ya no estaban. Se habían dejado abierta la puerta principal.

B y yo nos quedamos un rato mirando la casa vacía, luego ella se dio la vuelta y, trepando y pasando por encima de los charcos de zumo de polo y hormigas muertas, volvió a entrar en casa. Entrecerré los ojos para seguir observando la casa de los vecinos, una gota de sudor me empapó las pestañas y me hizo parpadear. A través de las ventanas delanteras alcanzaba a ver las esquinas de sus muebles, cubiertos por aún más sábanas de tela blanca. Tenía el aspecto de una habitación a punto de ser fumigada o pintada por profesionales, sometida a algún tipo de transformación rutinaria. Permanecí allí sentada, quizá una media hora, sin quitarle ojo a la casa vacía por si a continuación ocurría cualquier otra cosa. Pero no ocurrió nada. Cuando las hormigas empezaron a caminar por encima de mí, me las sacudí y volví a entrar por la ventana. Seguía teniendo hambre cuando regresé a mi habitación. Me quedé mirando el puñado de pelo un rato antes de encender la televisión pequeña de mi dormitorio, la que veía cuando no quería hacerlo cerca de B.

Estaban echando otro anuncio de Kandy Kakes. Este formaba parte de la última serie publicitaria que mezclaba elementos animados y reales. En esta nueva serie, Kandy Kat a menudo lograba dar caza o por lo menos llegaba a tocar los pastelitos, pero estos últimos se proyectaban como imágenes reales, objetos tridimensionales, mientras que el gato seguía siendo un dibujo animado plano. En todo momento la gracia consistía en que por mucho que lo intentara, Kandy Kat jamás lograba echarse un Kandy Kake al gaznate: los dos tipos de materia eran radicalmente incompatibles. Lo que estaba en sintonía con una campaña publicitaria que giraba en torno al argumento de que los Kandy Kakes estaban hechos de Lo Auténtico. Tal vez no fuera un material natural, pero sin duda era un material tridimensional procedente de nuestro universo físico y similar a nosotros de un modo que no podría serlo respecto a cuerpos de un mundo animado.

En este anuncio, Kandy Kat camina tambaleándose por un paisaje animado lleno de árboles que bailan. Los árboles contonean la cintura y cantan la melodía de los Kandy Kakes mientras unos pajaritos tocan las campanas y las maracas sobre sus ramas. Se distinguen cada una de las costillas del cuerpo parduzco de Kandy Kat mientras se tambalea dando saltitos por el bosque,

disfrutando de lo que aparenta ser un día agradable. Parece bastante despreocupado, ajeno al hambre y a las palabras que los árboles vivientes canturrean a su alrededor, cuando de repente, en un claro en mitad del bosque, se topa con una bandeja de Kandy Kakes, tridimensionales e hiperreales en medio del follaje pintado, resplandeciendo con una luz centelleante que no es ni real ni de dibujo animado, sino algo intermedio. En una secuencia rápida, evoluciona entre espasmos de asombro, sorpresa, placer, incredulidad, de nuevo placer y luego un hambre atroz. Las costillas le palpitan. Y cuando trata de agarrar la bandeja, se ve claramente su extrema delgadez en movimiento: la piel del antebrazo le cuelga un poco, los huesos y tendones del brazo aparecen de forma descarnada con un sombreado paralelo debajo que acentúa el efecto. Los ojos se le hacen más grandes y blancos dentro de sus enormes cuencas dibujadas. En ese momento, deseo con todas mis fuerzas que coja aunque sea uno de esos asquerosos Kakes y se lo trague hasta lo más profundo de su ser, lo que sea, lo que sea con tal de dar cierta firmeza a su cuerpo.

Pero cuando su mano por fin alcanza la bandeja e intenta agarrar un Kandy Kake, ninguno de los pastelitos cede. Es difícil describirlo. Es como si la mano de Kandy Kat los tocara a través del resplandor, pero ellos ni se inmutaran. No es como si fueran una fotografía, sino como si fueran tan increíblemente pesados que el gato necesitara algo más para moverlos. Así que Kandy Kat desaparece del fotograma, regresa con un tenedor tan grande que da risa, apunta con él a la bandeja y lo clava, pero da la impresión de que el tenedor simplemente pasa a través de ellos como si estuvieran hechos de aire; Kandy Kat los pincha más despacio y a continuación levanta el tenedor y lo mira, confundido. Luego vuelve a salir corriendo del fotograma y regresa con un hacha, que hace exactamente lo mismo, nada, por muchos hachazos que le propine a la bandeja. Mientras tanto el bosque aparece cada vez más destrozado. Y cuando sale corriendo otra vez de la pantalla y regresa, trae consigo toneladas de dinamita, que distribuye alrededor de los pastelitos y detona en una enorme explosión que ennegrece a todos los árboles y pájaros, cuyos pequeños ojos blancos parpadean, atónitos, sin dar crédito. La bandeja de pastelitos resplandece con más esplendor que nunca sobre ese fondo abrasado, y por último Kandy Kat se limita a abrirse el hocico de par en par con las dos manos, tanto que duele y cruje, y se abalanza con la boca sobre el plato y los Kakes, atrapando su resplandor dentro de la boca mientras yace en el suelo del bosque.

Ahora su boca aparece algo así como succionada por la tierra, y se esfuerza, con mucho cuidado, por cerrarla, intentando unir los labios, mordiendo la tierra para impedir que ningún valioso bocado se pierda en el proceso, y lentamente acaba abarcando una dentellada de tierra y una bandeja y los Kakes. Se pone de pie, temblando, con la boca llena. Hay grandes marcas de mordiscos en el suelo donde sus dientes han arrancado la tierra. Y, tímidamente, mordisquea.

Ni siquiera emite un sonido.

La confusión se trasluce en su rostro, y muerde otra vez, y otra vez, cada vez más rápido: nada. Luego, estirando el pescuezo hasta el ancho adecuado, trata de tragarse la bandeja entera, una y otra vez, nada. Por último, descorazonado, escupe la bandeja, con los Kakes intactos y perfectos, aún bañados por ese extraño resplandor mágico, aunque ahora el resplandor tiene algo de engreído. Kandy Kat mira hacia la pantalla y sus ojos brillan con lágrimas nuevas. KANDY KAKES, se lee en la pantalla. LO AUTÉNTICO. LO BUENO DE VERDAD.

Bajé la vista a mi cuerpo como si fuera la primera vez. Sentí cómo el miedo me obstruía la parte de la garganta por la que tragaba. Me llevé la mano al estómago. Pensé en la pequeña niña

envuelta en el asiento de atrás del sedán de cuatro puertas, tan lánguida e inmóvil que podría haber sido un montón de ropa sucia. Me pregunté qué le habría ocurrido a su perro. Yo tenía un cardenal en el muslo izquierdo que no había visto antes, y más hambre que nunca. En la pantalla del televisor, las noticias de la noche volvieron después de los anuncios. Había habido grandes avances en las pruebas preliminares de un nuevo medicamento contra el cáncer destinado a aumentar la sensibilidad del sistema inmunológico a células somáticas comunes que crecían a velocidades anormales. La mitad de los animales empleados en las pruebas presentó un crecimiento extraordinariamente menor en tumores y otras estructuras poco habituales, así como una disminución del número de nuevas anomalías. La otra mitad murió.

CAPÍTULO 2

En un programa televisivo de entrevistas, hablaba un hombre llamado Michael cuya mirada se desviaba una y otra vez hacia algo al otro lado de la cámara, para regresar de inmediato a su lugar cuando el presentador se lo indicaba. Le habían afeitado la cabeza, mal. Estaba sentado en un sillón morado que parecía feo y al mismo tiempo caro, vestía un bonito traje gris del que no paraba de darse tirones para que se le ciñera más al cuerpo. Estaba allí para explicar la serie de acontecimientos que había desencadenado su detención, y se había preparado un vídeo para que lo incitara a hablar. Por encima de su cabeza, la pantalla se fundió a negro y luego aparecieron varias escenas de cría de terneros: tomas temblorosas, cámara en mano, que mostraban a los animales entre rejas infinitas que se extendían por largas salas oscuras. Comían en fila, dormían en fila, sujetos a sus puestos por trozos de cadena. La inmovilidad mantenía su carne tierna, impedía que el esfuerzo físico anudase las fibras de su carne y las convirtiera en músculo. Su dieta baja en hierro aseguraba que el color no se limitaría al interior de sus cuerpos. La falta de luz evitaba que el pigmento madurase en la carne. En la oscuridad del almacén de la granja, los terneros se volvían cada vez más y más blancos y tiernos, y el pensar en esta oscuridad que envolvía tantísimas vidas hinchadas suscitó en Michael un paternal instinto de protección, además de un hambre desaforada.

En el supermercado cerca de su piso, los trozos de carne pálida no tenían rostro, aunque de algún modo parecían tristes. La tristeza estaba en la carne. O tal vez estuviera en él; era incapaz de discernirlo: planeaba entre ambos, estirada y tensa como una cuerda. Observó los cortes, extendidos sobre el poliestireno. Toqueteó los envases, hizo marcas con los dedos en la carne envuelta en plástico, y vio cómo desaparecían en el momento en que retiraba la mano de la superficie. Cuando los sostenía podía sentir los grandes espacios misteriosos y llenos de vida que gemía. El supermercado solo tenía a la venta cinco o seis paquetes de ternera, compró la mitad y se los llevó a casa. No sabía qué haría con ellos después. *Yo solo quería liberarlos*, afirmó en televisión.

Michael almacenaba chuletas en su frigorífico y las dejaba allí en la fría oscuridad. Trabajaba seis días a la semana repartiendo correo a través de delgadas ranuras. Mientras hacía las rondas, pensaba en la carne que tiritaba en las baldas. Seccionada y atrofiada, seguía necesitando un guardián. Cuando regresó al supermercado, la sección de ternera había vuelto a aumentar, como si él nunca hubiera estado allí, como si nunca hubiera sostenido los envases duros ni los hubiera sacado a la luz del sol y a continuación los hubiera vuelto a meter en la fría oscuridad del frigorífico. Esta vez compró toda la ternera, siguió haciéndolo durante semanas, y luego simplemente la guardó hasta que no quedó espacio para la ternera nueva. Dado que no tenía sitio

para almacenarla, empezó a comérsela, esa carne que no cabía, y fue depositándola en la absoluta oscuridad de su tracto digestivo, echándosela entre pecho y espalda como si fuera el lugar más seguro del mundo. La cocinaba de forma sencilla, sazonada con sal y pimienta, frita con mantequilla en la sartén. Cada vez tenía menos claro el sentido del acto de salvar la ternera, aunque cada vez le resultara más fácil y natural hacerlo.

Al mismo tiempo, el supermercado había empezado a almacenar más existencias para satisfacer la demanda de sus clientes, una demanda que consistía únicamente en él. Ahora había entre diez y doce paquetes de ternera cada vez que iba. No podía permitirse comprarlos todos, pero lo hacía de todas formas, y los enterraba en un agujero que cavó en el jardín lateral cerca de los rododendros, porque el frigorífico estaba lleno. Cuando gastó lo que había en su cuenta bancaria, empezó a llevárselos de extranjis debajo de la camisa, con las caras planas de la ternera apretadas contra su estómago lechoso y blando, trozo a trozo, hasta que un día lo detuvieron acusándolo de múltiples robos y asaltos con agravantes.

Los suaves bordes de las chuletas: como si simplemente hubieran crecido de esa forma, perfectas y sin glándulas. Como si las hubieran despegado, con delicadeza, de una chuleta más grande, una masa larga, cilíndrica y plácida. Ese color uniforme y mezclado de la carne, la esporádica veta de blanco puro que la perfilaba, dando a entender que tenía un pasado como algo más grande. Cuánta belleza en la carencia de conductos u orificios, algo unitario y completo, imposible de alimentar o de infligirle dolor. Un prado lleno de chuletas de ternera sentadas bajo el sol, mirando al cielo sin ojos.

No podía hacer nada por los terneros —dijo—. *Soy solo un hombre. Pero para mis adentros pensé: yo puedo hacer algo por estas chuletas.*

Le eché un vistazo a C, sentado a mi lado en el sofá, con el brazo echado por encima de mi hombro. Chupó el resto de la cerveza de la parte superior de la lata y luego pasó la lengua por la hendidura. A C se le daba muy bien ver la televisión. Podía pasarse las horas sin que se le dibujara esa expresión de muerto en la cara, la misma que a B y a mí se nos ponía a veces después de exponernos demasiado tiempo a su luz cambiante e hipercolorida. Con el mando en la mano y mi cabeza en el ángulo de su brazo, podía atraerme hacia él para darme un beso con la misma facilidad con que cambiaba de canal. De vez en cuando lo hacía, sin volver la cabeza; sus labios secos me tocaban, y el contacto con mi cara era suave, como si limpiara la piel con una bola de algodón. C encajaba a la perfección con su vida y con el periodo histórico en el que esta se desarrollaba. No anhelaba volver a un pasado más simple ni destruir la época actual o construir un futuro mejor. Iba tan campante por la vida. Esta era una de las cosas que hacían que nuestra relación funcionara tan bien: él siempre daba por sentado que yo era igual de feliz, incluso cuando no era el caso. Con C, podía quedarme allí sentada y pasar por un ciclo de pena, rabia, tristeza, ambivalencia y adaptación, todo sin perturbar la cómoda relación entre nosotros. Como resultado, él me describía como una persona de trato fácil. Y a veces, cuando las comisuras internas de los ojos me escocían y sabía que estaba a punto de desbordarme, me bastaba con echarle un vistazo a él y a su sonrisa totalmente normal para darme cuenta de que había malinterpretado por completo mi propia situación. Después, sintiera lo que sintiera, ese sentimiento se vaciaba de forma que todo lo que sentía era que yo no sabía lo que sentía.

—Lo que describes se llama *satori* —me decía C con rotundidad—. Es el término budista

para la felicidad, concretamente para quitarse un peso de encima. Se parece a lo que nosotros llamaríamos paz. Deberías aprender a abrazarlo, no a matarte pensando en él —añadió.

Esto es la felicidad, pensé mientras el aire acondicionado zumbaba detrás de mí como un solo insecto monstruoso. La cara me cosquilleaba o se me estaba durmiendo un lado. Tenía la esperanza de que la felicidad sería más cálida, más íntima, más envolvente. Más emocionante, como una de las cosas que les ocurren en televisión a las personas de la televisión, no el atontamiento tranquilizante de ver cómo ocurren. La mano lacia de C estaba bañada en sudor. Bajo ella mi vello corporal temblaba de frío. A C le gustaba tener la misma temperatura en verano que en invierno, para así poder ponerse su jersey favorito todo el año, uno de lana azul con bultitos que estaba empezando a estropearse por los codos. Me pareció ver mi propio aliento en el aire glacial, pero probablemente no fuera más que polvo. Retorcí los hombros bajo su brazo para intentar generar calor, y en respuesta me estrechó con más fuerza, lo que dificultaba que me moviera. Meneé la cabeza de un lado a otro, hice ruiditos con la garganta que indicaban que tenía algo que decir. Sentí tristeza; luego se me pasó la tristeza de nuevo. Unos pájaros se posaron en el viejo roble fuera de la ventana, se quedaron allí, esperaron y después se marcharon. ¿Adónde habían ido?, y ¿estaban mejor en ese lugar? Desde dentro, ver los árboles fuera combándose por el calor era como ver la televisión, un pequeño agujero en el mundo que comunicaba con algo con lo que no tenía nada que ver y estaba atrapado tras el cristal.

—Eh —dije—. ¿Sigues ahí?

—Ajá —respondió C.

Volví a mirar la pantalla del televisor. Estaban cortando y cortando un gran trozo de ternera en pedazos cada vez más pequeños y numerosos. Se parecía a algo que creciera, se derritiera y se expandiera por toda la pantalla.

—Qué cosa más rara —dije—. Quería evitar que la gente comiera ternera y al final él comía más que nadie.

C volvió la cabeza para mirarme por primera vez en un buen rato.

—O —dijo él— quería comérsela y eso lo asustaba. Interpretó ese miedo como un miedo al acto, y luego lo utilizó de forma más aceptable para volver a justificar lo que había querido hacer desde el principio, que era comérsela.

Con su jersey azul, bajo la luz ligeramente azul, parecía lejano y aniñado.

—No sé —repuse—. Eso es muy enrevesado. Yo pensé que parecía asustado. Parecía enfermo. ¿Viste cómo no dejaba de tirarse y ajustarse el traje todo el rato? Daba la sensación de que estuviera pensando en la carne dentro de él.

—Bueno, también es que está colgado —dijo C sin inmutarse.

C decía que todo el mundo estaba colgado.

Retorcí mi cuerpo dentro del abrazo de C para conseguir mejores vistas del televisor, que parpadeaba con color, luz y sonido. ¿Qué era lo que volvía loca a una persona mientras que el resto del mundo a su alrededor permanecía indemne? Se lo preguntaría a C en la siguiente pausa publicitaria. *Lo que quieren las chuletas* —pensé para mis adentros—. *La carne desea algo distinto a su suma*, intenté pensar, pero no estaba segura, no sonaba bien. La respiración de C a mi lado era prolongada, lenta y serena, y me consolé con el hecho de que lo que pasaba por su mente era lo mismo que pasaba por la mía: la imagen en la pantalla del rostro tenso por el pánico de Michael se abría paso desde nuestros ojos hacia el centro del cerebro, a través de senderos neuronales que se ramificaban hasta un fangoso núcleo afectivo. Aunque no sintiéramos lo

mismo por la imagen y su significado, al menos estaba dentro de los dos, actuando sobre nuestras partes internas. La imagen hizo que algo me diera un zarpazo por dentro. Sentado en su feo sillón, Michael irradiaba una energía lastimera y atrapada. Se aferraba al aire al describir cómo sacaba las raciones de carne de su envase, cómo las despegaba de las bandejas de poliestireno y las extendía sobre la sartén. Describía la mansedumbre de la carne, cómo confiaba, y los ojos se le volvían grandes y gelatinosos como los de un ciervo. Cuando bajaba la vista hacia la chuleta imaginaria que había en su mano, su cara era la de un santo.

En ese momento deseé que C me mirara así, me tocara así, y me pregunté si existía la forma de engatusarlo para que hiciera lo que yo quería. La marca de cosméticos Fluvia acababa de sacar un nuevo producto diseñado para suavizar la piel ablandando las capas subdérmicas que a veces eran fibrosas por cosas como la grasa, el músculo y los poros. El anuncio afirmaba que nadie podría resistirse a enamorarse de tu nueva piel y luego mostraba a una mujer hermosa inmóvil mientras su novio, su jefe, su mejor amigo y su archienemigo del trabajo se congregaban a su alrededor y, perplejos, acariciaban su piel con la punta de los dedos. Pero yo no creía que un producto así tuviera ninguna influencia sobre C. Era una de esas escasas personas que daban la impresión de hacer solo las cosas que habían sido originalmente idea suya. Cuando compraba espray desodorante para las axilas en el supermercado Wally's de al lado de su bloque, era como si se le acabara de ocurrir que lo necesitaba y el producto correcto se hubiera presentado sin más ante él; sin embargo, yo sabía que había visto los anuncios porque yo los había visto con él, lo había visto reírse de ellos. Era un consumidor elegante: sabía consumir sin consumirse a su vez.

En la sala de estar de C, el televisor seguía hablando. Debía de ser por la mañana temprano: el programa tenía toda la tranquila irrelevancia de la parrilla en un horario en el que solo los confinados, los ancianos y los enfermos ven la televisión. Michael seguía en la pantalla, explicando lo que lo empujó a atacar a un empleado del supermercado con las chuletas de ternera que se había escondido bajo la camisa. *Me paró y me preguntó qué llevaba debajo de la ropa. Me dijo que en su tienda robar tenía consecuencias* —dijo Michael—. *Fue ahí cuando me di cuenta de que no solo estaba comiéndome las chuletas. Me estaba comiendo toda una maquinaria, una maquinaria mucho más grande que yo, y mucho mejor organizada. Y cuando pensé en todas las piezas de esa maquinaria, los prados y la hierba y las máquinas trinchadoras y las de embalaje en plástico y las cancelas de la granja de cría intensiva y los fabricantes de acero y la persona que etiquetaba el precio en los envases, y la persona que mataba a los terneros, y las personas que la esperaban en casa después del trabajo, cómo todas esas y otras piezas invisibles trabajaban sin parar dentro del trozo de carne…, no sé. Me sentí muy lleno. Antes estaba muy vacío y ahora estaba tan lleno que quizá vomitase. Y sabía que si lo hacía, no sería más que ternera, solo ternera. Toda la ternera que había escondido del peligro. No podía permitir que eso sucediera. Así que supongo que simplemente me entró el pánico.*

En la granulosa grabación de videovigilancia, unas pequeñas figuras desprovistas de color forcejeaban con rectángulos de colores claros, tirando de ellos en direcciones opuestas. Michael era el de pelo moreno, el más delgado y alto, que se enfrentaba a un empleado de la tienda ataviado con el uniforme de Wally's, con su enorme cabeza sonriente de gomaespuma. Aunque Michael superaba en tamaño y en fuerza al chico de la tienda de comestibles, cuyos brazos fofos asomaban por las mangas de su polo, la mueca de su cara denotaba que estaba asustado, como una foto de un hombre en una montaña rusa, tomada en plena caída en picado. Empezó a golpear una y otra y otra vez al dependiente uniformado con un envase de ternera, mientras otro cliente

se detenía a mirar. Por último, algo oscuro salió del empleado y se derramó por el suelo: podía haber sido sangre o vómito. Por la imagen, la tienda era idéntica a la que había en la calle donde vivía C.

¿Se ve a sí mismo como un héroe? —preguntó la entrevistadora, una mujer vestida de azul real con un peinado tieso y escultural.

¿Qué? —preguntó Michael—. ¿Qué?

Parecía muy confundido, doblemente confundido, como si la pregunta lo confundiera, pero también, y eso era más importante, como si ni siquiera comprendiera dónde estaba, cómo había llegado allí o cómo volver a salir.

Cuando lo miré de nuevo, C se había dormido. Tenía la cabeza echada para atrás y la boca abierta apuntando hacia arriba; toda dureza lo había abandonado, tenía las manos flácidas y dóciles como flores. Vi todas las cosas que me gustaban de su cuerpo como dispuestas sobre un mapa, y supe cómo sería su pecho al contacto con mis manos, supe cómo sería morder el lóbulo de su oreja entre mis dientes y apretar. Al mismo tiempo, no tenía ni idea de en qué consistían sus sueños, si yo alguna vez aparecía en ellos, si aparecían otras mujeres que yo conocía o que no conocía. Pese a haber pasado con C horas y horas durante meses, comprendía mejor lo que ocurría dentro de la psique totalmente trastornada por la ternera de Michael. Lo que Michael quería se filtraba a través de él como la sangre a través de un tejido. C, por el contrario, seguía siendo un misterio. Todavía tenía la vista fija en él cuando se despertó, mirándome directamente a los ojos, rascándose la mejilla medio adormilado.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta? —preguntó.

Antes de que pudiera contestar, se levantó.

—Tenemos que recoger la colada —dijo.

C se mudó de jersey como preparación para embutirse en la piel veraniega. Aspiró bruscamente, sorbió los mocos por la cavidad nasal. Nos estábamos comportando exactamente como se comportaba la gente, no había nada malo que pudiera señalar, pero por alguna razón yo no sentía esa sensación de no estar sola que se suponía que experimentabas cuando estabas en compañía de otra persona. ¿Había algo que me uniese a mi vida que fuese una cuestión de necesidad y no de azar? No era mi cuerpo, que podía desplazarse de un lugar a otro, de un trabajo a otro, que podía alimentar con casi cualquier cosa, emparejar con cualquier persona. No era mi mente, que se aferraba a las vidas falsas de las personas de la televisión con más entusiasmo del que dedicaba a su vida. A veces me paraba a pensar en C y se me ocurría que los genitales de cualquier hombre, por muy grandes o morfológicamente extraños que fueran, tenían la garantía de caber en los míos. Nuestro emparejamiento era pura coincidencia o, como mucho, suerte. Deseé que por una vez él estuviera de acuerdo conmigo en al menos una cosa sobre cómo yo veía el mundo.

La lavandería automática quedaba a diez minutos a pie del bloque de C, un edificio independiente con un aparcamiento cochambroso y plagado de grietas en las que los dientes de león pugnaban por crecer. En el mostrador principal vendían detergente, suavizante y lejía. También vendían tampones, espuma de afeitar, maquinillas desechables, juguetitos de dinosaurios hechos de plástico fosforescente, lápices de regalo, chocolatinas y perritos calientes. C pidió un perrito caliente a una adolescente quemada por el sol que, sentada tras el mostrador,

veía un concurso en el que una mujer maquillaba a un hombre que deduje que podría ser su marido.

—¿Quieres uno? —preguntó C—. Mmm —añadió con la boca llena. Hacía ruiditos chirriantes al masticar. La piel de la salchicha estallaba, se rajaba, se rasgaba.

—No me apetece —respondí.

El sabor de los perritos calientes de la lavandería no estaba mal, pero a veces encontrabas dentro trocitos de cosas que tenían la textura de unos nudillos. No había mucha más gente en el local, solo ancianas que, apoyadas en las mesas plegables, observaban cómo se retorcían sus prendas detrás del grueso cristal de las lavadoras. Nos acercamos a nuestra secadora, donde la ropa llevaba parada más de una hora. Abrí la puerta y la estrujé. Al tacto parecía pelo de animal húmedo y mustio.

—Sigue mojada —dije.

C introdujo unas cuantas monedas más en la ranura.

Me senté de un salto en una mesa plegable y miré cómo la ropa daba tumbos hacia lo alto del tambor y caía de nuevo hasta el fondo, una y otra vez. C tenía la vista puesta en el mostrador.

—¿Me tomo otro perrito caliente? —preguntó.

Se me revolvieron las tripas.

—Probablemente me entrará hambre cuando acabemos con esto —dije, con la esperanza de que después fuéramos a otro sitio. Ya tenía hambre, pero no quería enfrentarme a que C me obligara a comerme uno de aquellos perritos calientes o a explicarle por qué no quería hacerlo o lo que había comido últimamente con B.

—Sí, pero de todas formas —dijo—, para eso puede que todavía falten cuarenta minutos o más, y no sé si aguantaré.

Miró en dirección a la chica del mostrador y se acercó, pidió otro perrito y lo engulló con esfuerzo mientras le echaba un vistazo al teléfono que sostenía con la otra mano.

Todas las máquinas de la lavandería estaban llenas, pese a que el local estaba casi vacío. El tejido de color claro giraba y giraba sin cesar, y por el aspecto del agua sin espuma daba la impresión de que las lavadoras llevaban un buen rato en funcionamiento. Saqué mi teléfono para comprobar si C estaba haciendo algo con el suyo que yo pudiera ver en el mío, pero no era el caso. Las viejas leían revistas o miraban al vacío. La chica detrás del mostrador desenvolvía un paquete de chicles. En la pantalla de televisión instalada en el techo, la mujer posaba orgullosa junto a su marido, y el maquillaje espeso y endurecido les confería a ambos un aspecto extrañamente parecido.

C regresó y se apoyó en la mesa plegable.

—He hecho lo que tenía que hacer —dijo, satisfecho.

—Me alegro —dije.

Me fijé en una pila, de casi un metro de alto, de sábanas blancas dobladas que había enfrente. Al lado había otra pila más baja, recién planchada y doblada. Había decenas y decenas de sábanas, todas ordenadas con esmero, todas de un blanco liso y sedoso.

—¿Para qué crees que son todas esas sábanas?

C les echó un vistazo.

—Seguramente para lo normal —respondió—. ¿A qué te refieres?

—El otro día vi una cosa extraña —dije.

C se volvió hacia mí, sin interrumpir lo que estuviera haciendo con el teléfono.

—Ajá —dijo.

—Pues estaba en el tejado —empecé a contarle—. Los vecinos de la acera de enfrente llegaron a casa por la tarde, temprano, algo que no pasa nunca. Entraron en la casa un momento, unos cinco minutos o así. Poco tiempo, como si ya lo tuvieran todo preparado. Luego salieron de nuevo, todos cubiertos con sábanas blancas con agujeros recortados para los ojos, como disfraces baratos de fantasma. Era bastante cutre, los agujeros ni siquiera coincidían bien con los ojos. Después se montaron en el coche y se marcharon, y desde entonces no han vuelto.

—¿Y qué pasó con el perro? —preguntó C—. El perro escandaloso.

—No sé —contesté—. He estado pendiente y ya nunca lo oigo. Estoy pendiente a todas horas —añadí, casi para mis adentros.

—¿Estás segura de que no han vuelto? —preguntó, tecleando en su móvil lo que me pareció una respuesta y enviándola. Su semblante no dejaba traslucir nada, como una sábana.

—Bueno, al menos no mientras yo he estado en casa —dije, y mi voz sonó a la defensiva, aunque no estaba segura de por qué—. Obviamente he pasado horas fuera —añadí.

—Está bien —contestó C pensativo, como si hubiera tomado una decisión. Se guardó el teléfono en el bolsillo y se puso de pie—. Eres una persona sensible, notaste algo raro y ahora ves fantasmas por todas partes. Y no lo digo con segundas. Hay un montón de razones que podrían justificar lo que viste, y algunas son extrañas. Pero otras son simplemente aburridas. ¿Sabes? Puede que esa familia se dirigiera a alguna fiesta de disfraces escolar. O a un cumpleaños. Así que solo tienes que preguntarte: ¿vivo en una ciudad extraña o en una ciudad aburrida?

Pestañeé.

—Yo diría que aburrida —añadió él, asintiendo y luego enarcando las cejas con expectación.

Adoraba su cara, su cara guapa, blanca y anodina. Creía en él y por lo tanto en lo aburrida que era mi ciudad. A C se le daba bien manejarme. Convertía las cosas en normales como si nada, de forma instantánea, tan solo con explicarlas. Era como un cristal de aumento, únicamente tenía que mirar a través de él para ver el mundo con nitidez. Y tenía una sonrisa muy bonita, y buenos dientes. Eran tan buenos que probablemente había llevado ortodoncia alguna vez, y retenedor, y tal vez hasta arnés. Lo imaginé en medio de un campo bañado por el sol, un niño con un bate de béisbol en la mano y la boca llena de metal. Bajo un inmenso cielo azul, dando vueltas por la hierba, intentando golpear alguna mariposa. Era una escena tan normal que parecía poder infectar las partes colindantes de mi mente y, como resultado, hacer de mí una persona normal. Sonreí.

Nos quedamos por allí esperando a que la ropa se secara, comprobándolo cada dos o tres minutos, y cuando estuvo lo bastante seca, C la lanzó a un carrito con ruedas que empujó hasta la mesa para doblar, donde transformamos prenda tras prenda de ropa arrugada en pequeños rectángulos perfectos. Las camisetas de C eran viejas y suaves, con eslóganes absurdos escritos en ellas; había tres o cuatro camisas y unos cuantos pares de pantalones. A las ancianas las habían sustituido otras ancianas, que iban vestidas de forma similar, pero estaban al principio del proceso de la colada, vertiendo tapones de detergente, descargando revoltijos de prendas de colores y metiéndolos en las lavadoras. C amontonó de nuevo su ropa doblada en la bolsa de la colada y se la echó al hombro.

—¿Listos? —preguntó, dirigiéndose a la puerta.

Lo seguí, pero cuando volví la vista atrás desde la entrada me fijé en una anciana, una de las que pasaban el día sentadas en la lavandería mirando el pequeño televisor montado en el techo y chupando caramelos con sabor a fruta. A veces, por unos pavos, le hacía la colada a otra gente. Ahora mismo estaba de pie, sosteniendo una sábana blanca, desplegada, que era totalmente normal salvo por los dos agujeros que podían colgar sobre los ojos.

Había empezado a salir con C hacía dos años, aquel otoño en que a una serie de padres les dio por desaparecer de sus cómodos hogares de clase media. Las primeras semanas, los presentadores de los informativos locales leían cada noche la lista de los recién desaparecidos junto con el lugar en el que se les había visto por última vez, y parecía que leyeran de un catálogo de nombres razonables y legítimos, aquellos como Peter o Steve. Ted Hartwell, Matt Skofield, Dennis Galp. Ninguno de ellos conocía al resto, y no existía ningún vínculo entre ellos salvo que todos eran igual de normales y corrientes. Los postes telefónicos y los escaparates de las tiendas se tiñeron de blanco con carteles que describían a hombres con peinados intercambiables, vestidos con polos, y con cualquier rastro de diversión borrado de sus caras mucho tiempo atrás. En las fotografías escogidas por sus familiares mostraban expresiones de confusión, como si ninguno de sus parientes se hubiera tomado la molestia de advertirles que les iban a fotografiar. Su confusión daba a entender que llevaban extraviados mucho tiempo, mucho más del que llevaban desaparecidos.

Los presentadores de las noticias lo denominaban «trastorno del padre desaparecido» o TPD. Durante meses nadie supo dónde habían ido a parar los padres, si los habían raptado o se habían raptado a sí mismos, víctimas de un autosecuestro. Entonces, en enero del año pasado, los padres comenzaron a aparecer, uno a uno. Unos buenos samaritanos los encontraron deambulando aturdidos por centros comerciales a cinco localidades de distancia, centros comerciales que no eran los suyos pero que se parecían a los suyos hasta un punto asombroso. Regresaban a tiendas conocidas como GAP e intentaban comprar pantalones caqui con pedacitos de papel que habían recogido en lugares misteriosos. Se sentaban en los bancos de los centros comerciales y cerraban los ojos, a la espera de que alguien los reclamara. A menudo llevaban puesta ropa idéntica a la que llevaban cuando desaparecieron, idéntica, pero oliendo a recién lavada, como si la hubieran lavado o incluso la hubieran comprado nueva, de la misma talla y el mismo color. Estaban confundidos y no hablaban, preferían mirar al vacío o juguetear con un llavero en vez de relacionarse con quienes los rodeaban, con las personas que les preguntaban con delicadeza: ¿Se ha perdido? ¿Lo está buscando su familia? ¿Tiene un número al que podamos llamar? Cuando se les preguntaba por su desaparición, si se habían marchado por voluntad propia o se los habían llevado, quién se los había llevado, si recordaban su cara, su altura, cómo iba vestido, si era alguien que conocían del trabajo, del barrio, del club de bolos, del taller mecánico, si eran muchas personas, una organización, un grupo religioso, una banda de delincuentes o un clan de depredadores sexuales…, los padres desaparecidos reproducían, con ligeras variantes en la enunciación, una única frase: *A veces tienes que contentarte con las cosas tal como son*.

Lo vacío del piso de C me recordó a esos padres desaparecidos. Era un lugar agradable de la misma forma que los concesionarios de coches son agradables: limpios, espaciosos, fríos y llenos de luz. Tenía dos sofás idénticos que había montado él mismo y tres mesitas auxiliares también automontables, del modelo más barato que se fabricaba. Todo estaba distribuido por su sala de estar, los sofás, pegados uno al lado del otro frente al televisor, las mesitas unidas delante de los

sofás para formar una única mesa larga y baja en la que podías comer si te inclinabas sobre ella y bajabas la mandíbula casi hasta las rodillas. Desde la puerta se veían la sala de estar, la cocina y un pedazo de dormitorio, que se abrían ante ti como el plano de algún lugar que a un aparejador una vez se le ocurrió que podría servir de vivienda. Di unos pasos al frente y apareció el dormitorio, un colchón de adulto en el suelo con sábanas azul marino y un gurruño de edredón. Al lado, un portátil que parpadeaba con parsimonia.

—¿Te acabas de mudar? —pregunté, esperando que así fuera.

C se echó a reír.

—La gente siempre me pregunta lo mismo. Llevo viviendo aquí dos años. En realidad, dos y medio —añadió.

—¿Dónde guardas tus cosas? —pregunté, y él señaló alrededor.

C trabajaba como diseñador gráfico para una pequeña agencia publicitaria, pero eso no tenía nada que ver con su vida. Se iba al trabajo sobre las ocho y media o las nueve de la mañana y volvía exactamente igual que se fue, con pocos recuerdos de donde había estado. Si le preguntaba por su trabajo, parecía sorprenderse de que se lo recordara, y luego se molestaba.

—Si quieres hablar de trabajos sin futuro, ¿por qué no hablas del tuyo?

Y yo daba la callada por respuesta. Me lo imaginaba como un globo aerostático, flácido y colorido, amarrado a tierra por tres o cuatro cuerdas delgadas. La persona que vivía en este piso desangelado, deprimente y amueblado de manera anónima distaba más o menos una cuerda tirante de caer sobre la faz de la Tierra, deduje.

—¿Eres una de esas personas que hace como si nada cuando en realidad está a punto de tirar su vida por la borda y desaparecer? —pregunté.

Si así era, no iba a perder el tiempo en conocerlo. Supe que acabaríamos saliendo, al menos una temporada, cuando se echó a reír varias veces, con ganas, y me besó por la que entonces era la tercera o cuarta vez.

—Sí, claro. De eso nada. Pero tú tampoco —dijo él—. Lo he visto en la tele, lo de esos padres, y es de locos. De eso nada. Las cosas me han ido bien desde siempre, no tengo intención de complicarme la vida. Además, les tengo cariño a mis bienes materiales.

¿Qué bienes materiales?, me pregunté. Luego seguí el arco de su brazo, que apuntaba a un lugar al otro lado de la habitación. Se refería a su colección de DVD, montones de terror, comedia y porno, acumulados en una pila del tamaño de un sofá de dos plazas pequeño.

En el frío del piso de C, acabábamos de doblar la colada.

—¿Podemos hacer algo? —pregunté.

C me miró afable.

—¿Como qué? —dijo.

Eché un vistazo alrededor.

Fui hasta la cocina de C y me quedé mirando los armarios abiertos que contenían su biblioteca de latas de comida. Había cocinado judías con sabor a grasa de cerdo, diferentes sopas y estofados, verduras: maíz desmigado de la mazorca, judías verdes troceadas, zanahorias cortadas en círculos de un intenso naranja. Había melocotones y peras en almíbar, y hacia el fondo del armario, carne enlatada con etiquetas oscurecidas por la sombra. A través de los huecos entre las pequeñas torres de latas, se veían etiquetas con tacos cuadrados de comida de

color carne. Me impresionó lo bien que se mantenían apiladas las latas: encajaban unas con otras del modo que yo deseaba encajar con las cosas que me rodeaban. Y había latas de cóctel de frutas con uvas peladas, de guisantes, de cazuela de cerdo con chile y una salsa de fideos y carne de marca blanca con una etiqueta en la que aparecían tomates, pero sin tomates entre sus ingredientes. Había latas de atún y de aceitunas, de piña y de mandarinas flotando en agua con azúcar, los trocitos desnudos se empujaban por hacerse con un sitio en la perfecta oscuridad de la lata, acurrucados en posición fetal unos contra otros.

—¿No tienes nada fresco? —le grité a C, que ya se había sentado delante del televisor de la otra habitación.

—Todo eso es fresco —respondió C—. Y dura entre uno y cinco años —añadió.

Creía que no soportaría comerme nada de aquello. Me imaginé abriendo una lata y llevándome un bocado a la boca, y supe que, fuera lo que fuese, sería tierno y blando y se desintegraría al menearlo con la lengua. Quería comer algo vivo y real, algo duro y con vida. Quería destruirlo con los dientes. Quería que fuese ternera. Ojalá me hubiera comido antes uno de aquellos asquerosos perritos calientes, pero ahora era demasiado tarde. Oí una serie de crujidos provenientes del televisor en la otra habitación.

—Te estás perdiendo la *Semana Tiburón* —gritó C.

Salí de la cocina y me metí bajo la manta con él. Escondí los pies bajo sus muslos y miré hacia donde él miraba.

En la televisión, los tiburones devoraban un ganso y un banco de sardinas. Se comían una ballena jorobada panza arriba que había muerto en mitad de su migración y, al morir, se había dado la vuelta y había subido flotando hasta la superficie del mar, una exposición de un rojo refulgente que se alzaba hacia el sol y el veloz deterioro. Bajo las hileras de dientes afilados, la ballena se desintegraba como si estuviera hecha de papel mojado, como montones desechados de un carmesí empapado que se deslizaban dentro del agua con un sonido líquido. Los tiburones comían focas, y otras cosas por accidente: madera a la deriva, basura, personas. La lección consistía en que los tiburones estaban hechos para comer cosas. No había nada que tuviera un hambre tan voraz como la de un tiburón, ni nada que pudiera saciar el hambre de un modo tan eficaz. Era algo tan hermoso que me entraron ganas de formar parte de ello, aunque sabía que jamás podría convertirme en tiburón.

Durante la pausa publicitaria echaron un anuncio de Kandy Kakes. En él, Kandy Kat se enfrenta a su histórico archienemigo Kandy Klown, una figura bulbosa en forma de Papá Noel que consume Kandy Kakes como si fuera lo más sencillo del mundo, como si fuera lo único que sabe hacer. Consigue que parezca fácil. El payaso Klown camina de acá para allá, primero la pierna izquierda y luego la derecha, dibujando lentamente círculos completos en el aire, con los dos hemisferios redondos de su barriga cabeceando una vez hacia arriba y otra hacia abajo, al compás de la suave caída de sus pies. Mientras camina, los pequeños Kandy Kakes con sus piernecitas diminutas trotan hasta él y forman pacientemente una pequeña fila que corretea a su lado. De repente el primer pastelito avanza corriendo con un súbito arrebato de velocidad y salta directo a la boca del Klown. Su cuerpo es un alegre bultito visible en el perfil del Klown. A continuación, el siguiente sube corriendo y salta, y después otro más. Con la mandíbula desencajada, la boca oscura del payaso es exactamente del mismo tamaño y forma que los Kandy Kakes que se cuelan en ella como si nada.

De repente vemos a Kandy Kat a cierta distancia, observando el desarrollo de la escena a través de unos prismáticos. De la boca abierta de par en par le babea un fluido. Aparta la vista de la escena y se sujeta la cabeza con angustia, luego el estómago, que, hinchado, le palpita debajo de la fina cubierta de piel. De pronto se le ocurre una idea y sale disparado del encuadre. Se oye un sonido de metal, goma y tela en movimiento, y cuando regresa corriendo a la pantalla, va vestido como el payaso Klown. Lleva la cara pintada de blanco, la ridícula nariz roja, el sombrero de trapo de lunares embutido sobre sus desgreñadas orejas. Con la puntiaguda boquilla de una bomba infladora de bicicletas metida en la barriga, se infla a sí mismo hasta que se bambolea, meciéndose como un barco amarrado. Corre hacia la concentración de Kandy Kakes e imita la pose del payaso Klown, con los brazos abiertos y balanceándose, escorándose ligeramente de un lado a otro. Los Kandy Kakes se dan la vuelta y por un instante parecen tomarlo en consideración. Los grandes ojos de Kandy Kat se humedecen y se ve que está lleno de esperanzas; se ve igual que se ve el corazón que late con fuerza dentro de la pequeña jaula de su cuerpo. Una lengua roja y seca poco a poco le va saliendo de la boca.

Entonces los pastelitos toman una decisión. Como si fueran un único cuerpo, una única mente, se abalanzan sobre él. Se abalanzan sobre él con sus bocas pequeñas y afiladas, apiñándose sobre su armazón huesudo, cubriéndolo por completo, doblándolo bajo su peso mientras el Klown observa la situación a un par de metros de distancia. Le hacen pedazos el disfraz, los jirones salen volando por todas partes, y se oye una serie de ruidos estrafalarios de muelles mientras una voz en off anuncia:

KANDY KAKES. SABEMOS QUIÉN ERES DE VERDAD.

Me di cuenta de que me había sentado con las uñas clavadas en la rodilla y al quitar las manos vi diez segmentos semicirculares hendidos en la piel, todos de un azul violáceo. Fue como descubrir que estaba rellena de algo completamente distinto a todos los demás, una sustancia oscura y desagradable, y había permitido que una pequeña cantidad rezumara por primera vez. Así que me volví hacia C y, para tantearlo, le pregunté:

—¿Crees que nos parecemos? ¿B y yo?

—Bueno, si tuviera que describiros a ti y a ella con palabras —comenzó con precaución—, supongo que podrían ser las mismas palabras. —Torció el gesto ante la pantalla, que ahora anunciaba papel higiénico, kilómetros y kilómetros de papel higiénico que envolvían todo un universo de dibujos animados—. Si tuviera que emplear palabras —añadió.

Seguía con la mirada puesta en la pantalla, como si esperara que apareciera algo que le ahorrase cualquier otra pregunta que yo pudiera hacerle.

—¿Sabes que se ha cortado el pelo? —pregunté.

—Bueno, es verano. Es el horror —respondió, subiendo y bajando el volumen del televisor y luego subiéndolo de nuevo.

—Por detrás es idéntico al mío —dije.

—A ver, la verdad —dijo—. Un montón de chicas son iguales por detrás. —Y añadió con vergüenza—: De personas, quiero decir.

Yo no dije nada.

—Como ella —dijo él, señalando en la pantalla a alguien en lo que parecía un anuncio de

tampones—. Apuesto a que se parece a ti por detrás.

El eslogan de aquel anuncio de Kandy Kakes, por alguna razón, no funcionaba. *Sabemos quién eres de verdad*. No servía para vender algo, no era simpático, sonaba más a amenaza que a promesa. Pero de nuevo la cuestión es que tal vez fuera una promesa, para quienes lo merecieran, de que solo ellos tendrían todos los Kandy Kakes que desearan. O una promesa, para quienes comieran Kandy Kakes, de que se convertirían en buenas personas, merecedoras de comer las cosas que habían comido. Fuera como fuese, me di cuenta de que tenía hambre. O para ser exactos, quería llevarme algo a la boca y destruirlo.

—¿Sabes lo que quiero? —dije con un volumen de voz un pelín demasiado alto—. Quiero un Kandy Kake.

—Pero si están asquerosos —alegó él.

Su rostro se iluminó de repente y se inclinó hacia el televisor. Desde la esquina de mi campo de visión vi un frenesí de azules y verdes diferentes, criaturas del color del mar que probaban sus dientes los unos en los otros.

—Lo sé. Pero de todas formas quiero uno —repliqué yo.

Me levanté para hacer no sé bien qué. ¿Marcharme?

—Hay un montón de latas de comida en la despensa —dijo con intención de ser útil.

—No quiero eso. Quiero comida de verdad —dije, sin saber a qué me refería exactamente, pero recordando la frase de los anuncios. Mientras lo decía, fui consciente de que lo que decía que quería no era en absoluto lo que quería—. Quiero ir a Wally’s a comprar comida de verdad —anuncié.

—Para ir a Wally’s nos hace falta un coche —dijo él, molesto.

Ahora C me estaba mirando, pero era evidente que quería mirar otra cosa. Entornó los ojos ligeramente, como si al mirar con mayor atención pudiera interesarse por lo que me pasaba. A C le gustaba la *Semana Tiburón* más que ninguna otra semana de la televisión, de lo que deduje que le estaba costando bastante prestar atención a lo que yo decía.

—A veces me preocupas —dijo—. Todo te importa demasiado. Necesitas que te pase algo malo de verdad, para ponerlo todo en perspectiva. O que no te pasa nada malo en mucho tiempo, supongo —admitió.

Pensé en B y en si me parecía por detrás a la mujer del anuncio de tampones. Pensé en Michael y en lo que se debe de sentir al darle una paliza a alguien hasta hacerle perder el sentido con algo que quieres con toda el alma. Pensé en lo aburrida que era mi ciudad y en lo extraños que eran aquellos episodios. Pensé en pilas y pilas de sábanas blancas agujereadas, silenciosas, prístinas y a la espera. Pensé en uno de los padres desaparecidos de ese programa especial de padres desaparecidos que emitieron cuando el tema estaba candente.

Ese padre había desaparecido de su hogar en el condado de Fairfield mientras veía un partido de fútbol americano. Su mujer y sus dos hijos pequeños regresaron y no encontraron más que galletitas saladas, ganchitos de queso y minihamburguesas para hacer en el microondas reposando inmaculadas en sus platos de plástico, con la televisión cacareando para nadie. La policía distribuyó su foto hasta Tibico City por el norte y Coxton por el sur, pero no se presentó nadie que coincidiera exactamente con la descripción, aunque sí numerosos hombres con un parecido razonable. Varios meses más tarde, descubrieron que vivía en una localidad a más de

quinientos kilómetros, al otro lado de la frontera estatal. Un vecino había llamado para dar parte de un desconocido que vivía en la casa colindante con la suya, alguien que parecía bastante agradable pero que tenía «una extraña tendencia a pasar desapercibido». Cuando la policía local se puso a investigar, encontraron al desaparecido que buscaban viviendo en una casa unifamiliar con una mujer rubia que se parecía muchísimo a la mujer que había abandonado, hasta en los escarpines azul marino y el flequillo sedoso. La mujer rubia, cuyo marido se había esfumado hacía un año, era la madre de dos niños pequeños, ambos varones. Prefirió no pronunciarse sobre cómo aquel desconocido había llegado a ocupar el lugar de su marido o dónde podría estar en ese momento. La policía de Pleasanton detuvo al padre desaparecido y lo retuvo como sospechoso de haber secuestrado al marido real de la mujer y haber suplantado su identidad. Resultó que Pleasanton también era el nombre de la localidad de la que había desaparecido en primer término, un municipio más al norte, pero similar en todos los demás aspectos, aunque las autoridades no pudieron pronunciarse sobre si se trataba de una coincidencia, un accidente o un error.

—Oye —me dijo C con una voz muy tranquilizadora, estrechándome entre sus brazos y atrayéndome de nuevo hacia el sofá. Me rodeó hasta convertirme en un paquete envuelto, incapaz de mover los brazos. Deslizó la mano hasta mi mandíbula y la sostuvo allí mientras me besaba en la mejilla—. Estás bien. Confía en mí.

C se llevaba bien conmigo pese a que yo, por mi parte, no me llevase bien con él. Me sentía sola al ser la única que sabía cómo me sentía, por no estar almacenada en la mente de otra persona que pudiera recordarte quién eras. Se me pasó por la cabeza la imagen de una llave maestra, pesada y larga, hecha de latón antiguo con un extremo ancho y plano para que el pulgar lo empujara al girar la llave en la cerradura. La llave era normal, salvo por el extremo útil, en el que no tenía dientes, nada con lo que hacer girar los pequeños engranajes del interior de la cerradura. Era una llave que entraba en cualquier cerradura, una llave que jamás podría abrir nada.

C me rodeó la espalda con un brazo. Su brazo estaba caliente. Señaló la televisión.

—Mira, han vuelto los tiburones. Anda, mira los tiburones —murmuró, abrazándome aún más fuerte.

CAPÍTULO 3

B y yo congeniamos incluso antes de conocernos. Había oído anécdotas sobre ella, casi todas historias sobre que mordía a la gente. Daba la impresión de que todo el mundo conocía a alguien a quien había mordido, un amigo de un amigo o un exnovio, casi todas las veces durante una conversación cara a cara. Ocurría en momentos en los que B se sentía acorralada o cuando surgía algo desagradable. No podía imaginarme lo que sería morder a otra persona. Normalmente una de las cosas en las que pensaba cuando mordía algo era lo poco indicados que eran mis dientes para morder nada.

Cuando regresé al piso, el día ya estaba a punto de acabar, la luz era cada vez más tenue. B estaba sentada en el sofá de la sala de estar mirando fijamente hacia la puerta con una bebida en la mano. Cuando abrí y me la encontré allí, agarrando un vaso de plástico, tuve la impresión de que llevaba en el mismo lugar desde que me marché, esperando sin más a que yo volviera. Me quedé de pie en el umbral de una habitación cargada de mi propia ausencia, sin saber si entrar en ella de forma gradual o de sopetón.

Me pasé la punta de la lengua por los dientes, uno a uno. Muy al fondo, las muelas eran cortas y estaban torcidas, orientadas hacia atrás, apuntando hacia la garganta. Luego eran romas, contundentes, herbívoras, con profundos fosos que se volvían más ásperos en el centro. Su textura era desordenada, inacabada. Las puntas de los caninos eran redondeadas, reblandecidas como objetos dejados a la intemperie bajo la lluvia. Luego los pequeños dientes blancos delanteros, terrones en su parte posterior, los diminutos incisivos con sus filos festoneados, que denotaban alguna crisis corporal de poca importancia experimentada cuando aún era una niña. Me sentí triste por B. Parecía mal dotada para sus deseos.

Mis conversaciones con otras personas sobre B siempre acababan con algo así: *Deberías conocerla. Seguro que os llevaríais bien. Tenéis un montón de cosas en común*. Pero en ese momento yo preguntaba qué era lo que teníamos en común, y la otra persona decía una cosa, algo que B y yo compartíamos, que era cierto en mi caso pero que en realidad no parecía fundamental para quien yo era o quien yo creía que era. Esa persona me decía que tanto B como yo estábamos solteras, o que teníamos el mismo color de pelo, o que a las dos nos gustaba leer, o que nos llamábamos igual. Y luego se detendrían ahí, con ese único rasgo tentándome como si colgara del techo por un hilo muy largo, girando y girando despacio, haciendo que me preguntara si podía ser verdad que ese rasgo me representara y, en ese caso, cómo de frágil podía ser, cómo de sólido.

Sin embargo, no conocí a B hasta que vino a ver el dormitorio que se había quedado libre en mi piso. Mi subarrendatario de verano trabajaba en un taller de ciclomotores y se pasaba todo el

tiempo en casa encerrado en su habitación con su ordenador, su microondas y una caja de ramen instantáneo, y yo buscaba a alguien que se pareciera más a mí. Por lo que otras personas me habían contado, sabía que B estaba buscando habitación porque su novio había roto con ella. A mí me preocupaba que hubiera desbordamiento emocional, puede que incluso lágrimas, y consolar a desconocidos siempre me hacía sentir como una pervertida. La primera vez que le abrí la puerta, parecía muy frágil, asombrosamente pequeña dentro de un vestido extragrande y con la cara lavada. Pero en realidad no era en absoluto más pequeña que yo; lo que sucedía es que yo no era capaz de verme desde fuera. Le echó un vistazo a la habitación en alquiler, vacía salvo por un colchón y un escritorio básico, y luego me pidió ver la mía.

La observé desde el umbral mientras se desplazaba sin ton ni son entre los muebles. Se movía como alguien en las grabaciones de videovigilancia de una tienda, alguien que espera que lo estén observando. Se paraba y fijaba la vista en cualquier lugar, hacia abajo y hacia delante; después miraba alrededor, luego otra vez hacia abajo, arrastrando la mirada hasta un sitio nuevo, hasta otra parte del suelo o de tejido. Tocó mis libros, frotando las partes de arriba, donde centenares de páginas se fusionaban en una única superficie, y tocó el vaso de agua de mi mesita de noche, y cogió la esfera de nieve rota que C me había regalado y la cajita de madera pintada de la repisa de la chimenea. Los palpó, dándoles la vuelta para ver cada uno de sus lados. B se sentó en la cama y puso las manos en la colcha. Por la perspectiva parecía un dibujo, una forma en dos dimensiones instalada en un mundo de tres. Como si flotara, sostenida justo por encima de la superficie de la cama para que su peso no dejara ningún rastro sobre ella.

Luego levantó la vista hacia mí y dijo: *Ojalá supiera maquillarme los ojos, como tú*. Luego añadió: *Tienes muchísimas cosas*.

En segundo curso, tenía una amiga que se llamaba Danielle y decía lo mismo cada vez que nuestros padres se ponían de acuerdo para que viniera a casa a jugar. *Tienes muchísimas cosas*, me decía. *¿Qué es esto?* Y yo le contestaba de dónde había salido, cómo se llamaba, lo que fuera, mientras ella no le quitaba ojo. Si le gustaba lo bastante, intentaba cambiármelo por algo, cualquier cosa que guardara en los bolsillos en ese momento. Siempre llevaba algo raro en los bolsillos del babi, algo espachurrado e impreciso que no se asemejaba a nada. Una vez quiso quedarse con mi peluche favorito, un perro que se llamaba Pinky. *¿Puedo quedármelo?*, me dijo. *Yo te doy esto, es un intercambio entre mejores amigas.*«Esto» era una toallita acolchada con un dibujo de un reno y algo indeterminado que se expandía por la esquina izquierda. No me percaté exactamente de lo que ocurrió, pero de repente yo sujetaba aquella toallita y Pinky ya no era mío. Al bajar la vista a mis manos, me dio la impresión de que algo horrible le había sucedido a mi perro de peluche. Lo habían aplastado, machacado totalmente, retorcido. Del cráneo le sobresalían unas cosas extrañas.

Me quedé allí de pie en la sala de estar, esperando aún a que B me dijera algo. Sabía que podía haberse enfadado por dejarla sola en casa. Estaba anocheciendo, y el cielo que se veía por las ventanas era de un azul intenso cada vez más oscuro. Debían de haber desinsectado el vecindario, porque lo único que se oía eran los árboles, sus hojas sacudidas por el cálido aire nocturno. Una sensación pesada y serena invadía la habitación, pero sabía que era algo provisional y que estaba a punto de acabar. Iluminada por la televisión, la cara de B era una maraña de sombras. Me recordó a aquel primer día, mientras esperaba a que su boca se moviera, de pie junto a la puerta de mi propio dormitorio, preguntándome si alguna vez me hincaría los

dientes a mí.

—Así que ya has vuelto —dijo.

La palabra «ya» sonó como una acusación.

—Ya he vuelto —dije.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—Con C. Ya sabes. Casi todo el tiempo viendo tiburones en la tele —respondí, intentando desviar la conversación unos centímetros a mi derecha.

»Era la *Semana Tiburón*, o sigue siéndolo, supongo —añadí—. C lo sabe todo sobre tiburones. ¿Sabías que puedes adivinar su edad contando los anillos de sus vértebras? Como los árboles.

No hubo respuesta.

—¿Qué estás viendo? —pregunté.

—El buscador de canales —contestó.

Llamábamos el buscador de canales al botón del mando que hacía que la televisión recorriese automáticamente todas las cadenas una a una. Se veía a un político diciendo la palabra «instituciones» y luego de repente se convertía en un tractor abriéndose paso entre hierbas altas y luego el tractor en un cubo de pollo frito humeante vertido sobre una bandeja, etcétera, etcétera. Poníamos el buscador de canales cuando estábamos enfadadas, porque era como experimentar varias decenas de pequeños apegos y pérdidas que tal vez podrías evitar, pero para lo que sin duda no moverías un dedo.

—Lo siento —dije.

Miré la mesita auxiliar. Había unas cuantas naranjas con cortecitos, como si alguien hubiera empezado a pelarlas y luego las hubiera dejado a medias. Desde donde yo estaba, parecían caritas, con los ojos y la boca en el lugar equivocado.

—¿Has comido algo? —pregunté—. Deberíamos cenar.

—Se ha pasado la hora de la cena —dijo.

—Vale, pues un tentempié —sugerí.

—No tengo hambre. —Había subido el volumen muchísimo, todavía con el buscador de canales.

»Se ha pasado la hora del tentempié —objetó en voz baja, como para sus adentros.

Con la televisión así de alta, veía el contorno de sus palabras, pero no las oía. Los altavoces del televisor vibraban levemente por la fuerza de su potencia de salida.

Fui al cuarto de baño para comprobar si me pasaba algo en la cara. Me quedé delante del espejo y detecté la discrepancia entre mi aspecto la tarde antes y mi aspecto ahora. De este modo calculé cuánta vida había perdido por amar a alguien, en persona, cara a cara. Calibré el valor negativo por la falta de brillo de la piel, el cerco negro disparejo e irregular alrededor del ojo izquierdo, la rojez heterogénea como consecuencia del roce de mi cara con la barba de varios días de C, que aumentaba hora tras hora en longitud y aspereza. Notaba mi piel más flácida donde él la había estrujado, jugando o por un gesto amoroso torpe. Tenía una hinchazón en el labio en el lugar donde me había dado un mordisco o un chupetón. Me dio la impresión de que detrás del espejo había alguien con mi rostro que me miraba fijamente a través de una ventana abierta en su propio cuarto de baño, y lo único en lo que podía pensar era en que su rostro se parecía muchísimo al mío, aunque mucho más cansado.

Me lavé los dientes, me pasé el hilo dental y apliqué el gel limpiador, el tónico y la crema hidratante. Me unté algo en las zonas oscuras para difuminarlas y las tapé con antiojeras. Me puse una capa de prebase y luego de base, masajeando el cutis en círculos pequeños como si estuviera sacándole brillo o lijándolo. Una zona de piel cremosa color carne se fue extendiendo sobre la mía. Devoró la mandíbula, el mentón, la nariz, la frente. Cada segundo que pasaba me iba pareciendo más y más a mí misma. Me pinté los ojos, dibujando una silueta con forma de ojo alrededor. Las manchas seguían allí, pero ahora eran del color de la masilla, a punto de desaparecer o casi. Podían haber sido restos sobre la superficie del espejo, salvo porque se movían a la par que yo. Fui a por más antiojeras para taparlas. La mano que yo miraba era la del espejo, no la mía.

Desde la sala de estar me llegaban los sonidos del buscador de canales. *Si andas buscando… brrrrrrrrrztztzt… una puerta abierta… por ocho y tres cuartos… más amable o mejor… ring ring ring lo siento… mételo debajo… y luego mueeeeeve las caderas, como si… clonc… nunca dije que pudieras quedártela pero… ha mejorado… no como el avestruz… cualquier cosa, cualquier cosa… recordatorio de nuestro… si supiera, si supiera lo que iba a… una pizza personalizada para… lk klk klk klk kriiik… y luego empiezo justo por aquí, ¿ves?, como si me deslizara alrededor del borde del ojo, como si deslizaaaara el lápiz por el borde del ojo. Eso es, ¿ves lo fácil que es? Eso es, otra vez, basta con deslizaaaarlo por la línea que ya tienes ahí, sí. Sí. Ahora pasamos a las extensiones*. Siempre resultaba raro que el buscador de canales empezara a tener sentido, como confundir a una persona real con un maniquí. Que la televisión tuviera sentido de nuevo quería decir que B había encontrado un programa que había dejado puesto, lo que no significaba necesariamente que estuviera un poco más contenta.Volví a la sala de estar y me la encontré hecha un ovillo, abrazándose las rodillas contra el pecho como yo solía hacer de niña.

—¿Qué estás viendo? —pregunté.

—Les está enseñando cómo perfilarse los ojos —contestó B.

—¿Te gusta? —pregunté.

—No sé. Se ve cómo el pincel tira de la piel cerca del ojo. La piel se frunce y se estira a la vez. Es como escribir en un globo. O algo así.

Miré a la pantalla. La mujer que hablaba envolvía con la mano la mandíbula de la otra mujer, la sujetaba por debajo como alguien sujetaría a un perro al que se le mete a la fuerza en la boca la pastilla para el gusano del corazón. Inclinó la mandíbula hacia arriba de forma que los ojos apuntaran hacia el techo, y luego bajó la punta del lápiz hacia la cuenca, desde arriba. *Es muy sencillo*, decía la voz de la maquilladora profesional. *Imagina que estás dibujando un retrato. Estás dibujando un retrato de tu cara, pegado justo encima de tu cara. Dibuja la cara que te gustaría tener. Dibuja tu cara perfecta. Vale, ahora asegúrate de que tu lápiz está afilado. Voy a hacer unos puntitos aquí en la comisura, ¿ves? Es igual que un ala pequeña. Luego aplicaremos el colorete. Justo después de la pausa*. La cámara retrocedió por primera vez para mostrar el plano completo de la mujer que estaba maquillando. Era razonablemente guapa, con una nariz y un mentón más bien marcados. Una serie de granitos salpicados se extendía desde su sien hacia la oreja. Volvió la cara en silencio hacia la cámara, dejando ver la mitad inacabada. Un lado era de un beis uniforme con un ojo grueso y alargado que se extendía hacia las sienes. El otro estaba al natural. El ojo dentro de la cuenca parecía minúsculo y desprotegido. Daba la impresión de que la segunda mitad de su rostro, anteriormente oculta a la cámara, se estuviera escabullendo

por el lado.

—Qué guapa —dijo B.

A la tenue luz electrónica de la pantalla del televisor, veía los poros de la zona T de B, sus granos sin tratar, una pequeña cicatriz misteriosa bajo el ojo izquierdo, de un blanco y una suavidad poco naturales frente al débil tejido. A veces un rostro podía ser así de sencillo: hasta un par de manchas oscuras sobre una superficie más clara o un óvalo oscuro visto desde lejos podían ser un rostro. Un enchufe eléctrico podía ser una cara; un buzón o un par de signos de puntuación podían solidificarse de repente en algo con una expresión. Nuestra cara, por otro lado, estaba formada por cientos de piezas diferentes, siendo cada pieza independiente, endeble y capaz de ser fea, cada pieza a la espera de un producto destinado a aislarla y actuar sobre ella. Cada vez que me miraba a la cara, me daba la impresión de descubrir un nuevo pedazo, que flotaba allí al lado o debajo o dentro de los demás, con todas las piezas juntas pero imposibles de conectar.

B se inclinó hacia delante, tratando de captar cada palabra de los anuncios mientras se sucedían uno detrás de otro, con los ojos disparados de izquierda a derecha, una y otra vez, mientras la luz azulada jugaba sobre su cara. Ahora las dos eran como una sola, B y la televisión. Se sentó en equilibrio en el filo del sofá, agarrando el mando con las dos manos. Luego me miró directamente a mí.

—¿Sabes? Creo que las cosas irían mejor si me pareciese más a ti —dijo.

—¿A qué te refieres? —pregunté, nerviosa.

—Me refiero a que me da la sensación de que si me pareciera más a ti, puede que más gente quisiera hablar conmigo. Igual que hablan contigo —explicó.

—Estoy segura de que la gente te habla —dije, aunque no tenía ni idea de si era verdad.

—Y cuando me mirara en el espejo, tal vez no me importaría tanto que tú te quedaras por ahí —añadió B, sin quitarme ojo en ningún momento.

Lo afirmó con mucha más seguridad de la que esperaba de ella. Su labio inferior sobresalía como el de una niña, grueso y fruncido en el centro, con una verruga que podría haberle salido por el tabaco o por mordérselo constantemente.

—Sería como si tú aún siguieras aquí, así que en realidad no estaría sola —continuó—. O quizá sería como si yo no pasara aquí tanto tiempo, por lo que solo me sentiría sola en parte.

Sus ojos parecían mucho más grandes de lo que recordaba.

—No sé —dije—. ¿Y si te buscaras una mascota?

Por un instante me dio la impresión de que B iba a gritar o a morderme.

—No lo entiendes —dijo—. Tú siempre te tienes a ti misma para hacerte compañía.

Quería discrepar, pero ni siquiera comprendía lo que decía. El esfuerzo por la conversación me estaba dando hambre, hambre de algo más sustancioso que una naranja. Pero cuando intentaba parar a pensármelo detenidamente, pensar en lo que preferiría comer, lo único que veía eran naranjas, el único sabor que me venía era el de las naranjas. No tenía espacio para sortearlo. Solo podía pensar en la pulpa, en el cúmulo tierno y cálido de dulzor sobre la lengua reblandeciéndose a medida que las mandíbulas se cerraban sobre él, en las minúsculas bolsitas de zumo que estallaban y los hilitos de fibra que quedaban atrapados entre los dientes. Y luego estaba el sonido amniótico, la falta de aristas de la humedad contra la humedad. El sonido de mi imaginación se transformaba en otros sonidos, tan relacionados entre sí como el agua lo está con

otras aguas: una uniformidad desplazada y separada, pero solo de forma temporal. Me oí a mí misma masticar, y se me hizo la boca agua.

—Que estés conmigo, con C o sola, no parece que importe. Eres la misma todo el tiempo —dijo B.

Yo estaba pensando en una naranja perfecta, entera, en la palma de mi mano. Encajaba en ella como si estuviera hecha a mi medida. La sostenía en el hueco de la mano y luego me la llevaba a la boca. La mordía como una manzana, con cáscara y todo.

—Pero las cosas no son así para mí —prosiguió—. Yo soy menos cuando no tengo a nadie cerca. Hago menos, me muevo menos, como menos.

La corteza rezumaba una sustancia que me escocía en las comisuras de la boca al morder. Una película naranja, amarga y oleaginosa bañó la superficie de mis labios y mis dientes. En el aceite había pequeños granos de algo que se deslizaban, y mordí con más fuerza. Pasé la lengua por los colgajos de la cáscara, seca como el fieltro, y los arranqué de la carne con los dientes. Mordí los gajos dulces, y la herida se llenó de zumo alrededor de mis labios. Al penetrar la naranja aún más con la lengua, noté las puntas de las pepitas cerca del centro.

—Creo que hasta pienso menos —añadió—. No recuerdo lo que ocurre cuando estoy sola. Es como si todo ese tiempo simplemente transcurriera sin mí. Es como ser una silla o una mesa.

B se detuvo, con aire expectante.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —pregunté, esperando que no lo hubiera. Pero, en vez de eso, su semblante reflejó entusiasmo, incluso felicidad.

—¿Podemos hacer una fiesta de pijamas? —preguntó—. ¿Y que tú me maquilles?

—¿De verdad serviría de algo? —pregunté.

En ese momento se puso cómoda, como si yo ya hubiese accedido.

—Claro —dijo—. Claro.

—Vale —dije—. ¿Quieres que vayamos a comprar maquillaje? —pregunté.

—Usaré el tuyo y ya está —zanjó ella. Luego volvió a dirigir la mirada hacia la televisión y pasó una página de la revista que sostenía en el regazo. La revista se llamaba *Mujeres Mañana*. Acercó la mano a la mesita del café y con delicadeza cogió un vaso de papel, que dejó un rastro de aroma a limón lo bastante fuerte como para que picaran los ojos.

Me quedé allí sintiéndome irrelevante. Era como si B se hubiera olvidado por completo de mí en el instante en que accedí. Normalmente, siempre que estaba en los espacios comunes del piso, B estaba pendiente de mí, preguntándome mi opinión acerca de distintos programas de televisión, de atuendos, de diferentes tipos de comida. Ahora ella actuaba más como lo hacía yo cuando quería recordarle que este había sido mi piso primero, con el silencio endureciéndose en torno a su cuerpo huesudo mientras ella miraba sus cosas, como si fuera yo quien quisiera algo de ella. Quería que me restituyera a como yo era cuando me sentía segura, cuando cada centímetro de este piso me resultaba familiar, y no como si lo hubieran movido un par de pasos, como una fotografía de un dibujo de un lugar que antes te encantaba. Quería que actuase como ella era, puesto que la B que yo conocía siempre había querido ser como yo, actuar como yo, aunque no lo lograra del todo. Quería que ella se pusiera de mi parte sobre lo extraña que era la casa de enfrente, quería que se preocupara de lo que había ocurrido allí el otro día y me permitiera consolarla.

—Eh —dije—, ¿te acuerdas de la familia que se fue en coche el otro día? ¿Cubiertos con

sábanas?

—Ajá —respondió B, dedicándome un vistazo de uno o dos segundos.

—¿De qué crees que se trata? —pregunté.

B se encogió de hombros. Su semblante había adoptado una expresión poco clara, con las comisuras caídas.

—¿Han vuelto? —pregunté.

—No lo sé —respondió—. Ni me importa. De todas formas, en esa familia eran todos gilipollas. Por cómo me miraban. O más bien, cómo no me miraban. Vamos, que si me veían fumando en el tejado, se quedaban mirando hacia delante, al vacío, como si fueran robots, como si pensaran que si me miraban les entraría cáncer de pulmón. La gente de este barrio no me presta ninguna atención, así que yo tampoco se la presto a ellos.

»Es una cuestión de principios —añadió, dándole un sorbito remilgado a su vaso de papel.

La revista seguía abierta sobre su regazo, mostrando una foto de una famosa actriz a horcajadas sobre un caballo con gesto aterrorizado. La actriz se inclinaba hacia delante y abrazaba al caballo con un brazo; el otro lo alzaba en señal de victoria.

—¿Crees que yo sería capaz de hacer eso? —preguntó B, señalando la página.

Miré la foto. La verdad era que no lo sabía.

Me dieron arcadas. Me fui a mi habitación y cerré la puerta. Caí en la cuenta de que B y C harían una buenísima pareja. Se llevarían de maravilla. Podía imaginármelos ahora mismo delante de la televisión mientras el ruido salía de su amplio ojo de cristal, felices y contentos mientras la extravagancia desenfrenada se desarrollaba en el exterior, con las manos entrelazadas como un único corazón monstruosamente grande. A él no le importaría cuánto bebiera B, es más, le encantaría, por la novedad, por el dulzor mortecino de su aliento después de vomitar, por la sensación que desprendía su cuerpo de que la vida era una lucha ebria y en caída libre.

Comamos como uno, pensé para mis adentros, porque no se me ocurría nada más en que pensar. Cerré la puerta de mi dormitorio y me tumbé bocabajo en la cama, con la cara vuelta hacia la ventana abierta. A través de la mosquitera negra de malla, la casa de enfrente se veía oscura e increíblemente en calma. El resplandor amarillo de las farolas se detenía justo antes del césped, dejando una gran área negra azulada que conducía hacia la casa, opaca como un océano. Me pegué aún más a la mosquitera y olí la densa vegetación verde del verano retorciéndose en la noche. Sentí el aire oscuro en el rostro. Incliné la cabeza de un lado a otro para intentar ver al otro lado de sus ventanas. La puerta seguía entornada, las ventanas, indescifrables. Alguien había apoyado contra la puerta del garaje unas láminas de aglomerado que tapaban varias de las palabras garabateadas, y había restos de algo en el camino de entrada, terrones oscuros de materia vegetal que podían haber sido parte del césped. Cabía la posibilidad de que hubiesen vuelto mientras yo estaba fuera con C, de que hubieran llegado con su sedán a hurtadillas y sin hacer ruido y hubieran colocado las tablas contra el garaje para fingir que estaba abandonado. Pero lo dudaba. Aquel hombre había garabateado aquellas palabras en la puerta para que la gente las viera. Si las habían tapado, había sido otra persona.

Me di la vuelta y me quedé mirando al techo. Una vez, C y yo hicimos un largo viaje por carretera. Rumbo al norte efectuamos una parada en una presa donde la gente pagaba para poder entrar con el coche, aparcar en una pequeña parcela pública y pasar unas horas tumbada en finas

toallas extendidas sobre las rocas, junto al agua turbia. Había un trampolín descolorido por el sol al borde del agua que en teoría no se podía usar; tendido sobre él había un hombre blancuzco con un bañador amarillo echando una cabezadita. En el otro extremo de la presa decían que el agua tenía cinco metros de profundidad, y te podías zambullir saltando desde el precipicio que sobresalía encima. A C le entusiasmaba tanto hacerlo que ni siquiera se le pasó por la cabeza la posibilidad de que a mí no. Me cogió de la mano y me condujo sendero arriba, con las toallas de ambos enrolladas bajo el brazo; cuando le pregunté adónde íbamos, se limitó a responder «Arriba del todo» con voz alegre.

Arriba del todo había basura desperdigada al azar, botellas de refrescos de plástico, y un juego de llaves que daba la impresión de llevar allí mucho tiempo. La vista se extendía a lo lejos, por encima de toda la presa, llegaba incluso hasta un grupo de preadolescentes canijos que se sometían entre sí a falsas llaves de lucha junto al puesto de los helados. Muy por debajo de nosotros, el agua parecía lechosa y espumosa al mismo tiempo. «¡¿Estás lista?!», me gritó C de un modo que no era una pregunta. Luego me agarró de la cintura por la espalda, rozándome el culo con la entrepierna, y nos hizo saltar desde el borde. Como no pretendía saltar, ni lo había planeado, la verdad es que no tuve la sensación de estar cayendo mientras caía. Solo sentí el movimiento a mi alrededor, como una ráfaga de viento que soplaba de abajo arriba. Sin embargo, el salto me arrancó un grito desgarrado que sonó como si me lo hubieran extirpado con un cuchillo de carne, y cuando me hundí en el agua seguí gritando, por lo que sin querer tragué agua, que sabía a la tiza de la pizarra. Después de chapotear hasta tierra firme de nuevo, C estaba emocionado, no paraba de reír. Me abrazó y me dijo que daba la impresión de que no me asustaban las sensaciones fuertes, y yo le seguí la corriente, a sabiendas de que en realidad me sucedía casi lo contrario.

Me tumbé. *Piénsalo bien*, me dije a mí misma. *Solo porque no fueras la persona que él pensaba que eras no significa que no vayas a ser esa persona en otro momento, algún día. No significa que B sea esa persona o pudiera ser esa persona si lo intentara. No significa que tú no seas tú. No significa que él no te quiera*. Había hecho una lista con todos los «no significa».

A esas alturas ya estaba cansada o quizá triste, así que encendí la televisión.

Estaban echando otro anuncio de Kandy Kakes. En este, Kandy Kat se ha convertido en científico para poder descifrar el problema con los Kandy Kakes, descubrir qué es lo que hace que la materia de la que están hechos sea tan desastrosamente incompatible con la suya. Kandy Kat nos guía a través de una serie de diagramas dibujados en la pizarra que ilustran la estructura básica de un Kandy Kake: un baño externo con una base dulce y crujiente espolvoreada con frutos secos triturados y una sustancia dulce patentada conocida como Choco Granel, luego una capa de caramelo pegajoso y a continuación dos capas más de abundante chocolate de consistencia ligeramente diferente. Después, otra de bizcocho esponjoso, que se mantenía borracho gracias a las cuatro capas de sustancias herméticas y estancas que lo rodeaban, y luego un estrato de galleta de chocolate crocante. En el centro se encuentra el Kandy Kore, que es top secret, un núcleo denso y azucarado cuya composición química solo conocen unos pocos individuos privilegiados dentro del imperio Kandy Kake. Corre el rumor de que el Kandy Kore no es estrictamente comestible *per se*, en el sentido de que no se cree que los materiales especiales que le confieren su sabor único estén hechos, en concreto, a base de alimentos. Jamás he probado ningún alimento que brille con unas tonalidades tan bonitas e intensas de verde y rosa. Es como comerse un arcoíris de gasolina, si la gasolina tuviera buen sabor. Ataviado con

una bata blanca, Kandy Kat se frota las manos ansioso e impaciente cerca de una máquina gigantesca que promete hacerle algo científico al pastelillo solitario que reposa en un pedestal justo debajo de su haz. Las costillas se le notan hasta debajo de la bata; duele solo de verlas. Tira de una palanca y un haz de luz verde crepitante envuelve el Kandy Kake, al que Kandy Kat se acerca reverentemente, con los ojos cada vez más grandes detrás de sus gafas de profesor.

De repente se me ocurrió una idea, y silencié el volumen de la televisión.

Lo que oí era sin lugar a dudas el sonido del mismo anuncio pero proveniente de la sala de estar, donde se suponía que estaba B. Sonaba amortiguado, sí, como si estuviera envuelto en una manta, pero distinguía los terribles chirridos y chasquidos que se producen cuando Kandy Kat intenta sin éxito hincarle el diente a un Kandy Kake. Sonaba como si alguien tratase de reparar un coche pero con herramientas hechas de carne y hueso. Traté de imaginármela viéndolo sentada en el sofá, pero lo único que lograba imaginarme era a mí misma, sentada en mi cama, esforzándome por imaginar algo. Clavé la mirada en la pantalla, en Kandy Kat intentando comer. Mordía con tanta fuerza que los dientes se le partían.

CAPÍTULO 4

¿Cuál era la raíz del trastorno del padre desaparecido? Los sociólogos decían que era algo social, los psicólogos que era psicológico y algún chiflado religioso afirmaba que estos padres habían oído la llamada de Dios para abandonar sus viles vidas. Los biólogos lo comparaban con las migraciones y con los pájaros cantores que se confundían por la presencia de rascacielos. Los comparaban con las abejas que abandonan su colmena: quizá a los padres los habían perturbado las señales de telefonía móvil, las autopistas, las toxinas del suministro de agua. Un profesor de cultura estadounidense de la Universidad de Cornell defendía que el fenómeno estaba relacionado con la crisis del modelo familiar basado en un único cabeza de familia sobre el que se asentaban nuestras bases comunes del valor masculino; un humorista dijo que todos los maridos estaban siempre a punto de desaparecer, pero no lo hacían porque a la temporada de fútbol le seguía la de baloncesto, y luego la de béisbol. Y una voz de las minorías señaló que aquello llevaba sucediendo desde siempre dentro de las comunidades minoritarias, aunque no se había llamado trastorno hasta que había empezado a suceder entre las personas blancas y acomodadas.

En las entrevistas con las esposas abandonadas, se proponían diversas explicaciones posibles para el impulso de autosecuestro. Su marido era un canalla muy cuco y lo había sido desde los comienzos, desde aquellos días en que se cortejaban y él solía «olvidarse» la cartera, obligándola a ella a pagar toda la cena, que pese a ser solo de un restaurante barato —de comida rápida, en realidad— no era una suma desdeñable. Su marido tenía buenas intenciones, pero también era un inútil, tenía problemas para orientarse hasta en el recinto de su urbanización, que era de tamaño mediano; seguramente su ausencia era un ejemplo llevado al extremo de las muchas ocasiones en que su sentido de la orientación le había fallado por completo, a pesar de que él continuaba insistiendo en su «precisión milimétrica». Su marido la había querido muchísimo, sobre todo al principio, pero en los últimos años ella se había fijado en que él se había fijado en que a ella le colgaba la parte de atrás de los brazos cuando saludaba con la mano, en que entre las pecas le habían salido manchas que no eran pecas, en que sus articulaciones crujían cuando hacían el amor, lo que a veces lo incitaba a preguntarle a ella si estaba bien.

Pero puede que los padres tan solo estuviesen buscando una vida perfecta, algo que, si uno se para a pensarlo, es totalmente razonable. Querían lo bueno: las palomitas, los perritos calientes, el lujoso enmoquetado industrial del centro comercial con sus agradables dibujos geométricos y chillones, en verde, rosa y rojo teja, que se extendían por el vestíbulo como un pequeño fragmento abarcable de infinito. No querían lo malo: la presión, el estrés, el reparto semanal de tareas con la ruleta de las tareas, los deberes de los que creían que se habían librado después de

acabar el colegio, el instituto o la escuela de negocios. No querían el regalo envenenado que suponía el reconocimiento de aquellos a quienes querían y cuyo amor era recíproco, ya que una consecuencia de la durabilidad de dicho amor era que se sentirían agresivamente reconocidos y queridos incluso los días en que ellos no podían soportar ni siquiera reconocerse a sí mismos en el espejo, incluso los días en que el mero recuerdo de sí mismos los entristecía y solo querían dormir. Un amor que convertía cada día en un día que tenían que vivir de un modo hecho a mano, artesanal, en vez de externalizarlo a alguien que lo haría feliz y eficientemente por un tercio del precio.

Puede que hubieran pensado, por utilizar un cliché, en que ahí afuera en alguna parte había una forma de «soplar y sorber». Que muchos regresaran a sus hogares meses más tarde, malnutridos, deshidratados y amnésicos podía interpretarse como la prueba de que en ninguna parte se soplaba y se sorbía a la vez.

La luz menguante se colaba en mi habitación desde el oeste, una franja rosada bañaba las superficies antes de extinguirse durante la noche. Sin las lentillas, las cosas se confundían unas con otras, las diferencias entre ellas se mezclaban. El primer día en que logré comprender que mis ojos eran imperfectos, mi maestra de segundo curso me había mandado leer delante de la clase lo que estaba escrito en la pizarra. «¿Qué es lo tengo que leer?», pregunté una y otra vez. La pizarra era de un verde uniforme, marcado solo por una mancha de polvo de tiza. La maestra me amenazó con enviarme al despacho de la directora, pero en vez de eso me mandaron a la enfermería. Allí me hicieron comprender que había cosas que yo no veía, cosas que muy probablemente llevaba algún tiempo sin ver. Había mensajes insertos en las imágenes borrosas. En mi habitación, la luz tardía evaporaba la estantería y la repisa de la chimenea en su retirada hacia el crepúsculo.

En el rincón donde guardaba algunos de mis cosméticos, me imaginé a mí de pie, mi cuerpo pequeño en el espacio que lo rodeaba. Por las veces en que había visto mi reflejo sin prepararme de antemano, sabía lo mala que era mi postura, cómo dejaba que los hombros cayeran hacia delante, lo que hacía que el pecho pareciera hundido y débil. Pero el yo que proyectaba ante mí parecía estar alerta. Mi cuello parecía largo. Me puse a hurgar en la caja de resina transparente que contenía las cajitas y botes de maquillaje como si llevara mucho tiempo sin verlos. Me sentí satisfecha conmigo misma. Sentí que era una chica a la que me gustaría observar mientras iba de acá para allá haciendo las pequeñas cosas anodinas que componen un día. Por eso me alarmé tanto al darme cuenta de que en vez de fingir observarme a mí misma, en realidad observaba a B.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. ¿No has visto que estaba durmiendo?

Volvió su cara borrosa hacia mí. Yo intentaba ponerme las lentillas todo lo rápido que podía, para disminuir nuestro parecido aumentando el número de detalles que podía distinguir.

—Estabas dormida. Y ya te pregunté si podía usar tu maquillaje —respondió.

No, no lo hiciste, quise decir. *No me lo preguntaste.*

En vez de eso, gruñí y apreté las sábanas con fuerza contra los ojos, que por alguna razón me dolían.

—¿Por qué no te largas? —dije—. Necesito despejarme.

B se marchó, dejando la puerta medio entornada. Sin las lentillas no sabía interpretar en qué plan se había ido, si su salida denotaba culpa o reproche. Me volví de nuevo para encontrar la

postura adecuada para dormir, agarrando la almohada como si fuera una persona que estrechaba entre mis brazos por la espalda. Echaba de menos a C, pero tenía que sopesar la posibilidad de que B me pillara si trataba de escapar para ir a verlo. Pensé en quedarme aquí en mi dormitorio durante semanas hasta que ella se olvidara de todo el asunto del maquillaje y se le ocurriera otra cosa que yo tuviese que hacer por ella. Podía esperar a que se le pasara.

Con los dos paquetes y medio de galletas que tenía en el cajón de mi escritorio, las tres naranjas en el tocador y aquella botella de vino podía aguantar dos días, quizá tres. Pero si C me trajese víveres y me los subiese mediante algún tipo de polea con una cesta y una cuerda, cabía la posibilidad de que resistiera semanas. Tal vez tres semanas, si C no se olvidaba de mí o conocía a otra persona. B tiraría la toalla mucho antes. Encontraría a alguien distinto a quien pegarse, alguien como yo con una habitación libre en su piso, o tal vez se marcharía y buscaría un trabajo. Podía ser justo el empujoncito que necesitaba para asomarse al mundo y ocupar su lugar como miembro productivo de la sociedad. Y yo podría salir años más tarde, fresca y descansada, para entrar en un piso que habían ocupado y abandonado una y otra vez, ocupado y abandonado en tantas ocasiones que mi nombre y mi historia se habrían convertido en una leyenda para después ser olvidados otras tantas veces más.

La cuestión era que si me quedaba sola aquí dentro durante semanas, también C se olvidaría de mí. Podía colarlo por la ventana para que viniera a verme: por un lado había una escalera de incendios que llegaba hasta el tejado, y por el otro un árbol grande. Mi último novio a veces aparecía por ahí para sorprenderme con un gesto romántico. El ruido que hacía al llamar con los nudillos en los cristales sueltos de la ventana era aterrador. Pero C no treparía por el árbol porque no apoyaría mi deseo de quedarnos para siempre, juntos, en mi habitación. Discutiría conmigo, probablemente, desde su ubicación a ras de suelo y, al hacerlo, desvelaría mi escondite. Tendría que arreglármelas sin él. Le mandaría fotos desnuda en posturas prediseñadas de Photoshop. Él podría utilizar sus habilidades como diseñador gráfico para copiarse y pegarse a sí mismo junto a mí, detrás de mí, como fuera. Podríamos tener pruebas de nuestro coito aunque no pudiéramos tener el coito en sí. Pero C pasaría de las fotos: su deseo era un primer plano que brillase con una intensidad y un enfoque impresionantes, pero solo sobre el objeto que tenía justo delante. Yo apenas lograba que me respondiese a un mensaje de texto, ni siquiera a los guarros.

Pensé en enviarle algo explícito. Algo que me gustaría hacer con él. Pero para ser sincera lo único que de verdad quería era quedarme allí acostada hasta que todo cambiase a mi alrededor. Además, para mí era un reto redactar mensajes eróticos. Siempre me perdía con las categorías gramaticales: si quería algo que implicara una parte concreta de su cuerpo, me costaba no emplear la preposición «con», ordenarle que hiciera algo «con» ella, o de lo contrario le estaría ordenando «ponerla» en algún lugar. Ambas estructuras convertían esa parte en algo pasivo de un modo extraño e inquietante, en algo que podía coger y dejar y usar o no usar, como un martillo o un teléfono. Lo mismo ocurría cuando él hablaba de las cosas que le haría a una parte concreta de mi cuerpo: el cuerpo que se deducía de su descripción parecía tener solo tres o cuatro partes, conectadas vagamente por lo que yo suponía que era más cuerpo. Hablar de mi cuerpo de cualquier forma me desarmaba. Después me quedaba tumbada inmóvil e intentaba recomponerme, nombrando las partes una a una en silencio, por orden, empezando por los huesecillos del pie.

Luego estaban las descripciones de la deixis de la cosa mediante las preposiciones y la direccionalidad: dentro de mí significaba en, hacia arriba, hasta el fondo, hacia abajo, más

adentro, a través, direcciones contradictorias que no parecían representar a una persona completa actuando en el espacio, ni mucho menos a dos. Siempre tenía que pensar en la orientación de mi cuerpo en el plano: ¿estaba en vertical o en horizontal? «Ponla atravesada hasta el fondo.»

Después de ver porno y escuchar con atención lo que la gente en la pantalla decía mientras hacía las cosas que hacía, había logrado comprender que el único punto de orientación estable era el estómago. Pese a que nunca lo mencionaran explícitamente en sus diálogos pornográficos, todos los en, los hacia arriba, los hacia abajo y los hasta el fondo parecían indicar una línea que se abría paso por la vagina, atravesaba el útero y llegaba justo hasta el centro del cuerpo, que casualmente también era el centro de la digestión. Daba la impresión de que este centro era el lugar donde todo el mundo quería que llegasen las cosas, más y más adentro hasta el punto más recóndito, donde por fin podrían descansar.

Me di la vuelta en la cama y le envié un mensaje a C: ¡Me muero de hambre!

Luego me tendí de espaldas y me quedé mirando al techo. Tenía al menos un ojo apuntando directamente hacia arriba. Desde esta perspectiva era fácil hacer como si todas las cosas estuvieran en un estado de perfecta quietud. Si algo en el mundo se había movido o había actuado, su acción habría afectado a otra cosa, que a su vez se vería obligada a reaccionar. Su reacción, una acción sobre otras cosas que no fueran ella misma, causaría otras reacciones que cambiarían el estado de otras cosas, un efecto dominó que acabaría por desequilibrar algo en mi campo visual, que consistía únicamente en el techo. Dado que el techo seguía igual, el resto de las cosas también seguiría igual. Eso o el techo estaba cambiando pero mi vista no era, ni sería nunca, lo bastante aguda para percibirlo.

Recibí la respuesta de C al cabo de unos minutos. *Ve a la cocina y come algo*, decía.

B estaría en la cocina o por lo menos merodeando, quizá pendiente de que apareciera, quizá a la espera de que hiciera algo. No sabía cómo decirle a C que tenía miedo de abandonar mi habitación y adentrarme en las demás zonas de la casa. No sabía cómo decirle que tenía miedo de diluirme si me topaba con B en este confuso estado en el que ella se parecía más a mí que yo a mí misma. El cuerpo de una mujer nunca le pertenece realmente. De bebé, mi cuerpo era el de mi madre, una extensión extraíble del suyo, un conducto digestivo ensamblado y desensamblado de su cuerpo. Mis padres lo vigilaban, vigilaban lo que entraba y salía de él, y a medida que fui creciendo se esperó de mí que continuara vigilándolo yo misma. Luego llegó el sexo, y una sucesión de años en los que arrastré mi cuerpo tras de mí como una red de deriva, con la esperanza de que no pescara nada por accidente, como un bebé o una enfermedad. Me había librado de estas cosas solo por una torpe mezcla de suerte y casualidad. En los escasos momentos concretos en que mi cuerpo fue verdaderamente mío, nunca supe qué hacer con él.

Me puse a toquetear un pellejo que me colgaba del pie, un trozo blanquecino que se levantaba del sustrato. Se me debía de haber desprendido mientras caminaba. Al tirar de él, sentí que la piel tiraba de mi pie, pero no sentí nada en el pellejo en sí. Ya me estaba abandonando. Si pudiera echarles un vistazo a mis entrañas y juguetear con ellas, verlas día tras día, controlar su color y textura, de ese modo tal vez llegara a sentir cierto apego por los kilos y kilos de materia que vivían dentro de mí, en mi zona ciega. Hasta ese momento, la capa externa sería mi parte más interna, la que me evacuaría si me la robaran, el núcleo absoluto.

Horas más tarde mi teléfono sonó. Era C. En su mensaje ponía: *¿Has comido algo ya?*

El blanco roto del techo se volvía cada vez más gris. Su insustancialidad resultaba más difícil

de ver, pese a que también estaba allí. Ted Hartwell, Matt Skofield, Dennis Galp. ¿Se habían sentido así antes de desaparecer? ¿Habían mirado fijamente las paredes durante horas con la esperanza de que algo cambiara? Una parte de mi estómago acusó el malestar: el dolor fue primero como una ausencia, después como una piedra. Se presentó como un temblor, un estremecimiento sin el frío, y después como una implantación sólida, aletargada, del suave chapoteo en mi cintura. Era el hambre, pensé. Cambió de calidad al cambiar de cantidad: parecía que el hambre era algo escalonado, una montaña que ascendía hasta una cumbre, y cada nueva altitud era distinta a la anterior. Aunque una parte de mí se interesaba por aquello, por escalar hasta lo más alto de aquella hambre y descubrir qué se sentía al alcanzar su límite, la que yo vivía era una vida humana corriente, y eso significaba tener que seguir comiendo, comer sin límite a la vista. Me levanté para ir rápidamente a la cocina, coger algo entero y traérmelo a mi habitación para comérmelo aquí, sola. Si me movía con rapidez y sin hacer ruido, puede que B ni se enterara.

En la cocina agarré una naranja, una tira de queso y dos barritas energéticas con una composición especialmente formulada para mujeres; estaban llenas de ácido fólico y tenían una forma redondeada y femenina. En ese momento oí un ruido detrás de mí. Parecía una pequeña urgencia, como el petardeo de un motor del tamaño de un bolsillo, pero estaba muy cerca. Esperaba encontrarme a B allí de pie apuntándome con algo a la cabeza, un cepillo de dientes eléctrico, tal vez, o un taladro. Sin embargo, detrás de mí no había nadie ni nada más que una ventana con la cortina colgando delante de ella, y desde la cortina me llegaba el sonido de un motorcito que rugía y rugía y se detenía y luego seguía rugiendo. Caminé hacia él, sin dejar de pensar en ese ángulo muerto detrás de mi nuca que no podía ver ni proteger. Cuando moví la cortina, se produjo una pausa. Y luego vi a la libélula, que chocaba y chocaba contra la mosquitera, zumbando como un mecanismo formado por engranajes ultraligeros. Cuando colisionaba con la mosquitera, de su superficie me llegaban sonidos musicales, zumbidos y campanas, la tenía tan cerca de la cara que veía los paneles lisos de su cuerpo.

Las libélulas que yo conocía sobrevivían solo unas pocas semanas más allá del verano, y eran perezosas, se quedaban flotando en el aire a un metro o metro y medio por encima de la cabeza de la gente antes de planear hasta su siguiente parada. La que tenía delante estaba desesperada, y, aunque parecía resistente, algo tan pequeño y vivo no podía estar destinado a resistir ese tipo de desgaste, repetitivo e inútil. Puse el dedo en la mosquitera que parecía ser su objetivo y se detuvo el sonido. Oí cómo la brisa soplaba de acá para allá en el silencio. Luego se reanudaron las pequeñas embestidas, a pocos centímetros por debajo de la punta de mi dedo. Era más fácil observar insectos atrapados entre muros, rumbo a una muerte desquiciada, que observar a este matándose por entrar. Aquí dentro no había nada para él. Aquí dentro moriría. En cuanto lograra entrar, comprendería que tenía que salir.

Unos pasos se arrastraron por las baldosas de la cocina. Me di la vuelta y B estaba allí con una taza en la mano, la más bonita que teníamos, hecha de un grueso cristal azul. Sin maquillar, su cara era adusta, llena de picos y de valles. Sus ojos mostraban una mirada hambrienta.

—¿Estás lista? —preguntó.

—Esta libélula se está golpeando contra la ventana —dije.

Ella la miró sin comprender.

—Creo que se va a morir —le expliqué.

—Pues entonces mejor lo hacemos en otra habitación, ¿no? —repuso ella.

Me quedé allí mirando la ventana y luego la comida que llevaba en las manos. La naranja exudaba humedad del frigorífico. Las naranjas «respiran» incluso después de que las cojan del árbol. Arrancadas de su rama, continúan tomando oxígeno y despidiendo dióxido de carbono a través de la piel, como pequeños pulmones desnudos y duros.

—No me encuentro muy bien —dije.

B me miró y luego se sentó. Al observarla, me dio la impresión de que se desplomaba levemente, encorvando los hombros hacia delante, hundiendo el pecho.

—A ver —dijo—, sé que no va a quedar perfecto. No me voy a enfadar contigo si no me queda bien o si no quedo exactamente igual que tú. Sé que no es fácil hacer cosas con mi cara. Sé que mis proporciones son extrañas, y que tengo la nariz y la frente grandes. Eso no tiene solución. Por eso siempre me ha dado tanto miedo maquillarme, pensaba que después de todo el trabajo acabaría pareciéndome a mí misma, idéntica a mí misma pero con churretes en la cara. Solo quiero probarlo esta vez y no sé cómo hacerlo sola. Lo más probable es que quede horrible —sentenció.

Frotaba el pulgar con fuerza contra un lado de la taza, como alguien que intenta borrar las huellas de sus propios dedos.

Si eras una persona, se suponía que aspirabas a ser mejor persona. Las personas mejores tenían un excedente de sí mismas que estaban dispuestas a ofrecer, algo que pudieran apartar y aislar. En mi caso esas partes solo se separaban, se quedaban aparte y aguardaban a que algo ocurriera. Veía qué era lo que podía darle a B, pero en realidad no podía dárselo. De hecho, quería quedármelo para mí, cogerlo y salir corriendo. A mi alrededor, las personas se repartían todo el tiempo sentimientos y ayuda entre ellas, como si fuera lo único que se podía hacer. Y yo veía estos intercambios como algo muerto, como algo perfectamente cerrado, una habitación sin orificios de entrada ni de salida.

—Quedarás estupenda —dije. Notaba la luz de las lámparas de la sala de estar que tenía a mi lado, caliente y punzante—. Ya estás estupenda —añadí.

B hizo ademán de sonreír. Su rostro se frunció y se arrugó en torno a los ojos. Miré de nuevo a la ventana donde la mosquitera permanecía abierta al aire de la noche, y no vi nada, no oí nada.

El espejo de mi habitación nos mostraba a las dos juntas. Solo le dije que no quería hablar.

—No quiero distraerme —aduje, y B asintió del mismo modo en que estaba segura de que habría asentido a cualquier cosa que le dijera en ese momento: con preocupación, pero con una pizca de felicidad potencial oculta en su interior.

Apliqué la base sobre el cutis, que era del mismo tono que el mío. El color se llamaba «biscuit», igual que las piezas de alfarería después de la primera cocción, duras, secas, sin esmaltar, sin acabar, una palabra que viene del francés, y que, además, significa galleta. El maquillaje cambiaba la cara sin cambiarla, tan solo parecía devolverle la uniformidad que siempre había llevado dentro, una superficie lisa sin imperfecciones ni preocupaciones. La persona mejor que se esconde dentro de la persona real.

Quería irme, ser yo misma, estar con C, sin embargo, me contuve y recordé que esa sensación de dejar al descubierto un rostro era exactamente tan real como el hecho de estar cubriendo una cara simultáneamente. Era como esa ilusión óptica en la que en una misma imagen hay un jarrón y dos caras, pero no pueden verse a la vez.



Una misma imagen se divide en otras dos, que ocupan el mismo espacio sin llegar a compartirlo. Aunque tal vez suceda al contrario: los dos objetos se encuentran en un espacio compartido, y la idea del uno después del otro en la mente del ojo del espectador, jarrón cara jarrón cara jarrón cara jarrón cara, los hace convertirse en uno. Incluso parece que las palabras empiezan a fundirse, como si se fusionaran en una sola, sincopada en las bocas de dos personas de lugares distintos, lejanos. Vertí el maquillaje en una esponja de espuma blanca, de forma tal que se asemejaba a un charquito de piel suspendido en la nada, y le apliqué ligeros toques en la mejilla una y otra vez. Después de los toquecitos en la mejilla, pasé a extenderlo con trazos más largos y suaves. Dejaba haces de color carne que se desvanecían un poco más con cada trazo. B estaba desapareciendo, o reapareciendo, o apareciendo por primera vez, o lo que fuera.

Ya había tapado todos los granos y ahora, al mirarla, su cara tenía la textura de una pieza de alfarería. Solo veía poros si me inclinaba cerca de la nariz, donde parecían diminutos montículos de color carne emergiendo de pequeños cráteres en pendiente. Las personas eran cosas tan frágiles:solo existían desde un ángulo determinado, observadas a una escala y una separación precisas. Olvídate de dónde ubicarte y las habrás perdido por completo. Desde esta distancia, B no se me parecía mucho, aunque en realidad tampoco se parecía mucho a sí misma. Le froté el borde de la mandíbula para distribuir bien el maquillaje. Después, le pinté los labios. Usé las cosas que tenía por ahí, sin ni siquiera limpiarlas: mi propio bálsamo labial, pringoso y con sabor a polo Creamsicle de naranja, un pintalabios que me ponía día sí, día también, y que había reducido a una meseta húmeda, brillante y chata por un costado. Le apliqué el color con la yema del dedo, la parte mullida; le chafaba el labio inferior y observaba cómo emergía de nuevo. Era casi como pintar un retrato de mí misma, pensé, sobre el rostro de otra persona.

Me acordé de un verano que pasé en casa de mi tía cuando era pequeña, cuando iba al instituto, tal vez. Mi tía se pasaba la mayor parte del día bordando mientras su marido estaba en el trabajo, sentada frente al televisor y viendo películas con el volumen apagado. Se ponía pelis de acción, *thrillers*, cosas que mi tío y ella habían comprado en un principio para su hijo. No le prestaba demasiada atención al argumento; las películas eran como una especie de accesorio decorativo del hogar, un aparato que proyectaba luz y movimiento. Cuando atravesaba el salón de camino a algún sitio, en su rostro suave y sereno veía el cálido resplandor amarillo de una explosión reflejado en la pantalla.

Una de las películas que puso iba de dos hombres que casi nunca coincidían en el mismo fotograma. Uno era más bien robusto y anchote, y el otro anguloso y aguileño. El tipo robusto aparecía en un despacho y después en una especie de habitación de hospital. El anguloso salía

caminando por una pista asfaltada. Después, se despertaba y echaba a andar. Luego, el de la mandíbula cuadrada se despertaba. Ambos parecían ir al acecho de algo, por separado, y empleaban toda una panoplia de vehículos: aviones, coches y barcos. Yo entendí que la historia iba de dos hombres que competían por ser el primero en capturar un algo indeterminado que ambos querían. Años después, C me dijo que en realidad la película iba del robo de identidad. Uno de los hombres había intercambiado su aspecto con el otro, después, el otro cambiaba su aspecto con el del primero. Luego, los dos intentaban anular al otro. Según C, debería haber pillado el cambio de identidad al darme cuenta de que el lenguaje corporal del tipo robusto empezaba siendo heroico y se volvía taimado y agresivo, mientras que el del tipo anguloso comenzaba taimado y acababa heroico. Yo le dije que sería estupendo que todos pensáramos así, pero que en la vida real se suponía que teníamos que reconocer a una persona a pesar de sus peculiaridades y no a partir de ellas. Se suponía que habíamos de confiar en la similitud de su rostro en un momento dado con el rostro que recordábamos.

—O si no —le dije—, te trataría como a un desconocido cada vez que te cambiara el humor.

C se limitó a mirarme un instante, con aire confundido, sin pronunciar palabra.

Tenía la carita menuda de B entre las manos y le agarraba la barbilla un poco más fuerte de lo que habría debido porque podía permitírmelo; ahora mismo estaba haciéndola muy feliz. Antes de que hubiera espejos o cámaras para enfrentarse a sí misma, la gente tenía que verse a través de otras personas. Intentaba pensar que estaba pintando un retrato de mi cara en la suya para poder verme mejor. Para verme a mí misma rellena, en lugar de aplanada, verme a mí misma tal como C me veía. No estaba perdiendo nada ni entregándome; simplemente estaba expandiéndome, convirtiéndome en más, en muchas, como la imagen televisiva al ocupar todas esas pantallas vacías. Al asentarse sobre la superficie de su piel, la imagen que tenía por mía absorbería a su persona en mí, y así, por una vez, podría saber cómo era ser yo misma fuera de mí. Podría ver una parte de mí observable y reconocible, pero que no transmitiese sentimiento alguno. Un miembro entumecido capaz de desempeñar su cometido sin mí.

Seguía teniendo hambre, y las puntas de los dedos me temblaban en contacto con su piel mientras trazaba la gruesa línea negra en el párpado. Esperaba que me saliera torcida, pero no sabía hacer otra cosa que intentar que fuera perfecta e idéntica cada vez, así que quedó idéntica. Y a medida que veía que la cara tomaba forma, me sentía cada vez menos molesta por mí. Me sentía más como otra persona completamente distinta, como una espectadora casual. Experimentaba un placer monótono en ver evolucionar desde este ángulo esta imagen que me resultaba agradable, tanto que la había escogido hacía diez años y me la había repetido hasta la saciedad desde entonces. Mientras trabajaba, intenté encontrar todos los detalles en que nuestros rostros diferían: la ligera hendidura de su barbilla, el ensanchamiento de la punta de su nariz, el lunar en su labio inferior que parecía una verruguilla. En ese momento fue como si me dejara llevar, y pensé en lo diferente que era ver con tanta claridad esta imagen, tan familiar y desconocida a un tiempo. Era la misma sensación que cuando me observaba a mí misma maquillándome, antes de que se convirtiera en algo que mis manos hacían prácticamente sin mí. Cuando le puse el puntito plateado en las comisuras de los párpados, estaba lista. Me volví para mirarnos en el espejo.

—Ha quedado muy bien —dijo B, con los ojos abiertos como platos.

Había quedado muy bien. Sus ojos parecían enormes, su boca, más pequeña y definida. Había pulido los círculos oscuros y los lunares sueltos. La línea oscura alrededor de los ojos

desviaba la atención de su expresión ansiosa y le confería un aspecto menos de presa, más de depredadora. Le apliqué sombras bajo los pómulos y líneas en el contorno de la boca. Se parecía a las chicas de los anuncios de televisión, emocionadas con el estado de su físico.

—Estás muy guapa —le dije—. Estás cañón.

Me sentía como si tuviera un excedente de mí misma; B me miró y pestañeó, en silencio.

—Me voy al baño —dijo.

—Vale.

No sabía qué pensaba hacer ahí, y tampoco me importaba. Me puse a rascar un hilo suelto del edredón para pasar el rato. Me sentía ligera por dentro, como un globo, e increíblemente adormilada. Cuando Kandy Kat sale en dos pantallas de televisión a la vez, ¿se divide en dos? ¿Dos cuerpos con dos mentes que aparecen en escenas idénticas de dibujos animados? ¿Dos cuerpos que dan una respuesta idéntica, como máquinas gemelas? ¿O sigue habiendo un cuerpo de animación, elástico y vaciado, con el doble de hambre para su doble imagen? Necesitaba tomar el aire. Me dirigí hacia la puerta y salí afuera. Cuando volví la mirada, tuve una estampa clara del cuarto de baño: B se había dejado la puerta abierta de par en par e, incluso desde cierta distancia, la atisbaba ante el espejo, recorriendo suavemente su nariz, sus mejillas y su barbilla con la yema de los dedos, siguiendo su contorno con reverencia, acariciándolo como a un bebé, a un recién nacido.

Atravesé el césped en la penumbra, acercándome a la casa de enfrente, oscurecida, huraña y vacía. Volví la vista atrás, pero nadie en el vecindario estaba mirando, ni siquiera B a través de la escuálida ventana de la cocina en la que solía apostarse cuando yo salía de casa. Nadie me estaba mirando, nadie estaba pensando en mí, estaba sola de verdad. Empujé la puerta entornada con el hombro y no con las manos, abrazada a mí misma como alguien con dolor de estómago o que acaba de recibir un puñetazo en la barriga. La puerta cedió poco a poco hacia dentro, tragándose casi toda la luz.

El interior de la casa de enfrente era silencioso y limpio, libre de polvo y de voces. Todo estaba cubierto de telas blancas y la luna brillaba sobre los objetos tapados y les confería un color increíblemente solitario. A mi derecha había un salón amueblado con unos montículos blancos que en algún momento debieron de ser un sofá grande, otro de dos plazas, un sillón orejero y un piano de pared. A mi izquierda estaba el comedor, que tenía tres sillas blancas envueltas y una mesa blanca también cubierta. A juzgar por los bultos de la superficie del tablero, nadie se había molestado en recoger la comida antes de cubrirla. Toqué una de las protuberancias a través de la sábana blanca, que cedió a la presión de mi dedo con un ruido como de chapoteo.

Ni rastro de la familia. Ni rastro del perro. Ni siquiera había insectos que se hubiesen colado por la puerta abierta, que emitía un suave chirrido a mi espalda con el ulular del viento por nuestra calle. Lo que en su día fuera la vida de una familia, de la que aún conservaba cierta forma vaga, se asemejaba ahora a una escena ártica: blanca, uniforme, de aspecto gélido. Los sofás imprecisos bajo las sábanas, las formas misteriosas de los juguetes ocultos. Me quedé esperando a que pasara algo, pero no iba a pasar nada. Era como contemplar un cuerpo en un velatorio. Mi respiración se sosegó y me entraron ganas de tumbarme y de no volver a levantarme nunca.

Me di cuenta de que estaba feliz.

En la quietud de aquella casa muerta, me asaltó una súbita sensación de pertenencia. Era

parcial, pero aun así era mejor que nada. Yo pertenecía a esta familia a la que no conocía y que tampoco me conocía a mí. Esta familia que se había ido sin mí. Y aunque no lo supieran, me estaban echando de menos, lo sabía. Y eso ya era algo. Siempre podía venir aquí y pasar un rato, conjurarlos en sus espacios domésticos, añorarlos, recordar todas las cosas que nunca hicimos juntos. Podía imaginar sus voces, podía imaginar que esas voces me resultaran familiares. Me sentía como si conociera la disposición de la casa, como si supiera exactamente qué había debajo de todas y cada una de las prístinas sábanas blancas, aunque no lo supiera.

Afuera, unos pocos grillos cantaban sin cesar. Fui al salón y me senté en el suelo detrás del sofá fantasmagórico. Contemplé la pared blanca y después me tumbé de costado. Estaba allí tendida, sin pensar en B, ni en C, ni en el trabajo ni en mis padres. Sin pensar en qué cara tendría ni en el aspecto de mi cutis hoy. Sin pensar en comida, en agua o en las cosas que habían pasado. Mi respiración se sosegó. Esta casa con sus extrañas telas blancas cubriéndolo todo estaba diciéndome lo que tenía que hacer: nada; y sabía exactamente cómo hacerlo. Me sentía como la nieve, pensé, como se siente la nieve: fría, silenciosa, próxima al desvanecimiento. Una cobertura temporal sobre un pedacito de suelo. Permanecí allí tumbada como la nieve durante un buen rato; de vez en cuando un coche pasaba por la calle y hacía que el blanco se volviera más blanco por un instante.

Entonces caí en la cuenta de que si me quedaba allí demasiado tiempo, B tal vez intentaría encontrarme. Me incorporé y me marché de inmediato. Cerré la puerta principal al salir, pero sin echar el cerrojo.

De vuelta en mi habitación, la televisión me informaba sobre una nueva crema de belleza comestible. Una hermosa mujer morena sonríe a un tarro de tamaño mediano que sostiene entre las manos, lo gira suavemente de derecha a izquierda como para admirar la etiqueta. La mujer es ya tan guapa que cuesta figurarse qué podría necesitar de ese tarro. Con todo, está tan emocionada por abrirlo que la sonrisa en su cara no hace más que crecer a medida que desenrosca la tapa, inclina con delicadeza el envase hacia ella y deja escapar un grito ahogado de sorpresa. Una paloma blanca se afana en salir del tarrito, estira el pescuezo hacia el borde, intentando hacer palanca con el cuello y el pico para lograr pasar su pechuga aterciopelada por la abertura. Trata de desplegar un ala, pero aún sigue demasiado embutida en el tarro, así que, después de mirar a derecha y a izquierda, picotea las partes del frasco que quedan a su alcance. Desde el punto de vista de su experiencia como animal, la paloma está obviamente en apuros. Sus ojitos negros, redondos y brillantes, están fijos, pero ella sacude la cabeza adelante y atrás, adelante y atrás. Como elemento del anuncio, no obstante, la paloma tiene un aspecto elegante y suave, sus plumas se ven sedosas mientras el animal se retuerce, afanándose por liberar sus alas.

El tarro termina por caer y la paloma se derrama, y alza el vuelo con gracilidad. Mientras el ave surca el aire, una voz en off nos cuenta qué contienen las nuevas cremas TruBeauty perfeccionadoras de cutis con efecto interior y exterior. Hay vitaminas, antioxidantes y componentes hidratantes, por citar algunos. La paloma está espléndida, aleteando a cámara lenta, lo que amplifica su aspecto glamuroso. Cuando ha completado una vuelta por la habitación, traza otro círculo hacia la mujer, boquiabierta por el asombro, y se lanza en picado hacia su boca a toda velocidad. El impacto produce un golpetazo sordo, y, después, solo se ve el cuarto trasero de la paloma, que asoma de los labios de la mujer e intenta con todas sus fuerzas culebrear e introducir todo su cuerpo en el interior. La voz en off habla: *La mayoría de las cremas de belleza*

*se detienen en el nivel epidérmico, y solo tratan las imperfecciones menores más fáciles de alcanzar. Los tratamientos de la competencia no penetran más allá de la piel.*Mientras la paloma forcejea para descender por la garganta de la mujer, esta alza elegantemente la barbilla y exhibe unos músculos en los laterales del cuello que se tensan y se relajan, trabajando para ayudar a tragar la paloma. Cuando la última garra desaparece, la mujer baja el mentón y obsequia a la cámara con una sonrisa radiante. *Tan solo hay una crema de belleza que combate los signos del envejecimiento desde el interior hacia el exterior, asegurándose de que las amenazas para tu belleza no tengan dónde esconderse*. La bella mujer introduce una cuchara en el tarro, ahora desprovisto de paloma, y extrae un cremoso bocado. Se aplica un poco en la cara y después se lleva la cuchara a los labios, y engulle el contenido exuberantemente. Tiene pinta de yogur, pero no lo es. Lame la parte delantera y después la trasera, y, acto seguido, se reclina, cierra los ojos y sonríe en el resplandor soleado de su precioso salón. Y la voz en off concluye: *Confía en TruBeauty. Sabemos que la verdadera belleza empieza en el interior*.

Me acurruqué sobre un lado e intenté imitar la sonrisa radiante y satisfecha de la mujer del anuncio. Fingí sentirme plena y cálida, y tener una paloma viva en la tripa, de aspecto elegante y suave. El ave estaba ahí dentro, pero yo no le causaría el menor daño; solo la protegería, la guardaría a salvo en mi interior. Me imaginé que C estaba a mi lado, vigilando mi cuerpo, asegurándose de que nadie me robaría la cara mientras él estuviese observándola. Recordé el ojo de B apuntando hacia arriba bajo mi mirada, pequeño, inmóvil y desprotegido, con el párpado completamente estirado hacia atrás. Medía aproximadamente el tamaño de un pulgar, desde la uña hasta la primera falange. Mi mano se contrajo. Estaba insertando los pulgares en un Kandy Kake, hundiéndolos en el relleno, oscuro y oleaginoso, para extraerlo. Pronto, el centro sería superficie, estaría estremeciéndose bajo el aire. Sentía que estaba cediendo al sueño, a esa clase de sueño en que se cae profundamente, en que parece que la cabeza se te va llenando más y más de agua, hasta que el líquido presiona contra la parte trasera de los ojos y el interior de las sienes. *Un Kandy Kake es exactamente igual que un ojo*, me dije, y eso fue lo último que pensé antes de quedarme dormida.

Me desperté en mitad de la noche con la caricia de una mano suave en el pelo, pero me sentía hueca, exhausta, y volví a quedarme dormida antes de llegar a preguntar quién era.

CAPÍTULO 5

Una boca era un medio para entrar en una persona, pero también ofrecía una de las salidas más claras. Todo lo que ingresaba por ese pasaje resbaladizo empezaba inmediatamente a abrirse camino hacia el otro lado, y emergía irreconocible y a muchísima distancia. Una boca refulgía con saliva, noventa y ocho por ciento de agua y dos por ciento de partículas en suspensión, que la hacían ser pringosa, olorosa y corrosiva. En mi saliva y en la de mi novio quedaban enzimas que descompondrían los hidratos de carbono en azúcares y grasas en cuanto la comida tocara las paredes internas de la cavidad oral. «La digestión comienza en la cavidad oral», rezaba el libro de biología que usábamos en el instituto, en un apartado titulado «¿Cómo comemos carne?». Esto significaba lo siguiente: incluso aunque C me amara, aunque cuidara de mí, aunque me viera como a una igual y solo quisiera lo mejor para mí, cada vez que me besaba una parte de él trabajaba ciegamente para deshacer mi cuerpo. Cada vez que le ofrecía mi boca, el material de mi cuerpo calibraba el material del suyo, comprobaba si se trataba de alimento o de otra cosa, algo indigerible que jamás llegaría a penetrar del todo.

Clavé la vista en la boca de C, rosada, húmeda y progresivamente ennegrecida a medida que se adentraba centímetro a centímetro en la garganta. La saliva se acumulaba en el borde interior de su carnoso labio inferior. Bocarriba y de cara al techo, sentía cómo su cuerpo se instalaba sobre mí, presionando mi piel como el puño que trabaja la masa. Yo era maleable y dúctil, era toda sustancia: no había bolsas de aire, no había cavidad para albergar el alma. Cualquier laguna que se hiciera un hueco en mí se abría y se colmaba simultáneamente por una misma cosa, de modo que el hambre y su solución ocurrían a la vez, dejando apenas rendijas para que anidara el deseo. Yo era sólida, estaba limitada por los cuatro costados, y cuando me acercaba a él, sentía su propia solidez, más amplia y menos huesuda que la mía, más grande y de distinta forma, como un sofá o un automóvil. Le agarré el hombro con más fuerza y la piel bajo mi mano dio un poquito de sí. Formaba pequeños terrones entre mis dedos, que asía con más ansia para adherirme mejor. Deslicé la mano hacia abajo. Enganché el pulgar bajo su axila para una mayor sujeción. El forcejeo de mi mano me indicaba que C no era como el mango de un martillo o de un cuchillo: no estaba hecho para que yo lo agarrara, no estaba diseñado pensando en mí. Se me resbalaba por la palma de la mano, era demasiado grande para sujetarlo. Los movimientos repetitivos de mis caderas iban por su cuenta, libres del control de mis pensamientos. Era casi como estar tendida en un barco y mirar hacia arriba, sintiendo cómo tu cuerpo entero se balanceaba con un movimiento ajeno.

A medida que la música que emanaba de la televisión subía de volumen, de ritmo y de intensidad, C empezó a adoptar una actitud más decidida con mi cuerpo. Me agarró la pierna

izquierda por la corva y la giró como si fuera un *joystick*, intentando retraerme la rodilla hacia la oreja. Me puso el pulpejo de la mano sobre los muslos y se inclinó, empujando el extremo del mástil donde el fémur encaja en la cadera.

—Mis piernas no funcionan así —dije, buscando un ángulo menos doloroso.

—¿Qué? —preguntó ligeramente sorprendido, quizá solo por el mero hecho de que hubiera hablado.

—Es incómodo —dije.

Siguió presionándome del mismo modo que había hecho antes. Mi pierna era puro dolor, la articulación me ardía. Intenté contonear las caderas, pero estaba atascada. Hincó su peso aún más dentro de mí, y me posó una mano plana en la mandíbula para mantener el equilibrio.

—Que no se doblan hacia atrás en ese ángulo —insistí, intentando ser más precisa.

—Ah —dijo—. Perdona, creía que…

Se calló y desvió la mirada hacia mi izquierda, donde el televisor resplandecía con escenas pornográficas de cuya presencia me había olvidado. C me retiró la mano de la pierna y volvió a colocarla sobre el colchón. En la pantalla, el cuerpo escuálido y beis de una mujer con la melena recogida en una coleta yacía doblado como una silla plegable. El rectángulo luminoso estaba repleto de cuerpos de otras personas que hacían la clase de cosas que estábamos haciendo nosotros, pero mejor iluminados. Sus genitales aparecían primero conectados a sus cuerpos y tan chiquititos que podían taparse con la punta del dedo, y después lo suficientemente grandes como para llenar la pantalla entera. Los órganos sobredimensionados que se proyectaban ahora no estaban conectados a ningún cuerpo y, por lo tanto, eran cuerpos en sí mismos. Depilados y suaves, se daban lametazos como si fueran rostros con bocas rudimentarias, que hablaban un idioma que quedaba fuera del alcance de mi oído. Estas caras parciales interaccionaban de un modo amable y táctil, como las medusas que había visto en los documentales de naturaleza. Una engullía a la otra sin parar, la otra se zafaba, creando un espacio entre ambas, que volvía a cerrar inmediatamente después. Mientras contemplaba sus torsos invertebrados acercarse y alejarse entre sí, atribuir cualquier intención sexual a su movimiento habría parecido pura imaginación.

Cuando C y yo empezamos a salir, no entendía del todo por qué le gustaba ver porno mientras lo hacíamos. Al principio, pensé que era instructivo, como una especie de pistas que trataba de darme. Me esforzaba por colocarme siempre de tal forma que alcanzase a ver el televisor, donde pudiera imitar a la mujer, o las mujeres, de la pantalla. Me colocaba como ellas, intentaba cambiar de postura como ellas. Pero nunca tuve la impresión de que él pretendiera ser la imagen de ninguno de ellos, y cuando yo lo intentaba, él me cambiaba de posición, destruyendo el parecido. Después pensé que podía ser como la música de fondo o la radio que la gente se pone para preparar la cena, o un intento de tapar los ruidos de nuestro sexo con los ruidos de un sexo ajeno. Sin embargo, al final decidí que tenía que ver con la delgadez del presente. En todo momento, alguien estaba haciendo algo, una cosa o incluso tres cosas a la vez. Ese alguien estaba acostado, recitando una frase y, posiblemente, pensando en lo que estaba haciendo. O estaba agarrando un hombro, fijándose en un lunar en la espalda de otra persona, y sintiendo cómo su propio aliento abandonaba su pecho. Si se aísla, cualquier fragmento de tiempo es solitario y mediocre, y cualquier momento se parece a otros, así que a veces tienes la sensación de ser un recuerdo evocado por otra persona.

Lo vi echar una ojeada al televisor en cuanto llevábamos demasiado rato haciendo lo mismo, y creí reconocer algo en él que había percibido en mí misma. C estaba engrosando el momento al

añadir capas de fantasía a la realidad y capas de realidad a la fantasía. Dos personas que se aferrasen la una a la otra en el presente serían un erial. C estaba repoblando el acto para que no nos quedáramos tan solos en él juntos.

En la misma línea, yo a veces pensaba en una escena similar para rellenar los espacios mentales residuales que el acto nunca terminaba de ocupar por sí solo. En esa escena, C y yo estamos juntos y a punto de encender la televisión y desvestirnos cuando de repente llaman a la puerta. Vamos a ver quién es y cuando abrimos nos encontramos con todos mis exnovios fuera, que nos sonríen y nos saludan cariñosos. Los reconozco a todos y no han cambiado ni una pizca. Todos han traído regalos: buenas botellas de vino, packs de cerveza, cajas de bombones rellenos, guirlache de cacahuetes o una cesta de fruta repleta de unas suculentas peras maduras, verdes con motitas rojizas.

Quieren que los invitemos a pasar y resulta difícil negarse, con esas sonrisas tan francas clavadas en nosotros. Nos sentamos y nos ponemos al día. C y los ex hablan de sus trabajos y comparten anécdotas de las distintas épocas en que salieron conmigo, y, al verlos relacionarse, una tremenda sensación de bienestar me inunda el pecho. La emoción crece en mi interior y no deja espacio para nada más. Al final, me siento como si el pasado no existiera, como si solo hubiera un presente denso y feliz que lo envuelve todo, tan bonito que me cuesta respirar. Entonces, de repente, estamos todos desnudos y follando, el grupo al completo junto, con mucha educación. Todo el mundo respeta el espacio personal de los demás y nadie se siente incómodo. Hay pollas por todas partes. Entre ellas me siento feliz y relajada, y me digo a mí misma: *Las personas que mejor conozco ahora se conocen entre ellas de la misma manera en que yo las conozco a cada una de ellas*. Me percato de que reconozco todos sus cuerpos, hasta la ubicación del vello corporal y las pecas. Los conozco como me conozco a mí misma, mejor de lo que me conozco a mí misma. La escena termina ahí.

En esta fantasía, la ratio de sexo puro respecto a las conversaciones, las bromas y el picoteo es como de uno a seis. Incluso en medio de los momentos más bestias estamos charlando como si nada, recordando unas vacaciones que nos tomamos o nuestras pequeñas rutinas de los fines de semana. Hablamos de las peleas que nunca resolvimos del todo cuando estábamos juntos, y todo el mundo da su opinión y su apoyo.

Le conté a C mi fantasía una noche después de que él compartiese conmigo una de las suyas, algo sobre cinco mujeres, cinco sabores distintos de mantequilla de cacahuete y la estructura de barras metálicas de un parque infantil. Yo creí que venía a cuento porque las dos implicaban a una multiplicidad de personas, y pensé que nos reiríamos, las compararíamos e incluso llegaríamos a sintetizarlas, pero C me salió con que mi escena le daba mal rollo. Le dije que en la vida real no me interesaba por otros tíos, ni siquiera por mis ex, pero respondió que no era eso. Lo que le molestaba, lo que le parecía obsceno, era el aspecto emocional, el modo en que yo había impuesto lo personal.

—No solo necesitas que hagan algo por ti, sino que encima tienen que sentirse de un modo determinado al respecto —dijo.

Su voz adoptó un tono de súplica.

—¿Por qué no puedes dejar que la gente tenga su propia vida interior siempre que haga más o menos lo que se supone que corresponde con su vida exterior?

Después, apartó la mirada, severa, absorto en quién sabe qué.

Cuando veo a los actores y a las actrices porno en la tele, lo que más me conmueve son sus

modales. Desempeñan sus tareas ateniéndose a una suerte de protocolo de ausencia, como los cajeros del supermercado durante la hora punta del mediodía, que te dicen lo justo para hacerte sentir que estás haciendo lo adecuado y te dedican las miradas justas para que percibas que tienes que moverte con eficiencia. La gente del porno sigue un equilibrio similar en su interacción: se ofrecen de una manera determinada a una persona, en una de las más literales, pero ni una más. Y como en su mundo todo lo que se ofrece se acepta y ninguna proposición se rechaza, no se desperdicia ningún exceso de deseo susceptible de descomponerse. Puede que sea el único mundo perfecto que he visto nunca, perfecto salvo por algún vistazo ocasional a algún tirón de cera infectado.

Después, nos sentamos en el sofá enfrente de la televisión, que estaba con el volumen quitado: solo colores. C se sentó hacia delante y alcanzó el mando a distancia mientras yo recogía las almohadas y los cojines y los devolvía a su sitio. Ahora era como si no hubiera pasado nada. Volví la vista al material amnésico, limpio y aburrido, con ese tejido rugoso de la manta escocesa de tienda de oportunidades. Mirar ese sofá me transmitía la sensación de no haber estado donde había estado, ni de haber tocado nada de lo que había tocado. Incluso el cuerpo de C, a medio vestir, se me antojaba igual que antes: cálido con pliegues cálidos, suave y vulnerable. Pero al haber estado ahí yo misma durante todo el acontecimiento, sabía que las partes habían participado en toda una serie de cambios físicos perceptibles, la subida, el clímax y la resolución. Cuando pensaba en mí, el relato era mucho más confuso. Apenas era capaz de recordar que mi parte hubiese estado ahí presente, pues casi no la había visto durante el desarrollo de la acción, y los breves instantes en que había registrado su presencia me proporcionaban la misma señal una y otra vez, los labios separados o no, ninguna diferencia cualitativa ni cuantitativa en su apariencia. Incluso ahora, tan solo un leve escozor indicaba que algo había sucedido. Ya podía sentir que la parte estaba pensando ya en la próxima vez en que estaría llena.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté a C, frotando la mejilla contra su hombro.

—Claro —contestó, simpático, como si le hubiera ofrecido una galleta—. ¿Por qué no?

—¿Por qué no? —pregunté.

—Ya me entiendes —respondió.

En general el sexo me dejaba calmada durante un par de horas como mínimo, pero últimamente no me había sentido demasiado en calma. Por lo menos todavía conseguía quitarme de la cabeza lo que estaba pasando en casa. Quería volver a la casa de enfrente desde que había ido por primera vez, pero nunca me parecía un plan seguro. Con su nueva cara, B era más escandalosa, y más curiosa también. Te dirigía miradas más largas, más duras. Cuando me calzaba los zapatos en mi habitación y B oía el repiqueteo de los tacones, emitía una voz desde cualquier parte de la casa donde estuviese. Me preguntaba adónde iba. Me preguntaba qué iba a hacer. Me preguntaba si quería ver un rato la tele. Mi única opción era descalzarme en silencio y volver con sigilo a la cama, tumbarme bocabajo sobre el colchón y mirar hacia la acera de enfrente, pensando en lo fácil que sería tener menos cosas en las que pensar, o no tener ninguna.

B ya no parecía la chica tímida que se había mudado a mi casa. Con la B a la que me había acostumbrado, costaba desvelar cualquier cosa sobre ella, desde qué le gustaba leer hasta de quién estaba pillada en el colegio. Tenías que excavar y desenterrarlo con tacto, con una combinación de preguntas a bocajarro y diversión calculada. Pero desde que había empezado a

salir con C, estaba distinta. La mañana después de la primera noche que pasé en casa de C, me la encontré esperándome en el rellano de la escalera. Había estado fumando, las colillas estaban cuidadosamente alineadas junto a ella.

—Estaba preocupada por ti —me espetó mientras me acercaba.

Le dije que lo sentía. Tenía el pelo enmarañado, el *eyeliner* se me había corrido y olía un poco mal. Tenía pinta de que me hubieran cambiado de estante. Normalmente, B lo habría dejado estar ahí, habría esperado a que le propusiera hacer algo divertido, pero aquella vez siguió mirándome:

—No —dijo con decisión—. Me alegra que estés contenta. Yo también quiero salir ahí fuera, solo que no sé cómo hacerlo. Ya me enseñarás.

Entonces se levantó de golpe, apagó el pitillo en los peldaños de la entrada y colocó la parte más larga, a medio fumar, en su lugar dentro de la línea. Dijo que quería enseñarme una cosa. La seguí hasta la segunda planta, donde la puerta de nuestro piso estaba abierta de par en par.

—Está en mi habitación —anunció, con una voz en la que empezaba a traslucir cierta emoción.

El piso olía a tabaco y a friegasuelos; a una repugnante fusión de los dos tufillos. B abrió la puerta de su cuarto de un empujón y apuntó hacia algo que yo no alcanzaba a ver desde la entrada. Entré tras ella y lo vi. Lo que B había señalado y seguía señalando era un retrato de su exnovio, dolorosamente detallado y dibujado a lápiz. El rostro era duro y parecía cincelado, como si bajo la tez hubiese un lecho de piedra. La boca tenía una forma maliciosa y una suavidad que invitaba a acercarse y tocar el papel. B había dibujado la cara de su ex un veinte por ciento más grande de lo que habría sido a tamaño real, lo suficientemente grande para que incluso los rasgos más pequeños, las manchitas de la barba incipiente y los lunares, parecieran agresivos. Su cara se te imponía, era casi demasiado guapo para soportarlo.

—¿Cómo lo has hecho? —quise saber.

—Lo he dibujado —contestó B—. He tenido que hacerlo de memoria, no nos sacamos ni una sola foto.

—¿Lo has hecho para la clase de dibujo? —pregunté.

—No he hecho nada para la clase de dibujo —replicó.

Parecía impaciente.

—Bueno —agregó—, ¿crees que debería romperlo?

—¿Por qué harías algo así?

Dibujaba mejor que cualquier otra cosa que yo hubiera hecho en mi vida.

—Debería dejar de echarle de menos —contestó con rotundidad.

Pero no estaba segura de querer ver qué pasaba cuando ya no estuviese obsesionada única y exclusivamente con su ex. La cantidad de tiempo que pasaba navegando en Internet en busca de información reciente sobre él, toda la energía que empleaba en rastrear dónde hacía la compra, a qué fiestas iba, con qué chicas hablaba y durante cuánto tiempo… No quería que toda esa energía libre entrara en contacto con C. La miré y le dije:

—No, es precioso. Tienes que quedártelo. Deberías enseñárselo y ver qué dice. No lo dejes.

B parecía dubitativa.

—¿Te acuerdas de la última vez que fuimos a su casa, cuando nos tiró un refresco? —preguntó—. Pues después me escribió un mensaje y me dijo que la próxima vez llamaría a la

poli. Creo que iba en serio. Lo he visto llamar a la poli seis o siete veces. Yo estaba delante cuando llamó por su ex. Habían roto, pero se enteró de que ella seguía viviendo en el cobertizo de su jardín.

—No lo dejes —insistí. Sonaba segura de mí misma.

En la tele, en un programa de madrugada, un presentador entrevistaba a Jonathan Winker, una víctima del TPD que acababa de regresar a su vida. Winker, un tipo de rostro redondo y camisa escocesa abotonada hasta el cuello, estaba sentado frente al periodista, cuya mesa ridículamente grande parecía hecha de varias clases de madera. *Bueno, cuéntame, Jonathan, amigo mío: ¿sienta bien estar de vuelta?*, preguntó el presentador. El público prorrumpió en una carcajada. *Pues*, contestó Jonathan, *al principio no*. El público volvió a reír. *No sé si has tenido amnesia alguna vez*, continuó Jonathan, *pero es alucinante. Imagínate que un montón de desconocidos te rodeara mientras estuvieras comiéndote un perrito caliente en el Freezy King del centro comercial, y empezaran a agarrarte y se empeñaran en llevarte a casa. Y que mirases a la gente que estuviera sentada en la zona de restaurantes del centro comercial y te devolviera una mirada como de que no pensaban mover un dedo para ayudarte. Y que entonces llegara un policía y te dijera que aunque estuvieras asustado, y tuvieras hambre, y solo quisieras quedarte a salvo cerca del Freezy King, debías ir con aquella panda de desconocidos escandalosos porque eran tu familia*. El público se desternillaba.

Los ojos de Jonathan eran diminutos mientras hablaba. *Bueno, digamos que ahora estoy en un lugar mejor*, concluyó. El presentador se reclinó en su silla giratoria de oficina, y después se tambaleó hacia delante para inclinarse sobre la mesa acercándose a su entrevistado con aire conspirador. *¿Y a qué se debe, amigo mío?*, inquirió el presentador, sonriendo a las cámaras antes de volver la cara a su invitado. *He conseguido darle la vuelta*, contestó Jonathan, orgulloso. *Me pasaron unos documentos que explicaban exactamente mi problema para que me los leyera. Mi cuerpo estaba rechazando la falsedad que había infectado mi vida, y yo intentaba expulsarla, igual que hace el sistema inmune, solo que yo no sabía qué partes eran falsas y cuáles eran verdaderas. Así que eso es lo que he estado haciendo*. El presentador asintió con un leve gesto de cabeza en su dirección. *He encontrado la religión*, dijo Jonathan con una sonrisa de oreja a oreja.

Miré a C, que ya había vaciado dos latas enteras de mandarinas en almíbar en un cuenco rojo de plástico y las removía con una cuchara. En el recipiente rojo rebosante, los pequeños segmentos naranjas parecían decenas de cuerpos de gambas azucaradas y gelatinosas.

—¿Esto hay que aderezarlo con algo? —preguntó.

De hecho, no sabía si estaba hablando conmigo o consigo mismo.

—¿Sabes qué? —dije—. Se me olvidó contártelo. B no solo se ha cortado el pelo. Después de cortárselo, me lo dio. Toda esa soga entera. La tengo en mi cuarto. Da yuyu. Es tan larga como mi brazo.

—Qué interesante —comentó C—. ¿Y qué se siente?

—Pues es raro —respondí—. Es como si B intentara convertirme en ella. Como si poco a poco fuera a empezar a meter sus cosas en mi cuarto y a llevarse las mías al suyo. Como si un día fuera a despertarme con una peluca de su pelo pegada a la cabeza o algo así. Y es que, aunque es evidente que no es normal, sé que si intento sacar el tema, se las arreglará para hacerme sentir mal por algo, en plan que no tiene más remedio que hacerlo porque no estoy ahí para ella cuando

me necesita.

—Me refería a qué se siente al sostenerlo. El pelo.

—Ah.

—¿Qué? —dijo—. Podemos preguntárnoslo todo, ¿no crees?

—¿A ti no te parece que es de lo más extraño? —quise saber.

—Solo intentaba ser un interlocutor atento —contestó amablemente.

Permanecimos un rato callados. En la tele echaban un anuncio de dentífrico con sabor a postres con dos versiones: tarta de merengue y limón, y pudin de chocolate. *¿No crees que lo último que pruebas por la noche debería ser lo más dulce?*, pregunta una voz maternal que se esfuerza por impostar un ligero tono pícaro.

—Eres un interlocutor estupendo —dije—. Me refiero a que si no piensas que B está haciendo cosas raras. O sea, ¿quién le regala a alguien una parte de su cuerpo?

—Bueno… Creo que un montón de relaciones con mujeres llevan algo raro implícito. Como con las madres. Y con las hermanas y las amigas. En ese sentido, lo raro es normal. Así que lo que está pasando es normal.

»Por otro lado —agregó—, los victorianos también se regalaban pelo y trozos de uña como recuerdos. Y también los santos católicos.

»Al final la cosa va de cómo te relacionas con el mundo —zanjó.

—O de cómo el mundo se relaciona conmigo —repliqué.

—Tengamos la fiesta en paz —dijo.

—Vale.

C introdujo la cuchara en el cuenco de fruta almibarada. Produjo un sonido húmedo, como un lametón. La extrajo y me la tendió hacia la boca, como si yo fuera un bebé. La punta de la cuchara se topó con mis labios sellados. Momentos después, C se encogía de hombros y se metía el bocado rebosante entre carrillo y carrillo. Mientras masticaba, oía a los cuerpecitos blandos romperse entre sus dientes. Engulló un trago húmedo.

—¿Qué quieres ver? —preguntó.

La televisión estaba puesta en un canal de teletienda.

Lo pensé un rato y contesté:

—Anuncios.

Cambió de canal hasta que dio con un concurso, uno que sabía que me sacaba de quicio. Era un programa de parejas que llevaban tiempo saliendo y tenían que pasar una serie de pruebas diseñadas para demostrar lo bien que se conocían el uno al otro o, en realidad, lo bien que eran capaces de reconocerse. Uno concursaba y el otro se quedaba entre bastidores. La primera fase era una ronda de fotografías: el concursante se sentaba en una silla y veía unas cuantas fotos de cabezas por detrás, dorsos de las manos, plantas del pie, etcétera. Entre esa serie de fotografías, había unas diez imágenes, con una iluminación similar, de las partes del cuerpo de su media naranja. El participante capaz de identificar al menos cinco de las diez fotos que pertenecían a su pareja recibía un premio en metálico y pasaba a la segunda fase.

La segunda fase era una especie de musical, en el que todas las bailarinas menos una eran actrices profesionales disfrazadas como la novia, la mujer o lo que fuera del concursante, o actores caracterizados como el ser querido de la participante. A medida que las bailarinas realizaban la coreografía y sonaba la canción, el concursante tenía que ir señalándolas una por

una cuando estaba seguro de que no eran su amada, y en ese momento la bailarina abandonaba el escenario. Para el final de la ronda, solo quedarían dos personas. El concursante tendría que elegir entre las dos antes de que sonaran los compases finales de la canción, apuntando con el dedo al grito de *¡Es mi pareja!*, que, no por casualidad, coincidía con el nombre del concurso. En ese punto, solía haber algún tipo de interrogatorio, cuando llevaban a la persona elegida delante del escenario, con sus partes bien distribuidas entre el enjambre de cámaras acechantes, cada una centrada en tomar un plano de una nariz, una ceja o una boca temblorosa y enviarla a las pantallas gigantes que coronaban el escenario, donde cada rasgo parecía deformado, desamparado, huérfano. Con las diversas pantallas calibradas con saturaciones ligeramente distintas, las piezas carecían de la coherencia de un único origen. Todas eran extrañas y solitarias, aunque también resultaban familiares, como un algo despojado de su particularidad y convertido en ejemplo. Y entonces, el gallardo presentador, ataviado con una toga de juez federal, le preguntaba incansablemente al concursante: *¿Estás seguro de que es tu mujer? ¿Estás cien por cien seguro? ¿Estás cien por cien seguro?* Una vez vi a un concursante tirar la toalla en ese momento, y salir del escenario como aturdido para ir a reunirse con el público.

La tercera fase era la que ofrecía el mejor premio en metálico, pero también implicaba un riesgo mayor. Los concursantes iban a una habitación completamente a oscuras donde una serie de personas desnudas esperaban en la penumbra, entre las que estaba su media naranja. El reloj empezaba la cuenta atrás y a partir de ahí disponían de tres minutos para agarrarse a todo lo que tuvieran al alcance de la mano. Cuando daban con el cuerpo que identificaban como el de su pareja, tenían que coger a la persona por la muñeca y sacarla de la habitación al plató, donde el público jaleaba y aplaudía por prácticamente cualquier cosa que sucediera. Con los concursantes solía ser otro cantar. Se volvían hacia la persona que habían sacado y se encontraban con una rubia cuando debería haber sido una castaña, o un hombre donde debería haber habido una mujer. La persona no seleccionada saldría unos segundos después, con una expresión que solía oscilar entre el abatimiento y la ira. Porque esta fase implicaba un giro inesperado: los concursantes habían firmado un contrato de antemano por el que aceptaban que «perder» el reto implicaba disolver su relación e instituir una orden de alejamiento modificada: bidireccional. Bajo ninguna circunstancia los perdedores podrían entrar en contacto, ni verbal ni corporal; si bien es cierto que, obviamente, la ley no podía dictaminar que dos personas dejaran de quererse en un sentido abstracto, desde una distancia legal.

En la pantalla frente a mí, un hombre estaba acuclillado con la cabeza entre las manos, y, aunque no se sacudía de forma exagerada, sí se mecía un poco hacia delante y hacia atrás. Con un gesto mecánico, se tiraba de los pelos. Si estaba diciendo algo, el barullo de la multitud y la música que lo invitaba a abandonar el escenario lo hacían inaudible. Era incapaz de distinguir si era la persona a la que no habían reconocido o la que no había reconocido a su pareja. Sentí lástima por toda la gente de este concurso, que llegaba cargada de sonrisas y esperanzas por ganar grandes sumas de dinero. Siempre me entraban ganas de avisarles de que se marcharan rápido de allí, que fueran felices con lo que tenían. Porque tenían muchísimo. O al menos tenían algo. Pero para la gente de la tele yo no era más que un fantasma que los observaba hora tras hora, incapaz de hablarles o de alertarlos de lo que se avecinaba.

—¿Por qué me haces ver esto? —pregunté—. Sabes que odio verlos perder.

El hombre de la pantalla se restregó el rostro flácido con la mano, mientras tres o cuatro lágrimas le resbalaban por las mejillas. El frotamiento hizo que se le estirara la boca en una

sonrisa forzada exteriormente, y después le torció el gesto de manera igualmente forzada.

—Lo sé —contestó C—, pero estoy intentando curarte.

—¿Y por qué me intentas curar de algo que siento? —repliqué.

Por primera vez, C parecía un poco dolido.

—Sé que has estado preocupada por B, y creo que está relacionado con sentir que serás menos tú misma si ella empieza a parecerse más a ti —explicó. Parecía pensativo—. Pero también sé que B no va a ninguna parte y que solo va a parecerse cada vez más a ti, si acaso, en ningún caso menos. Creo que sería muy sano empezar a aplacar ese temor, y todos los miedos asociados a él. Piensa en ti misma como en una franquicia, como un Coffee Hole o un Wally's. Cuantas más tiendas, mayor alcance.

—O sea que sí que crees que se me parece —dije.

—Vamos a ver, hum… Tú crees que se te parece, ¿verdad? —repuso.

—¿Serías capaz de diferenciarnos? —pregunté.

—Claro —respondió—. Te conozco.

Le sostuve la mirada.

—A ver, por supuesto que creo que podría —prosiguió—. Pero es difícil. Todo el mundo cree que sería capaz. Todas esas parejas pensaban que lo lograrían —dijo, señalando la pantalla —. Pero, en realidad, la gente se parece mucho. Dos personas cualesquiera comparten, de media, el noventa y nueve coma nueve por ciento de sus secuencias de ADN. La diferencia genética entre nosotros dos se reduce a algo del tipo nuestro color de ojos y si nos gusta el cilantro o no.

Deseé que dejara de hablar. Al mirarlo ahora solo podía verlo como una carcasa repleta de hebras filamentosas de ADN, unos pocos kilómetros de letras dentro de un armazón. Pensé en las partes de mi saliva que estarían fusionándose con las suyas dentro de su boca, en las células descarriadas que probablemente ya se habrían mezclado con él. Las tres o cuatro cosas que me diferenciaban de él ya se habían perdido allí y nunca encontrarían la manera de volver a mí.

Estaba dándome una información que mucha otra gente sabía, que mucha otra gente podía haberme contado, y me hacía sentir como si estuviera sentada con un extraño. Me acerqué las rodillas al pecho y me encogí en el sofá. Lo miraba como intentando tomar nota de sus rasgos, para poder reconocerlo en el futuro. Cuanto más fijamente lo miraba, más se emocionaba con lo que me estaba explicando. Debió de pensar que estaba escuchando. Allí sentado, gesticulando con el mando a distancia, cada vez se animaba más y el pelo se le alborotaba en lo alto de la cabeza. Parecía alguien a quien acababa de conocer, y no terminaba de gustarme.

—No entiendo —intervine— por qué no puedes decirme sin más que soy exactamente quien soy, y que nunca se me podría confundir con nadie.

—Podría decírtelo —admitió—, pero cualquiera podría hacerlo. Y si te lo dijeran, sabrías que no era yo, de modo que no estarías satisfecha, incluso aunque fuera yo quien te lo dijera. Es como que si te lo dijera, desaparecería. Sería alguien a quien no reconocerías.

Se inclinó hacia delante y me frotó el hombro con una ternura repentina.

—Solo digo —continuó— que no vas a conseguir lo que quieres. Probablemente ni siquiera quieres lo que quieres. No hay satisfacción en ello. Así que, tal vez, podrías pensar en querer otra cosa y, después, ir a por ella. Se llama «transferencia».

Yo seguía allí sentada, pensando en que B podría estar en mi habitación en ese preciso momento, toqueteando todas mis cosas, y que mis cosas ni siquiera notarían la diferencia.

Después, pasé a desear que saliera de mi cuarto, pero eso no impedía que todo el espacio vacío y amenazado quedara saturado de violación potencial. No sería suficiente: quería que mi habitación desapareciera, que el piso entero se esfumara, que todas las paredes que delimitaban el espacio se acercaran hasta no dejar hueco entre ellas. Quería eliminar todo el espacio en el que algo peor podría suceder. Aquel material en blanco suponía una amenaza. Podía dar pie a cualquier cosa peor. Y después quería que C desapareciera, quería que se fuera para que me resultase imposible quererlo, para que no hubiera nadie más de quien esperar nada ni nadie más que me decepcionara. Para que no hubiera nadie de quien yo necesitara que me reconociera, aparte de mí misma y, quizá, de B, a menos que decidiera desear que ella también desapareciera.

Todos estos deseos despertaron en mí un apetito aterradoramente desaforado. No tenía ni idea de cómo saciarlo. No sabía cómo hacer que nada se desvaneciera. Las cosas que deseaba eran imprecisas, y las cosas que podían tenerse eran pequeñas y sólidas, como una naranja, y nunca parecían cuadrar. Saqué el mando de la mano cerrada de C. Salté por los canales de televisión, de uno en uno, mirando, y los canales seguían avanzando como si nunca fuesen a parar. Continuarían ascendiendo ciegamente hasta que volvieran a estar abajo del todo, trazando una suerte de cinta de Moebius. Buscaba algo que reconociera sin saber lo que estaba buscando, algo que me recordara que tenía un apetito. Quería la clase de compañía que solo podía brindar alguien que ignorase mi presencia.

—¿Qué haces? —me preguntó.

Pasé un anuncio de coches de segunda mano y uno de electrodomésticos. Varias caras de mujeres y a veces de hombres que no apuntaban hacia mí, pero sí a algo fuera de la pantalla, a otras caras que no podía ver. Se abrían tapas de tarros y solapas de monederos, revelando algo oscuro en su interior donde no penetraba la mirada de la cámara. Las manos que las manejaban eran blancas y tenían las uñas pintadas de colores espantosos. Y después echaron un anuncio de un producto medicinal, de algo que modificaba el cuerpo, en el que el interior de un cuerpo aparecía en la pantalla, rebosante de luz y resplandeciente con esmalte profesional. El corazón, los pulmones, el hígado y los riñones salían palpitantes y relucientes como en la vida real, o en la vida real que nos imaginábamos que llevaban en nuestra oscuridad interior. Allí, en silencio, latían.

Entonces, de pronto, la carne blanda se rasgaba desde el centro como una ola, y en todos los órganos brotaban agujeros. Una boca se abría en medio del hígado, una boquita de plastimación con unos labios gruesos y caricaturescos. Con su nueva boca, el hígado parlante se quejaba de dolor, de insatisfacción, anhelaba algo más, algo mejor. Una boca se abría en el corazón, otra en los pulmones, en los riñones, tan monos y chiquititos. Todos los órganos clamaban pidiendo más. A coro, exigían un trato mejor, más respeto, más diversión. Mi propio corazón se me antojaba extraño, agitado. Un denso líquido rosa resbalaba por los órganos, una sábana extendida sobre los agujeritos que seguían palpitando, abriéndose y cerrándose, abriéndose y cerrándose. Los huecos titilaban, de un rosa denso.

Sentí un hambre reprimida que aporreaba desde lugares ignotos de mi cuerpo. Me sentía encorsetada en la piel. Quería darme violentamente la vuelta. Quería arrojarme al exterior y empezar a despedazarlo para comerme los fragmentos.

En algún punto a la derecha de mi cuerpo, C seguía hablando. Su voz era un poco más aguda de lo que recordaba. Volví la cabeza hacia la izquierda, pero aun así dio con un modo de colarse.

C dijo:

—He pensado que deberías saber que nos he inscrito como concursantes en *¡Es mi pareja!* Llevamos juntos más del tiempo mínimo que exigen, y creo que podría ser bueno para ti, terapéutico.

Volví la vista en la dirección en que había estado mirando antes.

—Era broma —dijo—. ¿Me estás escuchando? Que era broma. Pero voy a apuntarnos. Y si tú no quieres ir —continuó—, siempre puedo llevarme a B. Tú lo verías desde casa. Eso también sería terapéutico.

Me miró un instante, estudiando mi rostro en silencio. Era como si esperara que yo hiciera algo, que dijera algo, pero no sabía el qué.

—Era broma —añadió.

Entonces supe que íbamos a discutir. Quería disculparme antes de que ocurriera, abandonar mi cuerpo para sortear la pelea mientras hacía otra cosa, algo completamente distinto. Quería regresar a mí misma al cabo de unas horas sin recuerdos reales, con tan solo una vaga sensación de haber flotado. Pero sabía que no era algo que pudiera tener: mi vida, mi proceso de vivirla, era indelegable, intransferible. Se trataba de un problema esencialmente contemporáneo, un problema de oferta y demanda. Tenía que resolverlo del mismo modo que se resolvían otros problemas de escasez y deseo: encontrando algo nuevo que querer y persiguiendo esa querencia. Los monitos separados de sus madres establecerán vínculos con madres falsas hechas de trapo o de alambre, los patitos huérfanos sentirán apego por una caja de cartón que palpite con el tictac de un despertador. Querer cosas era un sustituto de querer a personas, uno de los mejores sustitutos posibles.

Tenía que irme de allí, encontrar un Kandy Kake de verdad y comérmelo. No podía soportar ser yo misma con ninguna de estas personas a mi alrededor hasta que lo hubiera solucionado.

Miré hacia la puerta. Era noche cerrada.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 6

Crecí en un lugar idéntico a este, donde las hojas nunca caen de los árboles sino que resisten colgadas, arrugadas como papel quemado, marchitas y parduzcas en algunas zonas, pero rodeadas de brotes verdes, de hojas tiernas. Aquí, las flores nacen todo el año, y una vez abiertas están casi a punto de morir, y salpican el mantillo bajo ellas con muescas rojiblancas. Se repiten, florecen, caen y desaparecen antes de pudrirse, restaurando los perfectos cuadrados de verdor que dibujan la cuadrícula de esta ciudad y de las poblaciones aledañas. Crecen irreflexivamente, cuidadas por una corriente infinita de agua y de luz solar. Se marchitan sobre un fondo uniforme de palmeras y pinos, sempiternamente idénticos cada vez que los miras.

Caminaba por el arcén de la carretera mientras los coches me adelantaban bajo un calor sofocante, sin saber si C estaría despierto o si seguiría tal como lo había dejado, sumido en sus sueños con una dulce sonrisa, a pesar de que acabáramos de discutir a muerte. Quizá estuviera apuntándonos para participar en ese concurso terrible en aquel preciso instante. Y si lo conseguía, jamás lograría saber si lo había hecho para ayudarme, para herirme o para alguna cosa entre las dos opciones. Querer a alguien no implicaba garantías sobre el tipo de trato que te daría. Lo único que hacía era subir las apuestas.

Llamé a C dos veces seguidas, luego tres y después dejé que saltara el contestador y seguí caminando. Lo echaba de menos. Deseaba que me dijera algo. Me lo imaginé al cabo de unas horas ese mismo día escuchando el mensaje de voz que le había dejado, el sonido de mi respiración contra su oído. Pensé en mis pisadas, grabándose sobre un material muy muy lejano. Me alegraba que una parte de mí estuviese tocando una parte de él, aunque tan solo fuera el sonido de mi movimiento contra el tejido de su tímpano.

Este es un paisaje hecho por seres humanos, pero no para ellos. Camina por él y siempre pondrás el pie en algún sitio calcado a otro que hayas pisado previamente. No se puede ir a todas partes caminando. Atraviésalo en coche y los alrededores desfilarán ante tu mirada hasta que te percates de que ya los habías visto antes, como el anuncio en el que un Kandy Kake pícaro y jovenzuelo engaña a Kandy Kat para que caiga en una persecución, fotograma tras fotograma, por un feliz barrio periférico poblado de casitas amarillas. Las patas zambas de Kandy Kat levantan una estela de polvo a su paso, su cuerpo se desdibuja por la velocidad, el mundo va pasando frenéticamente, como alma que lleva el diablo. El gato corre con las zarpas fuera, intenta atrapar al pequeño pastelito, que, por hache o por be, siempre le lleva un par de pasos de ventaja. Entonces, una zarpa descarriada se engancha en un pedazo de cielo y el mundo empieza a estirarse y, de pronto, se derrumba sorprendentemente: Kandy Kat literalmente ha rasgado el paisaje y ha abierto una raja cada vez más amplia en el mundo. Se detiene a mirar, perplejo, el

tejido tembloroso, ondulado por una brisa de origen incierto. Se puede ver un trozo de casa, prácticamente todo ventana y un poco de postigo pintado de lila. La toma se amplía y vemos que Kandy Kat está en un plató delante de un fondo plano pintado que se desliza mientras el pequeño Kandy Kake gira una manivela. Las casas amarillas desfilan una detrás de otra antes de que el gato mire hacia abajo y caiga en la cuenta de que ha estado corriendo en una cinta de caminar todo el tiempo, una cinta que, de pronto, lo impulsa hacia atrás y amenaza con expulsarlo del todo. Kandy Kat arranca a correr por su vida, corre hacia un pastelito que se desternilla, y sigue corriendo sin indicios de que vaya a detenerse nunca, cuando vemos unas palabras proyectadas sobre su cuerpo:

KANDY KAKES: REMATADAMENTE DELICIOSOS.

Llevaba caminando un par de horas cuando alcancé la loma que dominaba el Wallydoble, la tienda de alimentación más nueva y más grande de la zona. A veces B nos traía aquí en coche cuando quería ser una turista alimentaria, un término que había acuñado para la actividad de ir a un Wally's con una cámara digital y fotografiar rigurosamente todos los dónuts. Los había glaseados, rellenos o espolvoreados, dispuestos bajo unos fluorescentes incoloros que hacían que dentro siempre pareciera la misma hora de la noche, independientemente de lo claro que estuviera el día fuera. Siempre pensé que su interés por la fotografía de alimentos merecía un apoyo: ¿cómo podía alguien devorar los dónuts con la mirada sin rendirse y comerse uno? Así que mientras se acuclillaba en el suelo para conseguir sus fotos de las barras rellenas de sirope de arce y los cucuruchos glaseados, fotos que sacaba muy de cerca y desde abajo, de forma que los dónuts parecían cordilleras pringosas y rezumantes, yo pululaba a su alrededor y le decía frases de aliento en plan *Ese tiene muy buena pinta*. En plena noche, nadie nos molestaba, pero si veníamos durante el día, cabía la posibilidad de que se formara una cola tras B mientras sacaba las fotos, una fila de clientes que aguardaban pacientemente para escoger sus dónuts de las cestas, que esperaban sin enfadarse, incluso aunque B tardara toda la vida en preparar las fotos.

A veces me hacía llevarla en coche de vuelta a casa para poder ver las fotos sin tener que esperar. Ligeramente encorvada sobre la cámara mientras las contemplaba, como si intentara proteger las fotos de mi mirada. Desde mi posición, no guardaban parecido con nada de este mundo: podrían haber sido retratos borrosos de cuadros abstractos. B vivía esos momentos en silencio, la mayoría de las veces, interrumpido por algún ruidito ocasional de satisfacción. Después parecía más optimista, como si en las diminutas imágenes hubiera hallado algo real, algo carnoso de lo que alimentarse. Su satisfacción me generaba efectos raros, corrosivos. Los suaves *mmm*, que provenían de mi lado, sonaban más cerca de mis oídos de lo que en realidad estaban. Me consumían, a mí y a mis sentimientos plácidos, y de repente me hacían sentirme insatisfecha conmigo misma. ¿Qué tenía yo en mi vida que pudiera absorberme como las fotos la absorbían a ella? Incluso C, algo que yo tenía y B no, creaba tanta ausencia en mí como me saciaba. Alguna vez echaba un vistazo furtivo a sus fotografías de dónuts, esperando un poquito de esa satisfacción que la había visto experimentar, pero como mucho veía que cada superficie glaseada brillaba con cierto cariz anatómico. Después de verlas una por una, sentía una ligera repulsión.

Tal vez así era como sobrevivía Kandy Kat, a base de imágenes de comer e imágenes de comida. La luz que consume más luz, el deseo de sustento es un tipo de sustento en sí mismo.

Aunque siempre estuviera parado en el estrecho borde de la inanición, lo que hacía por perseguir a los Kandy Kakes le proporcionaba sustento. Los pastelitos hacían su vida horrible, pero, al mismo tiempo, lo hacían más él mismo.

Estaba sentada en el suelo del Wally's, en lo que llamaban el Wallyvestíbulo de Alimentos, un espacio fastuoso, diáfano y gélido decorado con fotografías de comida enmarcadas en dorado y primorosamente iluminadas por una enorme lámpara de araña adornada con plátanos, pudines y costillares que pendían del techo en el centro del vestíbulo. De la estructura colgaban ejemplares de las ofertas del día, colocados justo fuera del alcance de sus clientes. Me levanté y me recoloqué la ropa. Las costillas suspendidas en el aire por encima de mí oscilaban suavemente. La luz artificial destellaba en las esquinas del envase de plástico, confiriendo a la carne un aspecto duro y brillante. Las costillas parecían costillas de las que usan los niños para jugar a las comiditas.

Este Wallydoble era el mayor supermercado en cincuenta kilómetros a la redonda, más grande que el Wally's que nos quedaba cerca de casa. La escala era una cuestión de repetición. Había un pasillo exclusivamente dedicado a los kétchups y las mostazas. Se extendía todo rojo por un lateral y amarillo por el otro, con dos o tres marcas que se repartían las paredes y reproducían la forma particular de su envase flexible de plástico a lo largo de varios metros. El pasillo se expandía en una única superficie teselada mellada en los puntos donde se habían retirado algunos botes, revelando tras ellos una multiplicidad de envases idénticos. Me quedé en el pasillo del kétchup esforzándome por recordar la disposición del lugar.

Por dentro todos los Wally's transmitían una sensación parecida, con esas filas infinitas de color homogéneo que empezaban a disgregarse a medida que te acercabas a ellas, a disolverse en cuadraditos de logos idénticos. Pero las tiendas tenían un truco especial propio, un concepto organizativo basado en años y años de datos estadísticos sobre las preferencias de compra y las derivas habituales de los clientes desorientados: estaban diseñadas para desconcertar. Los productos más cotizados —chocolatinas, embutidos, leche— se colocaban en las zonas más inaccesibles de la tienda, pero no cerca, sino en zonas separadas y alejadas entre sí que iban rotando cada una, dos o tres semanas, en función de un misterioso calendario diseñado por los altos cargos del supermercado. Como lo que más querías estaba en constante movimiento, no podías confiar en que tu memoria motriz te guiara hasta ellos. Te movías despacio y con cautela, buscando indicios de familiaridad en las inmediaciones de tu producto. Seguías pistas falsas y retrocedías, y aun así solías ir a parar a dos o tres lugares equivocados antes de dar con el emplazamiento correcto. A veces, llegabas a otro objeto apetecible, a la mantequilla de cacahuete, por ejemplo, y acababas comprándolo en detrimento de tu primer objetivo, pero en la mayoría de los casos terminabas por llevarte los dos, así como todo lo que encontraras entremedias, siguiendo una cadena de sustituciones y deseos transformados hasta llenar la cesta. Básicamente, la clientela de Wally's pasaba un treinta y seis por ciento más de tiempo deambulando por los pasillos que la del principal supermercado de la competencia, lo que equivalía a un impactante aumento del veintidós por ciento en compras no previstas por el camino. Los clientes de Wally's eran fácilmente reconocibles por su semblante confundido y plácido cuando se quedaban plantados en medio del pasillo, con una mirada añorante clavada en nada en particular.

Antes los Kandy Kakes estaban al fondo a la derecha de la tienda, después pasaron al fondo a

la izquierda, cerca de los cereales de desayuno, pero eso había sido varias semanas atrás. Ahora estarían allí donde el equipo de programadores, estadísticos y psicólogos conductuales de Wally Incorporated hubiese calculado como la ubicación más inimaginable para el consumidor medio de Kandy Kakes. Cerré los ojos y traté de pensar en el lugar en el que sería menos posible que pensara. Creé un hueco libre en mi mente e intenté mantenerme fuera de él. Dejé caer las manos abiertas, como si estuviera dormida o me hubiera quedado inconsciente. Dentro de mí solo oía el murmullo de la música de fondo a mi alrededor, unos sonidos familiares desprovistos de palabras.

Al abrir los ojos no descubrí ninguna pista nueva, ninguna nueva revelación. A lo lejos a mi izquierda, un Wally acuclillado en el suelo, reponiendo unos cartones de uvas pasas. Lo miré largamente para darle a entender que, si él me estaba espiando a mí, también yo lo espiaba a él. Después vi que lo que hacía aquel Wally no era tanto reponer como reordenar, pasar las cestas de uvas pasas del exterior al fondo y viceversa. Lo más probable es que B hubiese dado en el clavo: solo estaban siguiéndome para tenerme controlada, para asegurarse de que no iba a robar nada. Pero eso me dio una idea. El trabajo que los Wallys aparentaban realizar carecía de sentido, estaba únicamente concebido para distraerme y obstruir. Si todo en Wally's estaba concebido para despertar mi frustración, me comportaría como si no tuviera un objetivo. Contra mis mejores instintos, me adentré aleatoriamente en el laberinto de pasillos y eché a andar sin rumbo. Era posible que acabase topándome con lo que más deseaba.

La dirección que escogí me llevó entre artículos de regalo, flores y demás productos no comestibles. Parecía otra tienda independiente, que sobrevivía en la panza de un animal más grande que la había devorado. Me detuve para contemplar un expositor de flores de pétalos ondulados: blancas, rosas, rojas y después, más inquietantes, verdes, azules y naranja butano. Estaban apiñadas como si fueran una única planta, una flor abarrotada de flores, de forma tal que parecían compactas y a punto de explotar. Achuché las cabezuelas hinchadas con los dedos para comprobar si al tacto parecían reales. El volantito de los pétalos me hizo pensar en la fina membrana roja oculta en las branquias de un pez. Habría arrancado uno para comprobar si el color se mantenía igual en toda la flor, pero oí una voz a mi espalda, una voz masculina, tan cerca de mí que pensé que tenía que ser C, que había vuelto a seguirme a hurtadillas, que deslizaba su cálida mano por mi nuca.

—Están diñadas —dijo la voz.

Me pareció una manera peculiar de expresar algo obvio. Me di la vuelta en busca del origen, que me sonaba familiar a la par que novedoso.

El emisor medía más o menos la estatura de C, era ancho de espaldas, tenía el pelo más oscuro que claro. Podía afirmar que no era C, pero al mirarlo sentí la palpitación del reconocimiento. Esa sensación logró por sí sola que él y C se fusionaran y se confundieran en mi cabeza.

—Están teñidas —volvió a decir—. Es fácil, solo hace falta un poco de agua caliente y colorante alimentario. Echas veinte o treinta gotas en un vaso de agua y remueves, después cortas la punta de los tallos al bies. Pones los tallos de los claveles en el agua y se beben todo el color. Lo hacen automáticamente. Es fácil.

Pregunté:

—¿Y duele?

El empleado parecía confundido.

Volví la vista a las flores. Me preocupaban, sus muertes servían para adornar cumpleaños y cenas. Lo miré a la cara y regresé de nuevo a las flores moribundas. Entonces recordé, de golpe, de qué lo conocía. Llevaba el pelo castaño claro tan corto que el cuero cabelludo asomaba. Tenía un cutis fino, suave como el papel, que daba la impresión de estar limpio y ser agradable al tacto. Era menos guapo de lo que el dibujo lo representaba y más guapo de lo que me pareció desde el coche, cuando lo vimos dar media vuelta y entrar en su bloque.

Una semana después de que B se instalara en casa, me pidió que la acompañara a dar una vuelta en coche. Era la primera cosa que me pedía desde que llegó, menuda y quebradiza, tirando de un maletón gigante por una escalera de tres estrechos recodos. B pellizcaba distraída la tapicería de la butaca en la que se había sentado, destruyendo una peonía bordada y mirándome como si intentara adivinar a través de mi yo del momento la respuesta que daría mi yo del futuro.

B conducía un viejo deportivo granate que en su día debió de ser un objeto bonito. Encogí las rodillas dentro del habitáculo del copiloto, donde el suelo estaba cubierto de trocitos de papel, recortes de anuncios, fotos de caras y restos de comida, un amasijo apisonado por las suelas de los zapatos. Cada vez que me movía, oía el sonido de algo que rechinaba en señal de protesta, el asiento de cuero o los vasos de poliestireno apretujados bajo él. Me resultó imposible encontrar un hueco donde colocarme sin pisar una fotografía de algo especial y preciado. B se sentó a mi lado y giró el contacto. De los ventiladores empezó a manar un aire caliente y pegajoso, con olor a ropa vieja. B encendió la radio y bajó tanto el volumen que apenas se oía, tan solo se intuía un temblor en el aire, como una leve presencia humana. En casa siempre se mostraba vacilante a la hora de tocar cosas, de usarlas: incluso untar la mantequilla en la tostada era un gesto que requería de una planificación cuidadosa, varias pausas y dos manos sosteniendo el cuchillo, para que no se le resbalara, decía. En su coche se comportaba de la misma manera, dudaba con la temperatura del aire acondicionado, ajustaba los espejos una y otra vez, enumeraba en voz alta los posibles obstáculos con los que podría toparse de camino a su destino. Pero aquella noche B arrancó y se echó a la carretera antes de que me diera tiempo a abrocharme el cinturón.

Eran las dos de la mañana y todo estaba inmóvil en las casas por las que pasamos de largo. Vi el Wally’s a mano derecha, después B giró a la izquierda hacia una calle sin señal, tras un par de bifurcaciones, hacia una acumulación oscura de bloques apretujados alrededor de una calle desierta sin salida. Aparcó frente a uno de los bloques y las luces se apagaron, el hilo de la radio se interrumpió y tan solo quedó un ronroneo en mi interior, el sonido de la presión del espacio sobre el vacío de dentro de mi cabeza. B sacó un cigarrillo y lo encendió. Apenas había luz, pero bajo su boca podía distinguir las sombras donde aflorarían las arrugas. Todas las fotografías del suelo de su coche parecían dirigir sus ojos y sus bocas en mi dirección.

Escuché el ronroneo, mi cuerpo iba al ralentí.

Entonces pregunté:

—¿Aquí es donde vive?

Asintió con un gesto de cabeza.

—Me gusta pasar la noche con él —dijo.

—No creo que yo vaya a serte de gran ayuda —repuse.

Miré a mi alrededor, pero no sabía en cuál de todas aquellas distintas ventanas idénticas se suponía que tenía que fijarme. El complejo de bloques estaba sumido en la oscuridad y el silencio. En las viviendas donde todavía había luz, distinguí franjas de papel pintado en anodinos

tonos crema y beis, ocasionalmente decoradas con objetos tan aburridos como prácticos: relojes, calendarios y teléfonos montados en la pared.

B posó su delgada mano en la mía. Era como tener una hoja húmeda pegada a la piel.

—Ya me ayudas —me dijo—. Solo estando aquí, ya haces un montón.

Nunca había sido capaz de recordar su nombre, un nombre típico de tío, como Brendan, Brady, Brian o Bob, pero sin lugar a dudas aquel era el ex de B, más grande y tridimensional de lo que me lo había imaginado a partir de aquel oscuro bulto escurridizo que vislumbrábamos fugazmente tras las persianas venecianas alguna que otra vez. La voz, la estatura y la visión completa y detallada del rostro eran algo nuevo, pero lo reconocí por el perfil, el corte de pelo y la sensación de ansiedad que asociaba con mirarlo, esa sensación de estar a punto de ser descubierta. Lo tenía más cerca que nunca, sin contar con aquella vez en que reconoció el coche de B mientras vigilábamos sus compras nocturnas. Se lo veía tan furioso mientras nos perseguía corriendo que me dio la impresión de que se movía a cámara lenta. Llevaba un litro de refresco que usó como bate de béisbol, y aporreó el capó con él una y otra vez, desgañitándose en un lenguaje suyo incomprensible para mí, así que me limité a escucharlo igual que haría con una grabación de los cantos submarinos de unas ballenas jorobadas.

—No, no les hace daño —explicó, paciente—. Son plantas. Hay que tener cerebro y sistema nervioso para sentir dolor. El dolor es un producto del pensamiento.

Cogió una lata de batido de proteínas de la balda que tenía a mi espalda y la abrió con desenfado. Un aroma como de helado y detergente de lavandería inundó el aire. Eché un vistazo a mi alrededor, esperando avistar a un Wally que viniera a darnos un toque de atención, a uno o a ambos, pero el único que andaba cerca nos observaba desde unos cinco metros de distancia y bajó la mirada a los pies cuando nuestros ojos se cruzaron.

El ex de B me evaluó.

—Tú debes de ser una de esas nutriterroristas, como el tío aquel de la ternera. Te dan pena las cosas equivocadas —dijo con la intención de entablar conversación, sonriendo y dando otro sorbito a su bebida proteica—. Estar en lo alto de la cadena alimenticia significa no tener que preocuparse.

Ahora me daba la sensación de estar escuchando a C. Otra persona que venía a explicarme el mundo, qué eran y qué no eran las cosas, y por qué no distinguirlas revelaba insensatez por mi parte. Al mismo tiempo, la gente nunca entendía cuando yo describía la peligrosa nebulosa que veía operar a mi alrededor, siempre encontraban un problema en mí, en el modo que tenía mi mente de ordenar o desordenar las cosas que me rodean. «Vives en el mundo que te construyas para ti misma —me sermonearía C—. ¿Por qué no construirte uno menos precario?»

—¿Para quién son esas flores? ¿Tienes novio? —me preguntó.

—No lo sé.

Me miró extrañado.

No sabía si seguía «teniendo» a C, si C seguía estando por la labor de que yo lo tuviese. No sabía si le preocuparía verme con este tipo ni qué haría falta para preocuparlo. El ex de B respiraba por encima de mí desde arriba, su boca exhalaba un aire que olía a tarta rancia. Se me ocurrió que, si el ex de B se había interesado por B por alguno de los rasgos que compartíamos, tal vez estuviese interesado por mí en ese momento. De pronto, me vi preguntándome si también

podría tenerlo a él si me lo proponía. El ponerme en el lugar de B, o tan cerca como me fuera posible, me ayudaría a entenderla un poquito mejor. Si trataba de recostarme en él, de ver anuncios con él, de mordisquear su boquita delgada de aspecto incisivo. Podría indagar sobre su ex, preguntar si ya estaba loca antes de que salieran juntos, o solo después, o también durante. Tal vez entonces comprendería si la usurpación que ella había hecho de mi persona venía a ser una agresión deliberada o no.

Desde mi posición percibía su calor corporal y dado que aún era un extraño para mí, alguien visto únicamente desde cierta distancia, su temperatura resultaba ofensivamente íntima. Estaba violando una suerte de orden al tener al ex de B lo suficientemente cerca como para tocarlo, después de haberla mantenido alejada de C desde que los conocí. Si se me hacía fácil ocupar su lugar, a ella se le haría aún más fácil ocupar el mío. Cualquiera podía sentarse con C en el sofá a tragarse programas de televisión basura. Cualquiera podía amoldarse a la curva de su brazo, acurrucarse en su torso. Y me di cuenta de que cuanto más descubría sobre ese tipo del supermercado que me estaba mirando a mí por primera vez en mi larga historia de mirarlo a él, más convergían mi conocimiento y mi memoria hacia los de B. Solo tenerlo cerca era una forma de contaminación.

—De verdad, he de irme —dije—. Había venido a buscar Kandy Kakes.

—¿Kandy Kakes? —preguntó—. Pero si son incomibles. He oído que llevan plástico.

—Se dejan comer —respondí.

Me alejaba de él, flores en mano.

—Buena suerte, supongo —dijo, mirándome—. Quizá volvamos a vernos. Vivo por aquí cerca.

—Lo sé —dije.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

Pero me di cuenta de que solo lo hacía para seguir la conversación, no porque le importara.

Sentí sus ojos clavados en mí mientras me alejaba. Ya había interpuesto una cantidad considerable de distancia entre mi cuerpo y el suyo, que amenazaba con convertirme en B. Entonces me dio por pensar que, si el tipo tenía interés en echarme un polvo, podría prestarme su móvil. Yo tenía interés en usar un teléfono ajeno, para llamar a C desde un número desconocido que no evitase adrede, engañarlo y que respondiera a la llamada para averiguar qué quería ese número extraño y después gritarle. Me di media vuelta y volví hacia Tom, o Tim, o como se llamara. Cuando llegué a su altura, me esforcé por parecer simpática.

—Oye —dije—, ¿podría usar tu teléfono?

Su mano se desplazó hacia el bolsillo pero se detuvo justo antes de llegar.

—Tengo que llamar a mi compañera de piso —le aclaré—. Es diabética —añadí.

Sacó el teléfono del bolsillo con cautela.

—Muchas gracias —dije, arrebatándoselo—. La diabetes —repetí.

Tenía su teléfono móvil entre las manos, con los pulgares preparados para pulsar los números en el teclado, y empecé a marcarlos. Solo iba por el prefijo de la zona cuando me di cuenta de que me había quedado en blanco y no sabía qué venía detrás. Me sonaba que había algunos seises, un cuatro, un tres. No tenía la menor idea de en qué orden iban. Intenté recurrir a mi memoria motriz, volver a empezar, más rápido esta vez, y dejar que mis manos hallasen el camino por sí solas, y sin embargo ahí seguía plantada, bloqueada. Notaba que me estaba

mirando. No era una mirada de coqueteo. No me quedó otra que volver a introducirle el móvil en el bolsillo.

—Me recuerdas a alguien —empezó.

Antes de que tuviera oportunidad de acabar, ya me estaba alejando. Al final del pasillo, eché a correr. Quería aumentar exponencialmente la distancia entre nosotros. Mis zapatillas rechinaban sobre el brillante suelo de plástico.

Pasé de largo las latas de sopa y las revistas. Atravesé la sección de frutas y verduras, donde anunciaban una nueva variedad de manzana —resultado del injerto de dos famosas clases de manzanas y un tipo de piña— sobre la que había leído antes. Su estructura cromosómica era inestable, impar, lo que implicaba que las nuevas semillas y las nuevas plantas solo podían crearse en un laboratorio y con ayuda de una variedad de material especializado. Por lo visto era una delicia. Las manzanas tenían un tono amarillo tropical y eran jugosísimas. Al sostener una en la mano, se notaba su carnosidad. Carne sobre más carne.

En el lugar donde había pensado dar por fin con los Kandy Kakes, después de las sopas en lata y los aderezos, la sección de papelería y la de productos de limpieza, encontré la carne. La carne venía en flácidas sombras rojizas o rosadas dentro de los arcones refrigerados, y me detuve a hacerles una visita mientras decidía qué dirección no probaría después. Daba igual qué forma hubiese tenido un animal en vida; al animal muerto siempre se le hacía parecer un pedazo, una pasta moldeable en troncos, toroides, rectángulos ondulados. Estas eran las formas que fabricábamos, matemática y conceptualmente simples, y en todo diferentes a nosotros. Di unas palmaditas en los envases de carne con la mano derecha, la que no sujetaba las flores. En esta parte de la tienda hacía más frío y había más luz.

Entonces divisé la sección de ternera. Era como el doble de grande de su tamaño habitual y estaba forrada de pósteres y eslóganes. Reconocí el rostro de Michael impreso en grande en todos ellos, con la boca congelada en una sonrisa forzada. Llevaba un mono a rayas blancas y negras bastante cutre, y un pañuelo anudado alrededor del cuello. Su mano izquierda reposaba sobre la cadera mientras la derecha señalaba el abanico de ofertas con un gesto rígido al estilo de «Soy una taza, una tetera», como si ensayara para convertirse en algo que a todas luces nunca llegaría a ser. Los pósteres anunciaban ESTA TERNERA ES UNA GANGA en grandes letras negras, y debajo, unas pequeñas cursivas decían: «La ternera es una parte deliciosa de cualquier comida equilibrada» (Michael Trowbridge, «El ladrón de ternera»). Los carteles tenían un sello chiquitito en la parte inferior, señal de que eran un producto avalado por algo llamado el Consejo Regional para la Protección de la Ternera y su Imaginería.

Me encaminé hacia el póster que me quedaba más cerca de la altura de los ojos y me aproximé a él, lo suficiente como para que la cabeza de Michael tuviera casi el tamaño de una cabeza de persona real. A unos quince centímetros se lo veía borroso, pero parecía más real que aquel otro día en la pantalla del televisor. Lo escudriñaba tratando de imaginar qué sentido tenía que Michael hubiera pasado de odiar la ternera a esconderla, para después comérsela y finalmente acabar promocionándola. ¿Habría cambiado de idea? ¿Lo habrían denunciado? ¿Alguien habría robado su foto y la habría usado para transmitir lo que le viniera en gana? El atuendo de ladrón parecía pegado con Photoshop. Deseé poder hablar con él, preguntarle quién estaba al mando de esa campaña publicitaria y si tener a otra persona controlando tu identidad era horrible o si, por el contrario, resultaba mucho más cómodo.

Con el rabillo del ojo distinguí los colores rojos y naranjas del logo de los Kandy Kakes.

¡Andaba cerca! Entonces recordé que me moría de hambre. Notaba un apetito tan amplio y apacible que podía chapotear en él como un perrillo. Había decenas de cajas de Kandy Kakes apiladas en los estantes, los paquetes rojos y naranjas con rayos verde fosforito que representaban la gloria de las chocolatinas. Sentía el cuerpo menudo y ligero, y mis músculos se encaminaron hacia mis pastelitos movidos por una energía propia de los dibujos animados, como si con un salto gigante pudiera acercarme hasta sus baldas.

Oí el frufrú del tejido de mi ropa al frotarse consigo mismo. Vi mis brazos huesudos asomando enfrente de mí mientras los manejaba por la estantería y alcanzaba la caja más cercana, que pesaba sospechosamente poco, pues resultó estar vacía. Cogí la caja de al lado y la incliné a derecha y a izquierda, intentando escuchar cómo los Kakes se deslizaban de un lado a otro en su interior.

Todas las demás cajas también estaban vacías.

Era exactamente como en ese anuncio en el que Kandy Kat cae en la delincuencia en un intento desesperado por intentar consumir Kandy Kakes. Va de tienda en tienda tratando de comprar un mísero paquete de pastelitos, pero nadie se lo vende. Los tenderos señalan un póster detrás del mostrador que avisa: NO VENDER A ESTE GATO. PERSONAJE PELIGROSO. En el póster aparece el rostro de Kandy Kat, chupado y demacrado. Entonces Kandy Kat secuestra un tren de mercancías compuesto por una hilera interminable de vagones pintados con el logo de Kandy Kakes, y dispara la alarma de los Kandy Kakes, que atrae helicópteros y coches patrulla de la policía y tanques militares. Mientras Kandy Kat avanza a toda mecha hacia un bloqueo militar, alcanza una caja de pastelitos tras él y pronuncia una oración final antes de abrirla. Pero está vacía, como todas las demás del primer vagón, y del segundo, y Kandy Kat alza la vista hacia la colisión inminente con los ojos anegados en lágrimas. De la boca le cuelgan hilillos de baba en el momento en que halla su muerte.

Con la caja vacía de Kandy Kakes entre los brazos, me di cuenta de que C no iba a llamarme pronto. Me di cuenta de que no me había dado cuenta de lo mucho que C había cambiado, día tras día. Me había parecido una persona distinta, o la misma persona que se comportaba de manera diferente, un pensamiento más espeluznante todavía. La noche anterior se había sentado en el extremo del sofá, a casi dos metros de mí, mientras me explicaba sus ideas. Yo era una chica estupenda, decía, pero llevaba una trayectoria descendente. Había ido haciendo cada vez menos cosas cada día, y todo lo que hacía me lo planteaba con temor, como si pudiera volvérseme en contra. Él quería salir con alguien que estuviera en alza. Alguien que se hubiera desprendido de los problemas más sencillos para quedarse solo con los irresolubles. Y yo, en cambio, estaba convirtiendo los resolubles en irresolubles, para después tratar de resolverlos. Agravaba al máximo mi situación. Aquello no iba con él. Le recordaba a los osos polares del zoo que se niegan a aparearse aunque, en cautividad, sea la única manera de participar en un orden natural de algún tipo. Aunque obviamente, dijo con condescendencia, el apareamiento literal no era nuestro problema. Yo repuse que sí que estaba en alza y que él solo estaba viendo a una persona que intentaba entender lo que estaba bien en su vida y lo que no. C me dijo que le agotaba. Se fue a la nevera a buscar una cerveza. Cuando volvió, me miró con un poco más de cariño. Me dijo: «Quiero a alguien capaz de hacer conmigo todo lo que yo quiero hacer en la vida, y quiero que esa persona seas tú. ¿Podrías ser alguien que quisiera eso?».

Me imaginé para mis adentros saliendo en ese concurso, sonriendo mientras me conducían a una habitación donde me duplicarían varias decenas de figurantes pagadas. Me imaginé emocionada por participar en el concurso, emocionada por tratar de ganar con mi pareja ese maletón atiborrado de dinero. Me imaginé bailando el cancán junto al resto de los señuelos, con los hombros y el rostro adormecidos por el calor sofocante de los focos encima de mi cabeza, esbozando una sonrisa de oreja a oreja y convencida hasta la médula de que C me distinguiría en la alineación. Pero aunque el rostro que coloqué en esta persona imaginaria era el mío, y aunque su cuerpo fuese como el mío, sabía que la persona que estaba imaginándome no era yo; simplemente tenía mi aspecto, y en realidad no tenía mucho más que ver conmigo de lo que un trozo de papel sobre el que se ha impreso una fotografía tiene que ver con la imagen impresa sobre él. Y si yo no era la persona que iba a estar en ese lugar, mejor no estar del todo. Prefería envolverme en una sábana, convertirme en mi propio fantasma, y dejar que todo el mundo se preguntara qué me había ocurrido y dónde me había metido.

Miré a C, su cabello ondulado que olía a champú y su fino labio inferior que yo había estado chupando hacía una hora escasa. Me encantaba su rostro, me encantaba poder tocarlo, saborearlo, recorrerlo con la boca. No había más caras como la suya, no había más caras con las que me estuviera permitido hacer eso. Su cara lucía una mirada expectante.

Entonces, dije: «No. No creo que yo pueda ser ese alguien».

Lo que hice después sucedió a cierta distancia de mí. Cogí dos de las cajas vacías y me encaminé hacia el principio de la tienda. Pedía ayuda a gritos, porque la necesitaba. Necesitaba que alguien las rellenara. Me dirigí a una cajera y le pregunté qué pasaba con esas cajas vacías, que qué habían hecho con los Kandy Kakes. ¿Dónde habían ido a parar? ¿Dónde estaban los que faltaban? Tenía que haber más. Chillaba un poco, es cierto, pero en mi favor diré que realmente tenía mucha hambre.

—Lo siento, señora —dijo la cajera—. Por favor, baje la voz, está molestando a los niños.

¿Qué niños?, pensé. Y contesté:

—Soy yo la que está molesta. Usted está molestándome. ¿Dónde están los Kandy Kakes?

—Por favor, tranquilícese, señora, y me haré cargo de su petición —continuó la cajera.

—Estoy tranquila —repuse—. No se hace una idea del día que llevo —continué—. Ya me he tranquilizado —anuncié.

—Señora —dijo—, hemos tenido ciertos problemas para mantener los estantes llenos dada la actividad de ese culto de Randall. Ha afectado a todas las tiendas de la zona.

—¿Qué culto?

—¿Que qué culto? —me contestó—. ¿No ha visto las pintadas? ¿Los piquetes que se han montado en el ayuntamiento? ¿Esa gente disfrazada de fantasma?

En el Wallyvestíbulo de Alimentos veo a los niños vestidos con uniformes de colegio privado, con partes de abajo azul marino y partes de arriba de un blanco inmaculado. Bailan bajo la araña de alimentos, con los brazos alzados hacia la luz. Sus caritas se ensombrecen cuando un plátano o una barra de pan sobrevuelan sus cabezas, proyectando una mancha grisácea con su misma forma sobre sus bocas y sus ojos abiertos. Un niño pequeño se mantiene ligeramente al margen, dando saltitos y agachándose, intentando atrapar un costillar que oscila despacio sobre su cabeza.

CAPÍTULO 7

Cuando salía del Wally's había cogido uno de los pósteres de la ternera. Lo sostenía delante de mí, con los brazos extendidos, mientras caminaba en una dirección que esperaba que fuese la misma por donde había llegado. Ahora media cara de Michael me escudriñaba desde el papel, con las esquinas curvadas por el viento. Intenté colocarla a la altura a la que podría estar la cabeza de una persona de verdad, frente a mí, dispuesta a explicarme qué estaba pasando y qué era esa presión que notaba excavando contra mis órganos, como la de una mano de hombre apretando un pulsador de juegos gigante. Incrustados en el papel, sus ojos eran planos, como su cara. Por más que miraba allí donde se suponía que debería haber una fosa nasal, no veía profundidad alguna, la apariencia del orificio era más una arruga del papel que alguna clase de entrada. Los ojos y las mejillas estaban cercados por una suavidad inanimada, como una piedra que llega a la orilla arrastrada por la corriente después de años de lento desgaste submarino. Esa suavidad ascendía poco a poco hacia los ojos arrugados y anidaba a su alrededor, se acumulaba cerca de las patas de gallo, hiperdefinidas y menos numerosas de lo que parecía anatómicamente apropiado. Los labios estiraban la superficie de color carne que los rodeaba, sugiriendo una sonrisa a la par que una mueca.

Lo que yo trataba de descubrir en él era su nivel de satisfacción, que creí que quizá albergaría en algún lugar de la expresión facial. ¿Tal vez las proezas vacunas de Michael habrían dotado de sentido a su vida? ¿Podía ser que esta campaña publicitaria supusiera otro paso adelante en su compromiso por salvar a la ternera de sus enemigos? ¿Quiénes eran exactamente los enemigos de la ternera? ¿Cabía la posibilidad de que la ternera anhelase en secreto su propio consumo, convirtiendo así a sus enemigos en sus salvadores? ¿Era el consumo una forma de infiltración? Escruté su rostro en busca de claridad, pero fueran cuales fuesen las respuestas que en su día hubieran estado ahí, se habían desvanecido con los retoques.

Ayuda, pensé. Pero no sucedió nada.

Enrollé a Michael en un canutillo y lo introduje en la mochila. Saqué el móvil y lo ojeé mientras caminaba. Había estado llamando a C más o menos cada hora, esperando que contestara y permitiera que mi voz se reuniera con la suya una vez más. Le había dejado una ristra de mensajes, muchos de ellos silenciosos, en los que tan solo se oía el ruido de fondo del lugar por donde caminaba. En otros, le preguntaba lo mismo una y otra vez. *¿Por qué no contestas? ¿Dónde estás? ¿Estás en casa? ¿Estás en otro sitio? ¿Estás vivo?* Me sentía enfadada, triste, en paz, y, de nuevo, enfadada. Le conté algunas cosas que no estaba segura de sentir, pero que me apetecía que oyera de todas formas. *He estado yendo a echar cabezaditas a la casa de enfrente*

durante el día, quiero que me acompañes la próxima vez, te gustará. No hay nada. Nada que pueda salir mal. Llámame. Llámame ahora mismo. Sé con quién estás. Quiero saber con quién estás. Llámame. Puede que no quiera ser la persona que quieres, pero te quiero, y quizá podría intentar querer serlo, si me llamas. Llámame. Las emociones se filtraban por mi interior como toxinas por los conductos de aire, atravesaban mi cuerpo y lo corroían todo a su paso, me colmaban para después dejarme vacía.

Pensé en C allí sentado, sacando el teléfono cada vez que notaba la vibración, viendo mi nombre en la pantallita y optando por volver a guardarlo, repudiado. Me imaginé su cara impasible al leer mi nombre, o, tal vez, torciendo mínimamente el gesto, adoptando una forma menos alegre. Me dolía solo de imaginármelo, así que me lo imaginé de otra manera, angustiado cada vez que veía mi llamada, echándome de menos, pero esa versión no cuadraba. En realidad, lo que mejor me sentaba era imaginarme que desaparecía del mapa. Sobre el reposabrazos de un sofá que no había visto antes, en algún lugar donde nunca había estado, su teléfono sonaba y sonaba sin que ocurriese nada. Las luces del aparatito parpadeaban sin parar, una secuencia de verde, azul y rojo, y nadie actuaba para que dejara de sonar. Cuando me imaginé una mano desconocida, la mano de un hombre o de una mujer mucho mayor, acercándose y apretando el botón lateral para silenciarlo, me sentí reconfortada. Quizá estaba en mis manos cortar el sentimiento que me unía a él, cortar aquello que me hacía preocuparme por su amor y por la persona a la que se lo estaba reservando, aquello que me había hecho anhelar sus palabras y un caudal constante de sentimientos. Me sentí empoderada por un instante. Si podía encontrarlo, podía hacerlo desaparecer. Pero aunque no lograra encontrarlo, en mi poder estaba desaparecer yo misma, desechar mi propio cuerpo. Si lo veía difuminarse, podría incluso ser capaz de percibirlo como si el mundo estuviera desapareciendo de mí, y no al contrario.

Después, saqué el panfleto que el encargado de Wally’s me había ofrecido cuando le pedí ver un calendario de los repartos que me dijera en qué momento volvería a haber Kandy Kakes. «Señora —dijo—, no sé cuándo volveremos a tener el producto en stock. Nos está costando contactar tanto con los distribuidores como con los almacenes y, para colmo, esos individuos de la Iglesia de los Comensales Unidos han estado retirando el producto de los estantes y dejando estos documentos en su lugar, lo que, hemos de reconocer, causa molestias a nuestros clientes. Por favor, acepte nuestras disculpas, llévese si quiere uno a casa, léaselo y verá que nuestros problemas son de verdad. Las prácticas religiosas de esta gente obvian las complejidades de la oferta y la demanda, o del servicio al cliente.»

El empleado había abierto un cajón abarrotado de un montón de papeles blancos plegados idénticos. El blanco colmaba las grietas entre la blancura, un refugio de papel inagotable. Con una sensación de embotamiento, agarré uno y me marché. Y ahora abría el panfleto, que tenía el tacto endeble del papel salido de una impresora doméstica. El negro brillante de las letras disuelto en puntitos diminutos al mirarlo muy de cerca. El panfleto estaba en blanco por una cara, pero por la otra rezaba:

¿TE HAN SALVADO DOS VECES?

Mucha gente conoce la historia de Jesucristo, nacido en un humilde pesebre de la Santísima Virgen María, que concibió a su hijo de forma inmaculada y por voluntad del mismísimo Dios.

Sin embargo, son pocos quienes conocen los hechos más veraces de este acontecimiento, a saber: que JESÚS ERA UNO DE LOS DOS JESUSES que nacieron aquel día y a aquella hora. En el mundo natural es de sobra conocido que algunas especies funcionan con un tipo de concepción que los exime de la necesidad del acto sexual o de su suciedad, concretamente, aquellos que practican el NACIMIENTO VIRGINAL (como por ejemplo: las pulgas de agua, los nematodos, las avispas parasitoides y algunas especies de vertebrados como los dragones de Komodo, los tiburones martillo y los de puntas negras, por citar algunos). Los científicos saben que existen cuerpos que no necesitan de otro cuerpo para poner en marcha el acto de la procreación porque todos esos cuerpos contienen un excedente que les permite extraer una pequeña parte de sí mismos y COPIARLA INDEFINIDAMENTE. Este fue el caso de Jesús nuestro señor y salvador, una prueba verdadera de DESDOBLAMIENTO y por extensión del DESDOBLAMIENTO UNIVERSAL DE LAS SINGULARIDADES y de su DIFERENCIACIÓN entre variedades de LUZ Y OSCURIDAD.

A título ilustrativo: ¿cómo puede ser que el hijo de Dios, Jesús, hecho CONCRETIZADO en forma mortal para servir como ejemplo de bondad para los hombres mortales, resucite de entre los muertos (algo de lo que ningún hombre es capaz)? Respuesta: NO PUEDE. El Jesús que «resucitó» había estado ahí todo el tiempo, mezclando sus falsos sermones con la gran verdad del Jesús verdadero, luz manifiesta. De ahí la naturaleza perjudicial de las enseñanzas del falso-resucitado, como por ejemplo: «Cuando contempláis lo que se os parece, os alegráis; pero cuando veáis vuestras propias imágenes hechas antes que vosotros —imperecederas y a la vez invisibles—, ¿cuánto podréis aguantar?» (del Evangelio de Tomás). Este dicho está cortado por el mismo patrón que otros materiales falaces entretejidos en numerosos aspectos de tu entorno, FALSEDADES QUE OPERAN EN CONTRA DE TU BIENESTAR.

¿Alguna vez te has preguntado por qué la persona a quien quieres es amable y dócil un día y al siguiente se muestra insatisfecha y cruel? ¿Por qué un día una comida te sienta bien, pero si la consumes al día siguiente o el de después te invade una sensación de cansancio, de pesadez o de depresión? ES PORQUE LA LUZ Y LA OSCURIDAD DESDOBLADAS EN ELLOS NO SE HAN SEPARADO. Al contrario, te están enfermando al ingerir materia que proviene de un origen indebido. Los múltiples puntos oscuros en la producción alimentaria de hoy en día entrañan la posibilidad de adquirir de forma accidental alimentos cultivados o producidos en algún reino oscuro por los fantasmas de esa clase de personas que conoces. Los alimentos de OSCURIDAD VERIFICADA O SUPUESTA incluyen: manzanas verdes, berenjena, ajo (entero), cereales de trigo y de arroz, manzanas Red Delicious, pechuga de pollo, copos de avena (variedad enriquecida), salchichas y *bratwurst* de desayuno envasadas, hielo en bolsas, agua carbonatada, naranjas, zumo de naranja y zumo de frutas, pan redondo, ubres, mantequillas de cacahuete y otros frutos secos, y UNA GRAN VARIEDAD DE ALIMENTOS APARENTEMENTE INOCUOS.

SI YA HAS CONSUMIDO ALIMENTOS DE ORIGEN OSCURO O ESTÁS A PUNTO DE HACERLO, LLAMA A ESTE NÚMERO Y CONSÚLTALO DE FORMA GRATUITA CON NUESTROS EXPERTOS.

Al final del texto venía un número con el prefijo de cobro revertido y un sello negro circular con un grabado de dos cálices blancos. Arriba, impreso en minúsculos caracteres en mayúscula con serifa, ponía: NUEVA IGLESIA CRISTIANA DE LOS COMENSALES UNIDOS.



Debajo, escrita con letra pequeña, figuraba una dirección de Randall, una localidad situada a unos treinta kilómetros. El dorso, otra vez, estaba en blanco. Había una mancha de un marrón herrumbroso de unas líneas curvas intactas sobre el borde del panfleto. Un trocito de una huella dactilar ensangrentada.

Levanté la vista del papel y contemplé la tierra que me separaba de mi casa, donde B estaría presumiblemente esperando, pareciéndose cada vez más a mí a medida que transcurrían los segundos. Miré el móvil, pero nada había cambiado, C seguía tan lejano como lo había dejado un par de horas atrás. La tarde estaba bien entrada, y el calor de mediados de julio aflojaría al cabo de una hora, cuando el sol emprendiera su descenso hacia el horizonte, tiñendo el cielo de un rojo envenenado. Pero por ahora, el bochorno pendía denso del aire, tornándolo un poco gelatinoso, como una sustancia que podía vadear, apartar de camino al trabajo, y después hacia el piso que todavía seguía considerando mi casa. Las formas oscilaban bajo el calor. La ropa que llevaba ejercía una sudorosa presión sobre mí como una segunda piel sobre mi piel, húmeda y humectante al calor del sol.

Me concentré en la línea del horizonte donde el cielo se topaba con la tierra y caminé hacia ella, hacia la carretera temblorosa, que como un espejismo aparentaba huir de sí misma continuamente.

Me fui a trabajar y corregí *Kayak* y *Pasión Marinera*. Taché con ferocidad los caracteres duplicados y la puntuación mal colocada, los dedos me dolían después de haber estrangulado el bolígrafo. Me sentía un poco aturdida y las letras me bailaban al mirar la página. Me di cuenta de que la pe en caja baja era exactamente la misma letra que la de minúscula, solo que astutamente colocada en otro sentido. Intenté contárselo a la compañera del cubículo contiguo, pero bajó la mirada en cuanto abrí la boca, y negó con un gesto de su rubia cabeza. La gente se cree que corregir consiste solo en cambiar las cosas incorrectas por cosas correctas, pero es más complicado: se trata de mantener el lenguaje en su sitio. Cuando llegué a casa, el sol estaba poniéndose y los distintos bultos del mobiliario del salón estaban brillantes por una cara, y sumidos en la penumbra por la otra. Sus sombras se inclinaban hacia la ausencia de luz. La estancia estaba en silencio, pero siempre lo estaba cuando volvía a casa, como si B se activara por mi presencia, por mi proximidad.

Nunca me había gustado eso de ella, que cuando se quedaba sola jamás hacía la clase de cosas que un cuerpo humano acostumbra a hacer al ocupar espacio. No había efectos nítidos de su presencia, ningún cambio en la decoración para recibirte cuando regresabas. No calentaba las

habitaciones. No hacía crujir el sofá, ni canturreaba, ni abría o cerraba alguna puerta de manera audible para indicarte que estaba allí. Cuando B sabía que yo estaba en casa, parecía como si llevara un cordel invisible que me atase la muñeca a la suya, que me alertaba en todo momento del sonido de sus pisadas atravesando el salón de izquierda a derecha, señal de que iba al baño, después, de derecha a izquierda, señal de que su paso por el aseo había concluido. Sin embargo, en los primeros minutos tras regresar a casa me sentía como una niña pequeña en una película de terror de esas en las que un psicópata te persigue con un cuchillo, y tú vas abriendo puertas y retocándote el maquillaje mientras el público te grita que te des media vuelta, que mires detrás, que llames a la poli. Prefería la certeza de la casa de enfrente, la casa que me gustaba por su vacuidad y su sensación de desolación, por la manera que tenía de reconfortarme.

Entrar irritada y nerviosa en esa casa de sombras densas y suelos chirriantes me hizo echar más de menos a C que nunca. Si él estuviera aquí, yo estaría menos asustada, menos sola. C ocupaba todo el espacio a su alrededor, incluido el mío, plantaba las piernas en los pasos que yo había planeado transitar para ir a otro lugar, forzándome a trepar por él o a buscarme otro camino. Echaba de menos tener que maniobrar a su alrededor, sortear su cuerpo con el mío. Cuando acercábamos las caras al dormir o al besuquearnos, parecía aspirar todo el aire, me dejaba adormilada, atontada, parcialmente desabastecida, y me acurrucaba cerca de su boca. *Esto es el amor*, pensaba yo, respirando superficialmente, con la boca y la nariz pegadas contra su piel.

Sin embargo, B era de esa clase de personas que podía estar en cualquier parte.

Allí en la cocina, era incapaz de recordar cuándo había comido. Las encimeras y los armarios estaban vacíos, lo que significaba que de haber algo que comer, estaría en la nevera. Una de las características especiales de los Kandy Kakes era que, a pesar de contener ingredientes perecederos procedentes de derivados de animales y plantas reales, no había que preocuparse por tomar medidas para evitar que se echaran a perder. Casi todos los productores alimentarios añadían conservantes a sus productos para combatir las diversas amenazas contra la integridad de un objeto alimenticio: putrefacción bacteriana, putrefacción por oxidación, putrefacción por proliferación fúngica, putrefacción de todas las clases. Estos aditivos combatían la putrefacción inevitable de la materia muerta. Los alimentos morían porque un día habían vivido.

Pero los Kandy Kakes eran un alimento puro. Sus envoltorios podían lucir orgullosos la etiqueta ¡Sin conservantes! porque de verdad no los llevaban. En uno de sus anuncios, Kandy Kat y un Kandy Kake aterrizan en las mitades derecha e izquierda de una pantalla dividida. El tiempo empieza a acelerarse mientras los personajes siguen uno al lado del otro: las estaciones van rotando y los muebles empiezan a tener un estilo más futurista, las manecillas de los relojes en segundo plano dan vueltas aturdidas. El cuerpo huesudo de Kandy Kat se vuelve más largo, más alto y más ancho a medida que envejece, aunque nunca más carnoso. Entonces, de repente se pliega, y empieza a arrugarse serenamente hacia dentro. Las rodillas se le doblan y se echan a temblar, la cabeza se le va consumiendo hasta llegar al cráneo, va hundiéndose hacia el suelo donde el pelo que ha perdido se amontona en pelotillas suaves y esponjosas que ruedan como plantas rodadoras. Su cola ajada parece una cuerda mordisqueada. De vez en cuando alza una pata esquelética hacia la estricta línea negra que lo separa de la celdilla de Kandy Kake e intenta asestarle un zarpazo, pero salta a la vista que se está agotando. Del otro lado de la pantalla dividida, el Kandy Kake da brincos, baila el cancán, hace volteretas y acrobacias y se aburre. Da

igual el tiempo que transcurra, el pastelito sigue igual: impasible, intocable.

La voz en off explica que la milagrosa longevidad de Kandy Kake se debe a una combinación de diversos procedimientos de elaboración de lo más punteros. En primer lugar, los ingredientes de origen biológico pasan por un proceso de ultrapasteurización que no solo destruye las bacterias y los mohos nocivos, sino también otros elementos derivados de la vida contenidos en la sustancia: restos de enzimas, proteínas, vitaminas. A continuación, estos elementos se filtran mediante un procedimiento químico de sustracción sensible a la estructura de los compuestos orgánicos, que elimina casi toda la degradación natural. Por último, los Kakes nacientes reciben un fortalecimiento con unos azúcares resistentes al agua, obra de un diseño industrial inspirado en los plásticos, que cumplen una doble función como repelentes de bichos. Siempre y cuando se conserve intacta la cobertura de caramelo impermeable y repelente, tienes la garantía de que tu Kandy Kake se mantendrá fresco durante veinte o treinta años. A estas alturas del anuncio, Kandy Kat es poco más que un montón de pellejo y de huesos encorvados, sus ojos saltones empañados por las lágrimas parpadean a los espectadores. Sostiene un letrero en el que puede leerse MIS ÚLTIMAS PALABRAS, mientras el Kandy Kake, que ha hallado el modo de colarse en su mitad de la pantalla, baila una giga perversa alrededor de sus despojos.

Abrí la nevera y lo único que vi fue un montón de naranjas a medio pelar, dispuestas en una pirámide, todas del tono amarillo pastel de la cáscara. Comérselas resultaría la mar de sencillo: estaban a medio pelar, desarmadas. Las pequeñas hendiduras de las cáscaras se correspondían exactamente con el diámetro de las uñas de B. Pero por alguna razón, ahora las naranjas me infundían pánico. Nunca me había dado cuenta antes de que el panfleto lo señalara, pero había algo oscuro en ellas, algo inoculado en su pulpa acuosa como un veneno. En un producto como los Kandy Kakes, los ingredientes venían escritos en el envoltorio: todas y cada una de las partes estaban consignadas, su contenido calórico y nutricional perfectamente tabulado. Pero ¿qué clase de ingredientes iban a parar a una pieza de fruta? Una naranja no era tanto un tipo de alimento como otro ente, con unos intereses propios, secretos y custodiados bajo llave, que escondía su interior al mundo exterior.

Eché un vistazo en busca de las cáscaras, pero habían desaparecido, se habían esfumado por la garganta de B.

Que B planteaba un peligro me parecía de cajón: era demasiado débil para ser inofensiva. Aunque no supiera cómo describir la amenaza que representaban las naranjas, no sería complicado evitar comérmelas, pues evitaba comer prácticamente todo lo demás. En cambio, la amenaza que representaba la ausencia de C, el arrepentimiento que me invadía a medida que sentía a C más y más lejano se me antojaban más y más peligrosos con cada instante que pasaba. La sensación de dejar-de-ser-yo-misma crecía; me preocupaba que hubiese llegado para quedarse. Las cosas funcionaban mejor con él de lo que actualmente lo hacían sin él, vertiginosas y sin aperitivos, sin certezas respecto a qué alimentos resultaban sanos. Me echaría una siesta, volvería a leer el panfleto y quizá regresara a la tienda de comestibles después.

Cuando abrí la puerta de mi habitación, los últimos resquicios de luz se filtraban por las cortinas y los contornos de las cosas apenas se distinguían en la oscuridad. Mis estanterías y mi escritorio estaban como siempre, así como mi cama, excepto por una deformidad en el centro, un bulto bajo la colcha demasiado pequeño para ser C, pero lo suficientemente pequeño como para ser yo. Me acerqué y lo examiné. Estaba ovillada con las sábanas arrebujadas bajo los pies, bajo

una curva que sería probablemente una rodilla. Un pedacito de su ojo perfilado en negro asomaba por la parte de arriba de la manta, cerrado en sueños e inconsciente. Llevaba una coleta como la mía, desparramada por la almohada como un brochazo apresurado de tinta pintado con un pincel grueso y rígido.

Me sentía ligera y liviana. Como si no estuviera allí. Por un momento, me pareció posible haber estado dormida los últimos días, sumida en un sueño muy largo y extremadamente detallado en el que mi compañera de piso se convertía en mí y yo me convertía en nadie. Pero cuando volví a inclinarme hacia el rostro, me fijé en las pequitas del lóbulo, que sabía que pertenecían a las orejas de B, aunque ni siquiera era capaz de recordar qué aspecto tenían las mías, y las mías podrían haber tenido exactamente la misma marca, salvo que no había nadie más para comprobarlo por mí. Acerqué mi cara a la suya, inhalé y exhalé, observando cómo los finos cabellos de las sienes danzaban por su cara. Y entonces recordé algo que me habían contado sobre respirar en sueños: si sientes que tus pulmones se abren y se cierran, no puedes estar soñando.

Al salir de mi cuarto, donde B estaba durmiendo, vi un panfleto sobre el sofá del salón. Se parecía al que me había llevado del Wally's, característico en la medida en que su exterior no presentaba ningún rasgo característico. Pero el mío seguía en el bolsillo trasero de mis pantalones cortos, por lo que aquel debía de ser de B. Lo abrí y leí:

¿CREES QUE TU CASA O TU SER QUERIDO
DESPIDEN SUSTANCIAS QUÍMICAS OSCURAS?

En la actualidad, mucha gente está familiarizada con la descorazonadora experiencia de padecer dolencias, ansiedad o algún tipo de ENFERMEDAD DEL ALMA pese a haber elegido unos hábitos de vida saludables. Puede que un día te preguntes: «¿Cómo he llegado hasta aquí a pesar de haber seguido la mejor información que tenía a mi alcance? ¿Acaso existe mejor información disponible?». El impulso autodestructivo consiste en abrirse hacia un influjo de opiniones nuevas, pero en verdad uno simplemente debería ELIMINAR LA DUPLICIDAD de su cuerpo existente. En otras palabras: APRENDER A CERRAR TU SEGUNDO OJO.

Un ejemplo: los monjes que vivían en la Edad Media bajo el atento cuidado de nuestro Señor solían encargarse de copiar los documentos sagrados mientras los leían en voz alta o los musitaban para sus adentros. Con una dedicación de seis horas diarias durante seis días a la semana, cualquier fraile o monja podría copiar la Biblia entera en un año. Y sin embargo, esos religiosos nunca recibieron una educación para descubrir las páginas ocultas entre las páginas del Libro Sagrado, y así, repletos de CONOCIMIENTO TRAMPA, copiaban la Biblia tal y como aparecía sin hacer referencia a la ESTRUCTURA EN LA SOMBRA subyacente. Por eso el libro acababa plagado de falsedades, principalmente en lo que respecta al número de Jesuses. En la misma línea, Edipo estaba en lo cierto cuando empezó a sacarse el ojo izquierdo para eliminar de su esfera de conocimiento la falsa verdad de que Yocasta era su madre. Y fue el hecho de no lograr detenerse en la mejor verdad, que ella era su madre, el que le hizo enloquecer. Por eso, quizá te surja una duda: ¿QUIÉN ES MI SEGUNDO OJO Y CÓMO VOY A EXTIRPÁRMELO?

Probablemente te estarás preguntando: «¿Y qué significa esto para mis seres queridos?». Depende de su nivel de contaminación. ¿Convivir con ellos te provoca cansancio? ¿Te abren o te

cierran el apetito? Cuando formulas una afirmación natural para tu conjunto de conocimientos, ¿la contradicen o la agravan, obligándote a ingerir nuevo conocimiento cuya seguridad no haya sido probada? Si tu respuesta a cualquiera de estas preguntas es «Puede» o «Sí», entonces tu ser querido puede estar GRAVE PERO NO IRREPARABLEMENTE DUPLICADO.

Los científicos han confirmado que las sustancias químicas están presentes en prácticamente todos los productos elaborados por medios naturales o artificiales. Para mayor detalle, las sustancias químicas pueden hallarse en casi todo, pero ¿qué ocurre con aquellas sustancias químicas imposibles de localizar? PODEMOS ENCONTRARLAS POR TI. Nuestros centros de espiritualidad ofrecen las mejores medidas de diagnóstico de contaminantes factuales tanto en ti como en tus seres queridos, y emplean una serie de procesos de sustracción desarrollados por algunas de las corporaciones más exitosas a nivel nacional. También tú puedes estar a salvo, libre de manchas o de falsas certezas.

Merece la pena mencionar que en estos tiempos confusos podrían surgir otros panfletos que se presentasen como interpretaciones apropiadas del conocimiento poseído por la Nueva Iglesia Cristiana de los Comensales Unidos. Estos panfletos, una vez descubiertos, deberán ser eliminados con prontitud, y su recuerdo, desechado.

TRAE A TU SER QUERIDO PARA UNA CONSULTA GRATUITA.
SI TE QUIERE, VENDRÁ.

Al final del texto figuraba el mismo número de teléfono, la misma dirección, el mismo logo con la inscripción de IGLESIA DE LOS COMENSALES UNIDOS. ¿Sería intencionado ese error en el nombre de la Iglesia? Nunca me había fijado en lo mucho que el logo se parecía a un Kandy Kake: una gruesa línea negra que contorneaba dos garabatos de luz, dos cálices hechos de cobertura glaseada, duplicados. Lo contemplé y me dio la sensación de que intentaba decirme algo, algo que no podía oír con el rugido de mi hambre, que bramaba como si dos personas se gritaran entre sí a través de megáfonos en el centro de mi cabeza. ¿Sería este el panfleto correcto? ¿Sería una trampa el que había leído antes? ¿Existiría un panfleto más correcto que estos dos en alguna parte, esperando a ser hallado?

El primer ojo evolucionó de forma accidental dentro de la única célula de un organismo nacido con sensibilidad a las partículas individuales de luz, según un artículo que había leído en *Pasión Marinera*. En las profundidades del mar, el organismo percibía el ligero tacto de las partículas sobre su superficie como un golpetazo y registraba ese impacto con un leve estremecimiento, cambiando de forma. De ese modo, la célula aprendía a decir *hay algo que bloquea la luz por encima de mí* o *no lo hay*. O había algo o no había nada. Este ojo atávico era primitivo en comparación con nuestros órganos modernos, que operan como colonias enteras de células fotosensibles individuales uncidas para trabajar juntas en una única masa informe, para encogerse juntas ante el sol. Lo que el primer ojo vio, no obstante, lo vio con certeza.

Posé la mano sobre la puerta del cuarto de B, idéntica a la mía salvo por un letrero de papel pegado con celo que anunciaba ROGAMOS LAS VISITAS LLAMEN ANTES DE ENTRAR. Suponía que lo habría robado de algún sitio del campus. No me parecía correcto desde un punto de vista gramatical. Me sentí embargada por un sentido del propósito, como esos momentos en que recuerdas qué has ido a hacer a la habitación. ¿Qué clase de propósito? Lo descubriría en

cuanto entrase. Empujé la puerta, que se abría a un interior tan oscuro que me sobrecogió. B se había quedado la mejor habitación, era más grande y tenía un armario de más, pero las ventanas daban a los árboles y no te aportaban información sobre la casa de enfrente. Mientras ella contemplaba los árboles, yo me enteraba de las cosas del mundo que nos rodeaba. Me enteré de que nuestros vecinos habían percibido una amenaza a su alrededor, de que se habían convertido en fantasmas como forma de defensa preventiva. Me había enterado de que nunca volverían. Me había enterado, como ellos, de que solo porque algo estuviera en tu casa, solo porque hubieras permitido que entrara o lo hubieras metido tú misma, nada garantizaba que no empezara a cambiar cuando no estuvieras mirando, desconvirtiéndose de lo que era y transformándose poco a poco en algo que nunca jamás habrías permitido en tu vida. Esta clase de cosas eran las que había que arrancar de raíz o abandonar por su toxicidad.

No era que me hubiese tragado del todo el mensaje de los Comensales Unidos. Sí que incluía unas cuantas ideas buenas, pero aún seguía esperando a ver cómo acababa todo. Lo que me preocupaba era la maleabilidad de B: si se había leído ese panfleto, cabía asumir que no hubiese comprendido que ella era la contaminada en esta relación. Dado su temperamento, era prácticamente seguro que atacaría, si no estaba ya atacándome al invadir mi cama, al violar mi propia cara. Lo más seguro sería adelantarme y contraatacar. Una vez, por lo menos, tal vez dos.

Vi dispuestos en su tocador decenas de tubitos brillantes y de tarritos, una estampa calcada a la de mi habitación; me acerqué a ellos, abrí las pequeñas tapas de las cremas que apestaban a flores y hundí los dedos en su blanco roto. Vacié el potingue sobre la superficie del tocador y lo esparcí con la yema de los dedos. Estaban todas las cosas que yo usaba en mi habitación, pero recién compradas, nuevas, impolutas, algunas conservaban incluso la apariencia de recién salidas de fábrica. Después, pasé al maquillaje, apretujé los lápices dentro del puño, como una cría intentando hacer daño, los coloqué con la punta hacia abajo y presioné hasta que se partieron, aporreé los cuadrados de pigmento en polvos prensados sobre el tocador embadurnado de crema hasta que se desprendieron cual migas terrosas. Saqué a la fuerza los pintalabios de sus tubos y me los restregué entre los dedos pringosos, sobándolos hasta que estuvieron calientes y derretidos y me resbalaron por las manos cual agua densa. Afuera, los árboles oscuros se balanceaban. Los rosas, violetas y verdes formaban un manchurrón de colores de payaso por el mobiliario de su habitación. Por fuera yo parecía feliz, aunque no lo era. Tenía el cuello y el rostro embadurnados con manchas de colores vivos, cual pétalos sobre mi piel. En la boca, algunos trozos accidentales de pintalabios sabían a muñeca Barbie.

Me apreté las manos pringosas contra la cara.

Cuando hube terminado, me tumbé sobre la cama de B. Todo olía a productos de belleza, a ese aroma femenino anónimo que nos frotamos por el cuerpo para fusionarlo con una feminidad húmeda y colectiva, para oler a persona, sin oler a nadie en particular. Reconocí ese olor concreto entre sus sábanas, el de la leche corporal publicitada por la actriz que se despega la cara en esos anuncios. Era una leche corporal que yo usaba y a cuyo olor estaba acostumbrada, y esa cama olía exactamente como la mía, a somnolencia y espesor de noches de sueño repetido. Se me pasó por la cabeza que no debería haber destruido todos los productos de la habitación, pues al día siguiente no me quedaría nada con lo que darme aspecto de mí misma. Pero ya era demasiado tarde para remediarlo.

Parecía temprano para ir a dormir, pero en un país como este, que abarca toda una superficie

de tierra que amarillea, debe de haber cientos de miles de personas durmiendo a escondidas en momentos inapropiados, momentos en que deberían estar trabajando, o comiendo, o alimentando la gran maquinaria humana. Pensé en todos aquellos cuerpos individuales inconscientes que se hundían en sí mismos, que dormitaban a plena luz del día con sus cortinas echadas. Pensé en todos los lugares ocultos: las alcantarillas, los armarios, los vientres y los úteros tenebrosos. Los almacenes en los que las provisiones aguardan en silencio, el oscuro interior de un disfraz de Mickey Mouse, las cuevas de los osos en hibernación. Me imaginé esos lugares tremendamente insulsos, difusos, suaves y oscuros como una conmoción cerebral, cerré los ojos y me precipité hacia el oscuro centro del sueño.

CAPÍTULO 8

Me desperté pensando en un ojo oscuro, lo suficientemente singular y grande para que mi cuerpo entero se hundiera en él; era la última parte de algún sueño que no recordaba. El ojo estaba tan cerca que podía tocarlo con solo incorporarme escasos centímetros; sin embargo, yo intentaba reclinar el cuerpo para alejarlo de la oscuridad, en la que vislumbraba una panoplia de formas, garabatos y líneas poco iluminadas que parecían blanquecinas en las tinieblas oscuras y líquidas. No entendía por qué retrocedía, por qué me retorcía ante él, y de pronto lo entendí. Estaba buscando mi propio reflejo en su curva vidriosa; pero no había nada de mí en su superficie, tampoco debajo. Agucé la vista y al hacerlo mis ojos fueron a abrirse a un lugar que no reconocí: una luz demasiado intensa, un olor a plástico. Me froté la cara con las palmas de las manos y cuando las retiré, las vi embadurnadas de rojo, rosa, morado y azul. Y entonces recordé, y supe que solo era una cuestión de tiempo que B me encontrara. Y cuando lo hiciera, ¿qué le diría?, ¿qué me haría?

Cuando abrió la puerta, cerré los ojos.

Transcurrieron unos segundos de silencio antes de que entrara en la habitación sin hacer ruido, en calcetines, se acercara a la cama, desde donde pude intuir su sombra posada sobre mi piel, después fuera a la ventana un momento, y al tocador donde le había dejado un colorido desaguisado para que lo contemplara, lo interpretara y reaccionara. Esperé a oír su voz, pero no oí nada. Después otras pocas pisadas y volví a sentirla cerca de nuevo, encima de mí y agachándose, llevando sus ojos a la altura de los míos, exhalando suaves ráfagas de un aliento enrarecido que me removía pequeños mechones de pelo. Por el reflujo de su respiración entrecortada, podía intuir que no estaba enfadada conmigo, que no se esforzaba por reprimir una emoción contenida. Me estaba estudiando del mismo modo que examinábamos juntas a los insectos, que seguíamos los dramas en miniatura de las hormigas y las abejas. Debía de estar explorando mis rasgos en busca de algún residuo de tensión, de una leve tirantez de los músculos al aguantar el rostro en determinada forma, de indicios de falsedad.

El cuerpo se divide en músculos voluntarios e involuntarios, en los que usas y en los que básicamente te usan a ti, te hacen vibrar por dentro y conducen tu vida por una serie de pequeños movimientos que serías incapaz de frenar aunque quisieras. Mi globo ocular titilaba bajo el párpado mientras yo trataba de concentrarme en los músculos que lo mantendrían quieto. La situación se precipitaba a mi pesar.

Sentía que el párpado me empezaba a temblar.

Mis ojos se abrieron con un espasmo ante la cara de B, pálida y tan cerca de mí que sus rasgos eran meridianos, impuestos. Sus líneas definidas se abrieron paso hasta mi visión nublada.

—¿Estabas teniendo una pesadilla? —me preguntó.

—Estaba durmiendo —respondí. La dulzura con la que me hablaba resultaba aterradora.

—Parecía que tenías como una pesadilla —insistió—. No sabía que la gente durmiese así, con el ceño fruncido y contraído. Pensaba que dormirías con más belleza.

No tenía idea de lo temprano que era, pero B ya estaba arreglada, con los grandes ojos perfilados con una sustancia negra que se apelmazaba en las pestañas. Me di cuenta de lo estúpido que había sido pensar que destruir su maquillaje conllevaría nuestra separación: simplemente me haría regresar a la tienda y comprarlo todo otra vez. No había modo de hundirla sin hundirme a mí misma. Quizá no hubiera manera de hundir definitivamente nada más. Quizá no quedaran núcleos sólidos a los que apuntar, tan solo una malla elástica repuesta por manos fantasmas. Cerré los ojos con fuerza. Eso era contra lo que había estado luchando todo este tiempo, una interminable repetición de caras, mientras que habría debido buscar y arremeter contra las manos que se ocultaban tras ellas.

—¿Estás enfadada? —le pregunté a B, que seguía en cuclillas, como una pelota humana compacta.

—¿Por qué habría de estarlo? —me preguntó ella.

Me pareció una trampa.

—Porque me he cargado tus cosas —dije.

Se quedó quieta y, cuando habló, lo hizo con ternura.

—No pasa nada —replicó fríamente—. Siempre puedo usar las tuyas.

Se inclinó hacia delante y agregó:

—Lo que importa es que has roto esas cosas por mí. He hecho que alguien hiciera algo que no habría hecho por sí mismo. Has hecho todo esto por mí.

Hizo una pausa, como si estuviera escuchando por primera vez lo que acababa de decir. Después asintió y se acercó para cogerme la muñeca.

—Te preocupas de corazón —me dijo.

Le miré sus enormes ojos perfilados de negro. Tenían una vulnerabilidad húmeda, invertebrada, sus centros humedecidos al descubierto. Se abrían y se cerraban, rodeados por una contracción pilosa, como una hilera de patas finitas incrustadas de oscuridad. Tenía ante mí a una persona que debería haberme resultado familiar, que al envolver mi muñeca con su mano habría debido desencadenar una profunda sensación de reconocimiento, un torrente de pensamientos de nuestro pasado común, de sentimientos. En cambio, me estaba costando verla como algo más que un conjunto de partes, todas y cada una se me antojaban extrañas, nuevas y conocidas a un tiempo. Eran prótesis perfectas, moldeadas a partir de sus propias manos y de su cara original, pero sin implicarse en la persona a la que se suponía que tenían que imitar. Podía destruirla con tan poco sentimiento como hacía falta para rasgar una fotografía. Me incorporé en su cama.

—Llego tarde al trabajo —le espeté, y me puse de pie, empujé su cuerpo estrecho y fui hacia el vestíbulo, crucé la puerta y salí al mundo exterior.

Ese día en la oficina, trabajé desde la mesa que quise en vez de en el cubículo habitual de los colaboradores externos. La mesa que escogí quedaba más lejos del aire acondicionado, más cerca de la ventana. Desde allí podías hacer girar la silla y ver por la ventana un árbol moribundo, con las ramas inferiores desnudas en todas las estaciones. Hoy el cubículo era mío porque casi todos

los trabajadores estaban enfermos: uno con gripe, otro con amigdalitis, otros tres con algún tipo de virus estomacal. Lo que me daba la sensación de que ahí afuera había algo que no iba bien, algo que era muchas cosas distintas. Mi jefe directo tenía algo llamado foliculitis. En vez de concederme el día libre, me estaba dando instrucciones a través de una serie de pósits que encontré pegados por toda la oficina. Las notas me decían que lo primero que debía hacer hoy era corregir el número del mes siguiente de *Plásticos Nueva Era*. Contenía un artículo que dejaba bastante que desear. Lo segundo era la corrección del *Mascotas Fantásticas* de esta semana, comprobando la paginación. Luego, si me daba tiempo, debía ordenar el armario de los artículos de oficina. Cuando fui a por un café a la sala de descanso del personal, me encontré con un pósit en la máquina que decía:

OYE, ¿TE IMPORTARÍA PILLARME UN CAFÉ? ¡JA, JA! ¡ES BROMA! DE BAJA POR FOLICULITIS. STEPHEN.

Plásticos Nueva Era era una revista dedicada a las aplicaciones y propiedades espirituales de distintos tipos de plástico. El número del mes siguiente se titulaba «Las propiedades curativas del poliestireno» e incluía entrevistas: una a un artista que creaba joyas naturopáticas con recipientes usados de comida para llevar, hechos con espuma de poliestireno, y otra a un empresario de Nevada que vendía un té casero de poliestireno que, según él, curaba la artritis impregnando las articulaciones del consumidor con toda la fantástica resiliencia de este plástico ligero y duradero. Las páginas estaban plagadas de erratas, como de costumbre: los seguidores de la *Nueva Era* escribían empleando unas frases infinitas y mal construidas, sin ninguna puntuación, o puntuaban solo mediante signos de exclamación. Pero mi jefe tenía razón, ese artículo estaba especialmente mal. Ni siquiera era capaz de discernir de qué trataba aquel laberinto de ideas peregrinas y repeticiones. Había una frase en concreto que parecía importante: *Los significados duales del plástico son como uno, flexible y variable por un lado y destructivo por el otro*. Esta oración aparecía una y otra vez, y, cuando tachaba una repetición, acto seguido, inevitablemente dudaba de mi decisión, por lo que reculaba y escribía *STET* en el margen, pero instantes después acababa tachándola otra vez, y así una vez, y otra vez, etcétera.

El problema, tuve que admitírmelo a mí misma, no era necesariamente el artículo. Mientras intentaba perfeccionar la pose de una persona idéntica a mí corrigiendo un texto encorvada sobre un escritorio, me di cuenta de que era difícil continuar leyendo con el ruido de fondo de los pensamientos que había en mi cabeza. Era como si mis pensamientos tuvieran activado el buscador de canales: el rostro tierno de B; el rostro confundido de C; una comida de domingo oculta bajo sábanas blancas; cubierta de hormigas muertas; embadurnada de purpurina azul y rosa gelatinoso; un vago recuerdo de un Kandy Kake redondo y seductor. Estaba salivando de una manera rara, como si me gotease la lengua. Pensé que yo también estaba cayendo enferma. Y al mismo tiempo que lo pensaba, sabía que no era el tipo de enfermedad normal en la que el cuerpo se rebela contra el elemento extraño en su interior. El elemento extraño todavía no estaba dentro de mí: aún había tiempo de hacer algo, aunque no sabía qué. Lo que bastó para hacerme llorar.

Le mandé un mensaje a C: *Noche de locos con B. Se le está yendo de verdad. ¿Me llamas?*

Cuando salí de la oficina a las cuatro y media, C todavía no había respondido.

Ese día regresé a casa a pie por una ruta nueva, una ruta que no tenía acera pero que prometía

mantenerme a salvo de B en caso de que estuviera vigilando mi recorrido habitual, que serpenteaba junto a las gasolineras y mis dos supermercados Wally's favoritos. El recorrido nuevo seguía la autovía. Cuando venían coches, me metía en la cuneta, y respiraba el olor que dejaban a esmalte o a quitaesmalte de uñas, me arañaba las espinillas con las briznas duras de la hierba de las alcantarillas. Por este camino también se tardaba más, pero la dificultad merecía la pena. Podía estar a solas con mis pensamientos, pese a que ahora mismo todos mis pensamientos consistían en imágenes de pánico incontrolables de cosas que deseaba o que temía. Allí afuera, sin compañía, podía intentar trazar un plan.

Cuando por fin llegué a casa, chorreando de sudor y totalmente cubierta de polvo gris mate, no tenía ningún plan. Empecé a dirigirme hacia la escalera que conducía hasta nuestro piso, pero me detuve. Estaba anocheciendo, y el cielo, cada vez más oscuro, hacía que por el contraste los espacios interiores brillaran con más intensidad. Me detuve en el camino de entrada delante de mi casa y levanté la vista para ver su interior desde fuera. Vi los fragmentos visibles de los muebles de mi dormitorio, la cama sin hacer, el espejo vacío. Vi la encimera de la cocina desde un extraño nuevo ángulo, la formica despegándose por el lateral de un modo en que nunca me había fijado cuando estaba allí arriba. Desde el exterior, el interior de nuestra casa se parecía al de la casa de un desconocido. Se parecía a cualquiera de las casas que pudiera observar por dentro en compañía de B, sentadas en nuestro tejado y burlándonos de los estúpidos objetos que sus residentes poseían, de las cosas estúpidas que hacían.

No me di cuenta de que había estado retrocediendo hasta que me tropecé con un bache en el asfalto al final del camino de entrada del vecino. Me di media vuelta. Estaba de nuevo en la casa de enfrente, la casa que seguía abandonada. Mi casa segura.

Crucé el césped hasta la puerta principal y la empujé con delicadeza para abrirla. Me acerqué al sofá ensabanado cubierto con una sábana y me tumbé sobre su superficie blanca y llena de bultos. En mi cabeza, le di las buenas noches en silencio a cada uno de los miembros de mi familia ausente, solo que no sabía sus nombres, así que los llamé padre, madre e hija que hace ballet. Me tumbé de lado y pegué las rodillas al pecho para conciliar el sueño. Pero antes de quedarme dormida, le mandé un mensaje a C:

¿Te veré mañana?
¿Estás enfadado conmigo?
¿Estás bien?
Hace mucho que no sé nada de ti.

A la mañana siguiente me desperté y todos los objetos estaban iluminados por la primera luz del día, empapados de un brillo que volvía sus superficies sobrias y evidentes, salvo por, quizá, las sombras que proyectaban a los lados, los centros huecos y llenos, el frío de las zonas inferiores donde no lograban encontrar la luz. Las partes de abajo de las cosas se escondían en el suelo. Por lo demás, el mundo se abría ante mis ojos y parecía en general seguro. Miré mi teléfono y no tenía nada. Decidí caminar hasta la casa de C para hacerle una visita. Para darle otra oportunidad de ser mejor novio o para conseguir que él me diera otra oportunidad de ser algún tipo de novia. Hoy no iba a ir al trabajo. Ni siquiera se me había pasado la idea por la cabeza.

Todas las veces que había salido con C, me había recogido con su cupé blanco destartalado y

me había llevado en coche hasta su bloque de pisos, un trayecto en el que se tardaban alrededor de veinte minutos con semáforos y señales de stop incluidos. El camino que tomaba era complicado, lleno de giros, y dudaba de si sería capaz de seguirlo exactamente a pie. Pero confiaba en que reconocería la ruta por los puntos de referencia que había ido almacenando en la memoria durante los meses en los que habíamos estado juntos. Aquí estaba el bordillo donde solía aparcar y dejar el motor en punto muerto mientras me despedía de B y la avisaba de cuándo regresaría. Allí al final de la manzana estaba la señal de stop doblada contra la que alguien había chocado su coche el Cuatro de Julio pasado.

Al echar a andar, seguí la pista de las cosas que conocía, las características geográficas que me confirmaban que iba por buen camino. Vi las azaleas del patio del chalé de estilo mexicano y el golden retriever del collar rojo. A pie, cada manzana parecía no acabarse nunca y cuando llegué a las calles más amplias, me dio la sensación de que jamás llegaría de nuevo a un cruce o a un punto de referencia, me daba la sensación de que estaba repitiendo los mismos pasos una y otra vez, hasta que de repente aparecía a lo lejos un semáforo y me consolaba una vez más esa prueba de que iba por el camino correcto y avanzaba a buen ritmo. Mientras caminaba, iba ensayando lo que le diría a C cuando lo viera, qué actitud tomaría respecto a la pelea que tuvimos la noche antes de que él desapareciera. Pensé en B esperándome sola en casa, y en la familia en cuya casa vivía yo ahora, una familia que realmente consideraba la mía, aunque no estaba segura de si ellos lo sabrían ya. Me los imaginé de pie en su hogar recién ensabanado, a punto de marcharse, mirando a su alrededor y preguntándose entre ellos: *¿Dónde está? ¿Va a venir con nosotros? ¿Sabe que hoy es el gran día?* En lo más hondo del alma sabía que se referían a mí. Pensé en su amor fantasmal por mí, ligero y etéreo como es el amor de los fantasmas. Pensé en los panfletos que había encontrado en su cocina, los panfletos de la Iglesia de los Comensales Unidos sobre la que me había informado en Wally’s, unos panfletos con títulos como «LA RECUPERACIÓN TRAS EL EXILIO AUTOIMPUESTO» y «EL PROBLEMA DE TU VIDA ERES TÚ».

Cuando por fin llegué a los bloques de la urbanización de C, los pies me ardían y me cosquilleaban a la vez y notaba un nudo de dolor en la garganta. Seguramente tenía sed y hambre. Le pediría a C que me diese de comer cuando lo encontrara. Abrí la verja delantera de metal y entré, pisando los puntiagudos pinchos metálicos que, cuando pasabas por encima de ellos con el coche, se hundían en el suelo en una dirección y te agujereaban los neumáticos cuando los cruzabas en la otra. Doblé a la derecha a la altura del arbusto de enebro podado geométricamente y a la izquierda en el segundo a la izquierda, donde un aspersor solitario se sacudía de un lado a otro para regar un trozo de cemento. Cuando vi el grupo de edificios que buscaba, me dirigí escaleras arriba hacia la vivienda de la última planta derecha, justo a la izquierda de la vivienda de la esquina. Agarré el pasamanos metálico con una mano rosa y cubierta por una película de sudor.

Llamé y llamé a la puerta de C en lo más alto de las escaleras. Provoqué un espantoso sonido agudísimo al arañar la puerta. Supliqué. Le envié una serie de mensajes con signos de interrogación, nada más que signos de interrogación, hasta que pareció que la pantalla de mi móvil tenía un problema técnico. Me desplomé y me quedé sentada sobre el cemento, pensando que no pasaría mucho tiempo hasta que alguien me viera y se preocupara por mí, hasta que alguien reaccionara ante mi situación. Pero ese momento no llegó.

Seguí allí esperando hasta que empezó a oscurecer, y luego me marché para regresar

caminando a casa, vacía y mareada, sin estar segura de si la sal de mi cuerpo provenía del sudor o de las lágrimas.

Cuando por fin regresé a la casa de enfrente, sentí alivio y certeza. Este era el lugar. No había ningún otro lugar igual en el mundo. Aquí tenía todo lo que necesitaba: paz, tranquilidad, panfletos. Todo excepto comida. Y mi maquillaje, que seguía al otro lado de la calle en lo que antes era mi dormitorio. Me acerqué con cuidado a la ventana y levanté la vista hacia las cálidas luces amarillas de mi antiguo piso. Pensé que podría incluso atreverme a volver si esperaba a que las luces se apagaran y B se acostara, lo que reduciría a cero las probabilidades de verla. Me acomodé en el sofá para esperar, delante de la televisión cubierta por una sábana. Retiré la sábana, dejando al descubierto su gran lente oscura, y me descubrí deformada en su superficie, allí sentada, viéndome a mí misma como me miraba a mí misma. Pasó el tiempo y las habitaciones de mi antiguo piso se oscurecieron por completo, una a una.

Entonces salí a hurtadillas y crucé la calle, pasé junto al viejo roble al lado de la ventana de mi habitación, rodeé el camino de entrada hasta la escalera que conducía a nuestro piso de dos dormitorios. Giré la llave despacísimo en la cerradura, abrí la puerta agarrando el pomo con las dos manos. En lo alto de las escaleras supe que debía comprobar las dos habitaciones para ver en cuál dormía B; tenía que hacerlo sin encender las luces. Me arrastré hasta la puerta de su cuarto, con el cuerpo pegado al suelo, y puse el oído en la rendija para comprobar si la oía dormir. Al cabo de unos minutos me convencí de que lo había oído: el sonido de ningún sonido, el sonido de una garganta acallada, el susurro del aliento a través de las fosas nasales, casi imperceptible. Ahora podía colarme en la cocina y agarrar unas cuantas naranjas, colarme en mi dormitorio y agarrar mi maquillaje antes de marcharme para siempre, victoriosa.

Entonces oí una voz a mi espalda que pronunciaba mi nombre, una y otra vez, insistente como el canto de un pájaro. Me di la vuelta.

Estaba allí, de pie, con la vista fija y la boca abierta, como si le costara creer lo que veía. Parecía ser ella: la boca diminuta, los dedos afilados, una voz como de agua cayendo sobre una lata. Eran partes de la antigua B, la que yo conocía. Sin embargo, la seguridad en sí misma, el modo en que se inclinaba hacia delante, extendiendo una mano hacia mí como si pensara que me estaba ayudando, penetrando mi propio espacio: aquella no era mi frágil amiga. Cuando los panfletos me daban instrucciones para distinguir la duplicidad, ¿era a esto a lo que se referían? La miré, miré los restos de sombra de ojos multicolor que se aferraban a su párpado. Los errores se acumulaban en ella. Necesitaba que la hicieran entrar en vereda.

—¿Qué? —dije con tono uniforme.

—¿Dónde estabas? ¿Dónde has estado? —preguntó B con voz lastimera.

—Me quedé en casa de C. Porque te enfadaste conmigo —respondí.

—No me enfadé —dijo B.

El silencio se cernía a nuestro alrededor, pesado y oscuro.

—La mayoría de la gente se habría enfadado —dije.

—Nosotras no somos la mayoría de la gente —dijo ella—. Nosotras somos más cercanas.

—¿Más cercanas a qué? —pregunté.

—La una a la otra —dijo B—. Más cerca de ser la misma persona. Es decir, si destruyes mis cosas, estás destruyendo las tuyas. Nuestras vidas están desdobladas.

—Desdobladas, desdobladas, desdobladas —dije yo. *Qué palabra tan extraña*, pensé. Me recordaba a los panfletos.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó B, con el semblante confundido y a la vez irritado.

Las cosas que decíamos resbalaban sin entrar en contacto, no lograban hacer blanco o encajar. Era como los vídeos porno de C, en los que una serie de actores tiernos y lánguidos representaban su papel mientras en algún lugar bajo sus rostros pensaban en algo que no tenía nada que ver. Los mirabas follar y lo único de lo que te enterabas es de que estaban follando. Un cuerpo metía la cabeza de otro debajo de una almohada y empezaba a aporrearlo: eso es lo que hacía. Estos cuerpos eran universalmente compatibles, cada uno con cada uno, para que las mentes también lo fueran. No había nada que ninguno de esos cuerpos desnudos pudiera hacer para sorprender de verdad al otro.

A veces fantaseaba con la idea de una pornografía inversa en la que lo único que importara fuese lo que ocurría dentro de lo que aparentaba ser un buen polvo. El aspecto de todo sería idéntico, plano y feliz, pero como espectadora sabría que una de las personas involucradas sentía un incómodo roce que le preocupaba por si se convertía en un sarpullido, y que la otra estaba ansiosa por el desequilibrio en su relación, sin saber en qué pensar o en qué concentrarse, deseando estar follándose a alguien con más energía, y más entretenido, pese a que todo fuera fingido. Estos entresijos se pondrían al descubierto mediante una voz en off grabada por los participantes justo después de rodar y ajustada con el vídeo durante la posproducción. Así se darían a conocer todas las cosas que el cuerpo, en su ajetreada actividad, mantenía ocultas.

Pero desde que C había desaparecido, las fantasías que me obsesionaban eran las peores cosas que podía imaginarme en cualquier momento dado. En una de esas fantasías, le echo un vistazo al televisor en pleno polvo con C y creo ver nuestro reflejo, pero luego me doy cuenta de que es un vídeo de nosotros. Sin embargo, al seguir mirando, veo que es en realidad un vídeo de C y otra persona con una peluca idéntica a mi pelo, que empieza a caérsele de la cabeza, mostrando debajo un pelo real que también resulta ser similar al mío, solo que más fuerte y más oscuro. El pelo de la peluca me resulta muy familiar. Es suave y de enredo fácil, sedoso como el de una niña. Tiene incluso los mismos remolinos que el mío, uno pequeño delante justo por encima de la frente y otro más marcado en la parte de atrás de la cabeza. Es en ese momento cuando reparo en que no es ninguna peluca, sino mi propio pelo de verdad. Y entonces me pregunto qué le ha ocurrido al yo que antes estaba dentro de él.

B seguía agachada, con la mirada clavada en mí y esperando a que le diera la razón. Notaba una presión en los músculos que podría haber sido un impulso para huir o simplemente el esfuerzo de mantener un cuerpo perfectamente inmóvil. Sentía sofocos que me atravesaban de la cabeza a los pies, oía algo chisporroteante detrás de las orejas.

—Bueno, a ver, ¿cómo lo dirías tú? ¿Pasa algo? —preguntó—. ¿Nos pasa algo?

Ni siquiera podía comprender que pudiéramos tener un problema, y de este modo demostraba ser la más inocente de las dos.

—¿Podemos hablarlo? —insistió B.

Por un instante, pensé que podíamos. Fue un instante largo.

Entonces me tambaleé, necesitaba sentarme, y la empujé al abrirme paso hasta mi dormitorio. La habitación contenía todas mis cosas, pero al mirarla no tuve la sensación de estar en el lugar adecuado. Me palpitaba la parte del hombro con que la había apartado a la fuerza. En mi mente,

oí una sombra del sonido que ella había emitido cuando la derribé. Un reclamo de pájaro, fino como una ramita. Era el sonido de una herida sin colorear por la ira o el miedo: aún no podía imaginarse que yo estuviera luchando contra ella.

Me quedé de pie delante de la repisa de la chimenea. Sabía que todo cuanto había en esa habitación me pertenecía, pero no conseguía deshacerme de la sensación de que alguien la había movido o la había cambiado por objetos idénticos, con ligeras inexactitudes. A mi derecha, el televisor desplegaba colores, luz y sonido que yo no lograba enfocar. Vi las mejillas y los ojos hundidos de Kandy Kat. Vi lo que parecía una cara oscurecida, con un ojo negro y otro blanco, que giraba vertiginosamente en la pantalla. Pero aquello no tenía sentido. Debía de haber sido un Kandy Kake, en uno de los anuncios más largos de Kandy Kake, ese en el que Kandy Kat se clona a sí mismo para colarse en la fábrica de pastelitos, sacrificando a uno de los dos para que el otro pueda entrar a hurtadillas, sin que lo vean los payasos Klowns de seguridad, y acceder a los espléndidos tesoros de caprichos azucarados que esperan allí dentro. Traté de recordar lo que sucedía a continuación: ¿acababa con un abrazo de ambos Kandy Kats, con sus delgados brazos, débiles y temblorosos, enrollados el uno alrededor del otro como una bobina de alambre? ¿O era algo peor, los dos arañando y desgarrando el cuerpo idéntico del otro, intentando destruirse mutuamente por un mero Kandy Kake sacado de extranjis de la fábrica y listo para ser devorado? Me empeñé en que había conocido la respuesta correcta en el pasado, estaba en algún lugar dentro de mí, aunque esa respuesta no lograra encontrar la salida. Miré hacia la pantalla del televisor en busca de ayuda, pero los dibujos animados ya habían acabado. Lo único que quedaba era un montón de pelo de animal y el eslogan de despedida, proyectado en la pantalla con letras brillantes y oscilantes:

NO ERES TÚ, ES LA COMIDA.
COME CON LUCES.

La luz de la habitación cambió de un modo casi imperceptible, y supe que B había entrado, obstruyendo la puerta con su delgada complexión. Su cara estaba totalmente expectante y emocionada, como si pensara que yo estaba a punto de darle un regalo. Mantuve la cabeza donde estaba, apuntando hacia delante y con la mirada fija. Me quedé quieta. Cualquier movimiento que hiciera sería la prueba de que el tiempo pasaba. Cualquier movimiento sugeriría que algo estaba a punto de ocurrir. Vi una imagen de mí misma caminando hacia un cuchillo desenvainado, con la punta señalando directamente hacia mí: yo no quería; sin embargo, esta imagen de mí misma comprendía que era el único lugar posible adonde ir.

Fuera de la ventana de mi dormitorio, las farolas se encendieron, derramando luz amarilla en el azul cada vez más oscuro. La respiración provocó un temblor en mi cuerpo. No podía hacer nada sin propiciar un ligero avance de la situación entre nosotras, un paso, y luego otro. Oí crujir los tablones del suelo cuando B dio un paso más hacia mí, contaminando mi presencia con la suya. Todo lo que ella hacía parecía calculado para empujarme hacia el futuro.

La voz más a mi derecha, casi fuera de mi rango de visión periférica, dijo:

—¿Estás bien? ¿Pasa algo? ¿Quieres comerte un polo?

Alargué la mano y toqué el manojo de pelo sobre la repisa de la chimenea, la trenza cortada que B me había traído y había dejado en mis manos. La estrujé y la atraje hacia mí. Tenía una forma que cedía, como un animal disecado sin extremidades, ni cabeza ni cara. Pellizqué un

trocito de su tronco engreído y tiré. Cabellos como un caramelo negro masticable en la palma de mi mano, con las puntas romas y rectas cortadas con tijeras. Deseé que alguien me descubriera con él, que me viera y me hiciera avergonzarme y me impidiera hacerme esto a mí misma. Pero no había nadie más: estábamos solo yo y B, con sus ojos grandes y confundidos escrutándome para adivinar lo que estaba a punto de hacer con su regalo. Entre mis dedos el cabello era escurridizo, móvil. Al intentar hacer una bola con él, se desenrollaba. Sabía que tenía que actuar con más rapidez.

Moldear una masa cohesiva con el pelo era una tarea abocada al fracaso: los cabellos sueltos se escapaban del manojo, caían a cámara lenta sobre la alfombra. Retorcer el manojo producía el sonido de la carne abriéndose sobre la arena yerma. Me lo enrollé alrededor del dedo hasta que la bola fue del tamaño de una nuez, pero cuando lo logré, se hinchó en mi mano y comprendí que aquello iba a ser difícil, lo hiciera como lo hiciera. Miré hacia la cara de B, vi sus ojos oscuros y asustados como pequeñas bocas abiertas. Luego me lo metí todo dentro. Con la lengua adhiriéndose a la fibra seca, las encías humedeciéndose, pero aun así pegajosas, luchando por seguir siendo resbaladizas. Había trocitos que colgaban por fuera, pero no podía abrir la boca o me arriesgaba a perderlo todo. Incliné la garganta hacia atrás e intenté tragármelo a la fuerza. Me puse el pulgar y el resto de los dedos a ambos lados del cuello y di golpes suaves hacia abajo; así era como solía hacer que mi perro se tragara una pastilla escondida en una bola de mantequilla de cacahuete. En la parte de atrás de la garganta, se adhirió como un trapo húmedo en el umbral y tuve que esputarla un poco; respiraba entrecortadamente, necesitaba mucha más saliva para bajarla.

Dejé reposar la bola en la parte delantera y húmeda de la boca, detrás de los dientes, y pensé una y otra vez en darle el primer mordisco a un Kandy Kake, en romper esa cubierta de caramelo con los dientes y sentir cómo el sirope con aroma a naranja rezumaba desde debajo de la gruesa piel. Clavando la lengua a través de la sustancia oleaginosa hasta el núcleo, el Kandy Kore más interno, duro y seco como un hueso, convirtiéndolo poco a poco en papilla a medida que mi saliva lo fuera empapando. Hundiendo los dientes a través de las capas de dulzor ácido hasta la pulpa leñosa que hay debajo, que crujiría en mi boca como un hueso al partirse por la mitad. Levanté la vista al techo, abrí la boca, y lo empujé con dos dedos hasta que noté la bola peluda ya tan alojada en el interior de mi garganta que le costaría más trabajo volver a subir que bajar, suavemente, en dirección peristáltica. Dejé de sentirla por completo en cuanto llegó al estómago, salvo por una pesadez, una especie de lastre o peso con el que ahora cargaba y que tal vez solo fuera psicológico. Tuve la sensación de que aquella saturación jamás abandonaría mi cuerpo.

Agarré otro puñado y me lo metí a la fuerza, utilizando la mano izquierda para reunir los pedacitos sueltos. El pelo era como de roedor, en forma y en sabor. Fuera oscurecía sin parar, cada vez más, poco a poco. Ya no era capaz de distinguir el brillo del pelo, tan solo una mancha anónima, dos formas retorcidas misteriosamente la una en la otra. Me di media vuelta. Había un óvalo pálido delante de mí, envuelto en una pelambrera oscura, atravesado por dos puntos situados simétricamente y una zona fina de oscuridad en la parte baja central. Era la cara de B marcada por el miedo; nunca la había visto de adoptar esa expresión.

Esa noche dormí, por segunda vez, en la casa de enfrente. Y la noche siguiente hice lo mismo, ídem de ídem la noche después, y todas las demás noches hasta la noche en que me convertí en una Comensal Unida. Allí me sentía mejor, más como yo misma. Durante el día

caminaba dos horas hasta el bloque de C, donde lo esperaba. Su ausencia hacía que mi corazón le tomara más cariño: cada nuevo día que lo esperaba, parecía un tipo cada vez más estupendo. Pensé para mis adentros que no necesitaba hablar con él, ni sobre B ni sobre nadie más, no necesitaba hablar con él en absoluto. Tan solo sentía la necesidad de verlo una vez, aunque fuera de lejos, para así poder imaginármelo de nuevo. Si era capaz de imaginármelo, era capaz de imaginar que hablaba con él, que le contaba lo de la pelea y los panfletos y todo el maquillaje que destrocé, sin tener que explicarle las cosas sobre las que yo sabía que él me haría preguntas.

En muchos aspectos, volver a contar con este C imaginario sería mejor que contar con el de verdad. El C genuino y no imaginado querría saber por qué guardaba los panfletos de los Comensales Unidos, por qué los almacenaba en la cama conmigo, cuando siempre había odiado las afirmaciones raras e indemostrables. C querría preguntar cómo era posible que yo pensara que dañar la propiedad de B devolvería nuestra relación a la normalidad. Siempre era capaz de sacar a colación las pocas cosas sencillas de mi vida y hacer que parecieran un problema. Era su capacidad de preocuparme lo que me hacía apreciar su consuelo. Podía imaginármelo escuchándome con atención, tensando la mandíbula, asintiendo con la cabeza mientras me masajeaba la espalda con la mano y decía: *Sé que hiciste lo único que parecía razonable*. Lo deseaba tanto que casi pensé que aquello podría salvarme de todas las demás cosas que deseaba.

Deseaba a C. Era un hervidero de deseo. Deseaba encontrarlo y abrazarlo hasta que sus huesos se plegaran sobre sí mismos como muebles baratos de exterior. Cuando se detuviera delante de su casa con su automóvil blanco abollado, yo por fin abriría la puerta del coche y saldría al aire luminoso y cargado de sol. Caminaría detrás de él mientras se acercaba a su puerta principal y, cuando deslizara la llave en la cerradura, lo rodearía con los brazos por la espalda. Lo apretujaría contra la puerta con todo mi pequeño cuerpo, con los asideros afilados de mis caderas clavándose en él, frotándose con sus vaqueros. Empujaría mi tronco contra las curvas de su espalda, forzaría su pecho a tensarse sobre la puerta. No le dejaría darse la vuelta para tenerme cara a cara. Albergaba la esperanza de que me reconocería tan solo por la forma de mi cuerpo, el saliente huesudo de mi pelvis, lo protuberante de mi nariz y mi barbilla clavándosele en la columna.

Entonces le hablaría a él, directamente a él, a su espalda. Le diría que después de mucho tiempo sin saber qué desear o cómo desearlo adecuadamente, lo tenía todo calculado. Estábamos bien: era el resto de la situación, los demás personajes, en concreto B, lo que nos estaba haciendo sombra a todos. B estaba invadiendo mi mismísima estructura, confundiendo a mi cuerpo con la presencia del suyo, enviando a su ex para que embrollara mi percepción de la persona que yo amaba. El único modo de volver a nuestras vidas era convertirnos en fantasmas de inmediato y llevar nuestros cuerpos a un Centro Toxicológico Unido, donde nos explicarían qué malas sensaciones eran nuestras y cuáles habían sido implantadas por quienes querían embaucarnos. Lo único que teníamos que hacer era renunciar a nosotros mismos y así podríamos comenzar nuestra segunda vida juntos, una vida en la que nadie más querría mantenernos separados.

Pero la espera era una ardua tarea. Tenía sueño todo el rato, no comía más que naranjas. Si no comía algo mientras estaba pendiente de si C aparecía, me quedaría dormida como un tronco, aletargada hasta el momento en que él regresara y volviera a abrirme su casa para preguntarme dónde había estado, por qué había hecho las cosas que había hecho, y qué haría después. Tenía que quedarme pelando una naranja, separando sus gajos, haciéndolos papilla dentro de la boca, o acabaría inmóvil, como muerta, engullida por los sueños. Una secuencia infinita de naranjas me

pasaba por las manos para que las desmontara.

Me dolían los ojos por el calor y el izquierdo me había empezado a parpadear descontroladamente. Era un poco como ver una película muda, por cómo hacía que el mundo temblara con desparpajo entrando y saliendo de la oscuridad. Caminé hasta la puerta principal de C, sintiendo cómo las rodillas resollaban al moverme. Al llegar allí, no supe qué hacer: ya había tocado el timbre, llamado con los nudillos tantas veces que notaba frío un lado del puño y me hormigueaba todo el día. Hurgué en los bolsillos. Encontré una barra de labios color frambuesa con pequeñas partículas brillantes. Al sacar el aplicador con un leve chasquido húmedo, me quedé mirando el tablón en blanco de la puerta. Me dio por escribir. Escribí:

EL PROBLEMA DE TU VIDA ERES TÚ.

Me pareció bien, pero al mirarlo, dudé de lo que quería decir con aquello.

LLÁMAME.

Volví a meterme el brillo de labios en el bolsillo y emprendí a pie el camino de vuelta a casa, a mi nuevo hogar, la casa frente a mi antiguo hogar. Cuando volví la vista atrás, el piso de C seguía igual. De lejos ni siquiera se veía lo que había escrito en la puerta. Si aguzabas la vista, tal vez notaras que algo parecía un poco húmedo.

Pensé en la pulpa de naranja en mi estómago, me acurruqué junto a una maraña de pelo de B y me estremecí. Intenté que me dieran arcadas en silencio, pero mi estómago solo se frotaba consigo mismo dentro de mí, raspándose como dos pedazos de fieltro de lana. Sabía que parecía alguien necesitado de ayuda, anónima y urgente, por parte de desconocidos. Pero no había nadie cerca que me mirara, nadie cerca que me viera.

CAPÍTULO 9

Mi nueva vida tenía el beneficio de la simplicidad. Si no estaba en el complejo residencial vigilando el piso de C, estaba durmiendo en la casa de enfrente. O estaba en Wally's comprando víveres para el día siguiente. Por víveres me refiero solo a naranjas, las naranjas que despedazaba una tras otra hasta que los labios, las mejillas y las yemas de los dedos se me entumecían por el escozor.

Noche tras noche concentraba toda mi atención en el momento diario en el que Wally's dejaba de parecerse a sí mismo, en los escasos y breves minutos en que los estantes cambiaban a sus nuevas y desconcertantes ubicaciones. Llevaba una semana en la que me pasaba o no llegaba, descubriendo nuevas fracciones de tiempo que eran iguales a todas las demás: las mismas luces fluoresciendo con un blanco cortado, la misma música enlatada filtrándose desde los altavoces, canciones pop con todas las palabras arrancadas. La araña de alimentos pendía pesada en la parte delantera del supermercado y oscilaba lentamente, con parsimonia, como si alguien hubiera pasado y la hubiera empujado una vez, hace muchísimo tiempo. Aunque había venido muchas veces a Wally's, nunca había visto a nadie cambiar los alimentos de la araña y, aun así, era distinta cada vez que la veía. Cuando me marchaba de la tienda aparecían artículos nuevos que no estaban cuando entré. Pero esto era un misterio sin importancia en comparación con el del paradero de C, que no había arrojado ninguna respuesta: nada salvo la espera, y más espera, y tiempo.

Mi nuevo plan era encontrar la forma de entrar en el piso de C y esperar a que él llegara, interrogar a sus objetos, hacer las cosas que solíamos hacer juntos como si siguiera habiendo alguien con quien hacerlas. Resumiendo: dejar de estar fuera deseando entrar, para situarme ya en el punto final, deseando que otros se encerraran conmigo dentro. Fui a Wally's en busca del objeto que necesitaba, fuera lo que fuese, para destrozar la cerradura y forzar la puerta.

Vi a un empleado con el sombrero de bienvenida de Wally's, la máscara extragrande de gomaespuma hecha con la forma de la cara sonriente y pecosa de un chico joven. El sombrero de bienvenida era como un sombrero normal en el sentido de que encajaba encima de la cabeza, pero también presentaba una amplia solapa frontal, con la forma de la nariz, los ojos y las mejillas, diseñada para bajarse y cubrir todos los orificios faciales. Los sombreros de bienvenida se habían introducido con la finalidad de que los clientes siempre pudieran contar con ver un rostro familiar cuando iban a comprar a Wally's, por muy lejos que estuvieran de su establecimiento habitual. El sistema no era perfecto: algunos Wallys eran gordos, otros delgados, algunos tenían una voz estridente, otros tenían pechos. Pero si se eliminaban unas cuantas variables de la interacción cliente-empleado, liberaban a ambas partes de tratarse mutuamente

fingiendo reconocerse, con una familiaridad amnésica. TIENE ALGÚN PROBLEMA, PREGUNTE A UN WALLY, se leía en el letrero en lo alto.

Yo tenía muchos problemas. Recorrí el pasillo con la mirada hacia el Wally que estaba en el otro extremo, tomando notas en una tablilla sujetapapeles. La cara falsa que llevaba puesta, pecosa y de sonrisa permanente, le colgaba sobre la tablilla. Quería pedirle ayuda, pero la política corporativa de Wally's establecía que los empleados no tenían permitido ofrecer su ayuda a los clientes, tan solo una forma generalizada de asistencia. Un letrero cerca de la entrada del establecimiento rezaba:

LA DEBILIDAD SE CRECE CON LA AYUDA

En la medida en que todos los productos Wally's pueden considerarse un instrumento *de mejora de la condición humana, un Wally podría juzgar prudente sugerirle al cliente artículos adicionales cuya adquisición podría redundar en algún beneficio, siempre y cuando dicho empleado se resista a abreviar el recorrido individualizado de compra del cliente. Conducir a dicho cliente hasta su principal producto meta podría considerarse una acción dañina por parte de dicho empleado, y un perjuicio para la evolución deseada.*

Dé de comer un pez a un hombre y se creerá satisfecho, permítale adquirir una amplia gama de artículos que no sean pescado y tendrá para comer durante días.

El trayecto ideal de compra duraba al menos una hora de principio a fin. Aquel Wally no sería capaz de acortar mi recorrido, pero tal vez sí de hacer alusión a qué tipo de productos podría estar cerca del producto que yo quería comprar. Aunque era posible que él no lo supiera, al menos podría darme algo más que buscar.

—Hola —le dije a un lateral de la cara de gomaespuma extragrande.

Se volvió hacia mí. La cresta de cada mejilla en vertical era del tamaño de uno de mis omóplatos. Las sombras se hundían en su forma carnosa. Cada hoyuelo podría haberse tragado uno de mis pulgares.

—Bienvenida a Wally's —respondió.

—Esperaba que pudiera ayudarme con un producto —dije.

—Dígame cuáles son las circunstancias de su producto —contestó.

—Estoy buscando una cosa grande, del tamaño aproximado de una palanca, y también de más o menos el mismo peso, forma y material —expliqué yo, imitando el movimiento de una palanca con las manos. A veces era mejor ser impreciso. Al ser impreciso, alguna que otra vez podías darle margen al Wally para ayudarte.

—Puedo recomendarle los Salad Smotherin's —sugirió—, una nueva línea de aderezos para ensaladas de Rexall, el principal fabricante nacional de productos de papelería. O una cena congelada de Stewwart's.

Puse cara de clienta insatisfecha.

—Pasillo quince y pasillo cuatro —continuó el Wally—. Ambos están deliciosos —añadió, volviendo a concentrarse en su tablilla sujetapapeles.

—Necesito algo lo bastante fuerte y pesado como para romper una cerradura —insistí.

—Esta semana —contestó con un tono suave y bien ensayado— también estamos

promocionando la nueva Piñanzana de Nutrisco Foods. ¿Le apasionan los productos frescos? ¿O es usted una exploradora de alimentos que busca hincarle el diente a una porción de lo desconocido? Piñanzana es una nueva fruta revolucionaria que combina la frescura tropical de la piña con la textura crujiente de la manzana. En cuanto a su sabor, es la prima segunda del piñón. En cuanto a diversión, no tiene parangón. De los fabricantes de los Nuggets del Mar de Nutrisco.

—Necesito una palanca —dije— o algo idéntico a una palanca.

Me miró.

—Señorita —dijo—, creo que será mejor que continúe su ruta de compra.

Me lo tomé como un desaire personal. ¿No había un ser humano dentro de aquella Wallycabeza, alguien que conociera el dolor de perder a la persona amada o, para ser exactos, de ser incapaz de encontrarla de nuevo? ¿Una persona humana que conociera el deseo de hacer trizas algo duro y pertinaz para llegar hasta la persona amada, de hacer trizas, incluso, a la persona amada para llegar hasta lo que fuera que guardaba dentro? Seguramente tenía su propio amante, un hombre, una mujer o un animal cuya ausencia doliera como una presencia, una persona sobre la que se vertiera a sí mismo como dentro de un molde para recordarse a sí mismo quién era.

Quería contarle a este Wally lo que yo sentía. Quería contarle la idea de un anuncio que había tenido, de forma recurrente, las tardes en las que había esperado durante horas, sudando, con la mirada fija, sentada delante del piso de C. En dicho anuncio yo deambulo por el interior de un espacio húmedo y resplandeciente que acabo reconociendo como un cuerpo, aunque no sé qué lugar ocupo dentro de él. Sigo echando de menos a C y no se le ve por ninguna parte, es imposible encontrarlo. Lo sé, pero por alguna razón no puedo dejar de buscarlo. E intento escapar de allí físicamente, por todos los medios, tirando con las manos de nódulos y de trozos que cuelgan, pero nada se mueve hasta que doy con unos tubos en los que puedo enroscar mi mano en miniatura y que deben de ser para la sangre. Son de un color carnoso, de un azul hígado con moretones, de una textura mullida como la gomaespuma de un colchón. Tiro de uno como si fuera una manilla de una puerta cerrada con llave y, de repente, se separa, desmoronándose como un pastel mojado al agarrarlo. El suelo sube y baja bajo mis pies. Entonces oigo un gruñido de dolor por todas partes en lo que de pronto reconozco como la voz de C. No hay forma de decirle que estoy aquí dentro ni forma de salir de aquí sin hacerle daño, sin desgarrarlo para abrirlo.

Deseaba contarle a este Wally lo que siempre veo al final del anuncio, un eslogan que se materializa por encima de mi cabeza, flotando ingrávido ahí arriba, con letras ilegibles desde abajo, en una frase demasiado grande para abarcarla con la vista. Deseaba hablarle de esta sensación, esta sensación de que todo se ha ido ya al garete y estoy vendiendo algo que ni siquiera soy capaz de comprender. Pero cuando levanté la vista para buscarlo, ya había desaparecido.

En el siguiente pasillo había limpiacristales, aceite de cacahuete, snacks de fruta con forma de carnívoros. El color frambuesa azul del limpiacristales resaltaba frente al aceite de cacahuete, que brillaba como latón flamante. No pegaban para nada, los habían dejado allí tirados, separados de los de su clase. Aun así, estos artículos compartían una finalidad. Resultaba abrumador: todos los colores y las tonalidades de colores entre ellos, pidiéndote que te enamoraras de ellos, que los abrazaras y te los llevaras a casa.

Al final del pasillo, había un Wally de rodillas, reponiendo un estante de latas. Tenía un

cuerpo joven, flaco, alto, más ancho de hombros que de caderas. Podría haber sido el de C, y de repente me dio la impresión de que realmente lo era: C escondido a la vista de todos, C vigilándome en los pasillos del supermercado, C disfrazado enterándose en secreto de cosas sobre mí de la forma que yo siempre había deseado hacer con él. Quería acercarme hasta ese Wally, separado en ese momento de todos los de su clase, y decirle todas las cosas que llevaba tiempo queriendo decirle a C: *Enséñame lo que eres cuando no estás conmigo. Déjame ver cómo eres cuando no te estoy mirando. Cuéntame todo lo que yo no debería saber, y no te olvides de ninguna de las cosas que ni tú mismo sabes*. Quería sacarle algún secreto, no importaba cuál. Le pondría las manos sobre esa cara falsa y la estrujaría para notar los huesos que había debajo, me abalanzaría sobre la micromalla que tapaba el verdadero globo ocular vivo bajo ella y lo apretaría hasta que ennegreciera. Al día siguiente recorrería toda la ciudad en busca de alguien que luciera sobre su cara desnuda el ojo magullado que yo había diseñado para él. De entre una nube de cabezas idénticas, esta cabeza interna me resultaría inconfundible, única, una cabeza con una conexión personal.

Avancé hacia aquel hombre, con los brazos extendidos a los lados, pero él retrocedió, con el cuerpo en posición de huida. Él no sabía si yo estaba a punto de abrazarlo o de golpearlo y, para ser sincera, yo tampoco. Oí su respiración, ya pesada, áspera a través de la boca de malla de la Wallycabeza. Se puso de pie y levantó con esfuerzo la caja de productos en los brazos, se inclinó bruscamente hacia un lado cuando los productos se deslizaron en esa dirección; debía de ser algo pesado, como latas. Luego retrocedió arrastrando los pies para alejarse de mí, hacia el fondo del pasillo, giró por fin y se escabulló uno o dos pasillos más allá antes de que yo tuviera siquiera la oportunidad de hacerle mi pregunta. ¿Por qué se había marchado tan rápido? Quizá se acordaba de mí.

¿Cómo llamas a las cosas de un supermercado que están refrigeradas y a las que, cuando bajas la vista y miras dentro, son como una especie de ataúd abierto y están llenas de luz? Yo estaba cerca de una de ellas, sintiendo cómo el frío ascendía desde el interior de su blanco limpio y luminoso. Dentro había pechugas y alitas de pollo, y refrescos variados metidos entre las grietas del montón de cuerpos, medio enterrados bajo las bandejas de espuma de poliestireno envueltas en plástico. Cogí un refresco y un envase de pollo crudo con cada mano y los trasladé hasta el otro extremo del refrigerador. Repetí la jugada una y otra vez, como un castigo. Estaba haciendo un camino hasta el fondo de la sección de refrigerados, donde tal vez hubiera algo parecido a una palanca. Estaba siguiendo mis instintos de producto. Me decían que buscara justo allí.

Cuando vi que no había nada debajo del pollo y los refrescos salvo más refrescos y luego una resina epoxi blanca, lisa y dura como un diente, empecé a mover mi montón desde ese extremo de la sección hasta el opuesto. Albergaba paciencia en mi interior. Una mano sobre un envase de pechugas de pollo me recordó a C, a cómo estrujaba, al modo en que se diferenciaba de esa sección de refrigerados o de ese estante. Había un Wally de pie cerca de mí, observando, pero yo seguí redistribuyendo el pollo, fijando la vista en la carne fría, sospechando que lo que hacía no estaba permitido, pero con la esperanza de poder seguir haciéndolo todo el tiempo posible. Finalmente, habló.

A través de su Wallyorificio, dijo:

—Disculpe. Hola. En Wally’s nos enorgullecemos de crear un entorno de compra flexible,

puesto que nuestros productos no tienen una ubicación fija. Algo que creemos que inspira la creatividad. En Wally's, los Consumidores son Creadores. Eso es lo que decimos.

Hizo una pausa. Seguramente esperaba que yo dejase de mover los artículos de acá para allá, lo que no pensaba hacer hasta estar más segura de lo que había al fondo de este contenedor.

—Sin embargo —continuó—, existen límites que tiene prohibido cruzar el cliente, en este caso la ubicación de los productos, tanto en un sentido de zona específica como del conjunto del establecimiento.

Hice la concesión de mover los productos más despacio desde su antiguo a su nuevo emplazamiento.

Él comenzó de nuevo.

—Todos estamos de acuerdo —añadió— en que la casa de un hombre es su castillo. En Wally's, deseamos que su supermercado también sea su castillo. Y, como un rey en su castillo, deseamos que usted no haga nada, o lo menos posible. Preferiríamos que se sintiera como en casa.

—No me siento como en casa —respondí, dejando finalmente la carne de pollo y los refrescos y mirando al Wally directamente a los ojos—. En mi casa —dije— nadie intenta disuadirme. Si quisiera una palanca, alguien me diría dónde encontrarla. O tal vez yo ya lo supiera de antemano —añadí.

Me estaba marcando un farol. No tenía ninguna casa donde la gente me tratara de esa forma, una casa llena de las cosas que necesitaba. Ni siquiera tenía nada que se pareciera remotamente a una casa.

Aquel Wally simplemente se quedó mirándome. Empeoró la situación el hecho de que me mirase con sus ojos de verdad, en vez de con los ojos de la Wallycabeza, que eran falsos y de plástico brillante, sin ningún orificio real para que la luz pasara a través de ellos. En el centro de la frente había una apertura circular más pequeña que un centavo, a través de la cual un empleado de Wally's podía entrever un fragmento del cliente al que estaba asistiendo. Pero para gozar de la visión completa de una persona a través de un sombrero de bienvenida, tenías que inclinar la careta de gomaespuma hacia el techo a la vez que mirabas hacia abajo con concentración, orientando la cabeza en el interior de forma que tu ángulo de visión atravesara directamente la red de malla de la boca. Yo no veía nada al otro lado del tejido, pero por el giro exagerado de su cabeza sabía que él me estaba examinando.

Yo ya estaba regresando al refrigerador cuando habló de nuevo.

—Dígame cuáles son las circunstancias de su producto —dijo.

Yo estaba excavando mentalmente en lo que sabía sobre mí misma, tratando de dar con un pedazo de lengua que me dijera lo que quería, lo que necesitaba y lo que estaba pidiendo.

—Solo quiero algo que me haga sentirme yo misma otra vez —dije. Y añadí—: No yo misma como me siento ahora mismo. —Ahora mismo me sentía como una persona que acaba de enterarse de que un cirujano se ha olvidado unas tijeras dentro de ella durante una operación—. Hace tiempo tenía a alguien —empecé a explicar, escudriñando su cara de gomaespuma en busca de signos de reconocimiento, de comprensión—. Juntos estábamos de maravilla. Él comprendía de verdad cómo era yo, cómo era yo por dentro. Eso se debía a que, en su interior, él era igual que yo. Quizá no en las capas internas más superficiales, pero sí en lo profundo, en la parte más

profunda y minúscula. —Escruté su boca de malla en busca de una reacción, pero no hubo ninguna—. Luego le ocurrió algo horrible, y todavía estoy intentando descubrir qué sucedió.

La Wallycabeza escuchaba, apuntando con atención hacia mí.

—Se perdió —expliqué con un deje a la defensiva—. Estoy intentando encontrarlo.

—¿Y qué quiere de nosotros? —preguntó él, con una voz algo más amable, de algún modo algo más abierta.

—Lo único que quiero es entrar en la casa de mi novio para ver si está allí o no. Una vez que lo haya averiguado no necesito nada más, no sé si me entiende, solo necesito saber si estamos juntos o no, y si no, si es por mí o es por algo oscuro y misterioso que le ha sucedido —expliqué —. Si es oscuro y misterioso, tampoco pasa nada.

Y a continuación dije:

—Hubo algo que entró en mí, o en mi vida. Necesito que salga de mí cuanto antes.

Levanté la vista a la Wallyboca. Un solo ojo brilló, no con crueldad, al otro lado de la rejilla oscura. La cabeza se bamboleó lentamente en lo que opté por interpretar como un gesto de comprensión.

—Puedo llevarla hasta las palancas —dijo.

—Creía que no lo tenían permitido —dije. Pero quería aquella palanca, la quería lo suficiente como para que me diera igual si a este Wally lo castigaban por ello.

—No lo tenemos permitido —dijo despacio—. Pero puedo llevarla hasta algo mejor.

—¿Kandy Kakes? —pregunté.

Se limitó a quedarse parado un segundo. La gran cabeza de gomaespuma parecía estar mirándome, lo que yo sabía que significaba que él estaba mirando a otra parte. Luego echó a andar.

Me condujo hasta el pasillo adyacente. Había fruta en gelatina suspendida en recipientes de plástico, de un naranja, amarillo o rosa que resplandecían a medida que la luz se abría paso entre ellos. Pensé que quizá el Wally volvería la vista atrás para asegurarse de que yo seguía allí, pero no lo hizo. Comprendí que tal vez no era una tarea fácil mirar a tu alrededor con un sombrero de bienvenida puesto, cambiar la orientación de la cabeza de forma tan radical. El roce del plástico de la espuma irritaría las mejillas y el cuello. Se pegaría caliente y húmedo hasta exfoliar su cara cada vez más sonrosada y, con el tiempo, podría incluso arrancarle la piel, mostrando los rosas más profundos, el tono lila azulado de las capas subdérmicas de la piel. Si se movía demasiado, tal vez se le corroyese el rostro por completo. Le fui a la zaga, a varios pasos sumisos detrás de él, observando su cuerpo contraerse y soltarse con el movimiento del caminar.

—¿Cuándo se cambia la araña de alimentos? —pregunté.

Su cuerpo se retorció hacia mí levemente, pero el grueso de su figura siguió caminando como antes.

—¿Saben cuándo recibirán más Kandy Kakes? —pregunté.

—¿De verdad son estas las preguntas que desea que respondamos? —contestó.

Miré a toda la ternera que había a nuestro alrededor.

La sección de ternera había cambiado. Durante las semanas siguientes a su aparición por primera vez en televisión, el rostro de Michael había impulsado la ternera hasta nuevas cotas de deseabilidad: los hombres se identificaban con su confusión, con la sombría melancolía de su

barrigón y sus mejillas regordetas. Las mujeres querían alimentarlo. A los ancianos les recordaba a versiones anteriores de sí mismos, cuando aún devoraban con voracidad la materia viva. Y los niños por fin tenían algo que comprendían cuando pensaban en la ternera, esa carne cuyo nombre no era una sustancia que venía en forma de albóndiga, de hamburguesa o pinchada en un palo. Ahora la ternera tenía una cara, donde antes no tenía nada. Y mientras que el rostro de Michael antes había sido un mazacote tosco y del montón, según las declaraciones personales de los empleados del supermercado y otros testigos de sus robos, la tecnología del procesamiento de imágenes lo había transformado en un objeto de fascinación, algo que contemplar, una cara que revelaba más y más cuanto más se la miraba.

La sección de ternera había triplicado su tamaño, y Michael estaba por todas partes: en pegatinas y letreros de cartón que colgaban del techo, haciendo gestos estrafalarios por toda la Ruleta de la Ternera de las ofertas. Era una caricatura sonriente que aparecía junto al logo del Consejo Regional para la Protección de la Ternera y su Imaginería. Debajo de su cara, el texto rezaba: EL HOMBRE QUE ROBÓ TERNERA… Y SE LA ENTREGÓ AL MUNDO. El nuevo eslogan de la ternera era corto y poco esclarecedor. Cada envase llevaba grabada una única frase que se repetía:

LA CARNE DE LUZ.

Acabar rodeada de Michaels me produjo esa vieja sensación de tener a alguien cerca, alguien conocido y amable con quien deseaba charlar. Miré a cada uno de sus pares de ojos y traté de compadecer al que me resultara más familiar, más parecido al Michael del póster que me había afanado o, aún mejor, al hombre triste y desaliñado que yo había visto llorar en la televisión de C a través de la convexidad curva de la pantalla de cristal. Me deprimía pensar en él viviendo a voluntad de la Sociedad de la Ternera, encerrado en alguna habitación y sacado de allí solo cuando querían obtener más imágenes de él. Esperaba por su bien que no le pasara nada, que aquellas imágenes fueran recientes. Me quedé mirando a la cara del montón más parecida a Michael hasta que de repente me di cuenta de que el Wally se había detenido junto a mí, a observar el mismo anuncio con una intensidad a la altura de la mía.

—¿Sigues a Michael? —me preguntó, curvando un poco su enorme cabeza de gomaespuma sobre su eje.

—Lo he visto en la tele —respondí—. Tengo un póster de él en casa.

—Los clientes adoran a Michael —dijo el Wally, asintiendo—. Su cara trae a nuevos clientes todas las semanas, y aún más semana tras semana. Vienen con sus propias bolsas de la compra. Algunas bolsas llevan su foto estampada. Llegan y meten en sus bolsas un envase de ternera tras otro. Vienen para ver su cara y compran porque esperan llevarse un pedacito de ella. No nos importa. Podríamos pararlo. Muchas veces, cuando se marchan con la ternera, se llevan otros artículos. Eso aumenta nuestra proporción de ternera. Necesitamos la ternera, pero podemos permitir que una parte salga de la tienda en manos de los clientes.

—Pero ¿no es esa la finalidad de una tienda? —pregunté—. ¿Que los clientes la vacíen? Y luego se repongan los artículos, claro —añadí. Para mí era importante que él se diera cuenta de que pensaba con la cabeza.

—En una tienda hay cosas más importantes que las ventas —dijo—. Y al fin y al cabo una tienda es un almacén. Si uno se quedara solo en la superficie de esa palabra, se podría decir que

su finalidad principal es almacenar. Esa superficie es su núcleo.

—¿Para qué necesitan la ternera? —pregunté.

Señaló con el brazo la sección de ternera ampliada, como si fuera una respuesta en sí misma. Un pasillo ininterrumpido de carne, con todos los huecos ocupados, cada ranura rellena de envases de carne reluciente por la humedad, como trozos rosáceos de cuarzo. Los refrigeradores de ternera temblaban de manera invisible, despidiendo un lustre de vaho frío en el aire. Un temblor de rosa vulvar, el color de las encías de un niño inocente. Los congeladores llenos de carne congelada proyectaban una tenue luz azul.

—Wally's está haciendo acopio de ternera —dije yo, tratando de extraer palabras de su gesto.

—Somos nosotros quienes estamos haciendo acopio de ternera —dijo el Wally. Enfatizó la palabra «nosotros» al mirarme fijamente a través de su boca abierta.

—No le veo el sentido —dije.

—Es una de las pocas cosas que tienen sentido —replicó él con gesto serio—. ¿Qué cualidades unen y separan a todos los productos de este supermercado? O son buenos para ti, o actúan sin cesar para destruirte desde dentro. Las categorías de fruta, verdura y cereal carecen de significado frente a esta única distinción superior. No importa que un tomate sea un vegetal con semillas o una fruta estropeada, lo que importa es si el tomate precipitará tu perdición. Eso es lo que deberían imprimir en las etiquetas de información nutricional, en la lista de ingredientes. Es la única categoría que resulta verdaderamente importante saber, y saber es poder.

»Sabemos qué le ocurre —continuó— al hombre que ingiere arsénico, al niño o al perro que cae redondo con una bolsa de plástico metida hasta el fondo del esófago. La causa y el efecto son de cajón. La mayoría de las sustancias operan de forma más sutil. Asfixian nuestras partes más minúsculas, las partes que no se ven. La estricnina tarda minutos en hacer efecto. El alcohol tarda horas en hacer efecto. ¿Cuánto tarda un cuarto de kilo de patatas dentro de ti, cuánto tiempo tardará en consumirte, saboteándote de modos demasiado inaprensibles para que los percibas? En este mismo instante unos objetos minúsculos están prorrumpiendo dentro de ti. Puedes sentirlos, aunque no puedas verlos ni oírlos. Las cosas que se han estropeado en tu interior se susurran entre sí sin que las oigas, a un volumen demasiado bajo como para hacer vibrar la superficie de tu tímpano. Se susurran en la otra habitación, como hacían tus padres cuando eras niña. Un solo momento de lucidez podría curarte. Un solo bocado de un alimento puro y sagrado podría devolverte a tu naturaleza original, tu capacidad para distinguir lo bueno de lo malo con la misma facilidad con la que uno mira al cielo y ve que es azul. Pero en este mundo no hay nada puro y sagrado.

Oí mi respiración con fuerza en mis propios oídos, tan rápida que parecía estar huyendo de algo.

—A mí no se me ha estropeado nada —dije con optimismo.

—No, claro que no —convino él para reconfortarme, observándome atentamente a través de la boca de malla negra—. Eres igual que todos los demás. Un fantasma atrapado dentro de un cuerpo, que adora lo que lo mata. ¿No preferirías adorar lo que es bueno para ti? ¿No preferirías averiguar qué es?

—No entiendo lo que dices —repliqué—. ¿Estás hablando de C?

Los tubitos transparentes de mi mente se iban rompiendo uno a uno, derramando un fluido azul cáustico.

—Hablo de ti —dijo—. Hablo de quien te está manejando. ¿Eres tú, tú misma, o es alguien a tu lado, alguien tan parecido que ni siquiera tú puedes diferenciaros? Cuéntame, ¿no te has mirado nunca en el espejo y has confundido ese rostro con el tuyo? Te veo y percibo que los propios contornos de tu cuerpo están borrosos. No sabes dónde acabas. Una vaguedad te corroe. Al decir esto, no me estoy refiriendo en absoluto a algo como un aura. Es una señal de la desintegración de tu organismo bajo presión. Cuéntame, ¿hay alguien en tu vida que la haya estado compartiendo contigo de una forma demasiado estrecha? ¿Un amigo o un ser querido? ¿Hay alguien que te ha estado quitando tu tiempo sin devolverte ni una pizca de él? ¿Te has asegurado de que no te esté robando luz? ¿De que la oscuridad de su cuerpo no ha permeado el tuyo a través del aire, el agua, los muebles y todo lo que compartís?

Sabía que hablaba de B.

—Sí que tenía una amiga —dije.

—Y tu amiga se inmiscuyó en tu vida —añadió el Wally.

Asentí. Su cara de gomaespuma amenazante parecía ahora más grande, más cercana.

—Intuyo también otra relación —continuó—. Alguien que ha hecho que te sintieras como un fantasma dentro de tu propio cuerpo vivo, alguien a quien persigues. Percibes su separación de ti como un acto dañino, pero deberías explorar el daño dentro de ti. Localizarlo. Encontrar el origen de tu tristeza. ¿No comienza con esa persona, aunque pueda estar ausente? Lo que irradia en ti, su recuerdo pudriéndose. El fantasma de esa persona te persigue, y no puedes huir en cuerpo.

Tendió hacia delante su rolliza mano rosa y apoyó dos dedos rosas sobre mi sien. Su piel era increíblemente suave, como si la acabara de estrenar, como si fuera la primera cosa que tocaba en su vida.

—Pero puedes huir de tu mente —continuó.

Yo no entendía nada. Detrás del sombrero de bienvenida, el rojo se tornó naranja, el naranja se volvió rosa. Los colores se corrían suavemente, como algo que muere a solas dulcemente en el bosque. Cuando por fin comprendí que eran los anaqueles de productos en movimiento, deslizándose hacia sus nuevas ubicaciones, ya ni siquiera importaba. Daba igual de qué cosas distintas se trataba; que simplemente se desplazaran por mi campo visual, proyectando sus sombras sobre mi retina, bastaba para que sintiera que las conocía en profundidad.

—¿No lo has estado percibiendo? —dijo la voz delante de mí—. ¿No quieres ser una contigo misma? Tener una doble propiedad. Saber de una vez, con certeza, que cuando respiras, que cuando comes, eres la única persona dentro de ti que respira y come. Que tú eres tú y nadie más.

En el hueco que se acababa de crear entre los anaqueles en movimiento, donde una vez estuvieron los botes de plástico de fruta en gelatina atrapada en sirope firme, y detrás de la cabeza del Wally cuya voz irradiaba desde dentro de mí, derramándose desde mi cerebro como si yo fuera el hablante y no el oyente, vi los cuerpos de los Wallys ocupados en algo, levantando con esfuerzo cajas de algo denso que golpeaba el suelo con ruidos sordos y húmedos.

—No lo sé —dije.

—Lo sabrás —contestó.

Los cuerpos estaban cargando las cajas en un camión. Se las echaban al hombro con pesadez, como receptáculos llenos de harina o de hueso molido, de trapos empapados en algún líquido. En

los laterales de las cajas vi el logotipo de Kandy Kakes y debajo la frase:

¿AÚN NO HAS TENIDO BASTANTE?

Vi el cartel de SALIDA brillando encima del oscuro agujero en el que introducían las cajas. Sabía que probablemente no había nada bueno dentro de ese agujero. Dondequiera que mis vecinos hubieran ido aquella tarde, en silencio y cubiertos por sábanas, no había sido en busca de la felicidad. En ese caso habrían parecido más felices. Pero lo que me daba esperanzas respecto al agujero era que era un agujero. Podía meterme en él. Podía pasar inadvertida, y en sus oscuras entrañas podía fingir haberme olvidado a mí misma. Fuera lo que fuese lo que en su momento tuve con B o con C ya no existía; si quería recuperarlo, tendría que abrirme paso cavando hasta dar con ellos. Sería difícil, y no tenía ninguna garantía de que ellos estuvieran dispuestos a quedarse quietos para permitirme hacerlo. Noté lo fina que era la fibra que me ataba a mí misma: como un hilo suelto colgando de un dobladillo, podía arrancarlo. A aquellos a quienes quería a medias, los dejaría esperándome en el ardor del momento, preguntándose qué habían hecho para ahuyentarme. Algo vibró en mi vacío. Cuando los Wallys enmascarados me entregaron la sábana, la cogí. Les permití ayudarme a desdoblarla, a extenderla todo lo que daba de sí. Les permití que me cubrieran con ella y la movieran de acá para allá hasta que los agujeros para los ojos coincidieran con los míos y pudiera verlos a todos, sus Wallycabezas idénticas cabeceando a mi alrededor a alturas ligeramente distintas. Los dejé que me borraran.

Di un paso al frente, y luego otro, y luego otro, y otro, y otro más.

Íbamos sentados sin fuerzas y en silencio en la zona de carga de una furgoneta blanca de transporte de mercancías que aceleraba por la autopista. El vehículo era de una marca corriente, rectangular y blanco, con dos ventanillas alargadas y cristales tintados para que pudiéramos ver el exterior, pero nadie pudiera ver el interior. Era el modelo de furgoneta en circulación más popular del momento: según la publicidad, se vendía una cada cinco minutos. En el rato que llevábamos allí dentro se habían vendido decenas de ellas. Flotaba en el aire un extraño olor químico, a espuma de poliuretano, el olor a Wallycarne que desprendían las máscaras que los miembros del culto seguían llevando puestas pese a que ya no estábamos en un Wally’s, pese a la prohibición de llevar el uniforme de Wally’s fuera del establecimiento, donde se consideraba un uso no autorizado de una imagen de una marca registrada. Fuera seguía habiendo luz, pero iba perdiendo intensidad. Fragmentos del mundo, convertidos en anónimos, brillaban alrededor de las esquinas de las Wallycabezas gachas mientras nos dirigíamos a un lugar que ni siquiera podía imaginar. Visualicé una habitación negra y llena de luz. Pensé en la casa al otro lado de la calle, menos la casa, menos la calle.

Durante el primer par de minutos, las pequeñas partículas del mundo exterior tuvieron cierto significado. Fueron la señal de stop a la salida del aparcamiento de Wally’s, la segunda señal de stop después de la curva de la carretera que infinidad de coches se saltaban, los sauces que daban bandazos sobre el patio trasero vallado de una ermitaña que solo salía de casa con un bonito pañuelo de seda que le cubría la cabeza y que se agarraba por las puntas bajo la mandíbula con una mano que podía haber sido muy vieja o relativamente joven. Siempre llegaba hasta el buzón, nunca iba más allá. B decía que probablemente era una antigua estrella del cine con la cara borrada. B estaba obsesionada con las caras borradas, pensaba que eran material para una historia

estupenda. Si B estuviera aquí, me susurraría al oído que cada uno de los Wallys había perdido la cara en algún incidente truculento relacionado con el supermercado. Pero esa forma de pensar era la razón por la que yo estaba ahora en esta furgoneta y ella estaba dondequiera que estuviese. B no comprendía que la parte peligrosa de tener cara era mostrarla con orgullo, no perderla. Ver tu cara desplegada sobre las caras a tu alrededor, absorbida por otras. Las máscaras de estos Wallys me mantenían a salvo del mismo modo que las sábanas que cubrían a mis vecinos nos habían mantenido a todos a salvo de ver y, posteriormente, reproducir su tristeza, a salvo de apropiárnosla. Las máscaras eran profilácticas, emocionalmente hablando. Estos hombres enmascarados iban a llevarme a un lugar más limpio y donde finalmente tendría espacio para averiguar quién era sin que otras personas me intentaran amoldar todo el tiempo a las formas que pensaban que yo debía tener.

Después de un par de minutos en la furgoneta, podríamos haber estado en cualquier parte. Unos árboles con forma de árboles se entreveían borrosos tras las siluetas de otras personas desplomadas en la furgoneta como objetos apresados cuya única experiencia se reducía a haber sido capturados una y otra vez. Pensar en ellos de este modo me hizo sentir una afectuosa camaradería. Bajo sus máscaras y uniformes, podían ser personas muy parecidas a mí, con preocupaciones por sus más allegados y un hambre extraña y equivocada de algo intangible que solo podía ser satisfecha mediante aperitivos y snacks. Puede que huyesen de alguien o en busca de alguien, aunque no tuvieran ni idea de adónde podría haber ido esa persona ni por qué. Es obvio que no serían, bajo sus caparazones de gomaespuma, idénticos a mí. Todos eran hombres, y exhibían una barriga blanda y con pliegues que se erigían y se hundían bajo sus polos rojos del uniforme de Wally's. Parecían anchos, con los brazos y los torsos apretujados entre sí. Me dieron ganas de colarme entre ellos, de abrirme paso con mis codos huesudos hasta introducirme en su exceso de peso y quedarme allí dormida, calentita, olvidada y envuelta en su persistente aroma a queso, cartón y detergente para lavadora.

Me costaba pensar en algo apropiado que decir cuando nunca antes les había dicho nada a esos hombres ni ellos me habían dicho nada a mí. Dudaba entre expresar tristeza por mi pasado u optimismo por mi futuro con ellos. Eché un vistazo a mi alrededor por la parte trasera de la furgoneta: ocho hombres con cabezas de gomaespuma, seis cajas de Kandy Kakes, cinco o seis lonas extendidas bajo nuestros pies, bolas de papel de periódico y dos rollos de cordel, de color caramelo y paja. Lo miraba todo al otro lado de las ventanillas. Podrían estar dando vueltas a mi localidad, en grandes círculos, que no me enteraría. Todo pasaba a gran velocidad, cada vez más verde, pero sin dejar de ser solo un fango visual que me recordaba débilmente a otros lugares en los que había estado sin hacer que los recordara con detalle. Me figuré que más me valía empezar a considerar esa furgoneta como mi hogar.

—No sé vosotros, chicos —dije en voz alta, intentando parecer optimista—, pero al menos a mí me entusiasma la idea de comerme un Kandy Kake en cuanto lleguemos a donde vamos.

Nadie contestó. Los únicos sonidos, tanto entonces como antes, fueron los de los neumáticos girando sobre el asfalto, borrándose en contacto con él, y el leve zumbido del motor. Por la ventanilla, los árboles seguían pasando, no más rápido, ni más lento, sino iguales.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 10

Muy bien. ¿Estamos ya todos instalados? Fantástico. Formidable. Desde luego, sois un grupo numeroso. Un grupo formidable.

Las palabras se derramaban, metálicas, desde los altavoces superiores, una voz masculina profunda y rimbombante, debilitada por el chirrido de un equipo de sonido anticuado. En la cavernosa sala, nuestros cuerpos se orientaron hacia el sonido en distintas direcciones: no sabíamos lo que buscábamos ni dónde lo encontraríamos. Era una sala de congresos, delimitada por unas paredes beis móviles y una moqueta color vino salpicada de pequeñas figuras que se habían difuminado, diamantes y triángulos sin puntas. A través de los respiraderos de mi sábana vi una lámpara de araña chabacana que brillaba débilmente sobre nuestras cabezas, apenas visibles por la envolvente luz del día. Ajusté los agujeros de los ojos para intentar obtener una visión más completa, pero todo eran partes y trozos: una sábana blanca o algún hueco oscuro recortado en ella, la moqueta avejentada, el abrupto vacío en lo alto.

De acuerdo. A ver. Eh. Ojos al frente, por favor, ojos al frente. Estoy justo aquí, ¿me veis? En el centro. Junto al atril. Justo delante de vosotros.

La voz llegaba de todas partes, pero intenté darle la espalda y mirar hacia la luz. Al concentrarme en mi aturdimiento, me topé con el brillo del exterior, que se colaba en rectángulos a través de los grandes paneles de cristal. Una brisa meció las largas cortinas de un burdeos descolorido que colgaban delante de unos ventanales de paneles de vidrio, unas cortinas que en su momento debieron de parecer caras, importantes. Ahora tenían bolas de pelusa y el cristal de detrás estaba polvoriento por fuera, lo que les confería una apariencia falsa a las cosas que se veían a través de ellas. Los pájaros parecían un eco de pájaros, las voluminosas nubes blancas daban la impresión de estar allí para venderte suavizante para la ropa, billetes de avión o seguros médicos. Y allí en medio de todo: un sencillo atril de madera con un micrófono inclinado, un hombre alto para la media cubierto con lo que parecía una sábana blanca normal y corriente, pero que en realidad estaba hecha de un lujoso tejido de un elevado número de hilos. Arrastró los pies sin moverse del sitio, o tal vez estuviera haciendo algo más imponente; era difícil distinguirlo desde debajo de mi sábana. Además de una pequeña zona coloreada bajo los agujeros de sus ojos, una insignia que según me habían explicado indicaba su decisión de renunciar a la boca, no mostraba señales evidentes de autoridad. Pese a ocultar sus rasgos y sus extremidades bajo un blanco holgado, daba la impresión de tener sobrepeso y ser blando, un cuerpo como un sofá.

Muy bien, vale, dijo la voz, que deduje que se originaba frente a mí, pero que parecía provenir de todas partes, colándose desde el exterior. *Empecemos. Saludos a todos nuestros nuevos miembros, y Bienvenidos. O más bien debería decir Desbienvenidos. Eso lo explicaré más adelante. Yo seré vuestro Jefe Regional, bajo las órdenes de vuestro Jefe General y, por ende, del Gran Jefe.*

Algunos aplausos desperdigados que se desvanecieron por sí solos.

Todos estáis aquí porque habéis sabido no dejaros engañar por la falsedad de vuestras vidas cotidianas. Habéis visto que hay algo real más allá de la apariencia de mejor y peor, comprar y vender, hermano, hermana, esposo, esposa. Habéis visto que existe un pacto entre la Oscuridad y la Luz que, como una sombra proyectada sobre la pared, confiere una coherencia ilusoria a nuestras vidas y nuestros cuerpos. O por decirlo de forma más cercana: vosotros entendéis que en la vida hay algo más que la vida en sí. Es decir, lo que hay es Nada.

En ese instante, el orador se detuvo y yo deduje que algo tenía que pasar. Miré a mi alrededor a otras cabezas que también se volvían. Detrás de mí, alguien susurró una pregunta.

—¿Se refiere a que no hay nada, o a que hay algo y ese algo es la Nada, con ene mayúscula? —preguntó, y a continuación calló de nuevo.

Del silencio se elevó el sonido de una tos y de un par de personas que aplaudían vacilantes hacia el fondo de la sala. El orador nos hizo una señal con la cabeza. Los aplausos se multiplicaron. Entonces levantó las manos para indicarnos que guardáramos silencio.

Estamos aquí reunidos para emprender un viaje de descubrimiento interior, es decir, para descubrir lo que hay dentro de ti. ¿Es bueno? ¿O es un sumidero tóxico que envenena a quienes te rodean? Lo descubriremos. Juntos. Aquí, en la Iglesia Unificada de los Comensales Unidos, creemos que no hay nada más peligroso para uno mismo que ser uno mismo. Esa carga ha de ser compartida. Creemos que la vía más rápida hacia la autosuperación es la autosustracción. Deshazte de esas horrorosas remembranzas. Creemos que en tu interior contienes un ser perfecto de Luz radiante, un fantasma en el que estabas destinado a convertirte. No eres tú mismo, cada vez lo eres menos: y podemos ayudarte a lograrlo. ¿Alguna pregunta?

Miré a mi alrededor, apretando las manos a los lados de la cabeza para sujetar los agujeros para los ojos en su sitio. Yo tenía preguntas. Aún había algunas cosas que seguía sin tener claras. Pero al barrer la sala con la vista, lo único que vi fueron cuerpos que asentían, bultos blancos que cabeceaban y pertenecían a personas que supuestamente comprendían lo que estaba ocurriendo. Volví la vista al atril y yo también asentí con la cabeza.

Muy bien. Eso está muy bien. Pasemos al siguiente punto. Aquí dentro hay solo unas cuantas normas sencillas, todas con miras a vuestra seguridad. Primera norma: asistir a las reuniones de personal puntuales y dispuestos a participar. Lo que significa compartir vuestras propias vivencias, hacer preguntas oportunas o simplemente levantarse y aplaudir a quien lo merezca.

Segunda. No se permiten los cambios de pareja asignada. De ningún modo y de ninguna forma. Cuando salgáis de la sala de conferencias se os facilitará un número de habitación. Es ahí donde os quedaréis. Compartiréis la habitación con otra persona. Quizá ya esté allí cuando aparezcáis, o quizá seas tú quien llegue antes. Dicha persona será tu mano derecha durante el resto del tiempo que pases con nosotros. ¿Puedes cambiarte la mano derecha? No, no puedes. Por lo que a ti respecta, es como si fueras tú. Recordad: Unidos.

—¡AQUEL QUE SE SIENTA A MI LADO, COMAMOS COMO UNO! —gritó una frágil voz femenina en el extremo derecho más alejado de la sala.

Más aplausos, y más fuertes, una persona vitoreando tímidamente. Me uní al resto, aunque no podía decirse que supiera a qué aplaudía, solo que parecía prometedor. En medio de esta nueva y misteriosa información, sentía una confusión que nada tenía que ver con mi confusión cotidiana. Era la confusión de algo recién nacido aprendiendo a vivir.

La última norma que os traigo hoy probablemente sea la más difícil. En la vida a la que habéis renunciado se os pedía que lo recordaseis todo: el cumpleaños de vuestra mujer, la marca de jabón favorita de vuestro marido, el nombre del novio de vuestra mejor amiga. Ahora os pedimos que desrecordéis, cuanto antes mejor. Lo que significa no solo desrecordar el cumpleaños de vuestra mujer, sino también a vuestra mujer. Lo que significa desrecordar la profesión con la que te ganabas la vida, las cosas que poseías o la ropa que te ponías. Lo más importante significa recordar solo lo que tenemos aquí dentro de la Iglesia, los objetos y las personas de Luminosidad verificada.

Noté que la sábana se me movía de repente de la cara, tapándome la vista. Alguien tiraba de ella en un intento de llamar mi atención. Me volví hacia la derecha, recolocándomela, para toparme con otro par de ojos marrones, como los míos y justo a la misma altura. Con una estatura similar a la mía y un cuerpo similar al mío, me emocioné y tuve la extraña sensación de haberme encontrado a mí misma: yo era real, realmente estaba allí. Luego la voz de un hombre adulto me llegó amortiguada a través del tejido delantero que era su rostro.

—¿A qué se refiere con «desrecordar»? —preguntó con voz apremiante.

Le señalé el podio como diciendo que debía escuchar, que lo explicarían todo.

—¿Se refieren a olvidar? —preguntó.

Me encogí de hombros debajo de la sábana y señalé de nuevo. Otras personas cubiertas por sábanas habían empezado a lanzarnos miradas, volviendo el cuello o inclinándose para vernos.

—Porque no sé cómo intentar hacerlo —dijo, sonando cada vez más disgustado—. Quiero decir, podría dejar de hablar de algo, pero no dejar de saberlo. Eso no podría. Nadie podría hacerlo.

Me agarró del hombro y me zafé de él.

—No tengo nada que ver con usted —le dije en voz bien alta, para que lo oyeran todos a nuestro alrededor.

Quería que lo supieran: que aunque tal vez nos pareciéramos, con nuestras sábanas blancas, nuestros ojos marrones y nuestra misma estatura, yo estaba hecha de otra pasta muy distinta. Él vivía en la Oscuridad, tanteando lo que estas normas podían significar. Y yo, ya que estaba aquí,

ya que había huido de mí misma, sería Luminosa. Cumpliría las normas a rajatabla, sin cuestionarlas, y su significado se haría patente en cuanto yo viese su efecto en mí. Jamás en la vida había sabido lo que la vida me exigía. Ahora que lo sabía, lo haría aunque no llegara a comprender del todo para qué.

Significa desrecordar las capitales de los estados y los nombres de las monedas y la central eléctrica nuclear. Todos nuestros problemas comenzaron con la central eléctrica. Significa desrecordar todo lo que está hecho con pollo, que es una carne Oscura altamente tóxica: el mero hecho de pensar en la sustancia puede causarte un daño irreparable a ti y a quienes te rodean. Y sobre todo significa desrecordarte a ti mismo: despertarte como un amnésico ante un mundo hermoso por sus desasociaciones con el dolor, la angustia, el conflicto. Cuando el mundo está limpio, brilla Luminoso en su vacuidad. Cuando el cuerpo está limpio, se eleva fantasmal hacia la Luz.

Busqué con la mirada al hombre que me había abordado, pero se había perdido, reabsorbido por la marea de sábanas. Sus preguntas me habían hecho perderme parte del discurso del Jefe, una parte que no sabía cómo recuperar. Tal vez podría preguntarle a mi pareja lo que me había perdido, qué otros peligros tenía que evitar. Tal vez mi pareja sería amable y no me haría pensar en nada peligroso. Acto seguido los aplausos prorrumpieron a mi alrededor, sonoros e inhumanos como las olas o la lluvia, y tardé un instante en recordar que debía participar, batiendo las manos juntas delante de mí, aplaudiendo hasta que me dolieran, intentando recrear en la vida real la pequeña imagen de una practicante ideal que tenía en la cabeza.

Mientras salíamos en tropel de la sala, con las sábanas arrastrando por la moqueta, alguien me detuvo y me dio un trozo de papel donde ponía *E38*.

—Tu habitación asignada —dijo una voz femenina, animada pero que no inspiraba confianza.

Mientras salía en fila por la puerta en dirección a los pasillos que se extendían al otro lado, vi que el Jefe Regional reprendía junto al podio a una figura menuda y también cubierta. No pude evitar pensar que se trataba del hombre de antes, el hombre que era de mi tamaño, el hombre que me hizo perderme la parte fundamental del discurso. Tenía que convertirme en la persona ideal que había venido a ser, una persona que no era.

En el vestíbulo fuera de la sala de conferencias, me resultó fácil fingir saber adónde iba: seguí al resto, que se dirigió en fila por unanimidad hacia una estrecha y abarrotada escalera trasera pintada de una nostálgica tonalidad de menta. Éramos todos nuevos, un soplo de aire fresco, cuerpos lozanos que la Iglesia procesaría, aunque por lo que veía yo era la única que no conocía la distribución del edificio. Los demás se orientaban por instinto, bajando un tramo tras otro de escalones, doblando con facilidad las bruscas curvas de la escalera, mientras mi cuerpo se dejaba llevar a empujones por su movimiento colectivo. No lograba comprender cómo ellos sabían qué hacer: era mi primer día y ya me había quedado rezagada. La muchedumbre de cuerpos era un lento río de blancura que nos aglomeraba rumbo a nuestra meta. Me hizo pensar en algo que quizá había visto alguna vez en un documental sobre naturaleza: el desove de los tiburones o los salmones.

Fuimos saltándonos una serie de entradas sin identificar hasta que de repente los cuerpos

cubiertos por sábanas cruzaron una puerta sin más pintada de un verde resplandeciente. En este nuevo pasillo subterráneo nuestro movimiento unificado se desintegró. Los Comensales se escindieron en busca de sus lugares asignados mientras yo apoyaba la espalda con fuerza contra la pared, intentando respirar, intentando fingir un tipo de compostura que indicara que estaba rebosante de Luz, lista para deshacerme rápidamente de la Oscuridad. Fue estando allí escondida, aunque a la vista de todos, cuando empecé a darme cuenta de que había otros Comensales como yo que no se estaban adaptando bien. Los vi petrificados en medio de aquel tráfico blanco, mirando al vacío o tapándose los ojos. Con la espalda encorvada y la cabeza gacha entre las manos, daban la impresión de estar deseando salir de allí o lamentando su falta de práctica. Algunos salieron por sí solos de su estupor y se encaminaron hacia sus habitaciones; a otros los recogieron los Jefes más bajos del escalafón y se los llevaron de allí.

Luego vi un destello de carne en la marea blanca y otros azules y verdes. En el mar de blancura, estos colores parecían equivocados, una mancha que era de algún modo moral. Los colores aún tardaron un instante en tomar la forma de un ser humano, pero cuando lo hicieron reconocí de inmediato a uno de los padres desaparecidos que había visto en televisión. Se había esfumado mientras veía a su hijo de ocho años jugar al fútbol en el parque. Vestía una camisa informal verde de cuadros escoceses y unos vaqueros azules, y daba vueltas por aquella planta abarrotada con la mano izquierda en un bolsillo y la derecha a la altura de la oreja, como si hablase por un teléfono móvil.

—No puedo, no puedo —lo oí decir en voz alta, una y otra vez. Su aspecto era el mismo que en las noticias, aunque su cara era de un rosa intenso.

Mientras lo observaba hablar por su teléfono imaginario, vi a un par de Jefes que se acercaban a él, tapados por una tela que lucía la forma de la Boca de la Renuncia. Hablaron con él, tocaron su carne al descubierto. Sus voces se oían amortiguadas, pero distinguí que intentaban obligarlo a cubrirse de nuevo con su sábana.

—No puedo —dijo él—. Tengo que estar cómodo. Tengo que estar cómodo. No puedo. ¿Han visto mis pantuflas?

Los Jefes se miraron el uno al otro y lo agarraron del brazo. Con delicadeza pero con firmeza, se lo llevaron de mi vista, hacia la muchedumbre más allá.

Miré a mi alrededor y vi a una chica a mi lado que también había presenciado aquello.

—¿Lo has visto? —pregunté.

—No —respondió.

—Era uno de los padres desaparecidos —dije—. Hank. O algo así.

—No creo que debamos recordar eso —dijo ella, con voz nerviosa.

—¿Adónde crees que lo llevan? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—¿Sabes dónde está la E38?

Pero ella ya se estaba alejando.

Cuando por fin encontré la E38, mi pareja ya estaba dentro esperándome. Me había imaginado una habitación, pero con lo que me topé se parecía más a una carpa para reconocimientos médicos instalada dentro de un espacio central, más amplio, para urgencias. En vez de paredes teníamos cortinas: cortinas de un rojo oscuro confeccionadas con terciopelo

barato, pendidas de barras metálicas que vibraban cuando alguien pesado pasaba junto a ellas. Había una mesita plegable y un perchero extensible para colgar un goteo intravenoso o un abrigo. El espejo con el marco de acero de la esquina resultó ser un cuadro a escala de las cortinas, para que cuando te colocaras delante de él para mirarte no vieras a Nadie. El catre doble con sábanas rojas y tiesas estaba ubicado en el centro de una habitación que era poco más grande. Encima de él estaba tumbada una chica, destapada y despatarrada en el centro, como una estrella de mar, por lo que ocupaba prácticamente todo el sitio. Levantó la cabeza y me lanzó una mirada feroz.

—Llegas tarde —dijo.

—Me he perdido —me excusé.

—¿Cómo te has podido perder? —preguntó—. En la reunión nos dieron indicaciones.

Pensé en explicarle lo del tipo, que por su culpa me había perdido una parte del discurso, pero en vez de eso me limité a encogerme de hombros.

—Yo te ayudaré la próxima vez —dijo. Me clavó la mirada en los agujeros para ver y añadió —: Da una mala impresión de nosotras que una mitad llegue tarde.

Me fijé con atención en su rostro pequeño y con forma de corazón, en la barbilla afilada, el pelo moreno cortado en una larga melena recta que no era tan distinta de la mía. Tenía los ojos de color marrón oscuro, igual que los míos, y los brazos flacos y de aspecto frágil. En una taxonomía de mujeres, nos habrían colocado una al lado de la otra. Me pregunté si era guapa: ya no recordaba ni remotamente cómo funcionaba ese concepto y cuál era su apariencia. Me pregunté si ella era más guapa de lo que yo había sido.

—¿No deberías llevar puesta la sábana? —pregunté.

Me miró extrañada de nuevo.

—Eso también lo explicaron en el discurso —dijo—. ¿Es que ni siquiera estabas allí?

—Estaba allí —respondí—. Pero una persona Oscura del público me impidió el acceso a la información.

—Vale —dijo—. Te lo explicaré, pero de aquí en adelante tienes que evitar esas situaciones. Todas las interacciones con la Oscuridad reducen tus niveles de Luz, y también me lo puedes contagiar a mí porque somos Una Única Persona.

Asentí, y ella me lo explicó. Aquel pequeño espacio compartido era el único lugar de la Iglesia donde se nos permitía estar descubiertas, sin sábanas, con nuestras extremidades pegajosas al aire. Eso se debía a todas las siguientes razones o al menos a alguna de ellas: el tejido que nos protegía de los rayos de Oscuridad interfería también con la producción de las vitaminas que necesitábamos para seguir con vida, al menos hasta el día en que nuestra vida se diese por terminada; nuestros cuerpos necesitaban ver otro cuerpo de vez en cuando, ver su cara desnuda y sus pequeños dientes blancos, para demostrarnos que aún no éramos fantasmas sino solo carne que apuntaba a ese objetivo; las sábanas eran fundamentalmente una forma de comunicación, las necesitábamos solo en los lugares de reunión como una declaración tácita entre nosotros de que conocernos unos a otros, incluso tan poco como nos conocíamos, era una situación temporal, destinada a acabar pronto. En última instancia, ver a nuestra pareja sin sábana nos ayudaba a debilitar nuestro recuerdo de nuestra cara en particular, que era imposible ver dentro de la Iglesia debido a la ausencia de espejos.

Me quité la sábana por la cabeza y la dejé caer al suelo, arrugada. Fue un alivio separar la

sábana de mi cuerpo, despegármela de donde se había fusionado con mi piel y había amarilleado, exponer mis brazos estremecidos al aire, pero por alguna razón me fastidiaba mostrarle mi cara a esta extraña chica nueva. Me recordaba a B, devorando mi cara con sus ojos, cargando el aire con su presencia. Verla holgazanear mostrando su piel como si fuera la cosa más natural del mundo ponía de relieve lo poco natural que todo se había vuelto para mí. Decidí llamarla Anna, que no distaba mucho de mi propio nombre. Era un palíndromo, lo que parecía encajar con alguien que estaba destinado a convertirse en mi espejo. Era corto y fácil de recordar. Era el nombre que le había puesto a mi muñeca favorita, la que le pedí a mi madre que tirara cuando descubrí que había algo demasiado humano en sus ojos.

El pelo se me pegaba a la piel como una corteza.

—Pareces agotada —dijo Anna inclinándose hacia delante, sentada sobre el catre y mirándome con concentración con ambos ojos—. Mucho más que yo. Procuraré que mi cara adquiera un aspecto un poco más cansado, pero siempre suelo dormir bien. Creo que sería mejor que tú procuraras descansar más. Cuanto más similares seamos en cuerpo y apariencia, más fácil nos resultará fusionar nuestra vida.

Yo no dije nada.

—Si somos Una Única Persona, extendida sobre dos cuerpos —dijo con un tono descarado y autoritario—, reduciremos a la mitad nuestra carga y nos convertiremos en fantasmas mucho antes.

—Lo sé —dije, pero no lo sabía.

En ese momento, a mi espalda oí el sonido de la cortina al descorrerse y el de una bandeja con la cena que alguien deslizaba hasta nuestro espacio, con su contenido oculto bajo una tapa de metal reluciente.

La recogí y me asomé al pasillo para ver si venía alguien, pero allí no había nadie.

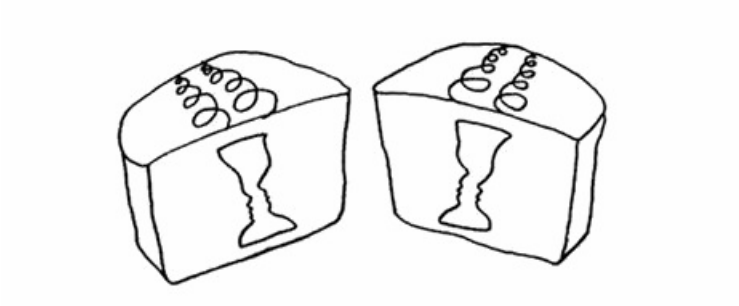
Me volví hacia Anna y le dije:

—Solo hay una.

—Pues claro que solo hay una —respondió—. Ahora lo compartimos todo.

Bajé la mirada a la bandeja brillante. No tenía ni idea de lo que podría contener. Una comida más pura, probablemente, o quizá una menos pura, si querían poner a prueba nuestra capacidad de distinción. Tuve que obligarme a mantener bajas las expectativas, ya que tal vez no fuera ni comida; aunque la mera idea hizo que el estómago me doliera de hambre. Respiré hondo y luego levanté la tapa de la bandeja.

Lo que encontré allí fue un montoncito de Kandy Kakes, doce, apilados sobre un plato blanco. Eran idénticos a como me los había imaginado los últimos meses difíciles: un doble garabato de fondant con sabor a glaseado adornaba la superficie dura y oscura de su disco macizo reforzado de chocolate. Idéntico a como me los había imaginado, salvo porque eran, si cabía, aún más bonitos.



Casi no me creía que aquello estuviese realmente ocurriendo. Me volvería más clara, más delgada, más Luminosa, un recipiente más perfecto para mi fantasma. Sentí que me quitaba un enorme peso de encima, el peso de la preocupación por lo que yo era, por lo que estaba siendo de mí. Con la ayuda de esos Kandy Kakes, finalmente me convertiría en algo mejor en el Luminoso futuro que tenía ante mí.

—¿Por qué lloras? —preguntó Anna, molesta.

Intenté explicárselo.

—Llevo tanto tiempo esperándolos.

Anna se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—, pues felicidades.

Cogí uno y me lo llevé a la boca. De todas las cosas que había deseado en mi vida, estas eran las únicas que quedaban. Sentí cómo mi cuerpo se calentaba, luego se enfriaba, luego se calentaba de nuevo: quería embutírmelos todos a la vez en la boca, obligarme a tragármelos. Inhalé su aroma a chocolate duro y ceroso y a naranja rancia. Notaba la garganta húmeda, amplia y tierna.

Entonces mordí uno. Estaba más duro de lo que me gustaba, con la cubierta tan impermeable como se alardeaba en los anuncios. Lo empujé hacia los molares traseros, donde mi mandíbula era un poco más fuerte, y logré perforar la coraza de chocolate, machacarla un poquito, para que el relleno almibarado de naranja y caramelo comenzara a derramarse dentro de la boca. El dulzor de la pringue naranja me hacía cosquillas en la lengua.

Levanté la vista y vi que Anna me observaba.

—Es delicioso —dije.

Ella asintió y parpadeó.

Al meterme en la boca mi segundo y mi tercer Kake y atravesar de un mordisco su Chococoraza, intenté concentrarme en recordar solo este momento, este momento presente que terminaba continuamente, este momento iluminado por la seguridad y la Luminosidad de la Iglesia, pero no podía evitarlo. Aunque sabía que lo único que lograba era hacerme daño, entorpecer mi progreso, estaba pensando en mi antigua vida, en cómo B me observaba comer. Mientras yo leía artículos atrasados del periódico dominical y me comía un bol de cereales, de vez en cuando, si levantaba la cabeza, me topaba con sus ojos fijos en mí. Su aspecto tenía algo de extraño. Me miraba fijamente como si yo hubiera obrado un milagro horrible. Me miraba fijamente como si luego ella lo practicara más tarde en su habitación, a solas: de pie delante del espejo, masticando con exageración, como una vaca, mordiendo el aire.

Esa noche me despertó una sensación de hambre que rayaba en el dolor. Me puse de costado y me agarré la barriga empujando hacia el centro, como si al comprimir el órgano pudiera engañarlo y convencerlo de que estaba lleno. Me incorporé y miré a Anna, que dormía plácidamente a mi lado en nuestro catre doble. Necesitaba comer más, y sabía que si la despertaba, me disuadiría de hacerlo. Para Anna era fácil seguir todas las normas de la Iglesia. Pero siempre y cuando comiese los alimentos autorizados, razoné, no perjudicaría demasiado mis niveles de Luminosidad si ingería una o media ración más. Salí con cuidado de debajo de las sábanas y me puse los zapatos y la sábana encima. Me escabullí entre las cortinas de velvetón rojo y crucé el vestíbulo a hurtadillas, hasta un ascensor de servicio de aspecto abandonado. En su interior, todo el panel de botones estaba en blanco. Apreté uno al azar con la esperanza de que me llevara hasta una planta en la que hubiera comida.

A lo largo de kilómetros de pasillo de la Iglesia, en plantas donde amplios ventanales daban a un aparcamiento gigantesco, oscuro y anodino como la sombra aún más grande de este inmenso edificio, en plantas sin ventanas que repiqueteaban con el sonido de una lejana maquinaria subterránea, busqué y rebusqué comida. La estructura era pulcra como la de un hotel o un bloque de oficinas, el enmoquetado estaba limpio y sin polvo, pero había cosas que se amontonaban en él y que estaban fuera de lugar: una montaña inclinada de cojines de lentejuelas decorativos bloqueando lo que parecía una zona de ascensores en desuso, cajas de cartón alineadas en el pasillo que resultaron estar llenas de botes de crema de belleza, de aquella del anuncio en el que un pájaro escapa desde dentro de una mujer. Las cremas eran pesadas y estaban llenas, listas para poner a la venta en sus cajas rojas nuevecitas, pero cuando destapé una de ellas, descubrí que la superficie de la crema presentaba una profunda espiral: no el acabado liso y suave de una máquina, sino algo hecho a mano.

Las plantas superiores mostraban una flamante numeración en acero y hojas de frío cristal que permitían ver sosos interiores grises. En las intermedias, los vestíbulos eran de color motel, de un beis sombrío, con puertas lisas y neutras que se distinguían por unos numeritos de latón. Los niveles inferiores del edificio —por los que yo deambulaba, remangándome la sábana para moverme con más soltura, con la esperanza de encontrar una letra familiar en una puerta, o en realidad cualquier letra— parecían una serie de búnkeres, verde aguacate y demasiado iluminados, cuya señalización en las paredes era anticuada y se despegaba. Cada nueva parte de la Iglesia que veía me hacía pensar que en su momento había sido otra cosa: un hospital, un hotel de una cadena, un complejo de oficinas. Hasta despojada de su antiguo contenido, la estructura profunda del edificio conservaba restos de su uso anterior. Me pregunté si los demás Comensales que pasaban por mi lado podían deducir al mirarme lo que yo había sido antes, lo que yo había comprado, a qué par de categorías había pertenecido.

En la planta sexta, un hombre alto bajo una sábana extralarga con el dobladillo hecho jirones me detuvo en el vestíbulo.

—¿Qué estás haciendo en la Sección Seis? —preguntó, inmovilizándome con dos dedos sobre el esternón.

—Estaba buscando algo que comer y me he perdido —respondí.

—Nada de comida extra —sentenció rotundamente—. ¿Dónde se supone que deberías estar?

—E38, creo —contesté, sacándome la notita de debajo de la sábana y poniéndosela delante de los agujeros de los ojos. La leyó, le dio la vuelta, me la devolvió.

—¿Quién te ha dado esto? —me preguntó.

—No lo sé —respondí—. Alguien que llevaba una sábana. —Y añadí—: Soy nueva aquí.

Me miró, parpadeando al otro lado de los agujeros, y, cuando por fin habló, sonó como si hubiera decidido hacerme un favor.

—No tienes permitido estar aquí —dijo queriendoparecer razonable—. No estás autorizada. Los niveles mínimos de Luminosidad para acceder a las plantas no subterráneas son altos. No alcanzarás esos niveles, si es que algún día los alcanzas, antes de pasar un buen periodo de tiempo trabajando ahí abajo.

—¿Existe la posibilidad de que nunca llegue a este nivel? —pregunté.

—No todo el mundo llega a este nivel —contestó—. Más de la mitad jamás salen del sótano antes de ser restituidos al mundo.

—Espero llegar a lo más alto —dije. Al último nivel, fuera lo que fuese.

Como quien oye llover, el hombre alto señaló una escalera al final del vestíbulo.

—Tienes que bajar diez plantas —explicó—. Pregunta por el Ala E. No les digas que intentaste moverte a tu aire por el edificio.

Asentí, pero por la no alineación con mi cara de sus agujeros para ver me di cuenta de que ya se había olvidado de mí. Lo que me hizo recordar a C, a cómo cuando estaba más tranquilo y relajado yo era capaz de saber exactamente en qué estaba pensando si simplemente seguía la dirección a la que apuntaba su cabeza. Si localizaba su línea de visión y me fijaba en el mismo programa de televisión, la misma sudadera arrugada o la misma caja de cartón de la pizza. Me daba la sensación de que compartía su mente, de que nuestras mentes eran una sola. Siempre deseé esa intimidad, inmediata pero a cierta distancia, como si nuestro amor fuera igual de veloz y comunicativo que una televisión.

Sentí un dolor agudo. Alguien me había golpeado en el hombro, lo sentí hasta la articulación.

—Para ya —me ordenó el hombre con brusquedad.

—Pero si no estaba haciendo nada —repliqué.

—Estabas recordando —dijo—. Saltaba a la vista. Nos pones en riesgo a todos.

—Es que se me vino a la cabeza… —empecé a decir, tratando de explicarme.

De repente empezó a retroceder, recogiendo los brazos hacia el pecho, de forma que el cuerpo bajo la sábana se asemejó todavía más al de un fantasma de Halloween, meciéndose levemente mientras replegaba su cuerpo, arrastrando los pies, hacia el extremo opuesto del pasillo.

—No —dijo—. ¡No! Llévate eso a otra parte. Devuélvelo a la Oscuridad. Aquí no lo queremos. —Los agujeros redondos y en calma de sus ojos, impasibles, contradecían el miedo que percibí en su voz.

Casi había llegado a las escaleras cuando me dio la espalda para abrir la puerta y sumergirse en el hueco de la escalera, cerrando de un portazo tras de sí. Oí el sonido de sus pisadas en los escalones, escapando a toda prisa de mí, huyendo en vertical hacia niveles más seguros y puros del edificio.

Me quedé allí plantada durante quizá una media hora. Mis inspiraciones eran diminutas, el aire a mi alrededor estaba en calma. Me daba miedo mover el cuerpo o la mente. No sabía lo que ocurriría si empezaba a recordar de nuevo, pero por la reacción del hombre estaba segura de que era algo a lo que debía temer. C habría dicho que aquel hombre estaba chiflado, pero yo sabía

que su reacción denotaba sabiduría. Desde que tenía memoria, había algo en mí que no iba bien: hacía cosas que no quería hacer, quería hacer cosas que sabía que en realidad no quería hacer en absoluto. Algo en mí hacía las cosas mal cuando tenía que hacer las cosas bien: el hombre que acababa de huir no era más que la primera persona que lo veía de una forma palpable y física.

Había una parte incontrolable de mí dentro de mí misma y no sabía cómo detenerla. Me había perdido un fragmento fundamental del discurso del Jefe, en el que explicaba cómo desrecordar. Lo peor de todo era que podía sentirlo ahí, dentro de mí: mi pasado. Incluso en su sentido más básico —reconocer un color, identificar una cara— ponía en funcionamiento lo Oscuro dentro de mí, antes incluso de que yo supiera que estaba ocurriendo.

Pero en ese momento, como un regalo Luminoso, recordé que dentro de mí habitaba un yo mejor del que yo era. Lo sentía, débilmente: una versión de mí misma sin pasado ni presente, tan solo una sensación de Nada sobre todas las cosas. Nadie más me había visto aquí, en el pasillo de la sexta planta, así que volvería a Anna y a la E38, me comería las raciones de comida que me habían ordenado e intentaría una vez más llevar una vida de Luminosidad genuina y lúcida.

A la mañana siguiente Anna y yo nos ensabanamos de nuevo y nos dirigimos a nuestros puestos de trabajo en la Iglesia, puestos para principiantes que se les asignaban a los conversos más recientes porque no requerían mucha formación especializada en la dinámica de la Oscuridad. Rellenábamos a cucharadas los recipientes de los productos de belleza, a mano, una tarea que realizaban mejor, y de forma más limpia y ordenada, las máquinas. En concreto, lo que hacíamos era meter los geles y las cremas de TruBeauty dentro de recipientes de TruBeauty, en una sala grande y abierta que daba la impresión de haber sido alguna vez un gimnasio.

La Iglesia tenía acciones de TruBeauty y de algunas empresas más, como la que estaba detrás de los Kandy Kakes y otra de mobiliario, que era la causante de los grandes cojines decorativos amontonados en los pasillos y los talleres. Era mucho el bien que podíamos hacer, decían, si reuníamos las cosas Luminosas en un sitio, las sombrías en otro, y luego alejábamos nuestros cuerpos al máximo de todo lo malo. Era mucho el bien que podíamos hacer por las personas de nuestra Iglesia, decían, escondiéndolas lejos de un mundo peligroso y variopinto, levantando un muro hecho de Luz que las tapiara frente al exterior. Y además estaba la necesidad de seguir recaudando dinero mientras continuásemos teniendo cuerpos físicos necesitados de comida física que solo podía cultivarse, robarse o adquirirse en un establecimiento con moneda emitida por el gobierno estadounidense.

Recorrí con la vista toda la Sala de Cuchareado, un espacio cerrado gigantesco, e inundado de luz, que en realidad daba la sensación de ser un espacio al aire libre, e intenté imaginar cuánto dinero suponía aquello para la Iglesia. A mi alrededor, sentados en el suelo o de pie, en un revoltijo de colas de tela que arrastraban, todos eran creyentes bajo sábanas. Se apiñaban en torno a recipientes industriales de plástico de crema facial, crema corporal, crema para los ojos, crema para el esófago, llenando cucharadas y enroscando tapas. La sala tenía un aspecto invernal y frío; la luz glacial de la tarde arrojaba un violeta desoxigenado sobre las vastas extensiones de blanco. En el espacio de tamaño celeste sobre nuestras cabezas había palomas acurrucadas en silencio sobre las vigas, y de vez en cuando alguna emprendía el vuelo de un lado a otro de la sala, proyectando una pequeña sombra viajera sobre nuestros rostros pálidos y vueltos hacia arriba.

A mi alrededor, otros Comensales cuchareaban con ahínco, con buena actitud. Yo me

peleaba con mi sábana, tratando de remangarme brazos arriba las partes que hacían las veces de mangas, para no llenarme entera de crema. Se bajaban y me las volvía a subir. Preparé una mano desnuda para el rellenado y luego sumergí mi cuchara a fondo dentro de la cuba. El dobladillo de mi sábana se arrastró por el blanco gelatinoso y tuve que sacarlo, limpiarlo, preparar la cuchara de nuevo y sumergirla otra vez, esta vez con más cautela. Llené un bote tras otro de crema facial TruBeauty, el alisador comestible de cuello que recordaba a los anuncios de cuando yo aún era un cuerpo de Oscuridad, sin espíritu y obnubilado por la información falsa. Recordé el pájaro, una paloma blanca que luchaba por introducirse en la boca de la mujer, revoloteando a tientas sobre su cara con sus pequeñas garras, intentando aferrarse a ella. Recordé cómo la mujer trataba de sonreír ante la cercanía del cuerpo del animal, con la boca totalmente llena, con la mandíbula estirándose al máximo. Y recordé cómo B se acercaba aún más al televisor durante la emisión hasta caer de rodillas ante él, y la blancura cegadora del pájaro y el bello rostro hacían que el suyo empalideciera como un cadáver. Me estremecí y me froté la piel.

No tuve que levantar la vista para saber que un Jefe se cernía sobre mí. Me di cuenta por la mano que sobresalía de debajo de su sábana, una mano enguantada en látex blanco. Se inclinó sobre mí y se agachó para examinar mi trabajo. Su sábana larga y blanca me rozó la cara y se quedó allí pegada, donde mi piel estaba húmeda por el sudor y pegajosa por aquella crema comestible, que parecía meterse en todas partes por muy limpia que yo intentara ser. Vi su mano enguantada venir hacia mí, su dedo era un garfio impreciso que relucía dentro del plástico ceñido. Se detuvo a un centímetro de mi pómulo y se quedó allí, inmóvil. Luego se acercó aún más. Me estaba quitando un manchurrón de crema de la cara, raspándolo con fuerza, y supe que no lo hacía por el bien de mi cara, sino para ver lo que había debajo. Cuando se puso en cuclillas para mirar con concentración el punto en el que había escarbado, me dispuse con todas mis fuerzas a pensar con Luz y claridad, a pensar solo en mi fantasma y en su perfección pura, cual yema de huevo, dentro de mí, o en la sabiduría de las lecciones y en cómo me confundían y retorcían mis ideas hasta convertirlas en formas inútiles e inocuas, o en la crema TruBeauty y en cómo debía servirla mejor y de manera más rápida y limpia y no pensar en cómo este mismo producto había entrado en contacto con otras partes de mi vida, partes más Oscuras en las que no debería estar pensando. Pero había Oscuridad en mi pensamiento, y sabía que él podía verlo. Cerré los ojos y me imaginé un huevo. El aliento del hombre desprendía un olor a leche cortada que se me adhirió a la piel. De repente se irguió.

—Estás llena de tinieblas —dijo, dirigiéndose a mí desde arriba, erguido cuan alto era.

Levanté la vista hacia su rostro, en busca de los orificios para los ojos y la boca, que oscilaban más o menos un centímetro delante de su rostro real. En la esquina de un agujero, vi un ojo que creía haber visto antes, azul y lloroso.

—Y lo estás ensuciando todo —añadió, pasando el brazo por los manchurrones irregulares de cosmético que estropeaban el suelo y manchaban mi sábana blanca de una blancura más densa y pesada—. Intenta parecerte más a quienes te rodean —dijo mientras se alejaba— y menos a ti misma.

Eché un vistazo a la sala. Daba la impresión de que todos los demás estaban haciendo un trabajo mejor, más limpio. Entonces, al otro lado de aquel espacio, creí ver a Anna sentada en un puesto de rellenado distinto; reconocí la esquina derecha deshilachada de su sábana reglamentaria y el modo delicado y despreocupado en que ella manejaba la cuchara, como si fuera fácil, como si simplemente estuviera tendida sin hacer nada en nuestra habitación, mirando

el techo y practicando su vacuidad. Un Jefe hizo una pausa junto a su puesto y le dio unas palmaditas en la espalda. Ella levantó la mirada hacia él a la vez que él se la devolvía y ambos asintieron mutuamente con la cabeza, asintieron como si acabaran de tomar juntos una decisión. Pensé en la cara envidiosa de B apretada contra la ventana mientras me veía marcharme con C, con mi mano buscando a tientas la de él. Llevándomelo lejos de ella cuando la descubrí en aquella tienda, agachada a cuatro patas, leyendo el reverso de las cajas de tinte para el pelo. Pensé en su semblante sonriéndome desde debajo de mi corte de pelo y, al hacerlo, sentí que mi piel se hacía más gruesa, más nebulosa, dura y curtida. Me dio la sensación de no poder detenerlo; los recuerdos me llegaban de forma incontrolable. Dejé la cuchara, cerré los ojos con fuerza.

Cuando los abrí, fue ante la visión de un Comensal alto y de aspecto pesado con una prístina sábana blanca de recién llegado. Deambulaba de acá para allá por la nave, interceptando a otros Practicantes, agarrándolos por los hombros y zarandeándolos con delicadeza, preguntándoles una y otra vez: «¿Has visto mi coche? Es verde y tiene un portón trasero. ¿Has visto mi coche?». Miré a los cuchareadores a mi alrededor. Todos habíamos dejado de rellenar tarros, todos habíamos vuelto la cara hacia este hombre inquietante que, en su olvido, parecía de algún modo estar sufriendo también un ataque de memoria. En todas y cada una de las caras percibía la incomodidad por verlo sufrir tanto a causa de su propia Oscuridad, de la que no podía liberarse, pero yo me sentía peor que todos ellos. Sabía que estaba más cerca de convertirme en él que de convertirme en uno de los Comensales equilibrados que había a diestro y siniestro. Sabía que yo distaba solo unos pocos recuerdos de permitir que algo Oscuro se me escapara de nuevo.

Mientras miraba, los Jefes rodearon por todos los flancos al hombre que recordaba.

—¿Habéis visto mi coche? —les preguntaba a medida que iban cercando su figura corpulenta.

La Comensal a mi derecha debió de percatarse de mi preocupación a través de mis agujeros para ver. Se inclinó hacia mí con un gesto confidencial.

—Los Padres suelen quemarse pronto —susurró—. Nadie sabe por qué. Hay quienes piensan que es porque no pueden deshacerse del todo de sus recuerdos. Están demasiado ligados a las cosas de las que eran responsables, a las cosas que poseían. Aunque sea esa la razón por la que vinieron aquí huyendo.

La miré y asentí. Los Jefes se llevaban al hombre a rastras hacia la puerta exterior de la nave. El hombre había dejado de preguntar por su coche y ahora se limitaba a sollozar de forma poco clara; en su sábana se empezó a formar una zona húmeda, cerca de la cara y el hombro.

—¿Qué les ocurre? —pregunté en voz baja.

—Los expulsan —dijo con total naturalidad—. Se los destierra a su vida anterior. Se los devuelve a la toxicidad del mundo exterior. No se puede consentir que suceda algo así en compañía de personas más puras y Luminosas. Si se les permitiera quedarse, incluso en un área independiente, incluso en un edificio colindante, frenarían el avance de todos nosotros.

Dirigí la mirada hacia la puerta exterior, elegante y de hojas de cristal. En los rectángulos que se abrían al mundo exterior, vi miles de hojitas arremolinadas por la brisa, el asfalto y la acera grises y desgastados, botellas de plástico y latas vacías tiradas en terrones de hierba parduzca. Vi al menos doce cosas distintas que sabía que estaban matándome cada una a su ritmo, volviéndome loca, haciéndome tóxica y defectuosa. Un escalofrío me recorrió la columna. Me costara lo que me costase, tardara lo que tardase, tenía que permanecer en la Iglesia.

Estaba de pie en la Sala de Conferencias F a la espera de que comenzara el discurso del día, a la espera de que nuestro Jefe Regional se subiera al estrado y nos diera las nuevas lecciones diarias sobre qué evitar, qué recordar, qué olvidar. Anna se había ofrecido a no separarse de mí y a explicarme los matices del discurso para que no cometiera tantísimos errores en el futuro.

—Cada traspié que das hace que yo también me tropiece —dijo—. Recuérdalo.

Ahora sabía que tenía que seguir sus instrucciones al pie de la letra si quería permanecer aquí, a salvo de la Oscuridad y las toxinas y, lo más importante, de mí misma.

Ya estaba bien entrada la tarde y todavía no habíamos almorzado; la gente se movía un poco menos que de costumbre. Se mecían con sopor; sus figuras cubiertas por las sábanas se inclinaban bajo la luz como si hubiera una persona intentando mantenerse despierta debajo de ellas. Desde el otro lado de las zonas de aparcamiento, que se oscurecían como lagos, y más allá del centro del área de negocios, veíamos otros edificios como el nuestro, reflejos de aquellos en el exterior, y veíamos a personitas que entraban y salían de ellos.

En la sala, nuestros cuerpos exhalaban un aroma como a Coca-Cola Light; lo sudábamos a través de la piel y el tejido blanco lo absorbía. El sonido de un generador cargaba el aire de pesadez, llenando la sala pese a que todas las ventanas estaban cerradas. La luz se filtraba a través de la sábana reglamentaria con la que me habían envuelto, a través de la propia transparencia de la tela en sí. Sabíamos que aquí dentro estábamos a salvo, o eso creíamos, o eso sentíamos, o eso queríamos sentir. A través de los agujeros de los ojos observé a mis compañeros Comensales, la blancura de sus tapas se fusionaba para formar una cosa que parecía una cordillera montañosa bajo la nieve, decenas y decenas de picos que se elevaban abruptos y repentinos desde la blancura, con las puntas redondeadas de manera inquietante, como si las hubieran martilleado.

Estábamos pegadísimos unos a otros y el aire sabía húmedo e íntimo, como un beso de la boca de un desconocido. Decenas y decenas de nosotros, nuevos y antiguos, esperábamos impacientes ante el atril vacío. Nos aglomerábamos a su alrededor como hormigas en torno a un pegote de gelatina, intentando averiguar cómo estrujarlo y extraer de él lo que queríamos: un atisbo del Jefe Regional, las atenciones favorables del Jefe, las palabras de sus labios que nos sacarían de nuestra situación y nos conducirían hacia una mejor. Estos lapsos de tiempo en blanco antes de que empezara la lección eran difíciles de llenar. Eran incómodos y aburridos. Queríamos observarnos unos a otros, juzgarnos unos a otros, decidir si éramos mejores que el resto y nos merecíamos más el ascenso. Queríamos sentirnos afortunados, sentirnos esperanzados, sentirnos más cerca de nuestros fantasmas. Pero en este mar de blancura, era difícil ver algún rastro o rasgo de tu exterior que te diferenciara de todos los demás.

Los montículos blancos que hay delante de mí empiezan a agitarse, volviendo sus torsos de lado, bajo sus mortajas, para mirar alrededor, oscilando ante mí como montañas al viento. En ese momento veo a nuestro Jefe Regional abrirse paso entre la multitud, acortando camino desde la entrada de servicio hacia una densa marea de admiradores que se separan solo un poco para dejarlo pasar. Todos quieren sentir la fuerza de su cuerpo al pasar, creen que con el roce se les pegará algo de su Luminosidad. El Jefe, seguido por un par de ayudantes, se agarra la cabeza con ambas manos para mantener los agujeros de los ojos en su sitio mientras avanza. Camina despacio, como si creyera que tiene un aire majestuoso. Pero no es tan alto, ni particularmente grácil. Lo único que es, es Luminoso, más Luminoso que todos nosotros. Lo sabemos porque nos

lo han dicho, lo sabemos aunque en realidad no se nota a través de su sábana, una sábana de mejor calidad que la nuestra: de hotel de categoría, lujosa por su alta cantidad de hilos, gruesa y sedosa, con detalles satinados en el dobladillo que le arrastra a la zaga. Al llegar al atril, sus ayudantes salen disparados desde detrás para arreglarle la cola de la sábana y que no se tropiece cuando se vuelva hacia nosotros para dar su discurso. El Jefe nos dedica a todos lo que interpreto como una mirada evaluadora, aunque a través de los agujeros de los ojos puede resultar difícil deducirlo. En momentos así, su apariencia es tan normal y corriente que cuesta creer que él, solamente él, cuente con el conocimiento necesario para traer al mundo a nuestro yo futuro.

En ese momento levanta las manos con grandiosidad y se dirige a todos nosotros:

¡AQUEL QUE SE SIENTA A MI LADO,
COMAMOS COMO UNO!

Miro a Anna, de pie a mi lado, que ya le devuelve las palabras a gritos, que ya une su voz al volumen total de la multitud, gritando y gritando en perfecto unísono, como una única gran persona que se expande con una sola voz monstruosa. Anna parece tan feliz a través de los orificios para la vista que los ojos se le salen de las órbitas por el entusiasmo, que la boca aprieta febrilmente contra el interior de su sábana mientras chilla y chilla sin parar. Parece tan feliz y tan Luminosa…

Bajo la mano y tomo la suya en la mía. La agarro con fuerza. Meto mis dedos entre los suyos y nos entrelazo. Y entonces levanto la cabeza para gritar.

Dentro de un cuerpo no hay Luz. La Sangre se amontona a través de él sin idea alguna de adónde se dirige, deslizándose al pasar junto a las partes internas, partes que sienten algo pero no saben nada sobre lo que sienten. Lo que perciben lo envían a través de canales nerviosos hasta el cerebro, un órgano pálido como un pez de las cuevas, sin nervios propios. Dentro de un cuerpo, pensamientos que nunca entran en contacto con el aire, que nunca alcanzan la Luz, pensamientos que acaban en una Oscuridad asfixiante. El sótano húmedo de una película de terror en el que una adolescente se hunde lentamente, con las escaleras crujiendo bajo su peso, su voz débil y alerta al pronunciar en voz alta el nombre de su novio, una y otra vez.

Dentro de un cuerpo no hay Luz, por lo que los Comensales te enseñan que debes brillar con tu propia luz mediante una Alimentación Recta. Los diagramas lo ilustran a las mil maravillas: un torso femenino en corte transversal, colocado de lado, como un pescado sobre una tabla de cortar. Unos pequeños cubos blancos y negros caen por su garganta en la dirección indicada por una flecha, los senderos del cuerpo resaltados con gruesas líneas blancas, líneas de autopista. Estos cubos negros representan los alimentos, los malos, los que matan de hambre al fantasma dentro de ti para que cuando le llegue el momento de surgir de tu suave cáscara, de salir de dentro de ti al mundo y llevar a cabo tu proyecto de una forma más perfecta de la que jamás soñaste, muera atrapado y debilitado en tu cuerpo, que ha sido su cárcel desde siempre. Los cubos blancos son los alimentos buenos, los que pueden salvarte, si no en este cuerpo, pues en el siguiente.

Dentro de la mujer esquemática, los cubos alimenticios se destruyen. Liberan sus propios fantasmas benignos y malignos. Los alimentos Oscuros viajan hasta los órganos protectores donde se gesta el fantasma, vulnerable y aletargado; se adhieren a su exterior y estrangulan lo

que duerme en su interior. Los alimentos buenos, por el contrario, se descomponen en haces de Luz de distintos colores que brillan como unos fuegos artificiales, y esta Luz ilumina el cuerpo y nutre el fantasma en su interior. *Imagínatelo,* dice, *lo resplandeciente que te vuelves cuando comes Luz. Lo hermoso, lo perdurable y duradero. Los colores que no se ven, creando la brillantez dentro de ti, preparándote para tu transformación en fantasma. Colores más hermosos que cualquiera de los que conoces.*

Antes solía tumbarme en la cama por la noche con las manos sobre el vientre, sintiendo cómo la sangre se concentraba, preguntándome qué sucedía dentro de mí. Ahora que me habían iluminado, me tendía en mi catre de lado, como un bebé dentro del útero, y cuando apoyaba la mano en mis órganos centrales sabía exactamente lo que había debajo. Sabía que los sentimientos defectuosos y tristes, las insatisfacciones diarias y las punzadas de desesperación no eran más que el modo en que mi fantasma da patadas dentro de mí, da patadas para poner a prueba su independencia, da patadas para decirme que quiere que le permita salir.

Me quedé dormida soñando que algún día, pronto, mi fantasma me abriría en canal, como un brote verde que perfora la corteza de un bulbo enterrado.

CAPÍTULO 11

Para esta lección, llevad la atención a las fronteras de vuestro cuerpo. Si estáis en una Fase Cuatro de un estado peri o proxifantasmal, es posible que esta sesión tenga poco que ofreceros. Para aquellos que operan en una Fase Cinco o superior, o quienes ya experimentéis la sensación de que vuestra barrera dérmica es penetrable o está empezando a difuminarse, adentrarse en el contenido de esta clase podría desencadenar una reversión de entre cinco y doce decafases y acarrear dolorosos síntomas físicos tales como arcadas, aumento de la frecuencia cardiaca, euforia, sugestionabilidad, inflamación de las articulaciones y del hígado, e irritación epidérmica y pústulas. Si cumplís o sabéis de alguien que encaje con las características de este perfil de riesgo, por favor, informad a un asistente de inmediato.

Bien, a aquellos que hoy os quedéis con nosotros, bienvenidos. Me gustaría que cerrarais los ojos y os concentrarais en vuestros bordes, cómo los percibís, si os parecen firmes o seguros. ¿Dónde termina vuestro perfil? ¿Y ese final es difuso o elástico? ¿Trémulo? ¿Repentinamente vibrante, quizá? Notaréis que vuestra corteza se vuelve turgente, adopta cierta rigidez, cuando vuestro cuerpo canaliza recuerdos de vuestro pasado más Oscuro. Sentís un ligero mareo, ¿verdad? Esto sucede porque al pensar en vuestro pasado se activa de manera instantánea todo aquello con lo que vuestro yo del pasado estuvo en contacto, desde lo inocuo hasta lo fulminantemente tóxico; en especial, lo fulminantemente tóxico. Vuestra vida pasada era como el agua de una charca estancada: lenta, turbia, saturada de cieno y de partículas. La luz no podía abrirse camino a través de las tinieblas. Esto no quiere decir que vuestro pasado fuera totalmente Oscuro, sino que estaba tan embarrado que de esa charca venenosa no puede extraerse ni una sola taza de agua apta para el consumo. En cada sorbo tragaríais suficiente suciedad para ahogaros. Y para eso estamos aquí hoy: para ayudaros a filtrar de vuestro cuerpo esa materia Oscura que interfiere en vuestro progreso hacia un estado fantasmal ideal, que entorpece el desprendimiento final de vuestra corteza corporal. Podemos desinfectar vuestro pasado en el presente, si estáis dispuestos a ello. Resultados contingentes. ¿Alguna pregunta? Si tenéis dudas, levantad la mano. Un asistente acudirá para resolverlas.

Me tumbé bocarriba en el centro del gimnasio e intenté respirar. Procuraba no hacer nada que pudiera interpretarse como que estaba levantando la mano. Mi intención era saber lo que estaba haciendo y hacerlo a la perfección. Me imaginé a una estudiante modélica e intenté parecerme físicamente a ella. Trataba de no mirar hacia el techo ni hacia la voz del instructor. Trataba de no mirar a nada, de sentirme como si me hubiera perdido entre el resto de los cuerpos en posición supina que yacían laxos por el suelo. Intentaba concentrarme exclusivamente en la idea de Luz y

en el fantasma que llevaba dentro, no en mis recuerdos, que seguían tan moteados como siempre y parecían acompañarme en todo momento. Los Jefes se movían entre nosotros, comprobando nuestro progreso, rozándonos el rostro y la boca por accidente con sus sábanas. Podía intuir a Anna en la estancia, en alguna parte de la habitación, realizando el ejercicio sin preocuparse por la ejecución. Hoy el aire tenía cierta cualidad erosiva que se me incrustaba en la piel, y una vez más agradecí la protección de la sábana.

Me gustaría comenzar por pediros a todos que dirijáis vuestros punteros fantasmales hacia el objeto situado en el centro de la habitación. No abráis los ojos. Enfocad con vuestro ojo interior, con vuestro ojo fantasmal. Como estoy seguro de que todos ya sabréis, el objeto del centro de la habitación es una naranja, una pieza de fruta corriente y moliente. Las naranjas, en sí y por sí mismas, no son ni Oscuras ni Luminosas. Si tuviéramos que atribuirles una categoría, serían Luminosas, aunque muy poco. Para vuestro futuro ser fantasmal, comerse una naranja es tan beneficioso como cepillar la pelusa de un jersey. Básicamente da lo mismo. Las naranjas, no obstante, son una fruta muy popular en Estados Unidos. Se dejan ver en nuestras tiendas de alimentación, en nuestras ligas de béisbol infantiles, en nuestras bolsitas con el almuerzo del día, en los momentos en que nos encontramos más débiles y hundidos. Son un actor principal de la Oscuridad colectiva de nuestro antiguo mundo, y, como tal, son uno de los objetos más peligrosos con los que podríais toparos en la realidad o con el pensamiento: a buen seguro, el mero concepto de naranja hará que afloren peligrosos recuerdos repletos de gente, de lugares y de objetos nocivos.

Volved la vista hacia los pensamientos, ideas y recuerdos internos que os evoca esta fruta y veréis cómo pretende traer a este espacio limpio y santificado remembranzas de una época corrupta, en la que los objetos Oscuros se mezclaban indiscriminadamente con los Luminosos y vuestro fantasma se hallaba en un estado próximo a la atrofia. Recordad, PERO NO PENSÉIS EN los sentimientos Oscuros de aquella época, que ya se han esfumado: sentimientos de quererlos demasiado o demasiado poco, de no querer nunca la cantidad adecuada, de desear que os dieran espacio y después no sentiros queridos, de decir que entendíais lo que os estaban diciendo cuando lo único que conseguían era que os sintierais más confundidos y más solos. Recordad: NO RECORDÉIS vuestro pasado. PERCIBIDLO igual que percibiríais una piedra o una flor oscura a cierta distancia de vosotros. ACTO SEGUIDO, ARROJADLO CON FUERZA LEJOS DE VOSOTROS.

Dicho esto, voy a enseñaros un par de técnicas que os ayudarán a filtrar y a renovar el material mental. Aun cuando vuestro pasado debería contemplarse siempre como tóxico, estas técnicas, practicadas de manera continuada y con intensidad creciente, habrían de permitiros interaccionar de forma segura con los objetos que encontréis en vuestra pequeña guarida. Comencemos por un recuerdo básico y más bien neutro. Me gustaría que todos evocarais un recuerdo del pasado; pongamos que pertenece a los últimos cinco años, pongamos que corresponde a un día cualquiera más que a una ocasión especial, y pongamos que sucede en una cocina. NO RECORDÉIS este recuerdo, simplemente limitaos a inspeccionarlo y a evaluar su contenido. ¿Cuándo transcurre? ¿Quién está presente? ¿Qué tipo de objetos y de colores tenéis cerca? ¿Cuáles lejos? Cuando visualicéis uno de estos elementos —pongamos, la ubicación, esa cocina— quiero que trabajéis para cambiar ese lugar por este lugar. Este ejercicio podría conllevar una resta, si conocéis muy bien esa ubicación que antaño ocupasteis, o implicar una

suma en el caso contrario. Por ejemplo, un día estabais con vuestra hermana en una cocina luminosa y acogedora de paredes tapizadas con un papel pintado de caléndulas en flor. Al mirar dentro de vuestra taza de té, veis en el fondo la muda de piel de una araña.

En primer lugar, eliminad a la hermana o al objeto con apariencia de hermana de este recuerdo. Independientemente de lo que pensarais de ella en aquel momento, ahora mismo no es más que una barrera con forma de hermana para vuestro progreso. Podríais empezar por introducir cerca de su rostro una partícula de vacuidad que se expandiera hasta engullirla por completo, desde su boquita demandante hasta sus uñas de los pies mordisqueadas. También podríais «ennegrecerla», tapando su ubicación con un cuadradito o un garabato negro que nos disuada de mirarla. Quizá el método más sencillo consiste en mirar hacia otra parte. Probadlo. Esto puede llevaros un par de intentos.

A mi alrededor oía ruiditos de esfuerzo, gruñidos contenidos y jadeos entrecortados a medida que tratábamos de eliminar a nuestros seres queridos de nuestras escenas privadas. Estas sesiones de filtrado hacían daño; después de ellas me encontraba arañazos en el cuerpo, me dolían los músculos de los antebrazos y de las pantorrillas; debí de estirarlos intentando quedarme quieta con todas mis fuerzas. Estaba trabajando en un recuerdo de varios meses atrás, antes de saber que existían otras vidas aparte de la mía a las que podía escapar, antes de saber de la existencia de la Oscuridad y la Luz, antes de que las cosas se torcieran tanto. En mi recuerdo estaba en la cocina mientras alguien que me esforzaba por imaginar que no era B me sugería que comiéramos algo que no fueran polos. Había eliminado su rostro y su pelo; ahora por encima de su delgado cuello se inclinaba una nebulosa y las palabras brotaban de ella, aunque ya no sabía qué significaban.

Una vez que hayáis practicado con la erradicación de personas, probad con una sustitución del plano de fondo. Podéis recurrir a nuestro marco puro y rebosante de Luz. En lugar del papel pintado de vuestra niñez, pensad en nuestras lustrosas paredes blancas. Cuanto más se parezca vuestro recuerdo de aquel lugar a este salón de Luminosidad, más Luminosos seréis en vuestra memoria y en vuestra evanescente iteración actual.

Sustituí las paredes grises moteadas de manchitas cargadas de historia por una austera extensión blanca como la de la sala. Quité nuestros platos baratos de cenefa amarilla y no los reemplacé por nada. A pesar de haber limpiado esos indicadores, no podía evitar saber quién era, cuándo ocurría y qué estaba sucediendo. ¿Qué estaba haciendo B? ¿Estaría pareciéndose más a mí? ¿Comportándose más como yo? ¿Habría visto a C? ¿Cómo de lejos estaría él de donde ella se encontraba ahora?

Recordad la parábola del cuchillo: érase una vez dos hermanos, idénticos en temperamento pero divididos en espíritu, que albergaban una gran enemistad entre sí. A la muerte de su padre, mandaron repartir sus bienes en dos mitades iguales. Eran afortunados, puesto que su padre poseía las cosas a pares: en su amplia morada cada objeto descansaba junto a su gemelo. Empezaron a repartirse su propiedad, y las proporciones salieron exactas, excepto por un cuchillo de trinchar desparejado. Los hermanos se enzarzaron en una discusión encarnizada sobre aquel cuchillo: o se lo turnaban por breves intervalos de tiempo, o separaban la hoja de la empuñadura y se marchaban cada uno por su lado. Finalmente, blandiendo el filo contra la

garganta de su hermano, el mayor sugirió que él tomaría posesión de la manifestación física del cuchillo, mientras que el menor podía considerarse dueño de los elementos intangibles: su afiladura, su forma y su vida de ultratumba. Enseguida, cada uno tomó su camino; el mayor se montó en su caballo y lo arreó hacia la aldea, mientras que el pequeño se quedó en posición supina, vaciándose de vida en la orilla del camino. Pero, después de todo, el benjamín resultó salir ganando: mientras que el primogénito pinchaba sin ánimo la comida con su pedazo de materia heredada, el hermano pequeño vivió mucho mejor en el paraíso con el cuchillo a su vera, cantando canciones de cuchillos en las reuniones celestiales y perforando a los ángeles, uno por uno.

NO DEJÉIS DE REUNIROS, DE APRENDER, DE LIMPIAROS;
VUESTRO FANTASMA ESTÁ REBOSANDO.

Con eso, nuestro Jefe abandonó la sala y se acabaron las lecciones por aquel día.

Después de una comida de seis Kandy Kakes, me dirigí al Vestíbulo de Bienvenida para mi turno como procesadora de recién llegados. Anna ya estaba allí, lavándose las manos bajo el agua caliente, preparándose para el baño protocolario en el que limpiaríamos los cuerpos maculados de los nuevos miembros. No importaba dónde intentara estar, Anna siempre parecía llegar cinco minutos antes que yo. Alzó la vista hacia mí cuando entré, después la bajó de nuevo a sus abluciones, la bajó con violencia, como si estuviera limpiándose el yo de ella. Saltaba a la vista que Anna había empezado a tenerme ojeriza, y que creía poder ascender más alto y más rápido por su cuenta, algo que era probablemente cierto. Desde nuestra llegada, habíamos subido en la Iglesia, pero tampoco tanto.

Del otro lado del portón metálico del garaje podía oír a los nuevos miembros alborotados en su redil temporal, retorciéndose en un desasosiego colectivo, pidiendo tímidamente comida o agua. Esos momentos previos al procesado me colmaban de ansiedad y de miedo. La Oscuridad incrustada bajo las uñas y en los pies, disuelta en las comisuras pringosas de la boca y los ojos, el discurso en bruto plagado de referentes sin corregir ni limpiar el mundo Oscuro que todavía recordaba, por mucho que me esforzara por evitarlo. El inexorable raudal de preguntas que me harían y que yo podía no responder: los nuevos me hacían sentir que sabía menos que ellos, menos que nada de nada.

A la hora convenida la puerta se alzó y los nuevos pasaron, parpadeando cegados por las bombillas fluorescentes del techo, que arrojaban sobre sus cuerpos desvestidos sombras de color crema y de un enfermizo tono amarillento. Les retiramos las sábanas y los expusimos, parpadeantes, a nuestra Luminosidad. Pululaban desorientados por el Salón de Bienvenida, se acuclillaban y se cubrían la cabeza con las manos, se detenían en mitad de la habitación y miraban hacia arriba. Sus rostros descubiertos estaban abiertos y ávidos de directrices, y me sentí agradecida por mi sábana, que nos mantenía separados. Como responsable de bienvenida, mi labor era cogerlos uno por uno y guiarlos durante las diversas fases del baño: el baño de sal, el baño de arena, el baño blanco. Agarré a una chica por la muñeca y volví su rostro hacia el mío. Tendría unos trece o catorce años, una lacia melena rubia le resbalaba por el pecho. ¿Había decidido venir aquí, o lo habían decidido por ella? Le cogí la otra muñeca y la miré a los ojos.

—¿Estás preparada —pregunté— para purgar la Oscuridad de tu cuerpo, para no comer nada

más que Luz, para extirpar de tu carne al doble de tu ser y arrojarlo fuera para que muera de hambre en libertad?

En el blanco de sus ojos nerviosos, los vasos sanguíneos resaltaban como hebras rojas.

—Supongo —dijo.

Suficiente. La conduje por las muñecas hasta la bañera de sal, le indiqué que se tendiera y se revolcara como un pajarito en un cuenco de arena seca. Fui vertiendo sobre su cuerpo en movimiento una taza de sal tras otra y la ayudé a frotarse las zonas donde la Oscuridad tiende a acumularse: las axilas, la sangría del codo, la parte trasera de las orejas y el cogote, los pliegues Oscuros en los que el pelo atrapa las partículas de malestar.

Mientras la bañaba en un blanco recio y acre, su rostro se fruncía en una mueca destinada a evitar que penetrara la sal. Solo cuando la trasladé a la bañera de arena caí en la cuenta de que su boca no solo adoptaba un gesto de protección, sino que estaba mutando hacia el habla. La chica se movía para limpiarse la boca con algún miembro, pero sus partes movibles estaban tan encenagadas como todo lo demás; la arena formaba una costra sobre las yemas de los dedos, sobre las muñecas, sobre su boquita en flor. Cabeceaba ligeramente, con sus ojos clavados en los míos con desesperación, dándome a entender que quería que le retirara la arena de los labios con mis propias manos. Bajé la vista hacia mis manos. Los dedos me asomaban por los bordes de la sábana. Parecían más viejos de lo que recordaba, con unas líneas marcadas cerca de los nudillos y un dibujo resquebrajado que se extendía por el dorso. Había perdido la noción del tiempo. Ignoraba cuánto llevaba allí, cuánto había envejecido. Mi edad, como mi nacimiento y mi niñez, era un tema tabú. Indaga más bien, decían los Jefes, sobre la intemporalidad de tu fantasma.

Le indiqué a la chica que yo estaba ocupada haciéndole otras cosas, tareas importantes y necesarias, obligatorias. Gesticulé con las manos como si me estuviera lavando, y me llevé un dedo silenciador a los labios, al punto de la sábana donde habrían estado los labios de haber sido una cara. Volví a ajustarme la sábana y a intentar recogerme por encima de los codos las zonas de mi atuendo que hacían las veces de mangas. Me incliné hacia la bañera y le froté la espalda y los brazos con la fina arena blanca, asiendo sus hombros huesudos mientras la purificaba de su pasado. Pero seguía observándome con esa mirada implorante, relamiéndose los labios una y otra vez. Su lengua emergía y empujaba la sustancia granulosa que encontraba a su alrededor. Intentaba expulsar de su boca una pompa de baba que dividía sus labios y manaba oscura con la arena humedecida. Se atragantaba con el aire próximo a mis manos mientras yo maniobraba a fin de mantener su cuello inmóvil para la limpieza. Se zafaba y se retorcía, le sobrevenían arcadas descontroladas. Me costaba mantenerla en su lugar: se me resbalaba la sábana, corría el riesgo de mostrar mi cara a la sala entera.

—Por favor —suplicó con un hilillo de voz trémula—. Tengo entrenamiento de fútbol.

Llegaban nuevos así todo el tiempo, gente de todas las edades con una vaga idea de qué estaban haciendo aquí.

—No hay ningún entrenamiento de fútbol —le dije. Parecía aturdida. Añadí—: Lo mejor será que te olvides de que algún día lo hubo.

—Pero me lo dijo mi madre. Pregúntele a mi madre —insistió, con una voz más elevada, más chillona.

Negué con un gesto de la cabeza y la solté un instante para recolocarme la sábana en su sitio. Después, la agarré por los hombros y la manipulé para pasarla del baño de arena al baño blanco. Antes el baño blanco era un baño lácteo, principalmente a base de leche y algo de yogur, pero los

investigadores de la Iglesia habían descubierto una cualidad tóxica en la leche. Así como la leche alimentaba la carne del bebé humano, estaba obligada a ser asfixiante para el bebé fantasmal. La leche estaba proscrita. Ahora el baño blanco era harina disuelta en agua, un mejunje aceptablemente lechoso que había que remover sin parar para evitar que se separara en un líquido fino y turbio y una pasta pegajosa que se acumulaba en el fondo.

La agarré por debajo de los brazos para auparla y la acerqué a trompicones hasta el baño blanco, le introduje una pierna primero y la otra después mientras ella miraba hacia arriba y me repetía una y otra vez: «Busque a mi madre, pregúnteselo a ella, por favor. Dígale que necesito las botas de tacos. Que se acuerde de mis botas de tacos. No quiero ir en zapatillas de deporte y que luego Amanda Marcos me imite cayéndome de culo en el saque. ¿Dónde está mi madre? ¿Estoy en el médico? ¿Qué me está haciendo?». Su parloteo atrajo las miradas de los demás miembros nuevos y, peor aún, de los demás procesadores. Sentía sus ojos en mí como una fiebre. Tenía que calmarla antes de que cualquiera decidiese que yo era una mala trabajadora, una mala trabajadora porque tenía una mala recién llegada.

Su cuerpo desnudo se transparentaba a través del blanco como islas rosadas que emergían de un denso mar en calma. La carne temblaba, enviaba lentas ondulaciones a través de la espesura. Me incliné, acerqué el rostro al suyo, alineé los agujeros de mi sábana con el orificio de su oreja, y traté de hablar con toda la amabilidad y la dulzura que fui capaz de reunir. Le dije que quizá la había traído aquí alguien a quien ella un día había considerado su madre, pero que quizá no. Que la idea de su madre estaba obsoleta, que pertenecía a un mundo condenado y abocado alegremente a un letal envenenamiento de Oscuridad. Era una afortunada por estar aquí con nosotros, tenía suerte de haber encontrado el modo de salir de su ser condenado. Le masajeé la espalda con pequeños círculos reconfortantes. Al buscar en su cara signos de sosiego y comprensión, vi las pequeñas pupilas negras contrayéndose en el centro de su ojo.

—¿Que mi madre está dónde? —preguntó.

Traté de dar con una nueva formulación para expresar lo sola que se encontraba.

—¿La conozco de algo? —me preguntó con una inseguridad aún mayor.

Su cuerpo se precipitó de una sacudida hacia el exterior de la bañera cuando intentó escrutar a través de los agujeros de la sábana para verme la cara. Una mano húmeda, blanca y refulgente me tiró de la tela, me agarró de la muñeca desnuda y la palpó, como si intentara tomarme el pulso.

—Sé que la conozco —dijo—. Por favor… De Forest Hills. Los bloques cerca del Wally's grande, el que tiene un banco y un bar de sándwiches de helado. La urbanización en la que acaban de plantar un montón de árboles, todos esos arbolitos que no se tienen en pie sin tutores ni cuerdas. Tiene que acordarse de mí. Yo la he visto allí. Montándose en su coche. Subiendo hasta aquella puerta. Parecía usted triste. Tiene que decirle a mi madre que venga a buscarme.

La chica rezumaba Oscuridad. Escucharla no me aportaría más que información errónea. Lo que creía haber vivido había sido un mal sueño engendrado en un cuerpo enfermo, como esas pesadillas que se tienen al dormir con una fiebre muy alta. Yo siempre había vivido aquí en la Iglesia. ¿Me sonaba de algo el nombre de Forest Hills? ¿Me resultaba más familiar que otro nombre cualquiera? ¿Era un sitio en el que yo había estado, en el que había dormido, en el que había vivido? ¿Podría tratarse del sitio donde C vivía, donde vivía antes, quizá donde aún seguía viviendo? A veces tenía la sensación de que él también estaba aquí en la Iglesia, solo que el edificio era tan grande que nunca habíamos coincidido en el mismo sitio a la misma hora. Un

Jefe que me observaba desde la otra punta de la sala meneaba lentamente la cabeza de un lado a otro, y supe que lo había echado todo a perder, que había estancado el procesamiento, que había desenterrado el pasado que había dentro de mí y me había Oscurecido a la vista de todos.

Bajé la mirada a mi labor como si no hubiera pasado nada. Cogí la jarra para limpiar su conducto interno. La Oscuridad se desprendía de la cubierta exterior del cuerpo con bastante facilidad; en cambio, deshacerse de la del interior costaría varios meses de un intensivo y laborioso proceso de Descomer. Habría terminado de procesarla en cuestión de minutos, pero aún estaría lejos de la Luminosidad, lejos de un caparazón adecuado. Para eso, tendría que revertir su compromiso consigo misma. Necesitaría convertirse en alguien como Anna, a quien intuía trabajando en el otro extremo de la sala, ejecutando su limpieza con gestos ágiles y briosos, transformando a los nuevos miembros uno tras otro, mientras cada uno la acercaba cada vez más a su final prometido. Sumergí la jarra en el blanco profundo e insípido, la llené de agua blanca, agua caliente, espesa y harinosa, y la sostuve encima de su cabeza para verterla. Le sujeté la barbilla con la mano izquierda mientras el blanco resbalaba hacia abajo, y musité con suavidad:

—Naciste de la Nada, tu madre fue la Nada, tu padre fue la Nada, eres hija de la Nada.

Podía verla pestañear bajo el espeso líquido; los párpados aleteaban y se cerraban una y otra vez para intentar apartar el blanco que afluía sin cesar.

—Tu seguridad era Nada, tus esperanzas eran Nada, no dejaste ninguna huella y cualquier brecha que hubiera quedado atrás se ha cerrado hace escasas horas.

Al pronunciar estas palabras me inundó una tristeza inexplicable, inexplicable porque las había repetido cientos de veces y sabía que eran verdad.

—No conocías a nadie, y nadie te conocía a ti —dije, y al decirlo vi la cara de C en horizontal junto a mí, por la mañana, antes de levantarnos, con la mirada puesta en una peca, un lunar, un pelo díscolo en la comisura de mi boca.

»Pero ahora te tenemos. Vemos a través de ti a la persona que siempre fuiste —continué. Cerré los ojos con fuerza—. La mejor persona. Y encontraremos a esa persona por ti y la sacaremos fuera.

Aquella noche me tendí en el catre junto a Anna mientras esperábamos nuestra revisión médica. Del otro lado de la cortina roja oía a los Inspectores empujando sus carritos entre los espacios separados por las cortinas para examinar nuestros cuerpos en busca de calidad fantasmal, retirando mantas, recolocando cuerpos sin sábanas en sus impolutas plataformas. Anna estaba tumbada, fabricando recuerdos desvinculados de su pasado. Tenía el rostro descubierto, céreo e inmóvil, los ojos cerrados, las manos entrelazadas sobre el vientre. Su boca se contraía y se relajaba casi imperceptiblemente; a veces esbozaba una sonrisa fugaz, como si fuera una niña pequeña que jugaba a hacerse la muerta.

Yo estaba tumbada de costado, fingiendo que también fabricaba recuerdos presentes, pero en realidad pensaba en la niña con la que había tratado unas horas antes esa misma tarde. Me había quedado con mal cuerpo tras escuchar su sarta de falsos reconocimientos, su descripción de aquel espacio medio carnal que cada vez daba más la impresión de poder ser el bloque de pisos de C. El barrio de C siempre había sido un lugar anodino: puertas, aceras, quizá árboles o quizá no. Allí el sol ascendía y al cabo de un rato se ponía, y durante todo ese tiempo los coches iban, venían y paraban. Pero a fuerza de intentar recordar si alguna vez había estado en un sitio como

el que ella describía, si había visto ese particular rostro de niña observándome desde los márgenes, todo empezó a parecerme más posible. Incluso aunque no hubiera estado allí, habría estado en un sitio tan similar que nadie sería capaz de notar la diferencia.

Llegó el Inspector, descorrió el pesado cortinón carmesí y examinó nuestros cuerpos desnudos e inertes con satisfacción o insatisfacción, no supe distinguirlo. Se recolocó la lustrosa sábana satinada alrededor del cuerpo y dos brazos peludos emergieron del blanco. En su muñeca izquierda destellaba el dorado de un reloj de pulsera grande y caro que no funcionaba, que tenía las manecillas paradas. Levantó la muñeca endeble de Anna, que le dedicó una sonrisa de Luminosidad. Le dio la vuelta a la muñeca y abrió un cuaderno de laboratorio por una página marcada con una pestañita roja. Anotó unos números en el margen y con un lápiz rojo bosquejó la topografía de la venosa cara interna de la muñeca de Anna. Manipuló su brazo arriba y abajo y sacó una linternita del maletín, con la que le apuntó al antebrazo, la garganta y los pómulos.

—Estupendo —sentenció—, parece que adelgazas a buen ritmo. Casi puedo ver algo moviéndose, un atisbo de patada que fuerza la carne a su alrededor.

A continuación retiró las mantas y le iluminó el bajo vientre, donde la piel lechosa y pecosa de Anna encerraba sus intestinos y sus vísceras. A la sombra del Inspector, ella meneó la cabeza de lado a lado como si oyese una música secreta, agradable y melodiosa, reproducida a un volumen demasiado bajo para ser oído.

El Inspector recogió la linterna y extrajo una vara, pequeña y fina, afilada como un palillo, que le arrastró suavemente por el brazo, el hombro, el torso, la pierna, con largos barridos, como si fuera una cuchilla de afeitar. Examinó la vara y la metió en una bolsa de plástico, guardó la bolsa de plástico en su caja de herramientas, escribió unos números en unas ordenadas columnas en una hoja de su cuaderno.

—Veo buena textura —comentó, con el cuello aún encorvado, con aquel cabezón ensabanado apuntando hacia el cuaderno en su regazo—.Suave, homogénea, muy lisa. Buena transparencia, como he dicho antes; estás mejorando. También lo llamamos diafanidad. Solo un detalle. Si hay un aspecto en el que puedes trabajar, diría que es la dureza. Piensa en algo quebradizo, huesudo. Como una concha o una frágil tacita de porcelana. En la naturaleza, los huevos que sobreviven casi siempre son un equilibrio entre la protección y la vulnerabilidad. Medítalo. Y, como siempre, sigue pensando con Luminosidad. ¿Ya van tomando forma tus recuerdos? —preguntó, pasando la página del cuaderno.

—Sí, de maravilla —contestó Anna.

Alzó la vista hacia mí. Desvié la mirada.

—Supongo que te toca —dijo el Inspector, sin dejar de darme la espalda. Los hombros le temblaban ligeramente mientras escribía en su cuaderno.

—No le va bien —contestó Anna.

—Me va genial —repuse yo.

—No le va genial —apuntó ella—. Está muy nerviosa.

El Inspector se volvió y me enfocó con los agujeros de los ojos.

—Tienes una mirada tormentosa —observó.

—Evalúe sus propiedades —dijo Anna, incorporándose de pronto.

—No le haga caso —dije, esforzándome por no gritar aunque probablemente gritando.

Anna se volvió, retorció el cuerpo como si estuviera a punto de levantarse. Su mirada no se

parecía a ninguna que hubiera visto antes. Era algo que me recordaba a este preciso lugar, en exclusiva, a ningún otro sitio. Era algo como lástima, como la lástima amunicionada que inspira lo que se está a punto de aplastar, pero ella también me tenía miedo. Me pregunté si alguien a quien yo anhelara aplastar habría leído ese sentimiento en mi cara alguna vez. El Inspector se inclinó hacia mí, intentando obtener una visión de mí a través del mejor agujero, el más grande, de la sábana.

—¿Por qué no quieres que te examinen? —quiso saber.

—No es eso. Por favor, no le haga caso. Está intentando destruirme —dije, incorporándome para tal vez tocar su antebrazo entelado, después retrocediendo. Tocar estaba prohibido; transmitía recuerdos de tactos y sentimientos. Tocar era demasiado persuasivo.

—Mentira —replicó Anna—. Lo único que estoy intentando es protegernos a todos. Emana Oscuridad por los cuatro costados. Tiene que haberlo percibido —dijo.

Manoseaba el aire frente a ella con dos manos huesudas, como si la Oscuridad flotara en el ambiente y ella estuviera escurriéndola.

—Percibo algo —reconoció él—. Es verdad.

Me examinó más de cerca, como si yo llevara algo escrito en el ojo, una nota del fabricante o un modo de empleo.

—Tiene sueños en mitad de la noche. No son de aquí. Sueña como que abrazara a alguien, todo el tiempo. A veces es como si comiera algo largo y asfixiante. No son cosas que tengamos aquí, ni que podamos hacer aquí. Las está trayendo. No puede dejarse atrás a sí misma. Es como que le chifla. Está derramándomelo por encima. Deben hacer algo con ella.

Anna estaba quedándose sin cosas que decir, pero no aflojaba el ritmo, volvía a empezar y lo repetía, no dejaba aire ni aliento entre sus palabras.

—Es mentira —dije, tratando de colar mi voz entre los resquicios de la suya.

El Inspector me escudriñó con ojos alentadores.

—Eso lo hace ella —continué. Intentaba pensar en hechos concretos—. A veces me siento aquí a trabajar en mis desrecuerdos y la veo observándome con esa mirada de reconocimiento. No con una mirada de reconocimiento normal, en plan «Te veo todos los días». Es como si yo fuera para ella una hermana perdida en el pasado —improvisé. Para rematar, añadí—: Puedo vérselo en la cara.

—Eso no es concluyente —repuso el Inspector—. Eso podría ser obra tuya.

—Pero no lo es —me defendí—. Yo soy pura y Luminosa. He buscado mis diferencias y las he sobrescrito. He sustituido el plano de fondo, el primer plano, los personajes, las situaciones. Yo nací aquí, en la Iglesia. Siempre he estado aquí, en la Iglesia.

—Hoy ha tenido una interacción rara con un nuevo miembro —intervino Anna.

El Inspector se volvió hacia ella.

—Descríbelo —ordenó.

—La he visto llevar a un nuevo miembro por las tres bañeras, una adolescente. Rubia. Como a la mitad del segundo baño, la chica se ha asustado. Ha empezado a intentar usar los ojos. Y estaba mirando precisamente a esta procesadora —Anna me señaló con un dedo tan tieso y quebradizo como una ramita—, y se ha puesto a gritar que la conocía, que la conocía. Y ha soltado un montón de bazofia sobre unos pisos y un coche.

—Eso no iba conmigo —dije—. Ni siquiera podía verme la cara.

—No le hacía falta —repuso Anna—. Llevabas el pasado incrustado.

El Inspector carraspeó.

—¿Cómo sabías que era ella si llevaba el rostro ensabanado como es debido?

Anna se reclinó con aire de suficiencia.

—Es mi compañera de espacio. Sé cómo se mueve, distingo su tamaño, su forma. Lo sé porque conozco todo lo que he visto aquí. Es todo lo que sé.

Sentí un nudo al fondo de la garganta. No sabía qué decir, pero intuía que llevaba las de perder.

—Tendremos que inspeccionarte y ver si estás marcada para bajar en la clasificación —anunció sin acritud. Rebuscó entre los papeles en su caja de herramientas.

—De acuerdo —accedí.

Cerré los ojos e intenté pensar en este lugar y en nada más que en él, en esta habitación y en nada más. Dentro de aquel habitáculo oscuro, restringido, de cortinas rojas, me tendí y construí una habitación de cortinas en mi mente, me coloqué dentro con el Inspector y dejé a Anna fuera.

—Muy bien —dijo—. Ya lo tengo. Ahora simplemente contéstame a estas preguntas aplicándote al máximo.

—De acuerdo —dije.

—Aquí va la primera —anunció.

¿ALGUNA VEZ TE SIENTES PERDIDA, DESESPERADA, DESCONTROLADA POR LO QUE RESPECTA A TUS PENSAMIENTOS, O ACASO SIENTES QUE TUS SENTIMIENTOS TIENEN SENTIMIENTOS PROPIOS?

—No —respondí—. Me siento equilibrada y Luminosa. Mis sentimientos son meras respuestas a lo que ocurre en la gestión diaria de la Oscuridad. Sentimientos de satisfacción cuando trabajo. Etcétera.

Hizo una pausa, escribió: *No. Sentimientos de satisfacción.*

COMPRUEBE TRANSPARENCIA EN CUERPO INTERIOR Y EXTERIOR. ¿NOTA ZONAS DE ASPECTO AUMENTADO O REDUCIDO EN ALGUNO DE LOS DIEZ ÓRGANOS CORPORALES PRINCIPALES? ¿ALGUNO DE ELLOS FLUCTÚA MIENTRAS OBSERVA ELMUNDO?

—Uy —dijo—. Eso era para mí. No te muevas. Voy a examinar tu diafanidad.

Volvió a sacar la linterna y me apuntó con ella a la garganta, el brazo, el torso. Se inclinó hacia mí y me echó una ojeada, se ajustó bien los agujeros de los ojos en ambos lados.

—Eres turbia —dictaminó—. Diría que un sesenta por ciento de cobertura. Nada bueno. Ahora piensa en tu madre o en tu padre.

Intenté pensar en ellos. Después intenté no pensar en ellos. No sabía qué debía intentar hacer. Sentía a Anna a mi lado, esbozando una sonrisa de satisfacción, mientras el Inspector sacaba la varita y recorría todo mi cuerpo con ella.

—Suave, también. Dura en algunas partes, pero puede que no sea más que hueso.

Se sentó y anotó los números en el papel. Daba la impresión de que estuviera negando con la cabeza, allí, bajo la cubierta de su amplia y ondeante sábana blanca.

—De acuerdo. Última pregunta.

CIERRA LOS OJOS. ES UN DÍA HERMOSO. IMAGÍNATE QUE MIRAS A TU ALREDEDOR Y LUEGO HACIA ARRIBA. ¿QUÉ VES ENCIMA DE TI? DESCRÍBELO CON DETALLES.

—Hum —dije—. No sé cómo contestar a esto.

—Esfuérzate al máximo —me ordenó él.

—Vale. Bueno, supongo que está muy alto. La parte más alta está muy lejos. Transmite seguridad. No como si algo pudiera hundirse. Hace un buen día. La gente a mi alrededor está rebosante de Luz. Y supongo que se está bien allá arriba, bien de una manera normal. Es de un color feliz, como el azul o así, y no hay toxinas.

El Inspector garabateaba furiosamente en la hoja del cuestionario.

—¿Has dicho azul? —preguntó sin levantar la vista.

—Azul —repetí.

—Aquí no tenemos azul —saltó—. El azul se retiró debido a sus efectos tóxicos. Tenemos techos blancos. A veces grises. O con vigas estructurales industriales, vigas de acero. Tenemos cortinas rojas. Esas son respuestas aceptables.

—Mi respuesta no ha sido aceptable —dije. Pretendía que sonara a pregunta, pero sabía de antemano lo que me diría.

—No —repuso el Inspector—. No lo ha sido. Es un vestigio del exterior, donde tienen azul. Es un indicador de que muy probablemente estás metiendo aquí otras cosas, cosas más peligrosas, del exterior también.

—¿Y si esta fuera la única? —pregunté, esperanzada.

—Lo siento —dijo—. Aun así tendremos que ocuparnos de ti. Te reasignaremos algún trabajo exterior, nada muy peligroso, con suerte. Algún tipo de tarea intermedia en la que procuraremos ofrecerte al menos protección parcial contra la toxicidad. Quizá en una fábrica. Quién sabe. —Me miró a la cara—. Seguirán alimentándote bien. Kandy Kakes.

No sabía qué decir. El Inspector estaba recogiendo el material para pasar a la siguiente inspección. A mi lado, Anna guardaba silencio. El Inspector se detuvo en la puerta.

—Probablemente aún tomarás una última comida aquí. Te sacarán mañana por la mañana. Alguien te comunicará tu destino, creo —dijo. Y desapareció.

Durante un segundo permanecí inmóvil. Después me retorcí, a un lado y a otro, gimoteando. Al cabo de unos instantes me calmé y me volví hacia Anna.

—Me has destruido.

No contestó.

—Ahora me han bajado de categoría —dije—. Todo por lo que he trabajado. Todos los desrecuerdos que he cosechado. Todo lo limpia y Luminosa que me había vuelto. Ahora regresaré al mundo y me degradarán en un abrir y cerrar de ojos. Mi fantasma se marchitará. Ya no viviré más. ¡Has matado a mi fantasma! —le chillé.

Anna se limitó a encogerse de hombros y a volverme la espalda en plan que-te-den. Mientras

volvía la cabeza sobre su esbelto tallo, me fijé en su clavícula y su omóplato deslizándose como los pistones de un motor. Bajo cada hueso, una desolada sombra caída. Las partes del cuerpo más carnosas se habían erosionado y ahora Anna parecía un acantilado, afilado e imponente sobre extensiones de arena evanescente. Su cuerpo se parecía cada día más al de B: más al de B pero menos cada vez que lo veía, como si cada persona que conocía fuera un eco de uno de mis conocidos anteriores.

—Tengo que protegerme —dijo, con un tono no del todo de disculpa.

—¿De la Oscuridad? —quise saber.

—De ti —espetó. Y se tendió de nuevo en el catre, se cruzó de brazos y se agarró un bíceps con cada mano. Cerró los ojos y frunció la boca en una fina línea.

Intuía que ya estaba otra vez aplicándose a perfeccionar sus recuerdos, a aislar las bolsas de Oscuridad exterior y llenarlas de la Luz pura y límpida de este lugar. Por un segundo se me vino a la cabeza tratar de destruirla, intentar cubrirla con una Oscuridad aún mayor. Pero enseguida desistí. Levanté la vista al falso espejo, al falso reflejo de las cortinas rojo sangre y sentí como si ya me hubiera ido. Algo me ardía detrás de los ojos. Al principio lo tomé por enfado, pero luego me di cuenta de que eran lágrimas.

Aquella noche acudí a mi última cena en el complejo en la Gran Cafetería, que antaño había sido un Wally’s y ahora era simplemente un espacio amplio y desangelado iluminado por fluorescentes de supermercado que lo bañaban todo de un blanco insomne. Comíamos allí una vez al día, para después volver a acostarnos en nuestros catres dobles rodeados de cortinas de terciopelo rojo, a dormir en uno de los cientos de catres que llenaban la estancia y le conferían cierto aire de hospital de campaña, como si estuviéramos en algún tipo de emergencia enorme que nunca terminaba ni iba a menos. La cola para la comida ya era larga, serpenteaba por los huecos entre los Comensales que ya estaban cenando, por allí desperdigados de pie con sus bolsitas abiertas y sus bocas llenas. Creí reconocer algunos de los cuerpos, pero podía haber sido un error. Ya fueran desconocidos o no, todos los Comensales se comportaban por el estilo, hacían las cosas de una manera más o menos parecida. Me pregunté si bajo sus prístinas sábanas blancas alguno se estaba enfrentando a los mismos problemas que yo, si también estarían experimentando unas vertiginosas pulsiones de añoranza al pensar sin querer en su vida pasada, con sus cuerpos cálidos y sus manjares deliciosamente traicioneros. Si sentían que su piel fina y vidriosa se empañaba con el recuerdo de las personas de su pasado.

Me puse a la cola con mi bolsa de papel vacía y aguardé mi turno. La comida se calculaba por peso: nueve unidades para un hombre corpulento, tres para un niño. A alguien con un cuerpo como el mío le correspondían seis, aunque había días en que me daban cinco; de hecho, últimamente tocaban más días de esos, cada vez más y más y más. Extendí la bolsa delante de mí mientras los contaban. Era como en Halloween, si Halloween se celebrara dos veces al día y lo único que se comiera fueran Kandy Kakes.

Hoy era un día de cinco Kakes. Encontré un hueco en el que instalarme de pie y abrí mi bolsa. A mi alrededor otros Comensales hacían lo propio, hurgaban y revolvían en su ración, la palpaban con los dedos, buscaban bordes en el pegajoso mazacote de Kandy Kakes, bañado en una cobertura de tofe resistente al aire, a cualquier condición climatológica, e inmune a prácticamente todo.

Los separábamos con nuestras uñas pringadas de tofe y sentíamos el crujido del pastelito al

desgarrarse cuando nuestra excavación iba acompañada de aquellos sonidos quirúrgicos y húmedos, parecidos a los que emitía nuestro propio cuerpo. Nos llevábamos pegotes a la boca e hincábamos las muelas en la guarrería, mordisqueábamos la capa terrosa de cacao afrutado y nos abríamos paso por ella con los dientes. La babeábamos, dejábamos que nos absorbiera y nos dejara la boca seca y cenicienta. Permitíamos que nos drenaran, mientras aguardábamos a que se reblandecieran lo suficiente como para poder darles un mordisco. Entonces, mordíamos.

Los Kakes se desmigajaban en nuestras lenguas, dejando un regusto a chocolate y a hueso, céreos por el tofe y el grasiento glaseado, aunque al mismo tiempo eran más bien insípidos. Siempre sabían a menos de lo que nos esperábamos, pese a que cada vez que comíamos uno esperábamos menos. El espacio de reunión estaba abarrotado de individuos solitarios de pie mirando en direcciones aleatorias, cada uno forcejeando con su propia boca. Y cuando por fin ganábamos, cuando resquebrajábamos el Kandy Kore para llegar al fluido azucarado del interior, nos atragantábamos con su pringue amargo. Tenía la boca áspera como si me la hubieran frotado con un estropajo y con cierto regusto a bilis de naranja.

Volví a contemplar mi bolsa, las cuatro unidades que aún me quedaban por delante. En lo más profundo de mí, en un lugar próximo a mi corazón, mi estómago se estremeció.

Mi nueva misión había llegado. Al día siguiente me enviarían al peligro. Saldría del complejo habitacional e iría a un lugar donde no habría escudo para protegerme de la Oscuridad, ni baños purificadores ni Luminosos, ni seguridad contra los pensamientos y los sentimientos de la gente normal no Luminosa. Pero continuaría estando al amparo de la Iglesia, no había por qué temer. Decían que bajar de categoría no era el fin. Que seguías desempeñando una labor importante, incluso aunque lo pagaras con tu salud. Que formabas parte de la cara oculta de la Iglesia, oculta bajo tu rostro normal, y que todo lo que hacías estaba al servicio de la Iluminación del mundo, especialmente cuando trabajabas fuera de la Iglesia, como en un Wally’s, o un lavadero de coches o lo que fuera.

La cuestión era que al día siguiente me habían asignado ir de figurante a *¡Es mi pareja!* Me retirarían la sábana, expondría mi cuerpo desfantasmal a cientos de miles de personas en diversos estados de Oscuridad. Bailaría junto a las demás figurantes, bailaríamos en corro alrededor de nuestro objetivo y seríamos el señuelo que lo protegería de la mirada de su media naranja, del reconocimiento, de dar con el camino para volver a su propia vida acabada. Y aunque odiaba ese programa, era curioso lo agradecida que me sentía ahora por que me enviaran a sus sombras, y no a la tenebrosa Oscuridad del mundo en el que antaño había vivido.

CAPÍTULO 12

Estos son los programas que menos me gustan de *¡Es mi pareja!* según el orden en que los vi. En primer lugar, el del hombre que, habiendo perdido a su pareja en el apagón final del desnudo integral, se empeña en que sí ha escogido a la mujer correcta e intenta llevarse a una figurante a casa. La mujer señuelo parece aterrada cuando el tipo se la echa al hombro con intención de escapar del plató; lo araña, tratando de buscar una salida. Afortunadamente, un miembro del equipo de seguridad atiza al concursante con una descarga eléctrica antes de que llegue a salir del plano. También está el programa en que la pareja pierde pero confiesa al final que tienen un hijo en común, a pesar de que a las parejas procreadoras les esté legalmente prohibido participar por cuestiones de custodia. Los productores se niegan a rescindir el contrato, que estipula que en caso de pérdida toda propiedad común deberá dividirse en mitades exactas, lo que implica un cálculo preciso del valor monetario de su hijo y una compensación equivalente de bienes que le serán retirados al progenitor que gane la custodia. Los abogados del estudio y los productores se tiran los trastos a la cabeza mientras la pareja permanece en un segundo plano, comprendiendo poco a poco la magnitud de su pérdida.

Y por supuesto: el programa en que la pareja gana de verdad, pero luego ninguno de los dos es capaz de ocultar su tristeza. Los ves cómo se dan cuenta de que la otra persona no quería ganar y que siguieran juntos; cómo se dan cuenta de que incluso antes de darse cuenta también ellos sienten lo mismo. Salen de entre bastidores juntos, conducidos por el presentador, con aspecto cansado, agarrándose de la mano con desgana, como si sostuvieran unas pechugas de pollo crudas y frías.

En cuanto a programas favoritos, no tengo. Los odio todos por igual.

En el autobús junto al resto de los figurantes, el sonido del vehículo tapa el ruido de cuarenta y nueve chicas respirando con aliento entrecortado. Ni hablamos ni nos movemos, no porque nos lo hayan ordenado, sino porque no tenemos nada que decir. Durante los últimos meses, todas hemos hecho lo mismo, hemos vivido las mismas experiencias, que nos han despertado unos sentimientos casi idénticos. La conversación entre nosotras no cambiaría nada: alguien podría decir, *Entre diez y doce Kakes al día*, y la otra contestaría *Sí*, como si con eso bastara. Nadie habría podido diferenciarnos a menos que nos hubiera conocido en nuestras vidas anteriores, y encima habría tenido que identificar a la persona con un elemento de nuestro grupo, una cabeza entre las muchas que emergen de un único cuerpo gigantesco. Soy la única que mira a su alrededor y observa las caras de las demás. Intento averiguar si alguna está emocionada por el viaje, pero es imposible. Las chicas que me rodean tienen melenas de distinto color y caras con

facciones diversas, rostros distintos que asoman de sus cabezas. Todas tienen el mismo tipo de cuerpo: son espectralmente flacas. Sus cuerpos pesan en tu retina igual que la luz: apenas los percibes, apenas los ves.

Los Comensales Unidos son ahora propietarios de un ochenta por ciento de *¡Es mi pareja!* Poseen el veintitrés por ciento de los cosméticos Fluvia, varias plantas de procesado donde enriquecen o empobrecen materia alimenticia, el veinte por ciento de uno de los principales fabricantes de bebidas cuyo producto estrella es un refresco que te envía directo a los sueños. Poseen el sesenta y siete por ciento de todas las tiendas Wally's, lo que implica que seis de cada diez establecimientos a los que acudes son instalaciones Unidas, donde todos los alimentos están agrupados en función de su contenido Oscuro. Y ese número ni siquiera tiene en cuenta las Wallytapaderas, los supermercados que solo están infiltrados sin llegar a estar completamente iluminados, infiltrados por Comensales que en principio desempeñan las funciones de los empleados normales pero que también trabajan veladamente para redistribuir la falsedad por el entorno del supermercado. A estas alturas apenas tiene sentido decir que hay Comensales infiltrados en el imperio Wally's: nuestra gente ha llegado hasta la esencia de la empresa. Alguien de fuera diría que los Comensales Unidos tienen muchos rostros; pero yo sabía que era un único rostro, solo que no podía verse entero de una vez.

Lo que me recuerda a una historia que oí una vez, sobre una hermosa mujer con una hija de la que un amigo mío se enamoró, y nunca más volvieron a verse.

Después de la primera vez que vi *¡Emp!* en el apartamento de C, volví a casa y se lo conté a B. La concursante había salido del cuarto del apagón de la mano de un hombre al que todo el mundo, público y presentador incluidos, tomó en un principio por su marido. Tenía la misma estatura, la misma mandíbula prominente, la misma complexión fibrosa de ciclista, solo que con una leve curva de barriga cervecera. Aquel extraño era probablemente como su pareja había sido unos cuatro o cinco años atrás. El público prorrumpió en aplausos y el presentador incluso se encaminó hacia la radiante mujer y el perplejo figurante, extendiendo el brazo derecho hacia delante para estrecharles la mano. Entonces apareció el marido con aire confundido, y todo se vinoabajo. Intenté explicarle a B qué era exactamente lo que me había parecido descorazonador. Era que habían querido permanecer juntos. O que ella pensó que lo habían querido, que se había quedado muy cerca.

Dijo B:

—Yo lo haría. No tengo nada que perder.

—Si fueras al programa —observé—, algo perdible tendrías.

—Nunca he tenido nada perdible —repuso B—. Bueno, quizá tú ahora.

Me levanté y me alejé unos cuantos pasos para juguetear con algo.

—Si C quisiera participar en ese concurso, lo dejaría —afirmé—. Sin dudarlo.

—Sí, ya… —dijo ella sin convicción.

—De una patada en el culo —añadí.

—Pues yo no veo el problema —repuso B—. Cualquiera te reconocería. Soy yo la que debería preocuparte.

Acababa de llegar de una cita con un tío, al que había mordido no hacía ni un par de semanas, que había resultado un fiasco: el tipo no solo se había olvidado de su nombre sino que

tampoco se acordaba de que ella, frágil y pálida, era la persona que le había hincado el diente a su mano izquierda. Y discutieron, aunque solo fuera su primera cita. B le dijo que se habían conocido en una fiesta de cumpleaños en el piso estupendo de las dos chimeneas. Se habían liado en una de las habitaciones vacías escuchando R&B de los noventa en un radiocasete anticuado, y fue entonces cuando le había mordido. Él insistía en que se habría acordado de algo así y en que a B se le estaba yendo la olla. Y entonces B lo volvió a hacer, le mordió el brazo con tanta fuerza que le rasgó la piel, dejándole unas pequeñas muescas rojas con forma de luna creciente.

Al otro lado de las ventanillas, todo está oscureciendo. Primero el amarillo se va desvaneciendo, después el verde y el rosa. El mundo es una versión cerúlea de sí mismo, momentáneamente, antes de que el azul se apague también y caiga la noche. Me sorprende que tardemos tanto en llegar al plató de Loyota Beach. Recordaba la distancia entre Randall y Loyota como algo fácil, tipo una hora y media o una hora y tres cuartos con tráfico. Llevábamos seis horas montadas en aquel autobús. Pero quizá existen un montón de ciudades llamadas Randall. Quién sabe si yo me encontraba siquiera en la que me sonaba, y no en una de las que no existían en absoluto para mí. En la quietud de nuestro autobús abarrotado, puedo oír la respiración de las chicas que me rodean, una respiración continua sin un resquicio de descanso o de silencio, porque somos demasiadas. Decenas de coletas se balancean acompasadas de izquierda a derecha ante mis ojos, mecidas por el movimiento del autobús. El culo se me resbala por la tapicería de escay de los asientos, y vuelvo a sentirme como una niña, segura al entender que cualquier desgracia que pudiera ocurrirme sería responsabilidad de otra persona. Quizá fuera ese el secreto de la felicidad, pensé, estar libre de la responsabilidad de uno mismo. Miro por la ventana, donde mi cara fantasmal me devuelve la mirada, una mera silueta de un negro blanquecino sobre una superficie negra: libre de mi barbilla, demasiado puntiaguda; libre de mi nariz, demasiado abultada.

De repente, otra de las chicas señuelo empieza a distinguirse de las demás. Respira con fuerza, recorre con la mirada el interior del autobús. Después me doy cuenta de que en realidad está mirando fuera del vehículo, a lo que vamos dejando atrás.

—Esa es mi casa —dice.

Nadie se mueve.

—¡Ese es mi barrio! —exclama, subiendo la voz—. ¡Yo antes vivía ahí!

Ahora nos mira a la cara, como si pudiéramos confirmarle que está en lo cierto, o que está equivocada, o decirle *¡Enhorabuena!* o algo por el estilo. Da la sensación de que está realmente animada y motivada por lo que está viendo, o por lo que recuerda de lo que está viendo. Debe de guardar buenos recuerdos de su vida en este lugar, o de un lugar parecido a este. Me pregunto qué haría yo si mirara por la ventana y viera mi antigua casa, o la antigua casa de C, pero me doy cuenta de que cabe la posibilidad de que ni siquiera recordara cómo eran ese tipo de cosas, y dejo de pensar para no tener que entristecerme.

En el interior del complejo, todo tenía idéntica apariencia. Aquí afuera, lo único que percibimos es una mole infinita de aglomeraciones extrañas. Quizá por eso nadie se inmuta por la chica que grita cosas sobre su ciudad: ni siquiera podemos ver su ciudad, no podemos figurárnosla en medio de todo ese exterior que desfila ante nuestros ojos. No estamos acostumbradas a observar distancias, solo a mirar entre cuatro paredes. Algunas de nosotras pensamos que únicamente quiere llamar la atención. Al cabo de un rato, su energía se enfría y su

boca se cierra de nuevo. Vuelve a sentarse en su sitio con pinta de no estar segura de que, después de todo, haya pasado nada.

Cuando llegamos, nos aparcan en una habitación grande llena de catres pequeños dispuestos en dos largas hileras, como en un hospital victoriano, con un espacio tan exiguo entre ellos que te chocas con las rodillas al intentar darte la vuelta. Se nota que han intentado imprimirle cierto aire hogareño, pero han metido la pata en unos cuantos detalles: los fluorescentes son circulares en lugar de barras, los catres tienen unas mantas ásperas de colores al tuntún en lugar del carmesí sanguíneo al que estamos acostumbradas. Y además hay un ventanal tapado que da al exterior, pero aún puedo intuir su presencia tras el cartón, que cambia de color y de contenido con el paso del día. Sé que voy a dormir aquí unos cuantos días, pero quiero aguantar todo lo posible antes de tocar esta nueva ropa de cama. C solía jugar conmigo a un juego llamado «¿Qué es lo peor que podría pasar?», que consistía en que él me hacía esa pregunta y yo trataba de responder. C se lo inventó para demostrarme que los escenarios que me preocupaban eran peregrinos e improbables, pero resultó que mis respuestas le parecían divertidas, así que jugábamos por otros motivos. ¿Qué es lo peor que podría pasar si tocara estos objetos extraños? Podría olvidar el único lugar que aún recordaba con nitidez, mi cama en la habitación de las camas en la Iglesia de los Comensales Unidos.

Estamos lejos del complejo y no han traído suficientes Kandy Kakes para todas, así que solo me tocan cuatro: es casi un alivio, pienso, embutiéndome el cenagoso pastelito en el interior de la boca. Son tan difíciles de tragar como siempre, pero al menos la comida se termina más deprisa.

Desde que los Comensales se habían empezado a encargar de las operaciones diarias de *¡Emp!*, la música, el decorado y los patrocinadores habían cambiado un poco. Donde antes había una ostentosa moqueta de espirales fucsias en el escenario principal, ahora todo era blanco y negro, severamente cuadriculado. El suelo mareaba por el contraste de baldosas que se extendían a lo largo de varias decenas de metros; costaba mirarlo, y al caminar por él daba la sensación de estar a bordo de un barco. Donde antes había un telón rojo sangre que separaba el escenario principal del musical, ahora había cortinones oscuros, azul marino, del color del océano en las profundidades donde aún llega algo de luz, pero muy poca, y la presión podría espachurrarte como a un vasito de plástico. Los cameos de famosos implicaban mayores audiencias, así que ahora había un presentador invitado, uno en cada programa, una celebridad reconocible que actuaba en el número de baile y donaba su apariencia física, que permitía que los maquilladores la grabaran en todos nuestros rostros, uno por uno. Desde el salón de la televisión, habíamos visto las caras conocidas de cantantes, modelos y estrellas de cine bailar un vals multiplicadas frente a la cámara. Veíamos tan poco rostro en nuestro día a día que la visión de uno hecho multitud nos resultaba atosigante por la expresión y la particularidad de sus partes.

También había cambiado el formato del concurso. El número musical del segundo reto tenía demasiado éxito como para variarlo demasiado, pero el primero y el tercero se modificaban continuamente. La primera prueba tenía lugar en el típico escenario de un concurso, con los participantes sentados y separados por una pared. Tras las preguntas preliminares («¿De qué color tiene los ojos?»), se mostraban fotografías de partes del cuerpo a ambos concursantes y se les preguntaba si pertenecían a su media naranja o a otra persona. El concursante que obtenía más puntuación pasaba a la fase siguiente. Últimamente, esta primera ronda se había vuelto más caprichosa. Algunas veces el presentador hacía las preguntas o mostraba las fotografías, pero los

concursantes no tenían tiempo de contestar: la ronda duraba unos minutos y después pasaban a una extensa secuencia de celebración en la que grababan a la pareja chupándose los dedos con la ternera que habían conseguido como premio, o rociándose, juguetones, con latas de refresco Horadedormir. Con frecuencia, la ronda era aún más disparatada: un concursante accedía a un bufé bien surtido mientras el otro tenía que adivinar qué alimentos consumía. En uno de los programas que vi, los dos concursantes estaban sentados a cada lado de una pared, atentos, hasta que de repente el presentador anunció que ninguno pasaba a la siguiente ronda. Nunca me había gustado el programa, pero hasta yo podía admitir que nuestra versión era peor, en cuanto a su valor como entretenimiento.

Algunos de los cambios en la ronda final me gustaban: por ejemplo, el hecho de que el apagón del desnudo integral ya no sucediera a oscuras. Ahora el concursante llevaba los ojos vendados y su pareja iba amordazada, así que aunque la persona que jugaba no pudiera ver a la persona que buscaba, esta sí que la veía a ella y podía intentar acercarse. La tasa de éxito era igual de baja, pero la farsa era más esperanzadora.

Los Comensales éramos señuelos de primera: teníamos complexiones concordantes, nos pagaban en Kandy Kakes y carecíamos de cualquier tipo de impedimento horario. Íbamos a ser el primer elenco de figurantes exclusivamente Comensales para un programa de *¡Emp!* Sin embargo, no éramos las participantes más sanas ni las más coordinadas, y me daba cuenta de que los coreógrafos que trabajaban con nuestros cuerpos estaban empezando a hartarse. Eran gente del exterior. Al mirarnos era como si pudiéramos ver las preguntas arremolinándose en el interior de sus cabezas. Nos llevaron a una habitación amplia y luminosa con cálidos suelos de tarima amarilla que parecía madera natural, pero mejor. Había espejos en todas las paredes, que se extendían desde el suelo hasta más allá de nuestras cabezas, y una barra de madera que los atravesaba por el medio. La barra parecía estar allí para delimitar, para evitar que nosotras o nuestros reflejos cruzáramos al reino de enfrente. Nos colocaron en fila y nos ordenaron separar los brazos al alzar las piernas, para mantener el equilibrio. Dijeron que empezaríamos con una figura sencilla, derecha e izquierda con el pie derecho, derecha y derecha con el pie izquierdo. Y derecha, izquierda, y después una derecha con el izquierdo, y luego dos derechas más. No era así como lo llamábamos en el complejo, donde sabíamos que la mano/pierna derecha era la de la Luz y la izquierda la de la Oscuridad, y que ambas podían ubicarse a ambos lados del cuerpo en función de ciertas variaciones genéticas aleatorias y de las pantallas corporales. Pero bueno, de acuerdo. Las reglas de fuera. Nombramos a nuestros distintos lados con etiquetas temporales que despegaríamos después, cuando las cosas hubieran recuperado la normalidad.

El verdadero problema era que no podíamos vernos en el espejo. No éramos tontas, sabíamos qué aspecto teníamos: yo misma, por ejemplo, tendría la melena morena por la espalda o posiblemente recogida en una coleta, una barbilla afilada, rasgos pálidos y labios apretados o entreabiertos, con forma como de concha de almeja o de vieira. En nuestra línea del espejo, me distinguía con bastante seguridad porque era la segunda por el final, estaba flanqueada por dos chicas rubias. Solo cuando empezábamos a alzar las piernas todo se tornaba confuso: al mirar hacia mis piernas en lugar de a mi cara, veía una multitud de piernas tijereteando, algunas bien sincronizadas y otras absolutamente desacompasadas. Pensé en mis piernas: ¿qué estaba haciendo con ellas? ¿Con qué juego de movimientos en el espejo se correspondían? ¿Lo estaba haciendo bien, o yo era esa tercera por la derecha a la que le temblaban los tobillos como si

estuvieran a punto de partirse? Ya no estábamos acostumbradas a los espejos. En la Iglesia no había ni uno.

Lo hicimos mejor en la siguiente sala, sin ventanas, tenuemente iluminada y donde las paredes eran solo eso, paredes, no desdoblamientos de nuestros seres individuales. Aprendimos a mantenernos en fila sin mirarnos todo el tiempo entre nosotras y a ejecutar la sencilla figura de piernas al vuelo y después una un poco más complicada, pierna derecha a la izquierda, pierna izquierda a la derecha, pierna derecha a la derecha, izquierda y derecha. Se suponía que en estos números musicales tenían que abundar los giros y los cambios de lugar para que al concursante le resultara más complicado localizar a su pareja en medio de nuestras siluetas cambiantes, pero no resultamos ser muy buenas ni con una cosa ni con la otra. La cabeza nos daba vueltas. Cambiaron el número para que incluyera más movimientos de brazos, especialmente con gestos que ocultaran nuestros rostros al tiempo que enfatizaban el tono de la canción, pero aun así teníamos que girar un poco y el mareo era como un largo tejido globoso que ondeaba con elegancia al principio, colmando el aire de movimiento y de color, hasta que de pronto se enredaba consigo mismo, se enganchaba, y nos rodeaba ciñéndonos como una soga.

Alcé la vista hacia las otras veinticuatro figurantes que ensayaban el número, que abrían los brazos como un avión para el primer paso, que se apoyaban en sí mismas para guardar mejor el equilibrio y estar más cómodas al aventurarse hacia una serie de delicados pasos que les hacían zigzaguear dentro y fuera de la línea, darse la vuelta y pasar detrás de las demás, cambiando de puesto como los vasos de un trilero. Se agarraban los hombros, intentando mantener sus cuerpos erguidos, pero aun así se descompensaban. No podemos evitarlo. Todas somos, en apariencia, debilísimas. Los coreógrafos nos advirtieron de que tendríamos que mejorar: no podían tener a una concursante bailando como una mujer adulta normal y a cuarenta y nueve figurantes pululando a su alrededor como niñas minusválidas en una clase de danza para principiantes. Procuré elevar la barbilla de un modo que creí que podría resultar elegante, como una lámpara cara bañada en oro y decorada con flores y partes esbeltas y frágiles que se extendían desde el costado.

Las chicas peonza daban vueltas ante mí, con el cuerpo rígido, los brazos extendidos hacia fuera cual pequeños radios blancos. También yo daba vueltas, giraba y me tambaleaba, y en el centro del cráneo oía bien alto el sonido de sus giros y de mi respiración. Las oía caerse y volver a levantarse, con unos ruidos más leves de lo que habría cabido esperar, con unos cuerpos ligeros como los de las muñecas. Me llegaban los gritos que escapaban de sus bocas al aterrizar sobre el suelo con un ruido sordo y las veía volver a erguir la espalda y empezar a girar una y otra vez. Estiré el cuello hacia el techo y vi los fluorescentes que se nos echaban encima, más luminosos que nosotras, más limpios también, como el suelo de un hospital con olor a lejía y a hojas de limonero. Y después yo también me caí, con los ojos rebosantes de luz.

El verdadero Jesús dijo una vez: «*Si un reino se divide contra sí mismo, ese reino no puede perdurar. Y si una casa se divide contra sí misma, esa casa no conseguirá mantenerse en pie*». *Su primer argumento es que* EMPEZAMOS DIVIDIDOS. *Su segundo argumento es que* AQUELLO QUE ESTÁ DIVIDIDO NO SE PUEDE VOLVER A COMBINAR. *Lo que no dijo, ya fuera debido a la falta del momento o de la preparación adecuada, fue que una persona autodividida, escindida y repleta de duda, caerá a menos que sea capaz de expulsar a ese elemento rebelde de su morada extraña.*

¿Qué ha hecho el cuerpo humano, en su sabiduría infinita, con el apéndice, un órgano oscuro, una bolsa con aspecto de gusano enganchada al intestino cual parásito? Ha estado asfixiándolo durante miles de años. La mayoría de los científicos están de acuerdo en que el apéndice era en origen una especie de hermano interno que anidó en los cuerpos de nuestros ancestros: un homúnculo no dotado ni de visión ni de habla capaz de contrarrestar los mejores pensamientos de su receptor. En la época de Jesús, todos los ciudadanos portaban uno en sus intestinos.

ALIMENTA TU LUZ. MERMA TU OSCURIDAD.
¡NO DEJES DE COMERTE TUS KAKES!

Me tendí en el catre para escuchar por el altavoz la lección de la Iglesia de aquella noche, pensando en la lección, intentando comprender el porqué de esa lección y de ese día; ¿qué pretendía decirnos sobre nuestra situación actual? Si nosotras las figurantes éramos incapaces de mantenernos en pie, si resultaba que nos caíamos constantemente, ¿significaba que éramos casas divididas? Si éramos, como nos habían dicho las coreógrafas, las peores bailarinas que habían visto en su vida, ¿significaba eso que había otras personas, gente de fuera, que eran más completas que nosotras? ¿Que se les había dado mejor mermar su Oscuridad y que lo habían hecho por sí solas sin necesidad de recurrir a la Iglesia, sencillamente porque se les daba mejor ser personas?

La presentadora invitada era la actriz de los anuncios que antes odiaba, esos en los que la muestran escondida como un cráneo bajo la piel de esa mujer estupenda que solo quiere una cara más tersa, más radiante. Se presentó con dos guardaespaldas y se aprendió el número musical en veinte minutos pelados. Tenía unos pómulos amplios, gatunos. Era rubia y casi tan guapa como aparentaba en la pantalla, guapa de un modo avasallador: todos sus rasgos parecían decirte que era atractiva antes de concederte la oportunidad de juzgarlo por ti misma. Yo veía que despertábamos su curiosidad, que le intrigaba por qué ella apenas despertaba la nuestra. Mi cuerpo ya no resistía la curiosidad mucho tiempo: las preguntas prendían un instante, me tensaban los músculos al atravesarlos, y los relajaban al salir de ellos. No obstante, la miré estirarse en la esterilla de calentamiento, beber de una botella de agua de plástico. Tenía el aspecto de alguien a punto de salir a correr, no de alguien a punto de estampar su rostro en otra gente en un concurso de la tele. Crucé hasta el lado opuesto de la sala, donde estaba tumbada bocarriba, sujetando su pierna firme y extendida y tirando de ella hacia su cuerpo.

Bajé la vista para mirarla unos pocos segundos.

—¿Estás nerviosa? —pregunté.

La preciosa actriz de todas esas películas se sentó y me sonrió.

—Está chupado —dijo—. Lo único que tengo que hacer es bailar un poco y parecer yo misma.

Deseaba preguntarle por qué le era tan fácil hacerlo, cómo podía ser tan sencillo intentar ser como una misma. Pregunté:

—¿No te preocupa lo que podría sucederte entre un enjambre de figurantes? Podrías perderte.

—No —dijo, riéndose—. Solo es como un juego de «¿A quién le queda mejor?». Prácticamente siempre gano yo. Lo que realmente me extraña es que eres la única persona que

me ha hecho caso. ¿De qué planeta sois? ¿Habéis crecido bajo tierra? ¿En un país tercermundista? ¿Os educaron en casa?

La miré y después regresé a mi lado de la sala, donde todas las figurantes estaban ocupadas sentándose. Cuando pasé de largo, un asomo de reconocimiento se marcó en sus rostros. Después se esfumó.

Los pequeños pinceles me estiran la piel, dejando huellas de color. Son como insectos, que se posan en mí, arrastran sus patitas ligeras y tiesas sobre mi cara, mis labios y mis pestañas. Insectos de todas las formas y suavidades, que abarrotan mi superficie como si fuera tierra o una planta. Lo sentía todo pero no podía moverme. Abrí los ojos y mi cara era diferente, los cerré y todo se sumió en la negrura de nuevo. Cada vez que subía los párpados, mi cara retrocedía dos pasos con respecto a lo que había sido antes. Yo era una serie de fotografías de personas distintas, sin relación entre sí, un anuario que ni siquiera me pertenecía.

Alguien me posó una mano en la frente, como lo haría una madre para tomar la temperatura; la palma estaba fría y resbaladiza. A continuación me apretaron con fuerza, me empujaron la cabeza hacia atrás al tiempo que otra mano la forzaba hacia delante. Un borde áspero en torno al perímetro y un sonido como de hierba aplastada. Abrí los ojos y el pelo de otra persona estaba encima del mío, resbalando ligeramente sobre mi cabeza lacia. Ahora había una melena rubia alrededor de mi cara, rozándome las mejillas, el cuello, adherida a mi frente. El pelo era recio, casi puntiagudo. Me delimitaba por los cuatro costados, como una habitación en miniatura.

La actriz rubia apareció por detrás y me dio una especie de abrazo. Permaneció con su cara por encima de la mía, con su pelo entretejido con el de mi peluca, fusionándose con él, haciendo que por un instante pareciéramos una misma criatura monstruosa capaz de estar contenta y triste al mismo tiempo.

—Muy guapa —me dijo, sonriéndome desde la cara que le pertenecía.

Por un segundo sentí que se acordaba de mí, pero acto seguido continuó y repitió lo mismo con otra chica, y después con otra.

Desde detrás del telón azul oscuro, las figurantes nos dejamos caer sobre lo primero que pillamos, y escuchamos la primera ronda. Si el chico no la superaba, no haríamos falta. Podríamos quitarnos nuestros disfraces de mujer y regresar a nuestros catres. Cerraríamos los ojos y soñaríamos con nuestros rostros tal como los recordábamos, más nítidos en nuestra imaginación que en cualquier espejo. Si la superaba, entonces tendríamos que bailar y dar vueltas delante de cientos de desconocidos, y si nos caíamos, podíamos perder nuestra misión en el concurso, donde trabajábamos en la sombra pero no en la Oscuridad absoluta. Del otro lado del telón oíamos las preguntas y las respuestas.

—¿Carne roja o blanca? —preguntó el presentador.

—Eh, roja —dijo una voz masculina, con poca vacilación.

—Bien. ¿Armario o estufa? —continuó el presentador.

—Estufa —afirmó, convencido.

—Correcto —dijo el presentador—. Siguiente: ¿África o servicio militar?

No entendía nada. Tal vez lo habría hecho si hubiera seguido con C. Eran preguntas para la gente de fuera, para los enamorados, no para los que habían perdido a sus amores. Yo ya no era

alguien capaz de ver este programa y encontrarle un mínimo de sentido. Ni siquiera le encontraba sentido suficiente como para aborrecerlo. Tan solo podía bailar dentro de sus límites y procurar no caerme al suelo. Volví la vista hacia la participante, la chica que estaba jugándose su relación; me pregunté si estaría preocupada. Pero en ese punto éramos un mar de actrices rubias, y las pequeñas porciones de cara que ofrecían particularidades eran difíciles de identificar e interpretar.

El telón azul oscuro se alzaba como un muro ante mí, pero por cómo se agitaba se notaba que no estaba anclado en el suelo. Hacía juego con los trajes de lentejuelas azules idénticos en los que nos habían envasado, unos pesados vestidos que tiraban de nuestros cuerpos escuálidos hacia abajo. El telón vibraba cada vez que el público prorrumpía en aplausos. Lo miré e intenté visualizar la cortina de color rojo intenso que envolvía el pequeño espacio en el que Anna y yo dormíamos, el espacio donde probablemente ella estuviera durmiendo ahora mismo. Era horrible cómo los parecidos corrían a su antojo entre las cosas del mundo, el modo en que un espacio o un momento imitaban a otro, haciéndote sentir que caminabas en círculos, que no ibas a ninguna parte. Tenía muchas ganas de convertirme del todo en mi propio fantasma, que según me habían dicho no se parecería a nada y tendría un aspecto exclusivo propio.

Empezó a sonar la música alegre. El chico había ganado la primera ronda. Tendríamos que bailar.

La cortina se descorrió ante nuestra mole de cabriolas, piernas batidas y brazos agitados al unísono. Éramos un torbellino borroso de rubio y azul oscuro, teníamos cien brazos. Las lentejuelas que nos envolvían se difuminaban juntas, un océano de mierda que destellaba con marcados puntitos de luz. Busqué a la chica que se había puesto a gritar al ver su casa, pero no logré encontrarla. Busqué a la participante rubia y la encontré por todas partes, en todas partes por igual; no había ni una sola chica que se pareciera a ella más que otra. Realmente los de producción lo habían bordado.

Ahora batíamos las piernas colocadas en una fila, agarrándonos los hombros para no perder el equilibrio. Luego venía el paso en el que algunas nos quedábamos quietas mientras las otras zigzagueaban entre nosotras, sonriendo y saludando con la mano. Después, todas íbamos hacia delante y hacia atrás alternativamente, como si fuéramos niñas en un columpio, solo que ni había niñas, ni había columpio. Nos soltamos los hombros y comenzamos el número de las piruetas, elevando el rostro a los brillantes focos de estudio que caían a plomo sobre nuestros ojos y teñían el mundo, primero de un blanco radiante y luego de un doloroso tono violáceo. Engullíamos bocanadas del aire climatizado del estudio, el mismo aire para todas nosotras. Girábamos todas juntas, éramos una nubosidad de chica y de color. Ese pensamiento me tranquilizó: en aquel momento todas las figurantes constituíamos un señuelo a la vez.

Después formamos una única fila unas detrás de otras. Era el principio del final de la ronda. Desde el punto de vista del concursante, pareceríamos una misma chica solitaria que avanzaba hacia él, pero la primera chica se desmarcaría y se reengancharía a la cola, después se desmarcaría la segunda chica, y así sucesivamente, hasta que el concursante hubiera tenido una visión frontal de todas las figurantes que hacían de señuelo y también de su pareja. Era prácticamente su última oportunidad para señalar a alguien y chillar *¡Es mi pareja!* porque después empezaríamos las piruetas para las florituras finales, y, tras las florituras finales, ya se habría terminado.

Me coloqué en el trigésimo primer puesto y respiré hondo. Avanzábamos a trompicones, paso a paso, como en una línea de montaje. Transcurrió una eternidad hasta que me llegó el turno. Probablemente las demás también estarían cansadas, y también tendrían los pies molidos por los zapatos; pero como Comensales que éramos estábamos acostumbradas a que nuestros cuerpos menguantes protestaran por alguna cosa o por otra. Ya solo me quedaban cuatro personas por delante, luego tres, y ya alcanzaba a ver más allá de sus hombros si me inclinaba a derecha e izquierda. El concursante era más bien alto y mono, tenía el pelo castaño.

Entonces me dio un vuelco el corazón. Me quedé sin sangre en el cuerpo.

Porque tenía a C delante de mí: C, sin lugar a dudas, C y nadie más que C.

Todas las figurantes que tenía justo detrás se habían apiñado a mi espalda, y las demás estaban confundidas, alargaban el cuello. Pronuncié su nombre una vez, y después otra y otra más y otra de maneras distintas, preguntándome si estaría oyéndome porque apenas reaccionó, solo miraba, con la boca un poco entreabierta. Entonces caí en la cuenta de que yo no tenía mi aspecto, sino el de la actriz rubia, así que me llevé la mano al pelo e intenté quitármelo, pero se me había olvidado que estaba fijado con horquillas, así que solo logré soltar la mitad mientras no paraba de chillar. Tuve que dejar de gritar para empezar a retirar algunas horquillas, pero los de seguridad se acercaban por los laterales y no tenía tiempo. Así que me llevé las dos manos al rostro e intenté frotarme el extraño maquillaje y quitármelo. No era como el maquillaje que yo solía llevar, no se me parecía. Se me pegaba a las manos, que ahora parecían aletas, mitones, muñones. Y conseguí quitarme una parte, creo, pero me emborroné el resto, y cuando volví la vista hacia C su rostro no mostró el menor indicio de reconocimiento, sino esa mirada de asco y pavor que se le ponía cuando veía la *Semana Tiburón* en la tele o porno realmente raro.

Las demás figurantes parecían desorientadas; a veces me miraban a mí, a veces a C, a veces no miraban a nada en particular. No sabían quién era yo ni quién había sido, y tampoco les intrigaba demasiado. Tenía el pelo enmarañado y el rostro irreconocible, pero entonces recordé que había una parte de mí que no llevaba alfileres ni estaba marcada: solo estaba cubierta, temporalmente, y se podía descubrir. Me agaché y me subí el vestido de lentejuelas hasta la cabeza y después me quité el sujetador con relleno cuya función era hacer que mi parte de arriba se pareciera a la de ella, y las bragas armadas destinadas a que mi culo se pareciera también al de ella, y entonces agité los brazos, me señalé, y dije:

—¿Lo ves? ¡Soy yo!

No se me ocurrió nada mejor.

C me escudriñaba como si intentara identificarme a través de mi cuerpo, mi rostro y toda la parafernalia con la que me habían cubierto.

Noté que se me iban a saltar las lágrimas; era la única que no llegaba a creerse que aquello pudiera estar sucediendo. Los técnicos hablaban por los pequeños micrófonos que envolvían sus cabezas cual tallos esbeltos. El público del plató no se movía de su asiento.

—Fui a buscarte —dije—. Esperé fuera de tu casa y vigilé tu puerta. Esperé a que volvieras. Estuve allí todas las horas del día, todo el día. Salvo cuando tenía que ir a Wally’s —añadí—. Yo estaba allí. Y tú nunca estabas allí.

Nadie dijo nada. Nadie hizo nada. C parecía estar considerando la posibilidad de que yo fuera alguien a quien conocía. Sus hombros, por lo general caídos hacia delante, estaban bien erguidos y echados hacia atrás, como si trataran de protegerle el resto del cuerpo alejándolo unos valiosos centímetros de mí.

Entonces una de las rubias avanzó un par de pasos hacia mí. Me miraba a la cara con una profundidad que nadie me había dedicado en meses, en años quizá. Escaneaba mi rostro con el suyo, y dolía. Casi dolía. Era como quedarse inmóvil en el dentista. Buscara lo que buscase, su expresión facial indicaba que le estaba costando encontrarlo. Me puso la mano en el hombro y me di cuenta de que tenía frío. Estaba tiritando a pesar del calor de los focos. Teníamos la misma altura en aquellos zapatos estándares de lentejuelas, y tenía la barbilla puntiaguda y unos grandes ojos oscuros de un tono que recordaba haber recordado hacía tiempo. Su mano seca y huesuda sobre mi brazo me recordó inexplicablemente al otoño.

Entonces sentí la punzada, la certeza de que era probablemente B, tenía que ser B. B era la otra participante del concurso, lo que quería decir que era la novia de C, lo que quería decir que se habían querido, o algo así, durante más tiempo de los meses requeridos. ¿Cuánto tiempo hacía que me había marchado?

Al mirar a B, su rostro se recompuso, como en una secuencia rápida en un documental sobre naturaleza, cuando el sol recorre a toda prisa la pantalla del televisor de izquierda a derecha, o el cadáver de un ciervo se vacía hasta quedar reducido a hueso y tierra. Era ella, sus rasgos estaban cargados de familiaridad. Había sido mi amiga. Su cara dejaba claro que no terminaba de ubicarme.

—Lo busqué por todas partes —dije—. ¿Lo sabías?

—Igual te confundiste de urbanización —contestó, amable. Y añadió—: Yo también me he perdido en ella. Todos los bloques se parecen y puedes armarte un lío.

La miré. Lo que acababa de sugerir era posible.

—¿Eres tú? —preguntó B, con un tono que aún denotaba inseguridad—. ¿Te hemos echado de menos? —dijo tímidamente.

Era posible. La odiaba.

CAPÍTULO 13

Una vez, C había recorrido todas las partes de mi rostro con las manos, con los labios y con la lengua. Había intentado descubrir cuánto de mí le cabía en la boca, me había lamido la nariz y después había encajado la boca sobre ella, gruñendo mientras intentaba abarcar más superficie de mi cara. Practicábamos la respiración a través del otro, sellando nuestros labios y relajando los conductos nasales, inhalando por turnos, cogiendo aire por los orificios del cuerpo del otro, respirando en círculo. Acercábamos los labios y hablábamos por la garganta del otro para sentir la vibración de las palabras en nuestro tejido, como si las hubiéramos pronunciado nosotros mismos. Nos habíamos chupado las orejas, el cuello, los dientes. C había probado todas y cada una de mis partes, incluso algunas interiores, pero eso ahora ya no significaba nada.

Caminaba por el arcén de la carretera, que la gente había sembrado de envoltorios de plástico, envases de refrescos, piezas rotas de automóvil. Los faros iban y venían como las horas. No iba del todo vestida, pero apenas podía sentir la temperatura en este cuerpo que aún me pesaba como una losa por mucho que intentara desprenderme de él. En el plató alguien me había tirado un batín negro por encima, una de esas capas de maquillaje y peluquería que cuelgan por decenas en los largos armarios oscuros del plató. La gente había estado discutiendo sobre qué hacer conmigo, allí desnuda en medio del escenario. Necesitaba marcharme de inmediato: si los Comensales me encontraban en aquella situación, que no dejaba lugar a dudas sobre quién era y qué había hecho, me relegarían a Controladora de calidad o a Leprosa del conocimiento y ya nunca regresaría al camino para convertirme en mi propio fantasma, que era lo último que había dejado. Tenía que convertirme en algo. No era nada tal como era.

Si me quedaba, no tendría elección. En cambio, si lograba llegar a otro complejo Unido, donde no supieran quién era ni pudieran reconocerme por el episodio de *¡Es mi pareja!*, que por suerte aún no se había emitido, podía colarme y ocupar un puesto similar al último, como procesadora. Podía colarme y esconderme en alguna habitación interna, esperar a que las cosas cambiaran, hasta que hubiera hecho de mi cuerpo su propio disfraz.

Los primeros Infodibujos de los Comensales que había visto en la habitación roja comenzaban con un sencillo fondo blanco. Un pez aparece paseando sobre sus aletas traseras, erguido como un humano, con unos andares sinuosos y sexys. Está como medio bailando, contoneándose de un lado a otro, luciendo una sugerente sonrisa de pez, cuando de repente empieza a desconcharse a pedazos: trozos enteros, perfectamente lisos y con forma de filetes, que dejan a la vista el blanquecino esqueleto de pez que subyace debajo. Cuanto más culebrea, más se desmorona. Cuando los pedazos pegajosos caen al suelo emitiendo pequeños ruiditos sordos y carnosos, unos personajes de dibujos salen corriendo de detrás y los recogen del suelo.

Se oyen decenas de sonidos al tragar mientras los muñequitos hacen descender los trozos garganta abajo, se ven bultos de comida deslizarse hacia abajo, hasta el bulto más grande del estómago. Todos lo hacen, se llenan la panza con la carne del pez, comiendo hasta que no les cabe más. Todos salvo el personaje de la chica guapa que se mantiene apartada del grupo. Ella se limita a observar. Con las manos recatadamente entrelazadas por delante. El pez pierde el equilibrio y cae al suelo, donde yace sin moverse, lo que tiene sentido: no le queda músculo. Entonces, todos los comensales empiezan a morir. Caen al suelo uno por uno y se retuercen cual gambas en la sartén, yacen inmóviles como un montón de cenizas. Sin embargo, la bonita muñequita está radiante, sonríe con unos dientes muy rectos y blanquísimos.

Mira a su alrededor y los observa a todos, a sus conocidos, quedándose tiesos allí en el suelo, y está serena. Entonces abre su preciosa boca e introduce la mano entera, hurga en el interior hasta que agarra algo y lo empieza a extraer. Es la espina dorsal de un pez, un pez fantasma, blanquecino y transparente, que emite una tenue luz verdosa. La saca por completo, aletas, tronco y cabeza, la alza en alto como una antorcha y está más hermosa que nunca. Sus pies apenas rozan el suelo. Es el vivo ejemplo de los beneficios del Descomer, la más elevada de todas las técnicas Unidas a las que aspiramos, aunque no sabemos en qué consiste exactamente. El mensaje parpadea en la pantalla:

TODA TU VIDA HAS SIDO PASIVO.
ES HORA DE SER ACTIVO: EVITA ACTIVAMENTE.

Había evitado todos los alimentos Oscuros, me había comido todos los autorizados servidos por una mano más experta en la materia. Y luego cuando se descubrió Oscuridad en aquellas comidas autorizadas, también había abandonado su consumo. Cuando los alimentos autorizados se redujeron a uno, comí lo único que estaba permitido. Había hecho todo lo que se me pedía, y, por ende, tenía que estar progresando adecuadamente. Debería parecerme cada vez más a mi fantasma, a mi ser más verdadero y más reconocible. Pero aún no terminaba de tener la impresión de que estuviera ocurriendo. Había visto cómo las pocas cosas que me preocupaban se olvidaban perfectamente de mí. Había visto la vida en la que nunca había encajado del todo recuperarse de mi ausencia como una herida sellaba su costra.

Me toqué la cara. Me la manoseé toda entera. No intuía qué había salido mal.

A lo lejos, avisté el resplandor de un Wally’s con su característico neón rojo, con las ardientes bandas luminosas que enmarcaban una Wallycabeza que abría y cerraba la boca furiosamente. Lo que le faltaba a Wally’s, lo que siempre le había faltado, era la posibilidad de merodear por él sin objetivo ni dinero. Eso era lo que me pasaba en el apartamento con C, incluso con B: implicaba que incluso aunque alguien quisiera usarte, consumirte, al menos quería consumir las partes más específicas de ti, ciertas partes que requerían excavar un tiempo determinado. Sentía escalofríos y sofocos al mismo tiempo. Tenía los pies entumecidos y azules. Me costaba caminar. Desde la distancia, las luces se me antojaban cada vez más brillantes y más tenues sin razón aparente: los ojos me escocían de solo mirarlas.

Ascendí la colina hasta la brillante luz roja; las tiras de mis centelleantes zapatos de figurante recortaban la forma de una sandalia sobre unos pies paliduchos como los peces de las cuevas. Vi

el interior del Wally's, aún en miniatura desde esta distancia, que bullía de actividad: los Wallys doblerreponían anaqueles enteros de productos alimenticios, sacaban brillo a la araña de alimentos, trajinaban pesadas cajas de víveres de la zona visible a la invisible y viceversa. Hasta que no me aproximé más, no me di cuenta de que había ido a parar a un Wallyforme en lugar de a un auténtico Wally's. No sabía a ciencia cierta para qué servían los Wallyformes, pero la Iglesia me había explicado que desempeñaban un papel de suma importancia y requerían de unos empleados únicos y con mucho talento. En la Iglesia había conocido a Comensales que trabajaban en estos establecimientos. Recibían formación como mimos; lo hacían todo con gracilidad. Conseguían incluso que desmembrar los Kandy Kakes pareciera apetecible.

Un Wallyforme se parecía a un supermercado Wally's prácticamente en todo. Hasta que no buscabas el fallo no afloraban los errores. El personal iba y venía por entre las cajas y los estantes más cercanos a la parte delantera de la tienda; en cambio, las zonas traseras, la sección de panadería y la de congelados, donde montones de comida yacían en suspensión tras las puertas acristaladas abatibles, estaban desoladas, relegadas a un segundo plano. Las piezas de la sección de frutas y verduras eran perfectas y no tenían ni un solo fallo, lo que no era de extrañar, puesto que todos los productos Wally's pasaban por un proceso de encerado, pulido y maquillaje antes de alcanzar los expositores. Pero es que la fruta no solo estaba impoluta; era idéntica: cada pera era igual a todas las demás, estaba moldeada a partir de una Pera Primaria y repetida hasta la saciedad en las cestas. Mientras las contemplaras desde ángulos relativamente similares dentro de la cesta, parecían lo suficientemente naturales. Según me acercaba al establecimiento, vi el letrero en la puerta: CERRADO POR REPOSICIÓN. Los Wallys se deslizaban por su interior con una gracilidad exenta de naturalidad, sosteniendo sus objetos como si tuvieran vida propia, como si se tratara de cachorrillos o de órganos para un trasplante. Eran Wallypantallas, Comensales entrenados que daban veracidad a un Wallyforme al representar a la vista de todos los gestos habituales del personal de Wally's.

Estaba a quince centímetros de estamparme con la puerta corredera de cristal cuando me di cuenta de que no iba a abrirse. Al observarla un poco más de cerca, vi que no había remedio: la junta entre los dos paneles de vidrio ni siquiera era una junta, sino una línea pintada sobre el sólido metal; la sensación de profundidad se añadía con un toque de pintura más oscura. Pese a todo, tenía que existir una forma de entrar. Lo sabía porque en el complejo había conocido a personas que eran Wallypantallas. Eran gente especial: se las arreglaban para realizar hasta las tareas más nimias, como el consumo de Kandy Kakes y el vómito programado, con cierta ligereza y finura. Conseguían que todo lo que hacían pareciera impecable y correcto. El tiempo que estuve en la Iglesia habían acudido a las inspecciones semanales, lo que implicaba que debían de tener un modo de entrar y salir del Wallyforme. Aporreé la no-puerta de cristal con mis raquíticos puños una y otra vez, después me acerqué a los ventanales de la entrada y los golpeé también. Me vino a la cabeza haber visto en alguna peli y en la tele que si un ser humano golpeaba una ventana podía hacerla añicos, pero, o el cristal era demasiado fuerte, o yo demasiado débil. Ya mi cuerpo apenas hacía nada cuando lo enfrentaba a las cosas. Ni siquiera hacía demasiado ruido aporreando el cristal con el puño: los que se dieron la vuelta para mirar pasaron de mí incluso antes de volver la cabeza. Podría haber sido el retrato de una mujer histérica, congelada en movimiento y desgañitándose decorativamente. Pero empezaba a notar la garganta en carne viva y las manos doloridas.

Entonces uno de los falsos Wallys del interior pareció percatarse de mi presencia por primera

vez. Alzó su Wallycabeza y me miró a través de sus verdaderos ojos. Entonces señaló a un punto detrás de él, detrás de él y a la izquierda.

Rodeé el edificio hasta el lateral. Todo el camino era de cemento gris, bloques de cemento apilados y un poco de césped seco por el suelo, excepto donde se había pelado. Una sección del muro se abrió y un Wally salió al exterior. Era de estatura media, o al menos de una estatura que no merecía comentarios. Tuve que asumir que era el mismo que me había hecho un gesto.

—Hola —dije yo.

—Eres tú —dijo él.

Era verdad, pero ¿cómo podía saberlo?

—Sí —contesté.

—Te acordarás de mí… —dijo el Wally con un tono de súplica que reconocí, aunque no logré reconocerlo a él.

Lo miré con lo que esperaba que fuera un gesto alentador. Quería reconocerlo. Quería concederle eso, fingirlo, si era necesario. Sentía mi rostro invertebrado blando y confundido por la orden.

—Estábamos en el complejo de Randall —dijo—. Te veía todos los días en el pasillo que llevaba al Probatorio. Nos mirábamos. A veces ibas con la boca abierta como si estuvieras a punto de decirme algo. Una vez en la Gran Sala me diste uno de tus Kakes. Fue un detalle bonito, pensé, aunque en realidad nadie quisiera más Kakes.

¿Había hecho yo eso? Ya no era demasiado experta en mí misma.

—Las caras me ayudan a recordar a la gente —sugerí.

—Ah, claro —dijo el Wally, manoseando con torpeza el sombrero de bienvenida—. Acabas acostumbrándote a las máscaras —explicó—, me refiero a acostumbrarte a ellas de verdad. Quiero decir que, sin ellas, hay una sensación de crudeza —añadió. Agarró la base de su garganta e introdujo la mano bajo el borde color carne. Lo subió y tiró de él hacia arriba, dándole la vuelta durante el proceso, sin dejar un segundo de hablarme.

Continuó:

—Al final el aire normal te agrieta la cara.

Ya sin máscara, se parecía a alguien a quien podría haber reconocido, pero no me sonaba de nada. Joven y rellenito, con una piel recién descascarillada que relucía rosada bajo la luz de la farola. Tenía una boquita fruncida en un mohín, compacta como una nariz, y dos franjas de mejillas lampiñas que remontaban por los dos costados de su cara. Era mono. Podría haberlo conocido de haber coincidido alguna vez con él. Parecía majo. No quería engañarlo, pero ¿no sería más amable fingir? Sería mejor si todos pudiéramos volver a casa al hogar equivocado, sentarnos junto a unos desconocidos en una cena que no era la nuestra, tratarlos como si fueran familia a falta de nada mejor. Después dar un abrazo de buenas noches a todos esos cuerpos desconocidos e ir a la habitación equivocada a echar un sueño robado. No habría ningún sitio donde pudieras ir, donde pudieras escaparte, donde no estuvieras entre familia y amigos. Huirías de tu casa a otra casa tuya, inevitablemente. Debería concederle este regalo a este chico, fuera quien fuese. Y así subiría por él hasta alcanzar la seguridad, como una escalera.

—¿Cómo te llamabas? —pregunté con decisión.

—Chris —respondió.

—Chris —repetí—, claro. Me acuerdo de ti. Eres posiblemente lo único que recuerdo de aquellos días. Muchas veces durante las lecciones buscaba a tu fantasma, pero probablemente siempre estabas fuera del alcance. Espero que entiendas que te di aquel Kandy Kake porque no había nada más que dar. Si hubiera habido otra cosa, te habría regalado algo que te gustara más, mucho más.

—¡Eso pensé yo! —exclamó con agrado.

—Es la verdad —confirmé—. Mira, Chris —dije—. Voy a tener que pedirte un favor. Alguien que es calcada a mí acaba de hacer algo en la televisión nacional que no le va a gustar un pelo a la Iglesia. Obviamente, yo soy una Comensal leal y trabajadora, una mera creyente más que intenta ahogar a su gemela Oscura y otorgarle al fantasma la propiedad única. Pero por el momento necesito esconderme. ¿Puedo esconderme en tus productos pantalla?

Sopesó la petición un momento, escudriñando mi rostro en busca de duplicidad. Pareció ver algo en mí, lo que fuera. Entonces me dejó pasar.

Trataba de adivinar si habría algo ahí dentro que pudiera indicarme quién era yo ahora, por qué nadie me veía en mí, por qué los demás veían a alguien que yo nunca había sido. Todavía tenía a Chris detrás, siguiéndome la pista a tres metros de distancia y probablemente deseoso de hacerme más preguntas, pero los demás Wallypantallas continuaban con sus tareas ajenos a mi presencia. Pasaba tan cerca de ellos que podía oler la mezcla de su sudor con la espuma plástica tratada de sus máscaras, y aun así seguían rigurosamente concentrados en su trabajo. Me sentía como un fantasma perseguido por otro fantasma. Deambulamos por los pasillos. Contemplaba a los Wallypantallas ejecutar su grácil danza de reposición de los estantes. Se dejaban caer en cuclillas hasta el suelo, extendían los brazos y se acercaban el artículo al pecho. Se detenían, se recomponían. Entonces se propulsaban hacia arriba, a una posición erguida, desde donde ofrecían el producto, con delicadeza, a la balda. Desde esta distancia, no obstante, saltaba a la vista que no estaban reponiendo nada. ¿Cómo iban a hacerlo? Los artículos se desbordarían, obstruirían los estantes. Necesitarían desreponedores para quitar los artículos que acababan de colocar, y si alguien del exterior los veía, todo se iría al garete. Así pues, subían y bajaban cual olas marinas, levantando los productos para después devolverlos astutamente al suelo, donde volverían a cogerlos y a alzarlos una vez más.

Traté de buscar algo que pudiera venderse en un Wally’s y fuera lo suficientemente brillante para mostrarme mi reflejo. A raíz de que C no me hubiera reconocido, me preguntaba si habría algo nuevo y malo en mi aspecto, si tal vez habría empezado a traslucir o a adoptar un aire etéreo debido al proceso fantasmal. Las carnes de las bandejas envueltas en plástico brillaban, pero no eran lo bastante oscuras como para reflejar nada más allá de mi sombra cerniéndose sobre su superficie. Las latas de conservas tenían unos extremos metálicos planos, pero el metal era oscuro y mate y ni siquiera se me adivinaba. Aquí dentro nada me miraba, todos los objetos estaban profundamente centrados en sí mismos. Los cogí y volví a colocarlos en su sitio. Eran más ligeros de lo que me esperaba, y eso que en los últimos tiempos los objetos normales me habían parecido anormalmente pesados.

Entonces me fijé en los televisores que había montados en las paredes. En pantalla, estaban emitiendo un programa de *¡Es mi pareja!*; las bailarinas sonreían, giraban y daban vueltas, primero en un plano frontal, después en picado. Giraban juntas cual centelleantes engranajes, destellantes como metal afilado. Las miré sonriéndome y se me antojó imposible que yo hubiera

podido estar allí. ¿Cómo habría podido yo parecer tan feliz, tan grácil, tan pequeña? Eran ligeras como plumas, estaban hechas de luz. Eran del color del cielo en las horas en que todo el mundo duerme. De pronto sus sonrisas se borraron: las chicas miraban a otra cosa.

El ángulo de la cámara cambió y hubo un barrido blanquecino en la pantalla, una forma que se movía en el fondo impreciso, dolorosamente blanca pero manchada de sombra. La silueta borrosa se convulsionó y de golpe emergieron sus bordes, recortando sobre el fondo el perfil de una criatura. Una cadera doblada hacia delante, oscura en el hueco y escuálida como un perro. Sobre ella una sección que me recordó a la luz de la luna que se filtraba por las rendijas de una persiana veneciana, aplicando pinceladas de luminosidad sobre una habitación oscura. La figura se visualizó, después se apagó de nuevo, enfocada y desenfocada alternativamente mientras la persona al mando de la cámara se decidía por si mostrarla en pantalla o no. La miré fijamente. Era del color de la cera natural, pálida y cremosa. Tenía sombras en algunas partes, esparcidas por su suavidad. Entonces lo vi. Eso eran costillas. Aquello era lo que sobresalía del hueso de la cadera. Era un cuerpo humano completo: femenino, desnudo, que abría los brazos como si esperara un abrazo.

—Es mi cuerpo —musité para mis adentros, y me di cuenta de que me estaba muriendo de hambre.

EN UN SUEÑO VISTE UNA PUERTA Y TE REGOCIJASTE:

ERA LA VISIÓN, Y NO LA PUERTA,
LO QUE CONSUMISTE.

BIENAVENTURADO SEA EL HOMBRE QUE PORTA
UN ROSTRO AJENO PARA PROTEGER A SU CUERPO
DE TOCAR ESTE MUNDO.

MALDITO SEA ESE ROSTRO, Y EL QUE SUBYACE DEBAJO:
CUAL PLANTA DEL PIE ENNEGRECERÁ.

ERES RESPONSABLE DE LO QUE TE HA PASADO.

TOMA TU PROPIA VIDA COMO EJEMPLO.

PUEDE SER ÚTIL IMAGINÁRTELOS VIENDO
SUS PROGRAMAS TELEVISIVOS FAVORITOS
SIN PENSAR EN TI.

UNA PERSONA SOLO ES UN BEBÉ DE FANTASMA.

TEN EN CONSIDERACIÓN A AQUELLOS QUE PIENSAN ASÍ DE TI, Y EL FANTASMA QUE DE TU PERSONA HACEN.

ADELÁNTATE:
SÉ TU PROPIO FANTASMA.

—Chris —dije—. Necesito comer algo ahora mismo.

Me miró con ojos lastimeros. No dijo nada. Tuve que presionarle un poco.

—Chris —repetí—, mírame. Parezco una persona al borde de la muerte.

—¿Quieres decir que vas a pasar al estado fantasmal? —preguntó.

—No —dije—. Bueno, quizá —añadí, reconsiderándolo—. Eso creía. Pero esto no va de soltar mi fantasma perfeccionado al mundo. Esto va de morir sin más.

Por su gesto deduje que estaba a punto de decepcionarme. Su rostro clavaba la mirada en el suelo con vehemencia.

—Toda nuestra comida son alimentos señuelo —confesó—. Es todo idea. Está pensado para alimentar al fantasma. Nadie ha caído en darnos una utilidad para la comida de verdad. Somos un Wallypantalla.

Eché un vistazo a un par de filetes de cerdo envueltos en plástico. Algo abultaba en la esquina inferior derecha de la bandeja de poliestireno, y lo apreté con el dedo. Era una réplica de residuos cárnicos, rígida y hecha de plástico. No me había percatado porque estaba completamente envuelta en plástico, y por otro lado yo ya no era ninguna experta en comida.

—Además, lo único que necesita un fantasma es la Idea del Alimento, ya sabes. Y por aquí de eso vamos sobrados —dijo, señalando los pasillos interminables de falsas galletas de plástico, falsos pollos de plástico, falsa fruta de plástico.

—¿Hacéis una pausa para almorzar? —inquirí—. ¿Con comida de verdad?

—Hacemos una en el complejo al volver —respondió vacilante.

Se detuvo.

—Y tenemos otra mientras estamos aquí —añadió, iluminándose ligeramente. No se hacía una idea de adónde pretendía yo llegar.

—¿Y de dónde viene la comida? —pregunté.

Miró a su alrededor, confundido.

Miré hacia la parte delantera del supermercado, donde los Wallys cajeros rociaban y limpiaban las cintas transportadoras con lo que a todas luces sería agua falsa. Miré hacia el fondo, donde había filas y filas repletas de víveres intactos que nadie mezclaba entre sí. Me encaminé hacia allí. Cuando eché a andar, el pasillo se cerró a mi alrededor: mis hombros chocaron contra los estantes, el techo descendió hasta quedarme al alcance de la mano, podía tocarlo si quería, pero no quería. Llegué a una pared pintada como un supermercado a media escala. Por eso nadie hacía nada en la parte trasera de la tienda: no había parte trasera de la tienda. Solo una superficie lisa y una pequeña escena en la que, con mi cuerpo torpón, pesado y espigado, jamás entraría. Recorrí la superficie de la pared con las yemas de los dedos, en busca de una hendidura o un botón.

Entonces una pieza del mundo pintado se deslizó y se abrió y pasamos al otro lado.

Algunos animales se retiran a un lugar íntimo para morir, se adentran en el bosque o se agazapan bajo una terraza de madera construida con pino tratado para exteriores. ¿Existen

animales que busquen el lugar más público para morir, el mayor número de pares de ojos para contemplar cómo yacen en el suelo, se retuercen y se quedan duros como una piedra? ¿Es cierto que todos los seres vivos sienten el instinto de supervivencia, o existen algunas excepciones, solo que no sabemos nada de ellas porque mueren con celeridad, en silencio absoluto, antes de que nadie pueda verlos ni grabarlos?

Me flaqueaban las fuerzas, tenía la espalda apoyada contra la pared, contemplaba el almacén repleto desde el suelo hasta el techo de cajas grandes de Kandy Kakes, a su vez llenas de cajas más pequeñas de Kandy Kakes, que contenían capas de Kakes sobre Kakes y más Kakes. En un dibujo animado esas pilas se habrían desmoronado sobre nosotros, pero aquello era real y así permanecieron en su sitio, alzándose hacia arriba cual recios árboles geométricos. Ahora que sabía que me pasaba algo malo, y sabía lo malo que era, cada parte de mi cuerpo empezó a percibir su propio pánico respectivo. Sentía como si todos los pedacitos de mí misma se dieran a la fuga hacia los distintos rincones de esa habitación gigantesca. En el espacio vacío del centro, esperé a que se me ocurriera una idea mejor, pero no me vino. No podía hacer nada sin un buen impulso de supervivencia, y lo que quedaba de ese deseo pertenecía al fragmento de fantasma que sentía golpeteándome el pecho: mi fantasma, que no tenía nada que ver conmigo, que no se me parecía en nada, que quería deshacerse de mí, anularme, para tener la libertad de ser su nada absoluta con un abandono absoluto.

Chris pululaba a mi alrededor, parecía preocupado. Seguía tratando de entablar conversación.

—¿No te apetece volver a la zona de la tienda? —sugirió—. Puedo buscarte alguna comida falsa de lo más nutritiva —me explicó—, para que alimentes a tu fantasma. ¿Sopa de pollo falsa? ¿Puré de patatas instantáneo falso?

Yo era como Kandy Kat en ese anuncio de Kandy Kakes en el que el gato está sentado en el suelo, muriéndose de hambre, consumiéndose y mirando fijamente al vacío mientras el polvo se deposita en su hocico abierto y reviste su lengua. Yo era como aquella vecina que todo el mundo tomaba por una acaparadora pero resultó no tener casi nada, aparte de un televisor y un avejentado mobiliario de dormitorio, en el apartamento en el que murió sola de pancreatitis.

—Me tienes muy preocupado —dijo Chris con verdadero aire de preocupación—. No pareces estar mejorando. ¿Quizá deberías comerte uno de estos Kakes?

—Yo qué sé —dije—. Ya me he comido un montón y sigo pensando que me voy a morir. Creía que a estas alturas estaría gorda, creía que se acumularían. No lo entiendo. Me paso el día zampando Kakes, a diario. Debería estar como una foca.

Chris ojeó el dorso de la caja.

—Es real —dijo—. Un montón de productos químicos, más un poco de harina y de aspartamo.

—¿Y qué hay del azúcar? —quise saber—. ¿Y de la manteca?

Se inclinó hacia delante para leer los finos caracteres.

—La Chococoraza —insistí—. El Granel de caramelo. La cobertura de tofe. El núcleo de sirope de naranja y caramelo.

—Nada —afirmó—. Solo productos químicos, harina, aspartamo y un poco de plástico que cumple los requisitos alimentarios.

Me puse de pie. Leí la etiqueta. Solo sesenta y cinco calorías por ración, y una ración equivalía a dos Kakes. Deduje que era una estrategia para abaratar costes: la grasa de verdad

tenía que provenir de alguna parte, y hacía falta tiempo, energía y dinero para extraer el aceite vivo de las cosas vivas. La materia muerta, por el contrario, era abundante y barata. Estaba en todas partes. Nuestro mundo estaba hecho de ella: la vida pendía de un hilo de su superficie. ¿Cuánta energía me estaría costando exprimir las calorías de esos pedazos de cosas muertas? Y si ingería la cantidad suficiente todo lo rápido que pudiera, ¿lograría vencer a la inanición, a la inminente fantasmización de mi cuerpo? ¿Podría comer hasta retroceder y recuperar mi propio rostro?

Desgarré el paquete de cartón. Cientos de ellos me miraban desde abajo como ojos negros sin brillo. Mi estómago dio un brinco como si estuviera a punto de escapárseme por la boca.

Tampoco es tan diferente de comerme una pieza de fruta o un nugget de pollo, me animé para mis adentros. Pero lo era. Ahora que estaba al corriente, los Kakes me sabían a petróleo y a tierra, a vitaminas y a suciedad. Era consciente de que estaba ingiriendo el alimento de los muertos: un alimento mineral, químico y sintético. Había dejado de ser un eslabón de la cadena alimenticia. Ahora formaba parte de otra cosa.

Chris apareció enfrente de mí.

—¡Es estupendo! —exclamó—. Te has recuperado del todo. Veo algo de color en tus mejillas. ¡Recuperarás la normalidad en menos de nada! Y yo te llevaré de vuelta al complejo y nos volveremos a ver, todos los días.

Sentía que mi estómago ya se estaba cerrando, que me comunicaba que estaba lleno. *Oye, tú, blandengue*, le dije. *Vas a comerte esto*, le ordené a mi cuerpo, *y vas a comerte lo que venga después, sea lo que sea, y cuando estés a punto de reventar, lo enviarás hacia abajo para dejar hueco para lo que venga después. Vas a extraer el alimento de estos objetos y lo reconstruirás en mi interior, volverás a hacerme a partir de plástico comestible, me harás falsa, también*. Me costaba tragar y ya no podía respirar por la boca: el chorreo de naranja amarga había formado una película en la cara trasera de mi garganta, pegajosa como las cintas de papel matamoscas, un enganche que atrapaba lo que yo intentaba engullir. Cerré los ojos y pensé en el Kake. Lo tanteé con mi cuerpo. Intenté localizarlo y magnificarlo en su porción viva, en su porción calórica. La parte que en su día habían arrancado a una planta, para después molerla, machacarla, procesarla, refinarla, enriquecerla y mezclarla con el resto de la porquería.

Me concentré en morder y masticar. Mi cuerpo no quería: tenía la sensación de que la comida ya me había llenado, que presionaba contra las cuencas de mis ojos. Lo que se me ocurrió en aquel momento, acuclillada en el suelo del almacén con la boca llena, fue que vivir no era una cuestión de bien o de mal, ni de ética ni de expresión personal. No existía una manera de vivir mejor, como tampoco una peor. Todo era terrible, y había que hacerlo constantemente. Tragaba, mordía. Me llevé los dedos a la boca para taparme los labios y evitar que saliera la comida. Me aferraba a la imagen del tiburón, mordiendo, mordiendo y mordiendo el cuerpo de una foca.

Chris seguía hablando conmigo sin moverse de su sitio, desarrollando optimistas fantasías de los Comensales sobre cómo sería nuestra vida cuando regresáramos al culto. Saqué otro Kake de la caja y me lo metí en la boca. Cada vez masticaba menos, intentando imitar al tiburón. Entre mordisco y mordisco me llegaba la voz de Chris: *Volverás a casa con nosotros en la furgoneta blanca, igual podemos sentarnos juntos y así me aseguraré de que nadie se mete contigo. Al día siguiente nos veremos en el pasillo, y tal vez hablarás conmigo. O no, si no te ves con ánimo; no hay prisa. Pero siempre nos quedará esto, esto que hemos tenido hoy. Podemos ser personas juntos, a escondidas, y fingir que no lo somos. Podemos ser personas, en secreto, hasta que nos*

convirtamos en fantasmas.

Me recordaba a alguien. Cuando lo pensé, me di cuenta de que ese alguien era yo, mi yo del pasado, contándole a C lo maravillosa que sería nuestra vida si nos fuéramos a vivir juntos o de viaje a Puerto Rico. No quería arruinar la visión de futuro de Chris. Hacía falta una visión de futuro para llegar a cualquier parte; no se podía vivir la vida siempre pensando que se está al borde del precipicio. No quería decirle que nunca volvería con él a la Iglesia: yo avanzaría, avanzaría y para ello regresaría a mi vida anterior, solo que esta vez la viviría mejor. No quería arrebatarle su situación imaginaria para que tuviera una idea más precisa de su situación actual. Porque lo que estaba pensando ahora, lo que se me había aparecido como una idea pasmosamente nueva, era que podía usarlo. Podía hacer uso de él, así como la gente normal hace uso de otras personas normales, para conseguir amor, sexo o a alguien que se preocupe por lo que piensa. Chris no era la persona con la que había soñado estar, pero tal vez esa persona podría construirse a partir del material bruto que él contenía. Yo ya había intentado escapar, evitar, negarme a mí misma. Ahora estaba lista para intentar vivir.

Dejé un Kake a medio comer en el asfalto, a mi lado.

—Eh, Chris —dije—. Ven aquí.

Chris se acercó medio trotando, solícito como siempre. Un buen empleado.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó. Su rostro rosado adoptó una forma cordial.

—No —dije—. Solo necesito hablar contigo.

Me puse de pie. Le apoyé una mano en el hombro y lo miré a los ojos.

—Oye, Chris —dije—. ¿Tú me quieres?

Parecía esperanzado y confundido.

—O —rectifiqué— ¿crees que podrías quererme?

—Bueno —contestó Chris, meditabundo—. Lo creo firmemente. Si tú quisieras que yo lo hiciera.

—Vale —dije—. Muy bien. ¿Quieres venir conmigo?

—Claro —respondió—. Cómo no voy a querer. ¿Dónde vamos?

—A algún sitio agradable —contesté—. Normal. Podemos vivir en una casa con tejado y cocina, en un barrio. Nos buscaremos un trabajo cada uno. Nunca hablaremos de ellos. Veremos la tele juntos, ese tipo de cosas. ¿Vale?

De nuevo parecía desconcertado.

—De acuerdo —respondió.

—Te llamaré C —dije—. Para abreviar.

—Vale —aceptó, frotándose lentamente la cara con la palma de la mano.

Yo sabía que él no entendía lo que sería de él, pero que vendría igualmente.

—Será maravilloso —le aseguré—. Te gustará.

Aquella frase pareció reconfortarlo. Me sonrió con una sonrisa pura y amable, y se alejó caminando a su ritmo.

Cogí mi Kake a medio comer y, para mi sorpresa, mi boca salivó. Me introduje la otra mitad en mi buche baboso. Más allá, a la altura de la puerta, Chris caminaba, con aspavientos optimistas, charlando sin parar sobre cómo sería nuestra vida cuando volviéramos con los Comensales. Ahora estaba muy lejos, o tal vez solo me parecía lejano porque nos imaginábamos cosas distintas para nuestro futuro. Allí pequeñito entre las cajas de Kandy Kakes que se alzaban

como los acantilados parduzcos de los dibujos animados, se parecía a los vídeos que había visto de leones marinos flotando angelicalmente entre las algas, cuerpos negros grabados desde abajo, con sus siluetas recortadas contra la radiante luz del sol, cuerpos que podían confundirse con los de un ser humano. Sentí el recuerdo de un brazo sombrío a mi alrededor, observadora de nuevo, sentada en el sofá con mi novio, viendo a los animales convertirse en presas. En algún lugar había ballenas gigantes alimentándose de diminutas criaturas imperceptibles a simple vista, aplastándolas contra las frondas de sus barbas con una lengua del tamaño de un coche. Había osos polares matando focas, despedazando trozos ovoides de sus panzas lisas y orondas. En la inmensidad que rodeaba el almacén, oí que algo arañaba el suelo de hormigón y supe que había ratas, que raspaban una fina película de nutrientes de la materia envasada y seca que las rodeaba. La vida estaba en todas partes, ineludible, imperativa.

AGRADECIMIENTOS

Todo mi agradecimiento para Claudia Ballard, Barry Harbaugh, y Cal Morgan, por su clarividencia y su fe, y a todas las personas de William Morris y HarperCollins que me ayudaron a hacer realidad este libro. Muchas gracias al Virginia Center for the Creative Arts, al Santa Fe Art Institute, al Art Farm Nebraska y al personal tan entregado del Bread Loaf Writers' Conference, por ofrecerme apoyo, una comunidad y su valioso tiempo.

También quiero dar las gracias a Heidi Julavits, Ben Marcus y Sam Lipsyte, de la Universidad de Columbia, por animarme a escribir lo que todavía no era capaz de escribir, y a mis primeros lectores, JW McCormack, Shayne Barr, Kimberly Wang y Kathleen Alcott; cada uno de ellos representa una forma de ver que ojalá yo pueda hacer mía. A mis padres, por quererme y educarme. Y a Alex Gilvarry, una persona fantástica a quien amar.